

HASIER LARRETxea

EL  
LENGUAJE  
DE LOS  
BOSQUES

Un diálogo con el paisaje.  
Con el tacto y el olor de la madera.

  
ESPASA



# Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Introducción

## I. EL SONIDO DEL HACHA

La distancia es una manera de volver

## II. TIERRA

El trabajo sobre la tierra

Latitudes

La composición bajo la tierra

La tierra se transforma

El río: afluente de la vida

## III. RAÍZ

Esencias de raíces

Secuencias de una historia compartida

La búsqueda de nuevos horizontes

El (des)arraigo como raíz

Un enraizamiento identitario

Lo natural como esencia  
La negación de la vida de los bosques

#### IV. TRONCO

El tronco y la corteza  
Dificultades en el corte  
Usos  
El musgo, mapa del bosque  
Nudos  
El tronco en el deporte rural  
La madera y su transporte ancestral en los Pirineos  
El tronco y los carboneros

#### V. RAMA

La savia y los ciclos lunares  
La tala: nudos y adversidades en el trabajo

#### VI. LA HOJA Y SU FRUTO

La hoja es la ligereza de mi madre  
El fruto del reencuentro en las representaciones conjuntas  
El sabor del poso de lo reflexivo

#### VII. ÁRBOL

Tipos, características y evolución  
*El pino radiata*  
*El roble y los bosques monumentales*  
*El haya y otras especies menos frecuentes*  
El árbol en la música y en el arte  
*La txalaparta*  
*Ellen Kooi y los bosques como refugio de la barbarie*  
La madera en la escultura  
Expresiones nuevas a partir de la madera  
*El bosque a través del Land Art*  
*Los bosques en la fotografía de Takeshi Shikama*  
*La mirada tenebrosa de Ellie Davies*  
*Los bosques en la filmografía de Montxo Armendariz*

## VIII. EL BOSQUE

El presente y el futuro de los bosques

La infancia boscosa

Bosques y entornos significativos

*Parque Natural de Bertiz*

*La Selva de Irati*

*El camping de Urrobi*

La explotación forestal y las subastas

*Las herramientas*

*La experiencia en la Bretaña francesa*

El leñador

*Los inicios del trabajo en el monte*

El ocio

*El bosque como gimnasio*

La importancia de la regeneración de los bosques

*La especulación y los incendios*

El simbolismo en los bosques

Los bosques y sus seres mágicos

La playlist de EL LENGUAJE DE LOS BOSQUES

Lo espiritual y la importancia del refugio natural en estos tiempos

## AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

HASIER LARRETXE  
EL LENGUAJE DE LOS BOSQUES

Ilustraciones de Zuri Negrín  
Fotografías de Paola Lozano Flores



Tomando como base cada parte de los árboles (raíces, tronco, ramas, etc.), Hasier Larretxea urde la historia de su entorno: el pueblo, los bosques, la madera, los árboles, la música tradicional, su padre aizcolari.

Un libro sobre cómo regresar a la naturaleza y sus bondades, todo ello trufado con anécdotas: desde la tala furtiva de árboles hasta los últimos oficios relacionados a los bosques, como los carboneros, por poner un ejemplo.

*A todas esas personas que saben escuchar  
los latidos del bosque.*

*A la memoria de Joxan Artze.*



*El color de los abedules  
es el color del extravío.*

JORDI DOCE

*Al árbol le gusta entonar canciones  
que el viento no recuerda.*

ADONIS





Este libro quiere ser el sendero que escojas cuando te adentres en un bosque. Este libro quiere que crezca un árbol en tu palma de la mano desplegada. Este libro quiere mostrar el aliento y la respiración de esos pasos pendiente arriba. A este libro le gustaría ser sendero, el camino y la ruta donde perderte, la respiración entrecortada que se alcanza al llegar a lo alto de la montaña. El sonido del rastro sobre el manto de hojas del otoño. Este libro quisiera ser guía, brújula y esencia de todo aquello que rodea al árbol. Este libro es tierra, raíz, corteza, rama, hoja y fruto. Este libro es nudo y temblor. La esencia espolvoreada de una vida curtida entre pendientes y la espesura de la naturaleza. A este libro le gustaría sortear la niebla que lo cubre todo para amanecer en un rincón del paisaje donde los pájaros le cantan al nuevo clarear del día. Este libro es la semilla de una vida que florece en los reencuentros y en la búsqueda de la hoja de ruta de la infancia que curte miradas y esencias. Este libro quisiera representar la ramificación que se eleva hacia el cielo claro donde se reencuentran las generaciones, el mundo rural y la vida en la ciudad.

Este libro es un testimonio, son todas esas historias escuchadas alrededor de la chimenea donde la realidad de los hechos supera la imaginación de lo fantasmagórico y lo mitológico, aunque la mitología debe colarse entre los resquicios del pensamiento y del racionamiento. Este libro es el viento que calma las almas azotadas por la crudeza que endurece la piel. Este libro quisiera embarcarse en la búsqueda infatigable de las raíces, de la esencia que se guarda en lo imperceptible, en los baúles abandonados del pasado. Todo aquello que pasó inadvertido a nuestros ojos llenos de estímulos pasajeros. Este libro quiere ser indagación y reflexión, ruta y cobijo, la ampliación de los territorios que nos dan vida. Este libro es un álbum de la memoria familiar y su relación con el árbol y el bosque. Este libro es un paisaje que se despliega y permite que las ráfagas de luz atraviesen la espesura de las hojas en los bosques frondosos del Pirineo.

En este libro intentaré compartir historias relacionadas con la vida en los bosques a partir de la mirada y las vivencias de mi padre, Patxi Larretxea. Leñador, deportista y campeón de deporte rural, lleva más de cincuenta años en contacto con el trabajo y el diálogo con los árboles. Con sus historias y vivencias estableceré coordenadas que me parecen de interés con otros

ejercicios y ámbitos y que he podido abordar en anteriores libros, mayoritariamente a través de la poesía.

Este libro es el testimonio tanto de mi padre como de mi tío y de todas las personas que han trabajado durante toda su vida en el monte y cuya existencia ha estado relacionada estrechamente con el bosque y la madera. Este libro quiere, como el fluir y el recorrido del río que comienza desde el punto de partida, ir expandiéndose y ramificándose capítulo a capítulo. Este libro quiere entrelazar el conocimiento relacionado con la madera con esas historias, costumbres y sucesos que acontecieron en ese contexto montañoso, tan norteño y escarpado. Porque este libro es metáfora, astilla y musgo; es el portillo y el camino que deben atravesar todas las familias. Porque en todas las familias existen nudos, silencios, decisiones, distancias, complicidad, reencuentros, aceptación (o no), la búsqueda del punto de partida, de la esencia y de los porqués. Desde los *de dónde venimos*. Hacia los *a dónde vamos*.

Este libro es el testimonio también de una saga familiar y de un estilo de vida que está desapareciendo; son las huellas y rastros que he tratado de ir encontrando. Este libro es un viaje que comenzará remontándose medio siglo atrás y partirá desde el norte de Navarra, desde la comarca húmeda y verdosa del Baztan-Bidasoa, donde el río que la atraviesa cambia de nombre según su ubicación[1]. Estará de fondo el paisaje, los distintos tipos de árboles, la madera y sus diferentes fases y usos. Las voces de mi padre Patxi y de mi tío Donato, el testimonio de unas vivencias, la superación y los logros que han alcanzado alrededor de la madera y las competiciones deportivas. Estará sin duda presente el clima; la niebla, la lluvia y el sirimiri. No olvidaremos calzar las botas de montaña, el palo de avellano, la indumentaria adecuada para adentrarnos en los bosques pirenaicos a los dos lados de la frontera. Arrancaremos el todoterreno y subiremos al camión que transporta la madera desde los bosques hasta las serrerías, o incluso a otros destinos en función del tipo de madera y su uso. Haremos concesiones al silencio y a la meditación. Porque no todo es el cara a cara entre el hombre del bosque y el árbol. Porque, además del pulso del sudor y del esfuerzo, el bosque es también un lugar idóneo donde calmar los cuerpos agarrotados. Un territorio donde encontrarse con uno mismo. Harán su aparición el sudor y la respiración entrecortada, sin olvidarnos de la cesta de mimbre con queso, embutido y chocolate. Las botellas de agua las rellenaremos en las fuentes cristalinas.



En este libro transitaremos los bosques y carreteras de la comarca del Baztan-Bidasoa, los valles navarros pirenaicos de Roncal, Aezkoa y Salazar, las altitudes de la provincia de Huesca a través de los valles de Benasque y de Tena, el canal de Berdún, Hecho y Ansó. Atravesaremos la región de Sola, territorio al este del País Vasco francés en primer lugar; las comunas montañosas de Larrau y Sainte-Engrâce con su puente colgante de doscientos metros de pasarela de Holzarte. Y al este, la región del Bearne y los valles de Ossau, Aspe y Barétous.

Con todas estas ideas principales nacen mis intenciones y humildes objetivos con este libro:

Que no desaparezca el paisaje.

Que se mantenga viva la llamada de lo que nos ha conformado. De esas caminatas entre bosques, ríos y montañas a los dos lados del Pirineo.

Que a través de la escritura y de los libros se ensanchen nuestra mirada y el paisaje interno y externo.

Que perdure esa mirada. La esencia de lo puro.

Y por todo ello, desde aquí quiero empezar con una invitación a que os perdáis en los bosques. Que os acerquéis a ese diálogo con el paisaje. Al tacto y al olor de la madera.



# CAPÍTULO I

## El sonido del hacha







En los límites del bosque  
habita siempre el recuerdo  
donde siempre oscurece.





Existe una pulsión y una necesidad que se está viendo plasmada en el cambio de las vidas asfixiadas y alienadas en las grandes urbes, donde se alistan en fila como hormigas en cada hora punta tras salir del vagón correspondiente de camino al trabajo. Y así cinco días a la semana. Y así durante todo el año. Y así durante toda una vida. Y eso en caso de tener un trabajo estable.

Sin duda, estamos ante una automatización de las vidas redirigida a la producción y al cumplimiento de horarios y deberes que se llevan gran parte del día y del tiempo del que disponemos.

Entroncando esto con la precariedad laboral y generalizada, así como con la pérdida de rumbo, esperanza y de estímulos tanto en las ciudades como en localidades más pequeñas, la naturaleza, y especialmente los bosques, se erige como el fuerte donde sanar muchas taras, carencias y necesidades que quedan latentes en las vidas comprimidas por el cumplimiento de unos horarios férreos y de unas responsabilidades. Una vorágine en la que desaparecen los espacios propios donde escuchar la voz interior o poder establecer contacto visual y emocional con todo lo que nos rodea, que, al fin y al cabo, es la naturaleza.

Es por ello, con la intención de encontrar mi propia brújula dentro de la vorágine en Madrid, por lo que me embarco a buscar todo aquello que ha formado y forjado mi identidad. Ese paisaje que se despliega cuando pienso en la familia, en los amigos, en la calidez de una mirada que se proyecta desde lo alto de las montañas de ese norte que también es rumbo, reencuentro y procedencia.

Me dirijo tras el sonido del hacha en el bosque, tras esas huellas donde encontrar a todas las personas que habitan en este libro. Una a una crearán, como los anillos del árbol, una historia propia que dialogará junto a las demás; donde el latido fortalecido y robusto del bosque es el nexo que entreteje todas las vivencias, identidades, tradiciones y proyecciones.

Espero encontrar en este viaje hacia los orígenes algún atisbo de la mirada de aquel niño que fui. Dar forma y vida a las fotografías de esos álbumes familiares en los que, de fondo, se atisbaba siempre el verdor y la fortaleza del paisaje.

Por y para todos los leñadores, seres de los bosques y personas que han trabajado, y siguen trabajando con cariño y dedicación, la madera en sus diferentes vertientes.

Que encontremos en el interior de los bosques, y en esa creencia en relación al contacto con la madera y el entorno natural, la luz que nos guíe en los días en que se nos nuble el pensamiento.

## **LA DISTANCIA ES UNA MANERA DE VOLVER**

Hace doce años que decidí abandonar la vida rural del pueblo de Arraioz, ubicado en el valle de Baztan, y comencé a vivir en Madrid. El valle se ubica en la comarca del Baztan-Bidasoa, al norte de Navarra, en la zona de los denominados Pirineos Atlánticos. Pasé así de vivir en un pueblo que no superaba los trescientos habitantes a una urbe de asfalto con millones de personas. Del sonido del cencerro de las ovejas al de los zapatos y los tacones sobre el asfalto. De la visión del colegio, en el que compartíamos aula alumnos de diferentes cursos, y la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, donde fui monaguillo, pasé a contemplar la fachada basada en la *Metamorfosis* de Escher en el número catorce de la calle Romanones y un patio interior en la plaza de Tirso de Molina. Los atardeceres en los que avistaba el pueblo desde lo alto de la montaña se transformaron en la visión desde la Daliada de San Francisco con la silueta del Parque de Atracciones de Madrid tocando el cielo enrojecido de la parte oeste de la ciudad. El imaginario de los edificios señoriales del Baztan fue absorbido por el tráfico ruidoso y el aprendizaje de esquivar a los peatones con ritmo ligero en pasos de cebra.

Esto lo cambió todo. Es ahí, en la distancia emocional y geográfica tras cortar el cordón umbilical, dejando atrás ese universo rural tan apegado a la madera y a los bosques, donde comenzó, años más tarde, mi regreso a los riachuelos, senderos y montañas. Volví a través de la reflexión personal, después de un tiempo de desapego y limpieza interior, a la llamada de los ancestros, a esa bondad que ensancha las facciones curtidas en las laderas del valle.

Porque para volver a un lugar y estar presente y apreciar los valores que ofrece, primero hay que marcharse y mantener una distancia. Así ha sido en mi caso, movido también quizás por la necesidad personal de buscar una libertad individual que tal vez no tenía antes de la decisión de comenzar una



nueva vida. Una nueva rutina en la que dejaría de ver el humo que emanan las chimeneas de los caserones y de escuchar los mugidos de las vacas; en la que se terminaría el disfrutar con el paisaje boscoso y todos los recovecos de mi lugar de origen, que también simboliza esa zona de confort que hay que romper para crecer como persona. De esta manera he podido cortar las ortigas y las zarzas que obstaculizaban cada paso que pudiera dar en mi lugar de origen. Los pasos se aligeraron, como si pudiera deshacerme de un peso, de una carga que arrastraba años atrás. Emergería así una nueva persona, renovada.

Gracias a esta distancia he aprendido a valorar muchos aspectos y vivencias que siguen aferrados a aquellas montañas, a la vida construida alrededor del caserío y, sobre todo, a valorar mucho más mi relación con los bosques y la madera. Creo que de pequeño, y si hubiera sido por mi padre, habría visto (probablemente así fue) antes un tronco que un juguete para construir ese mundo propio e imaginario de los niños en el que me distraía puntuando carreras de coches mientras mi madre veía telenovelas. Aún guarda mi madre en el trastero todos los juguetes de la infancia con la ilusión de que algún nieto herede todos los Playmobil.

Pero más allá de los juguetes propios de un niño, mi padre siempre me llevaba a la explanada que se ubicaba detrás de los pisos de protección oficial del pueblo. Fue en ese primer bloque de viviendas construido a comienzos de los años ochenta en Arraioz, el pueblo natal de mi madre, donde mis padres adquirieron el piso. Y en esa explanada, entre el río Baztan y el entonces flamante edificio, mi padre ubicaba y amontonaba troncos que luego utilizaba para entrenar y prepararse para futuros campeonatos o exhibiciones en los que realizaría diferentes modalidades de deporte rural, con el hacha y la sierra, o incluso levantando pesadas piedras. También en la modalidad de carrera de *txingas*, dos pesas de cincuenta kilos, una en cada mano, que simbolizan el transporte de cantinas de leche entre los caseríos. Recuerdo que allí, en esa misma explanada, mi madre nos fotografió una vez a mi padre y a mí. Él llevaba un jersey de chándal azul de Adidas y los pantalones azules de trabajo. Sujeta con un hacha, la madera que se erigía de pie. Al parecer, cuando tenía cinco años me obsesioné con el corte vertical de la madera después de que mi padre me llevara al estadio de Atocha, en Donostia, a sesenta kilómetros del pueblo, a ver a cortadores de troncos australianos. En la fotografía aparezco con mi gesto habitual cuando me expongo a los rayos

de sol, con el ojo derecho cerrado. Completando mi atuendo, unos pantalones de pana azules y un jersey de lana que seguramente habría hecho mi tía Juanita, la hermana de mi padre. En las manos sujeto el hacha roja pequeña que utilizaba de niño. La sonrisa de mi padre es inmensa.

Pensar en bosques y en la madera es recordar inmediatamente esa sonrisa de mi padre Patxi. Su ímpetu, su empeño y su esfuerzo. En mi caso, la madera ha conformado parte de un ideario simbólico. Uno de los primeros olores que recuerdo es el del fogón, con las astillas que subían en la cesta de mimbre a hombros, quemándose. O el de la astilla húmeda y fresca que salía disparada de los troncos que cortaban. Me gustaba introducir los dedos en las montañas de serrín y acercarlos a la nariz para apreciar su olor. Mi padre es una de las personas que mejor conocen los bosques y la madera. Sus enseñanzas de vida siempre han estado aferradas a esos materiales y símbolos. Él es el poeta del bosque, además de ser un *basajaun*<sup>[2]</sup> del siglo XXI.

Y si mi padre es un poeta del bosque, para mí la literatura es el homenaje que puedo brindarle a mi familia. Es la manera que tengo de estar junto a ellos, con ellos. Es la voz de los antepasados que he ido forjando y plasmando para mantener vivas aquellas experiencias y situaciones entre lo mágico y lo rudo, entre lo místico y lo terrenal. Porque inevitablemente se cuelan muchas vivencias e historias mágicas y místicas relacionadas con el culto a los árboles y la convivencia con esos espacios boscosos que la neblina y la oscuridad en los arroyos convierten en lugares idóneos para construir historias que se han transmitido generación tras generación.

Historias que afortunadamente pude documentar cuando volvía al pueblo a hablar con mi abuela materna Leonita, grabando sus vivencias a pesar de las primeras reticencias, por otro lado comprensibles, que entroncan muy bien con ese carácter del norte de cuidar y guardar lo que es de uno. Esa amplitud de miras de las personas reservadas que no utilizan una sola palabra de más y que, cuando hablan, como les sucede a los leñadores, lo hacen con determinación.

Además de estas historias orales, otra de mis premisas son unas palabras del poeta Francisco Javier Irazoki, nacido en 1954 en Lesaka, a veintisiete kilómetros al noroeste de Arraioz. Hace años que él también abandonó su lugar de origen para proyectar su mirada elegante y cuidada desde París. En el poema «Gente que camina en mi mente» del libro *Orquesta de*

*desaparecidos* (Hiperión, 2015) nos rememora la imagen poderosa que se va diluyendo con las personas que nos van dejando. Es una secuencia que me ha perseguido —y me sigue persiguiendo— durante años, uno de los *leitmotivs* para seguir escribiendo:

### *GENTE QUE CAMINA EN MI MENTE*

*De noche suenan los teléfonos y escucho las voces que llaman desde el país donde nací.*

*Me anuncian la muerte de una persona que conocí en mi infancia o juventud e, inmediatamente, siento la desaparición de un paisaje. La superficie que se desgaja deja en la niebla un torso, los brazos, los pies que fueron dos caminos paralelos. El roble y la higuera son ojos borrados cuando las frases salen del teléfono y entran en mis oídos.*

*En mis visitas a Lesaka, compruebo que los terrenos se han encogido. Las púas de los alambres que delimitaban las praderas sujetan ahora unos retales blancos, y el viento bate esos jirones de las ropas de los ausentes.*

*Otras llamadas siguen despejando las calles del pueblo, y aumenta el grupo de hombres y mujeres que pasean en mi memoria al despedirse de una patria de huecos.*

*Pronto seré el viejo que lleva en un bolsillo toda la extensión de su tierra.*

Nací en los inicios de la década de los ochenta, mientras el paisaje empezaba a salir del letargo del invierno y los pájaros comenzaban a pronosticar la llegada de la primavera con las flores de San José. La claridad mayor de los rayos del sol iluminaba por fin los lugares que durante los meses fríos se habían mantenido sombríos en el pueblo de Arraioz, en el tranquilo y verde valle del Baztan. Ubicado en el norte fronterizo de Navarra que guarda en su memoria historias de agotes y contrabandistas, la savia de las brujas que quemaron en las hogueras y una mitología arraigada en la naturaleza que es parte de la vida de sus habitantes, dedicados mayoritariamente a la agricultura y la ganadería. Fuimos la primera promoción que se alfabetizó en euskera en el colegio del pueblo. Fuimos también los primeros en poder elegir si realizar o no el servicio militar. Los primeros en experimentar con la LOGSE.

Eran tiempos en los que el euskera comenzaba a dejar de ser el idioma de los agricultores y ganaderos, denostado durante el franquismo por muchas familias y entornos clasistas, para pasar a formar parte de nuevas hornadas de alumnos que darían continuidad al espíritu viajero de los antecesores. Tanto para formarse como para trabajar, en muchos casos fuera de los límites del valle. Años más tarde, tras la construcción de dos túneles en la N-121-A, el

valle y la comarca mejorarían exponencialmente su conexión directa con Pamplona. Atrás quedaban los trayectos interminables y sinuosos, en caravanas de vehículos detrás de los camiones que apenas superaban los cuarenta kilómetros por hora, a través de curvas cerradas hasta atravesar el puerto de Belate a ochocientos cincuenta metros de altitud. Un tramo que, antes de la construcción de los túneles, teníamos que atravesar inevitablemente para llegar a la ciudad. No hubo un solo trayecto en el que no cogiéramos agua de la fuente ubicada un poco antes del alto en dirección al sur en botellas de plástico recicladas. Con el tiempo se terminaría mejorando también la peligrosa carretera que atraviesa la comarca, siguiendo el tramo que realiza el río Bidasoa hasta Gipuzkoa, para la tranquilidad de los habitantes de la zona.

Recuerdo que, cuando éramos niños, el tramo de la N-121-B que cruza el valle, conocida como la carretera del Baztan, era donde más nos esmerábamos en mirar a los dos lados de la carretera. En alguna ocasión se quedaban dos coches en direcciones contrarias sin poder atravesar el puente que une los dos barrios del pueblo de Arraioz. El primer barrio es Urrutia, donde se ubica el Palacio Jauregia de Vicuña, de camino a la iglesia, el más antiguo de la localidad. En el barrio se encuentran también la misma iglesia, el colegio y el frontón Ariztialde. El otro barrio es Mardea, en cuya plaza se celebraban, cuando era niño, las fiestas del pueblo. Este barrio se fue construyendo bajo los Palacios de Jauregizarrea y Zubiría, donde en el año 1612 nueve mujeres del pueblo fueron encerradas tras ser acusadas de brujería por enemistades y rencillas entre familias de la localidad, incitadas por el abad del Monasterio de Urdax. En la actualidad, lo que sobresale nada más llegar al pueblo es el gigantesco hipermercado abierto en el año 2010. Años antes, nadie podría haber pronosticado que construirían semejante espacio en unos terrenos de uso doméstico al lado del río.

Mi nacimiento llegó en 1982 de manera inesperada. Mis padres eran entonces muy jóvenes, mi madre tenía veinte años y mi padre veintisiete. No habían previsto, de ninguna manera, tener un hijo cuando recibieron la noticia del embarazo. Puedo imaginar la reacción entre sudores y nerviosismo de mi madre. Entonces, a principios de los ochenta, trabajaba como cuidadora de dos niños en la localidad guipuzcoana de Hondarribia, a veinte kilómetros de Donostia, ubicada en el punto de la frontera con el País Vasco francés donde desemboca el río Bidasoa. Ese río de nombre variable que atraviesa los

pueblos y lugares que formaron parte de mi crecimiento y son la llave de la memoria en la comarca del Pirineo Atlántico de Navarra.

Sí, sin duda puedo imaginar la cara de miedo y de responsabilidad repentina de aquella mujer que había recibido una educación marcadamente católica por parte de sus padres. Y es que a comienzos de los años ochenta era inimaginable tener hijos sin haberse casado con anterioridad. Desde luego lo era para mi madre y mucho más para aquel pensamiento conservador. No tuvieron mucho tiempo para realizar los preparativos de su boda, intentando que no se notara en las fotos para la posteridad que ella estaba embarazada de cuatro meses. Sin duda, se ponía nerviosa cuando, de pequeño, les preguntaba por ello. Y al parecer, les hacía preguntas constantemente. Cuando se cansaba de mis preguntas, o no sabía la respuesta, me mandaba callar.

Tendrían dos hijos, los dos varones. En lugar de ponernos lazos, nos hacía la raya al lado antes de ir a la misa mayor. Ella soñaba con tener una hija a la que poder ponerle Agurtzane, la traducción al euskera de su nombre, Rosario. De hecho, en alguna agenda personal escribía con ese otro nombre. Mi hermano Garikoitz aguantó el peso de la religión mucho menos que yo. Casi nada. En mi caso, quizá por mi carácter dócil y por la presión que recibía por parte de mi madre y mi abuela, hice hasta la confirmación, aunque ya no lo tuviera claro. Me sorprendía que nadie se cuestionara ese sacramento. Ni siquiera los más espabilados. De hecho, recuerdo que hasta los jóvenes más rebeldes y punks la hacían sin rechistar. En aquel entonces yo simplemente era un niño rollizo y bondadoso, dócil y con pinta de empollón. Y eso también tuvo su tara y un precio a pagar.

Mis padres consiguieron agilizar los trámites para casarse en la iglesia de la Asunción de Arraioz, la misma donde terminaría siendo monaguillo unos años más tarde y aprendería, por indicación expresa del párroco, a pasar la cesta hasta en los espacios donde la gente se quedaba de pie en los funerales más masivos. Con los años, mi madre también ha perdido la ilusión de ir a misa con frecuencia. En nuestras conversaciones al respecto le recuerdo siempre que la esencia está en la actitud de cada uno, sin esa necesidad insaciable de demostrar, por los demás y para los demás, presente en muchos lugares. Hoy en día aborrece, como tantas personas, a aquellas que acuden a comulgar con cara de no haber roto nunca un plato para comenzar a hablar mal y criticar nada más salir de misa, como si necesitaran de la redención de Dios para calmar sus almas atormentadas.

Es en estos valles verdes y boscosos, repletos de la sabiduría y energía de la naturaleza enraizada en la cotidianidad, donde se forjaron las expresiones y cierta identidad afilada de mi familia. No nos enseñaron, por ejemplo, a decir «te quiero» ni a abrazar con intensidad. A veces llegan tarde las expresiones de cariño. Quizá aprendieron, aprendimos, a mostrar el cariño de otra forma. Mi madre le sigue preguntando con frecuencia a mi padre si la quiere y él, a día de hoy, sigue sin ser capaz de decirle que sí. No le salen las palabras. Dice que eso es cosa de niños. Se ríe, se pone nervioso. No puede, o tal vez no necesita, encauzar con palabras una expresión o un sentimiento.

En una ocasión en la que no recuerdo si mi madre llegó a escucharle, afirmó con rotundidad que para él la mayor muestra de cariño es despertarse cada día a las cuatro de la madrugada para ir a trabajar al monte. De hecho, en muchas jornadas no llega a casa antes de las diez de la noche. Mi madre le espera en el salón del piso, con la compañía de la televisión, acurrucada bajo una manta. En la actualidad me parece todo un logro que se permita pasar un fin de semana en Madrid con nosotros. Y a pesar de ello, cuando llega el domingo por la mañana, bien temprano, durante el desayuno, puedes ver claramente en su mirada que su pensamiento ya está lejos de la ciudad, reflexionando sobre el equipo que tiene que preparar para ir al monte, sobre cómo va a organizarse la semana de trabajo y sobre cuánta madera tienen que sacar. Una vez que terminamos de desayunar, salen rápidamente de nuevo rumbo al norte.

Cuando éramos aún niños mi hermano y yo, mi padre nos llevaba en viajes puntuales. Se trataba de escapadas que hacíamos totalmente sin planificar y siempre alrededor del paisaje montañoso norteño de bosques y naturaleza. Para él, además de madrugar para trabajar sin descanso, la mayor muestra de cariño fue poder pagar el piso de protección oficial en Arraioz con el dinero que había ahorrado a lo largo de meses de trabajo sin salir de la selva. El poder pagar mes a mes el frigorífico, la lavadora, los muebles. El piso. El salón aparece medio vacío en las fotografías en las que me aúpan cuando estaba recién nacido. Sus caras sonrosadas expresan a la vez tanto el cariño como el temor y la responsabilidad ante mi presencia. Al fondo, una cabeza de ciervo disecada le da aún más fuerza a esa fotografía en la que mi padre aparece con una barba prominente de meses, imagen viva de lo puro y salvaje. Sus manos grandes y fuertes agarrándome con firmeza.

Durante mi infancia me lanzaba sobre su cabeza para agarrarme al vuelo o

zarandeaba mi jersey mordiéndolo con sus dientes, dejando después algún resto de sus colmillos afilados. Algún agujero en la ropa. También un día se encargó de hacer su representación de un oso pirenaico gruñendo desde el fondo del pasillo, en la oscuridad, para asustarme. A mí me encantaba corretear por la casa para esquivarlo, pero era imposible. Los metros cuadrados de una casa de protección oficial no eran los mismos que los que tenían los caserones del pueblo. Mi padre emitía ruidos, sonidos de aquellos animales con los que convivía durante meses en el bosque del Pirineo. Me cogía con los colmillos afilados y me zarandeaba, lanzándome unos metros hacia arriba. Recordamos entre risas cómo un día, asustado, me abalancé hacia la cocina para salvarme del acecho del animal salvaje y en la búsqueda de algún cobijo (he de reconocer que aquel fondo oscuro del pasillo me atormentaba, como si estuviera a punto de salir algún animal mágico y fantasmagórico para asustarme) me encontré con que mi madre cerró en aquel momento la puerta, cansada de nuestro griterío. Con el impacto, rompí el cristal y me llevaron a urgencias con algunos rasguños en la muñeca. No sé por qué razón me aterraban los puntos. No hacía más que gritar «¡puntos no, puntos no!». El médico me puso una venda. Cada vez que miro la muñeca derecha y contemplo las dos pequeñas cicatrices, recuerdo aquellos juegos. Tatuajes naturales llenos de significados. El testimonio de un tiempo. De las camisetas agujereadas por él.

Sí, aún quedan camisetas agujereadas de cuando era niño. Y no, no era otro niño quien me zarandeaba o tiraba de la camiseta. Mi madre todavía conserva aquel polo rosa. Sin darse cuenta, ha sido una mujer adelantada para su tiempo y el pueblo y lo fue demostrando en los pequeños gestos hacia aquel hijo mofletudo y sonriente. Los agujeros de las camisetas parecen realizados por una dentadura prominente, por unos colmillos consistentes. Habitualmente se pueden palpar cuatro agujeros por cada costado superior, a la altura del hombro. Y no son restos de algún animal salvaje del bosque ni de algún perro que ladraba, como si no hubiera fin, al pasar por delante de la cadena pesada que lo ataba a la pared de una casa con mucha historia pasada, pero que en la actualidad rezuma la soledad solterona de los hijos que no encontraron anclajes en la vida.

En las fotos de su boda mi padre aparece con un ojo amoratado por una concatenación de rebotes y casualidades. No podría ser de otra manera. Si no, no sería él. Una semana antes de la celebración realizó un corte limpio, con la

motosierra, a un abeto de grandes dimensiones en el bosque de Gamueta, muy cerca del camping de Zuriza, entrada a la provincia de Huesca y lugar donde nace el río Veral, un afluente del río Aragón. Allí se encuentra el refugio de Linza, a pocos kilómetros de la localidad oscense de Ansó. Tuvo tan mala suerte que el árbol que cortó terminó aplastando un haya que estaba en el suelo, junto a la plantación, creciendo a la par del abeto. El haya es un tipo de árbol de una gran flexibilidad, lo que provocó que, dado que no era posible ver lo que se escondía debajo de las ramas, el abeto terminara impactando sobre el haya al caer. Esto hizo rebotar sus ramas flexibles, que salieron disparadas contra él después del contacto con la motosierra. Mi padre no pudo reaccionar en aquellas escasas milésimas de segundo y las ramas le impactaron de lleno y con violencia en el ojo derecho. Recuerda que, debido al violento impacto, perdió la vista durante lo que le pareció una eternidad. El agua fresca del riachuelo que lanzó desesperadamente sobre su ojo amoratado fue entonces su única salida para intentar rebajar la hinchazón y el dolor. Sin embargo, a pesar de la gravedad de la herida, no fue a que un médico le viera el impacto y continuó con sus labores como si nada hubiera sucedido. Aún con el ojo dañado, y con la visión todavía mermada por el golpe, ese mismo día participó en una exhibición de corte de troncos en Pamplona, haciendo una parada en la ciudad antes de volver rumbo al hogar. A pesar de no haber recuperado la visión del todo, consiguió terminar su demostración de hachas. Como en tantas otras ocasiones a lo largo de su vida, no había tarea o reto que le resultara imposible. No hubo ni un solo nudo que se le resistiera. Aun herido y sin poder ver con claridad, salió a la plaza y cumplió con lo que creía adecuado, con su compromiso.

Mi padre siempre ha tenido esa fortaleza de las personas curtidas en la dureza del bosque. Capaz de afrontar con destreza cualquier dificultad. Era esa energía que le desbordaba la que ganaba el pulso a los contratiempos que surgían, tanto en su trabajo en los bosques con la explotación forestal como en las competiciones de deporte rural vasco. Con las mismas heridas en el ojo que, una semana después de su accidente, presentaría en las instantáneas de su boda. Las cicatrices marcando uno de los días más importantes de su vida. Cicatrices y golpes que modificarían la orografía de su cuerpo al igual que cambian los lugares. Como el restaurante donde celebraron el banquete. Un enorme espacio que no ha aguantado el paso del tiempo y de las décadas y



que sobrevive como el fantasma de un edificio que simboliza los restos de una época dorada llena de resplandor.

Desde que era un niño aparezco en decenas de fotografías familiares con hachas pequeñas dándole golpes al tronco, sin sujeción, simplemente inmovilizado por mi padre con sus pies. En otras fotos mi madre captaba el momento exacto en el que alzaba diminutas piedras hechas con madera, vestido con la indumentaria tradicional de los levantadores de piedras, mientras mi hermano, a mi lado, vestía de calle. Era mi padre quien se encargaba de ajustarme la faja. Tenía que dar vueltas sobre mí mismo para que la pieza alargada de tela permaneciera firme y cubriera correctamente la espalda. Completaban la indumentaria unos pantalones azules anchos cortados para el apoyo de los cuádriceps y la parte superior reforzada en la zona en la que cae sobre el hombro la piedra. La mayor ilusión para mi padre hubiera sido que continuáramos su estela, que aprendiéramos los secretos del deporte rural para presentarnos en campeonatos y llevar a las plazas ese espíritu competitivo y de superación que venía unido al apellido Larretxea. Sin embargo, tengo la sensación de que ni mi hermano ni yo hemos sido nunca muy competitivos a esa escala. Ambos sabemos apreciar y valorar ese ejercicio y dedicación, pero no de una forma tan profunda y motivadora como para dedicar parte de nuestra vida al deporte tradicional. Mientras que mi hermano aguantó algo más, llegando incluso a obtener alguna *txapela*[3], y todavía hoy en día participa de vez en cuando en alguna exhibición, yo me apeé más bien temprano de ese camino.

«Todo deportista tiene un mal día» sigue siendo, años después del fatídico día en el que me di cuenta de que no iba a continuar la senda del deporte, la respuesta de mi padre cuando recordamos el malogrado campeonato de corte de troncos en el que fui incapaz de terminar el trabajo. Era todavía un adolescente de diecisiete años cuando, en el frontón de Santesteban, un pequeño pueblo ubicado diez kilómetros al oeste de Arraioz, no conseguí terminar de cortar las maderas preparadas en la competición. El campeonato consistía en cortar por la mitad un total de seis troncos clavados con travesaños para que no se movieran, dos de ciento cinco centímetros y cuatro de ciento veinticinco centímetros de circunferencia. Igual que se hacía en la antigüedad, cuando no había otras herramientas más modernas para abatir y trocear los árboles, los campeonatos de corte de madera son una

representación en vivo que intenta mantener una cultura y las labores aferradas a los caseríos y a los bosques.

En aquel entonces ya pesaba, y mucho, el apellido Larretxea. Mi padre tenía el salón lleno de *txapelas*, trofeos y éxitos, sobre todo en modalidades como la *txinga-erute* (transporte de pesas) y el levantamiento de la piedra pequeña de cien kilos. Mi tío Donato, por su parte, tenía a sus espaldas una trayectoria de primera línea como cortador de troncos, con mi padre como su mano derecha y apoyo fundamental, junto a preparadores y demás amigos y apoyos que recibía, y a día de hoy recibe, puesto que sigue participando en eventos. Aquel día en el que tenía que cortar seis troncos en Santesteban, llegué a un punto en el que las manos no me respondían. Comencé a notar los brazos agarrotados por la tensión y por no poder aguantar la presión que sentía por ser hijo y sobrino de deportistas conocidos y de primer nivel en el deporte rural vasco. Aunque llevaba guantes, aquellas manos sin curtir y acostumbradas al bolígrafo o al ordenador en lugar de a manejar una azada, un rastrillo, una motosierra o cualquier otra herramienta o utensilio, comenzaron a sangrar y a teñir de rojo los pantalones blancos con los que se participa normalmente en una competición. Por si no fuera suficiente, unas semanas antes de aquella competición, cuando fui a una peluquería de Elizondo, me convencieron para que me tiñera el pelo de azul. No sé si por mi habitual falta de asertividad o porque realmente me gustaba la idea, terminé regresando en bicicleta y con el pelo coloreado. Que parecía un payaso fue la respuesta del leñador, del hombre del bosque. Semanas después, el día del campeonato, el color destiñó como las manos no acostumbradas a enfrentarse a la dureza de la madera. Ante la presión del mango del hacha y los gritos de los espectadores y seguidores. Ante las indicaciones del palo del asistente que marcaba el punto exacto donde el hacha debía penetrar la madera.

Las cadenas que portaba en el pantalón y mi estética hardcore de la adolescencia se fueron desvaneciendo. Las camisetas de Lawgagon y Pennywise dieron paso a las de Deftones, Korn y Rage Against The Machine. Eran los tiempos en los que los sábados por la mañana cogía la línea de autobuses de La Baztanesa y partía hacia Pamplona a descubrir un nuevo mundo. En la capital de Navarra, a unos cuarenta kilómetros al sur de Arraioz, me perdía por el casco antiguo con pasos pesados que delataban mi procedencia rural y norteña. Allí descubriría una tienda de discos, en la calle

Dormitalería, con el suelo de madera que crujía con cada paso. Recuerdo las rastas y la sonrisa del dependiente, que vivía la música de una manera apasionada y me descubría las novedades norteamericanas del nu-metal. Mis padres nunca me pusieron barreras ni límites cuando les hablaba de conciertos, una pasión que me llegó de forma algo tardía, superados ya los dieciséis años.

Fue entonces cuando, junto a unos cuantos amigos con gustos e inquietudes similares en el instituto, intercambiábamos los discos que íbamos comprando. Uno de ellos, Ion Mindegia, está ahora detrás de los grupos de música Monte del Oso y Kaskezur, agitando una escena musical navarra que se ha revitalizado enormemente en estos últimos años. Ion me escribía recientemente para pedirme un texto para *Azpisugeak*, el nuevo disco de Kaskezur, uno de esos gestos emotivos que simbolizan un retorno, una estancia a cientos de kilómetros, una rúbrica de que la ausencia física en un lugar concreto no supone desapego ni olvido.

En aquellos años de mi adolescencia grunge, post-grunge, hardcore y metal, no me importaba ir solo a Pamplona o a algún concierto o festival de música. Ahora, por ejemplo, me cuesta ir solo al cine. En eso consiste el esfuerzo y la superación del ser humano. Fue un logro importante, después de haber pasado por episodios de fobia social, el hecho de enfrentarme a situaciones ansiógenas. La música contundente apaciguaba todo aquel entramado interior de nudos y podas interiores; todo aquello que no podía expresar con palabras cogía formas y significados en el silencio de la habitación acompañado por la música. Sentía cierta hostilidad hacia las labores que debía desempeñar, sobre todo los sábados, como hijo de un leñador y deportista rural. Las tareas de la escuela o del instituto también supusieron un refugio, un espacio propio y personal ante todo ese mundo del esfuerzo, la fuerza y el empeño en el que no me sentía cómodo. Para empezar no me encontraba a gusto con mi cuerpo. No lo quería. Me avergonzaba de él. Es decir, de mí. No podía casi ni mirarme al espejo. Desde pequeño siempre he sido rechoncho, el típico niño al que las abuelas del pueblo le cogen de la mejilla. Que iba para cura, decían.

No faltaban, por supuesto, los típicos comentarios sobre cómo había engordado, con cierta tosquedad y sin contemplaciones ni miramientos. Una de las personas que lo hacía con mayor frecuencia era mi abuela paterna, Teodora, cada vez que íbamos a visitarla a Bera, municipio navarro a tan solo

seis kilómetros del País Vasco francés donde se encuentra el famoso caserón de Itzea, que fue propiedad de Pío Baroja y que hoy en día contiene una importante colección literaria. Los grandes personajes públicos en general han terminado eclipsando a sus hijos aunque hayan intentado continuar su estela. Pocos cortadores de troncos o levantadores de piedras recuerdo (quitando excepciones como en el caso de los Perurena) cuyos hijos hayan superado los logros de sus antecesores.

«Todo deportista tiene un mal día». Tuvieron que pasar más de quince años para que me atreviera a enfrentarme a la situación y preguntarle a mi padre si se avergonzó aquel día. El campeonato para el que me preparé durante meses esforzándome en ir, casi cada día, a andar en el monte y realizando entre dos y tres entrenamientos de corte de madera cada semana, aunque en el fondo todo aquello lo realizaba por él. Convencido de la salubridad de practicar el deporte, y sabiendo que tenía unas cualidades (aún por curtir y profundizar) y el porte para ello, me puse a entrenar sin gran convicción. Sin creer en ello. Quizá fue esa falta de motivación la que condicionó el desastre. Creo que si te empeñas en hacer algo sin creer plenamente en ello, o sin que te ilusione de verdad, todo se terminará tambaleando ante tus ojos como temblaron mis manos ensangrentadas aquel día.

Tanto la familia de mi padre como la de mi madre han sabido prosperar y salir adelante desde la humildad y la escasez de los descendientes que no disponían ni de un caserío ni de terrenos para utilizar. La familia Larretxea es originaria de Arantza, ubicado a unos treinta kilómetros al noroeste de Arraioz, y es allí donde nació mi padre Patxi en el año 1955. La familia de su madre, Lizardi, era del pueblo de al lado, de Igantzi.

Cuando mi padre tenía seis años, su familia realizó el trayecto desde el pueblo de Arantza, hasta la ubicación del caserío de Goldaburu en Almandoz, en el barrio de Mendiola, la cara norte del puerto de Belate, treinta y cinco kilómetros al sur de su pueblo de origen. Patxi era todavía un niño que no tendría la ocasión de conocer la ingenuidad habitual de su edad. Simplemente se fue con sus pocas pertenencias a la espalda en un camión viejo de ganado, junto a las ovejas, hasta el caserío. Años después le conocerían con el mote de Goldaburu (era y sigue siendo muy característico llamar a alguien por el nombre de la casa o el caserío de donde proviene). La necesidad de buscar un futuro próspero y la urgencia de alimentar a los hijos hizo que tanto mi

abuelo Joxe Mari como mi abuela Teodora dejaran atrás la cercanía familiar y aquellos bosques, riachuelos y prados de la comarca de Bortziriak-Cinco Villas y se ubicaran en un rincón del sur del Baztan.

Es allí donde se conocieron mis padres, en el pueblo de Almandoz. Existe alguna fotografía de aquel entonces en la que ambos posan junto a una prima de mi madre apoyados en un coche de aquella época. Mi padre viste de blanco, con la indumentaria tradicional de las competiciones de deporte rural. Mi madre también lleva pantalones blancos y una camisa del mismo color. La cubre una chaqueta roja, fina. Como si estuvieran en las universalmente conocidas fiestas de San Fermín de Pamplona.

Mi madre trabajó como camarera en el famoso restaurante Beola de Almandoz, como tantas otras jóvenes del valle de Baztan que no tuvieron ocasión de continuar con sus estudios por razones económicas. Mi padre siempre recuerda cómo su jefa la llamó para que les atendieran a él y a algún amigo suyo. Recuerda también cómo, nada más servirles, desaparecía de la barra con la rapidez que otorga el carácter tímido. Creo que entonces ya se había fijado en ella. Ella afirma que ya en aquella época le llamaban Goldaburu y era conocido en la comarca por participar en numerosas competiciones y apuestas de deporte rural. Como tantas parejas de la zona, comenzaron a hablar en la extinta Bordatxo, una sala de fiestas que ETA hizo volar por los aires en el año 2005 sepultando bajo un amasijo de escombros todas las historias y vivencias de encuentros y reencuentros alrededor de la música. Mi madre aún le recrimina que la noche en la que parecía que había un acercamiento él no bailara con ella, sino con su amiga.

Tanto mi padre como sus hermanos comenzaron a salir a trabajar fuera de la comarca y ya habían dejado el caserío por completo cuando decidieron que mi abuela Teodora podría vivir mejor en un piso de Bera, cerca de uno de sus hijos. Años después unos guipuzcoanos compraron y reformaron el caserío de Almandoz. No puedo evitar quedarme observando la construcción, que se ve desde la carretera, cada vez que atravesamos los túneles de la N-121-A. Ese enclave de encrucijadas, rodeado de montañas con gran desnivel, donde cualquier paso alrededor del caserío suponía tener que enfrentarse a la dureza de las pendientes.

Otra de las razones de la madurez y de que la vida curtiera a mi padre y a mi tío Donato, así como a sus difuntos hermanos, a edades tan tempranas fue el fallecimiento de su padre Joxe Mari a los cincuenta y siete años. El tío

Donato es quien más lejos ha llevado la savia familiar en las competiciones de corte de hacha, llegando a ser campeón de Navarra y del País Vasco y ganando más de una apuesta, aspecto en el que ahondaré en los próximos capítulos.

Ambas familias dejaron, por tanto, atrás los caseríos donde habían nacido. La familia de mi madre lo hizo debido al grave estado de salud de mi abuelo. Le recomendaron que bajara desde el caserío original de Laxkanberria, en los montes de Arraioz, donde el viento azotaba con fuerza, hasta la zona baja del pueblo. Los médicos pensaron que de esa manera podría mejorar tanto su respiración como su salud en general. Sin embargo, mi abuela Leonita terminaría viviendo un doble duelo en un breve espacio de tiempo. El primero fue dejar atrás la libertad del campo, las altitudes desde donde ver otros pueblos del valle y el hermoso paisaje. La tranquilidad de los caseríos ante la vida del pueblo donde inevitablemente hubo más control.

El segundo duelo fue por mi abuelo, que nunca llegó a dormir en la casa del pueblo. Como si no contemplara esa posibilidad. Como si no se permitiera dejar atrás la tranquilidad de esa vida en el caserío con los animales y la huerta al lado para establecerse en una casa rodeada por otras casas en el pueblo. Mi abuela contaba que cada día alzaba su mirada desde el pueblo hacia la zona alta, adentrándose en el monte, donde se ubican los caseríos. Están tan alejados que muchos de ellos ni siquiera se ven desde el pueblo. Hay casas tan recónditas en el valle que recuerdo cómo a algunos compañeros de clase les llegaron a preparar habitaciones en el colegio de San Francisco, en Elizondo, para que no tuvieran que recorrer más de tres horas cada día.

Para muchas familias que vivían alejadas de los pueblos era habitual cambiarse de calzado nada más dejar el camino de tierra que muchas veces se convertía en un barrizal. Colgaban en un portillo, en un poste o dejaban bajo el helecho las abarcas con las que volverían a subir las pendientes. Las cambiarían por los zapatos de domingo para ir impolutos a la misa mayor.

La historia de mi abuela materna tiene similitudes con la de la familia de mi padre. Cuando tenía un año, y aunque naciera en el pueblo de Amaiur, ubicado en el norte del valle de Baztan y colindando con los pueblos de Urdax y Zugarramurdi, pueblo rodeado de historia relacionada con las brujas y la Inquisición, a pocos kilómetros de la frontera con el País Vasco francés, la llevaron a vivir con sus tíos, que vivían en Arraioz, porque no tenían

descendencia. Al parecer, era habitual en esa época enviar a un hijo o una hija a un caserío en el que no existía el bullicio infantil. Recuerdo cómo ella expresaba esa pesadumbre, la pena de que se la llevaran del regazo familiar a una edad tan temprana. Aunque la mandaron al pueblo con apenas un año, nunca se olvidaría del caserío donde nació, de las primeras palabras que escuchó. De hecho, cuando se lo podía permitir, cogía el autobús hasta Elizondo y desde ahí volvía caminando hasta el caserío de Alamenea de Amaiur, al norte del valle de Baztan.

El abuelo paterno, al que tampoco conocimos, falleció a la edad de cincuenta y seis años. Nunca se puso enfermo. No tuvo la oportunidad ni el lujo de quedarse en la cama sin ir a trabajar. Los médicos que le atendieron en Pamplona afirmaron que si se hubiera operado de los riñones, habría vivido muchos años más. Que si se hubiera acercado a que algún médico lo viera, no se habría muerto tan joven. Él simplemente seguía haciendo su vida sin un riñón, que había dejado de funcionar años antes. Esa es la savia dura y curtida que aparece en las historias que se desgranán en este libro. El legado y la subsistencia del ser humano ante las adversidades naturales y del entorno boscoso. Lo que ha conformado a un sinfín de familias. El recorrido de un álbum familiar a través de las andanzas en bosques pirenaicos y las labores que rodean la madera.

Desde que tengo memoria, el bosque siempre nos ha acompañado. Desde que era un niño, la cercanía con el paisaje y la naturaleza nos absorbía, formando parte de ella a poco que cogiéramos cualquiera de esos caminos que se bifurcan en un sinfín de posibilidades y visiones. Aunque mi padre trabajara de lunes a sábado en la montaña, en una empresa de explotaciones forestales, nunca se cansaba de ese entorno bucólico. Hoy en día, tampoco.

Es la ciudad lo que le cansa. Es en la ciudad donde no se encuentra. Se le puede ver perdido, sin los estímulos que le ofrece el entorno natural, como si perdiera la fuerza y la agilidad que le caracterizan y el cemento le convirtiera en otra persona. Como si el asfalto absorbiera toda la vivacidad y naturalidad que desprende cuando está rodeado de su hábitat natural.

Desde que tengo memoria, el bosque ha ido construyendo nuestra manera de estar en el mundo. Recuerdo, por ejemplo, cuando cogíamos los domingos el Citroën GS que aparece en las fotografías de boda de mis padres adentrándonos en la montaña hasta que el camino de cemento se convirtiera en un tramo intransitable.

Aún se sorprenden mis amigos cuando les comento que de niño no veía películas Disney. Después de salir del colegio, y mientras hacíamos una merienda-cena, me quedaba viendo los dibujos animados. No recuerdo haber ido con mis padres al cine. Con los años, he sido yo quien les ha llevado a ver alguna película. Como cuando me quedé una semana con mi madre después de que falleciera mi abuela y le propuse ir al cine. Salir del entorno del pueblo y de aquellos recuerdos y senderos asociados a ella para encontrar otros asideros. Entonces no era consciente, pero la mejor película Disney la tenía ante mis ojos. Mi padre haciendo de oso mientras me cogía con sus dientes de la camiseta y me zarandeaba con facilidad o cuando salía de la caravana en un camping y se ponía a hacer ruidos. Al día siguiente aparecían huellas de jabalíes y la basura removida. Seguramente era él quien se esforzaba en dejar aquellas huellas para que nos lo creyéramos. Nos quería acercar a ese mundo, ponernos en contacto con los animales y la naturaleza desde que tuvimos uso de razón. Ya fuera haciendo de lobo, imitando su aullido, o subido a los árboles, lanzando su grito de libertad y felicidad para que se escuchara hasta en los bosques más lejanos.

Desde que tengo memoria, el bosque ha ido recogiendo las pulsiones y los susurros que le lanzábamos desde el subconsciente, durante los paseos en silencio. Aunque no fuéramos a pasar la noche allí, mi padre montaba la tienda de campaña dondequiera que íbamos. Todo tiene un sentido y una esencia. Adentrarse en la espesura de los bosques supone adentrarse también en las profundidades de uno mismo. Es un viaje de iniciación, un paseo y experiencia que va más allá de la simple contemplación de la vegetación, de algún animal que sale al paso y de la poderosa presencia de los árboles.

Para ser un hombre o una mujer del bosque, se debe haber nacido cerca de uno o haber pasado la infancia rodeado de un bosque inmenso. Para ser una persona que se comunica con los árboles, hay que exponerse desde la niñez a una relación estrecha con la naturaleza, con sus procesos y formas. El paso debe ser firme y contundente. Nunca debe faltar el palo para apoyar la zancada que deja su rastro en las huellas sobre el barro. Para conseguir la esencia que otorga la convivencia entre hectáreas y hectáreas de árboles que se interrelacionan, expuestos a la intemperie, y a los retos que ofrece la



naturaleza, uno lo llega a sentir como una continuación de su ser. Como un territorio donde se encuentra la paz que no se halla en otros espacios.

No hay mayor libertad que la de caminar a través de bosques frondosos donde la única brújula y orientación posible es el sentir por unos instantes la pérdida del horizonte para poder escuchar los latidos internos de la naturaleza que brinda un sinfín de olores, texturas y sensaciones desde la riqueza de una diversidad inalterada que ha ido regulándose durante siglos desde una calma interior. Una raíz intrínseca de la vida que parte de la relación que se establece entre una persona con el bosque y sus habitantes.

También encontramos el misticismo que se establece en la comunicación con el silencio y los sonidos que emergen desde las entrañas de los lugares más alejados del mundanal ruido y de las exigencias laborales y profesionales que controlan nuestro latido interior, cercando en parte las vidas de las personas sumergidas a las exigencias de una vida en la ciudad. La rutina en la que se pierde la perspectiva del caminar y la conexión con un entorno. Hay vidas que no tienen ni la riqueza ni la diversidad natural ni la oxigenación suficiente. Para convertirse en un ser de bosque, hay que trabajar y mirar desde ese hábitat.

El ser del bosque dispone de una finitud en su lenguaje que ha ido depurando hasta crear, en su propio vocabulario, un acercamiento poético a los avatares del día a día. Todo ello a través de unas metáforas concretas sobre la vida y la existencia que utilizan siempre el árbol, y su relación con él, como punto de partida. Como cuando dice mi padre que hay que talar el árbol grande para que deje paso al pequeño. En cuántas ocasiones afirma que sin una regeneración el bosque no se mantiene vivo. Sucede lo mismo en la vida cotidiana o en la configuración familiar. La experiencia debe dar paso a la juventud emergente. Ese relevo cíclico, natural y necesario es el que tristemente no se da con la frecuencia que debería en muchos ámbitos.

Así de estancados están muchos de los proyectos que podrían recobrar otro brío y frescura de la mano del trabajo de alguien que empiece. Esta es una de las mayores taras de la sociedad que no para de recordarnos mi padre cada vez que tiene una oportunidad. Habla del árbol envejecido y enfermo que impide el crecimiento de los demás árboles a su alrededor. Habla de cómo se tiene que regenerar un bosque. Como si en el fondo estuviera hablando de una sociedad cada vez más envejecida donde la juventud se encuentra atrapada y asfixiada por la sombra que proyectan esos árboles más viejos que

quieren mantenerse en su posición y que impiden que pasen los rayos de sol a proyectar vida en los árboles necesitados de vida y de crecimiento. De esa oportunidad que no llega.

Hay también una seriedad innata en el ser de bosque expresada a través de la rigidez y la economía de palabras, más allá de una palabrería ligera adscrita a otros contextos. Aquí el exceso de palabras sobra. Los chascarrillos y los cuchicheos. Aquí se trabaja. Todo lo demás es una pérdida de tiempo innecesaria. Hay una especie de sentencia telúrica y una sabiduría canónica que rezuman las personas que han convivido toda su vida entre la textura y el olor de los hayedos o robles y su soledad invernal.

Los imagino hablando con los sarríos, con las ardillas o los búhos. Calmando a los lobos. Tolerando la presencia de los jabalíes y de los osos. Imagino el silencio en el trabajo donde tan solo el sonido de la motosierra o el impacto del hacha en el tronco suponen la única melodía o FM posible. La secuencia de sonidos diarios en el trabajo. La impresionante caída del árbol de grandes dimensiones que azota la tranquilidad del bosque al colisionar con la tierra.

El trabajo se realiza sin ordenadores portátiles ni accesorios tecnológicos ni despachos confortables a mano. La mejor oficina posible es el todoterreno, desde donde se gestionan llamadas y donde se transportan documentos y todo lo necesario en relación a la compra-venta de la madera. Se realiza el seguimiento y la recepción de las llamadas de los trabajadores que necesitan alguna indicación en relación al trabajo o se solventan situaciones críticas que puedan generarse en el día a día con el móvil a prueba de golpes. Una capa de esparadrapo lo mantiene compacto.

Requiere un gran esfuerzo ganarle el pulso a la gravedad y a la fuerza poderosa de los árboles. Quizá sea por eso inevitable que le acompañe un carácter reservado y serio a quien ha podido llegar a pasar tres meses sin salir de un bosque. Es la naturaleza salvaje la que curte el carácter de la persona y lo conecta a los instintos naturales de supervivencia, mimetizado en el entorno. Para el hombre del bosque, el ser humano de la ciudad, de una delicadeza sobreexpuesta, es un símbolo de fragilidad; el ejemplo de las esencias que se pierden al estar en un entorno sobretecnologizado y confortable.

La revolución del hombre del bosque es el mantenimiento de su estilo de vida y de su convivencia con el entorno natural sin que nadie interceda ni se

transforme. El hombre tosco y rudo del bosque es el símbolo del naturalista y del ecologista honesto y veraz.

El hombre del bosque es también tradicional, aunque no por ello deja de ser alguien con conocimientos esenciales y espirituales. Al igual que hay personas más desinformadas y con menos bagaje cultural viviendo en las ciudades y a la inversa. El entorno rural o salvaje no puede ni debe estar relacionado con el nivel cultural y mucho menos con el desprecio a aquellas personas que han tenido como eje esas labores por haber nacido en entornos rurales o naturales. De hecho, hay una corriente que se está acercando a todo ese conocimiento del entorno, de la naturaleza y de lo místico que se ha ido transmitiendo por la sabiduría popular, de generación en generación, propiciando y dotando de un eje de convivencia que incluye todo aquello de lo que se carece en los entornos donde el asfalto, los polígonos industriales y la construcción desmesurada han desfigurado la conexión con la esencia y la riqueza de un entorno. En contrapunto, el hombre del bosque se aferra a las costumbres y los quehaceres cotidianos que conforman su identidad en la relación con las estaciones, la explotación de la madera y la simbiosis con los árboles. Observan y saben de las estaciones y de sus requerimientos. Son conocedores de las previsiones del viento.

El hombre del bosque es una persona oxigenada por la pureza del aire. Por el contacto diario con el entorno natural. Ese aire resulta cortante especialmente en invierno, época en la que debe de cubrirse con múltiples capas de ropa para enfrentarse a las temperaturas bajo cero y las heladas de los riachuelos donde habitualmente beben agua. Uno de los aspectos que más subrayan quienes aún trabajan en explotaciones forestales es la fortaleza, tanto física como psicológica, que les exige el trabajo y el esfuerzo diario. Afirman que les aporta salud; que están tan fuertes como los robles que los rodean.

Existe, a la vez, un sosiego y una tranquilidad que transmiten las palabras concisas que llegan como hachazos sobre la madera. Son sentencias de un conocimiento en el que no se ha profundizado lo suficiente. La fortaleza de la tranquilidad se transmite en la manera de mirar el mundo desde ese entorno donde el sonido es el equilibrio de lo que emiten el riachuelo, el pájaro o el viento entre las hojas. No hay otro reclamo que lo natural, ya sea una planta, un árbol o un animal.

El paisaje es el epicentro y el territorio donde se curte y se endereza el

hombre del bosque. Es ahí, en esos meses en los que no pisan asfalto, donde han ido hablando con ellos mismos, la mejor manera de conocerse a sí mismos. El tiempo se paraliza y facilita un enfoque de la mirada que puede descubrir hacia dónde crece una planta y los elementos que conforman esa convivencia. La orfebrería y el mimo con el que cuidan y tratan el árbol para que el bosque pueda seguir regenerándose. Esa es la clave para que disponga de una buena salud durante las próximas generaciones.

Y recuerdo una vez más nuestras fotografías. El hombre del bosque, mi padre, sujetándome para que no me cayera mientras yo, con cuatro años, talaba un árbol con un hacha en miniatura. Él con la pierna derecha sobre el tronco preparado, sobre su hombro derecho el hacha. Yo con un jersey de lana rojo y un pantalón de pana azul a rayas. Él con pantalones blancos y una camiseta azul de tirantes. Yo con el pelo rapado por él. Él con rizos y una barba perfilada. Las fotografías son del mismo año. Los dos sujetamos un hacha. La mía era de juguete. Las suyas estaban mejor afiladas. En mi caso no hubo una necesidad. En la suya, sí. Para mí el bosque ha sido siempre un lugar de escape, en cierta manera un cobijo. Para él, algo necesario y esencial, el eje que ha vertebrado su vida. A él no se le ocurriría escaquearse del trabajo. Yo sí que lo hacía. Él nunca ha rechistado. Yo no paraba de hacerlo.

La escritura es el ejercicio que me ha acercado a mi familia y el canal con el que he podido reflexionar, indagar y encontrar pistas de sucesos que fueron borrados o acallados con el tiempo o por el pacto de silencio. He podido ahondar en los nudos que quedaban por liberar hasta encontrar la paz absoluta en relación a toda la carga genealógica y adquirida tan difícil de expulsar. Aquella neblina en la mirada. El encorvamiento de las articulaciones y las extremidades. Aunque yo no me dedique al negocio familiar en relación al bosque y a la explotación de madera, este es mi canal. Es el prisma y el amplificador desde donde me siento en el deber de transmitir la esencia, la mirada, el esfuerzo y el sudor de tantas personas como mi padre. Porque no es necesario inventar relatos ni recrear universos paralelos cuando existe una fuente tan abundante de historias y curiosidades de un mundo inagotablemente rico en matices. La lección del hombre del bosque que nunca dice una palabra en vano. El sentido práctico y la dedicación casi absoluta al trabajo y al deporte han caracterizado ese silencio del hombre del bosque.

La escritura me ha ayudado en saldar también mis deudas con mi padre. Todo aquello que fui incapaz de demostrar con un hacha en los brazos lo he ido compartiendo a través de los textos que vuelven a aquellos senderos desde donde recojo las semillas que me anclan a la tierra y a la vida; a la identidad de la honestidad y la valía, así como al esfuerzo desde la humildad sin abandonar la mirada y el paso firmes, superando los obstáculos y sorteando las barreras.

La escritura es, por tanto, mi manera de homenajear a mi padre y a todas esas personas que han dedicado su vida a trabajar y dar forma a la madera y a los bosques para poder mantener a sus familias. A ese infinito amor hacia la naturaleza. A una vida que ha dedicado por completo su amor infinito al bosque y el deporte rural vasco, aspectos que inevitablemente tienen una estrecha relación.

Es a través de la escritura donde, tras los años, me he reencontrado con mi padre, ese lugar donde se han bifurcado dos caminos que hasta ese momento transcurrían paralelos durante años. Como si fuéramos dos desconocidos.

Porque la raíz se enrosca siempre al origen, que es la tierra, a su extensión, que forma la familia.



# CAPÍTULO II

## Tierra







Crecieron bosques  
que pronosticaban con la semilla  
de un retorno sobre la tierra  
que esparcimos en los bolsillos.



Existe un mundo desconocido bajo nuestros pies. Un mundo paralelo que se desarrolla capas abajo hasta el mismo corazón de la tierra. La tierra supone el sustento y el manto sobre el que se despliega todo lo que podemos llegar a observar. Dependiendo de su composición y tipología crecerá, o no, un tipo de planta o árbol que configurará el hábitat natural.

Cada ladera y cada montaña tienen su propia historia más allá de los límites y fronteras que establece el ser humano. Existen fugas. Delimitaciones que crean los afluentes de los ríos y los precipicios de rocas donde crecen, ante la adversidad, árboles curvados enfrentándose a las leyes de la gravedad. Hay extensiones de bosques donde el paso, la trashumancia o el transcurrir de los animales han creado senderos. Caminos de tierra donde se forman ríos improvisados en días de aguacero, pero también la huella del ser humano, de las construcciones, de las presas que han provocado la desaparición de pueblos enteros.

En el trabajo en los bosques, la tierra y su composición son factores determinantes a la hora de transportar la madera así como a la hora de construir las pistas necesarias para su traslado.

La composición de la tierra y sus diferentes elementos otorgan al paisaje, según su altitud y climatología, un color diferente, al igual que varía la humedad dependiendo de su ubicación. La mano del hombre ha sido uno de los factores determinantes para transformar la configuración del paisaje y de la tierra, generando consecuencias insalvables e irreversibles.

## **EL TRABAJO SOBRE LA TIERRA**

Uno de los primeros pasos a dar en el trabajo en el bosque, después de su adjudicación tras subastas en las que las empresas madereras pugnan por un precio previsto para cada lote de madera anteriormente visitado y valorado, donde hay diferencias en el procedimiento en España y en Francia.

En España se presenta por escrito dentro del tiempo en el ayuntamiento correspondiente el presupuesto que se cree oportuno desembolsar para poder trabajar esos metros cúbicos marcados por los guardas forestales. En Francia, en cambio, dedican un día concreto en el que acuden los representantes de las

empresas a una misma sala habilitada para ello y durante esa mañana en la pantalla van saliendo los números de los que reciben una publicación y allí, en vivo, deben mostrar su habilidad de previsión pulsando el botón para pugnar por el lote correspondiente teniendo en cuenta los condicionantes relacionados con el transporte, la ubicación y las características del bosque en cuestión.

Hay que tener en cuenta si el lote de madera a trabajar requiere crear pistas que propicien la comunicación y la eficiencia en el trabajo, aprovechando las zonas más bajas para apilar la madera cortada. Esas zonas donde el acceso del camión que la transportará es mucho más fácil. A su vez, el suelo es uno de los factores más importantes a considerar a la hora de transportar la madera monte abajo. Es habitual, además, generar explanadas de barro con los tractores o la maquinaria utilizada. La tierra de por sí es limpia.

Sin embargo, la lluvia puede entorpecer enormemente el trabajo al estropear los caminos, llegando a ensuciar la corteza de la madera. Los días de lluvia se convierten entonces en días dedicados al descanso o a tareas relacionadas con la planificación y la compra de la comida. Aprovechan también para afilar las motosierras y supervisar la maquinaria. En estas jornadas solo queda esperar a que el sol termine de secar la tierra que dificulta el tránsito sin impedimentos. Si la madera llega a ensuciarse de barro, no queda más remedio que limpiarla. En esos casos, además, existe el riesgo de que se desafilen las motosierras, hasta el punto de que llegue a romperse la cadena. Los trabajos realizados al aire libre están estrechamente ligados al tiempo que haga, viéndose obligados los trabajadores durante periodos extensos a quedarse en sus domicilios en épocas en las que la lluvia o la nieve imposibilita de lleno cualquier ejercicio en el entorno natural.

Es de vital importancia, por tanto, anteponerse a las adversidades climatológicas. Sobre las pistas donde se realiza la explotación de los bosques, se crean hendiduras con las palas de los tractores para que, cuando llueve con intensidad, no se generen charcos inmensos de barro por los que no se puede pasar ni con un todoterreno ni con el tractor que arrastra la madera. Esos son los mapas internos de los bosques, de las laderas y las montañas más allá de cualquier delimitación administrativa. Todo aquello que cada día configura la naturaleza.

Mi padre nos lleva en ocasiones a través de los bosques en los que trabaja, o ha trabajado, y señala el entorno con sus enormes dedos, creando sentencias

por dondequiera que pasamos. Es allí donde crearon estos caminos que después se han convertido en los mismos trayectos a los que han dado uso los vecinos de los dos lados del Pirineo, facilitando el transporte de mercancías u otro tipo de alimentos o enseres con los coches que, en la actualidad, se pueden acercar aún más a esa geografía empinada y salvaje.

Haciendo frente a las adversidades climatológicas y al paso del tiempo, aún se erigen y se mantienen en pie más de una chabola construida por los mismos equipos que han dedicado casi toda su vida a los bosques. La luz que generaba ese hábitat en el bosque se convertía en una luciérnaga iluminando los contornos del paisaje con su murmullo. Después, cada mañana, volvían al esfuerzo de las tareas. A enfrentarse, cara a cara, al árbol inconmensurable después de que los animales nocturnos dejaran sus huellas sobre la tierra húmeda. Las pistas son las venas por las que fluye con rapidez el transcurrir del bosque. Por las que se desprende todo el agua que no puede absorber la tierra de las pendientes.

## **LATITUDES**

No es lo mismo un abedul que crece a trescientos metros que el que crece a más de mil. A menor altitud tanto la tierra como las temperaturas son más dulces, por lo que los árboles crecen con más facilidad. Los que se alzan a diferente cota tendrán un número de anillas variable. Tanto la altura como el frío dificultan el crecimiento, por lo que las anillas tendrán un diámetro mayor si las comparamos con el mismo árbol que crece a menor altura. Entre ambos ejemplares podría existir una diferencia de hasta medio centímetro.

Esto se debe a que una mayor altitud hace que la madera sea un material más comprimido, por lo que el árbol necesita más años para conseguir el mismo diámetro que uno que se dispone a menor altura. Entre las inclemencias meteorológicas, es la nieve la que más dificulta el desarrollo, puesto que con el frío el tronco engorda menos. Pasa lo mismo con la climatología adversa. En lugar de que las anillas midan, por ejemplo, medio centímetro, en las alturas cada anilla llega a medir hasta dos centímetros. La altitud hace que la madera sea más cerrada y comprimida, por lo que necesita

muchos más años para llegar al mismo diámetro de un árbol de la misma especie mil metros más abajo.

Por ejemplo, para la realización de las barricas de vino la madera debe estar limpia, sin nudos. Es fundamental el crecimiento lento de la madera y que en cada centímetro se hallen como mínimo cuatro anillos de las vetas naturales. Si el anillo crece con excesiva rapidez, deja de tener valor para su uso posterior. Si crece poco, como en el ejemplo del pino nórdico, la madera resulta ser más fina.

Existen las mismas diferencias en el volumen y el tamaño de los árboles que en las personas. Nos vemos reflejados en el porte y en los contornos en función del tipo de árbol. Esa mirada puede estar proyectada y reflejada en las anillas de los árboles, como si fuera su propio iris, canal desde donde palpar y descubrir aspectos que esconde el árbol en sí.

## **LA COMPOSICIÓN BAJO LA TIERRA**

No somos conscientes del entramado y de las conexiones que se establecen bajo las capas de la tierra y de la importancia de esa vida a la sombra donde quizá se puede establecer el paralelismo con el cableado de un PC o de las líneas de alta tensión interconectadas que regeneran, ofrecen respuestas y, en parte, encienden esta existencia.

Cuando pienso en esa vida subterránea, inevitablemente se me viene a la cabeza el recuerdo de mi padre intentando hacer frente a los topos. Cómo estos diseñan la capa de la tierra con los agujeros que realizan al sacar al aire libre su hocico. Del día en el que, al no disponer de una azada, cogió un hacha desafilada que utiliza para cortar las astillas que terminan quemadas en el brasero.

Los restos que dejan los topos a su paso son marcas de ese mundo invisible para los ojos del ser humano, una imagen diminuta de lo que se esconde y sucede a kilómetros bajo nuestro paso diario.

Bajo tierra también hay una riqueza, desconocida e invisible a la mirada, en relación a los minerales que se concentran debajo de las raíces de los árboles, que adquieren diferentes tamaños y composiciones en función no solo del tipo de árbol, sino también de las condiciones del entorno. Existe

otro mundo casi paralelo bajo esos árboles, bajo la tierra, donde se interconectan los organismos como si fueran parte de una tela de araña entrelazada hasta construir un complejísimo sistema. Se llega a hablar de un sistema parecido al cableado sofisticado que se requiere, por ejemplo, para las nuevas tecnologías. Hay un diálogo, una interconexión invisible para nuestros ojos.

Un ejemplo visible del diálogo silencioso, de ese lenguaje de los bosques y entre los árboles, es la producción de resina, con ese olor tan característico que desprende. Se trata de la reacción que transmite el árbol, a través de una serie de mecanismos, para enlazarse con otras partes del mismo árbol y con el propio bosque en sí. También ejerce como una reacción de defensa de la que disponen ante las situaciones de riesgo que se pueden generar, como podrían ser infecciones por hongos y bacterias o la presencia de insectos dañinos. A través de los compuestos aromáticos que liberan, atraen también a animales que después pueden regular esa amenaza que supone para el árbol. Todo un encadenamiento cíclico de factores que hacen que el bosque se autorregule y se cuide a sí mismo en su convivencia con las diversas especies y plantas.

Sin duda los bosques son defensores de la vida y el patrimonio de nuestro futuro. De un porvenir que podría resultar devastador e insostenible debido a los efectos generados por el hombre, que se están manifestando a través del cada vez más evidente cambio climático: un aumento del nivel del mar con las consecuencias asociadas, la reducción de miles de hectáreas de bosques y un paisaje, anteriormente mediterráneo, que se está transformando velozmente en un desierto.

Es por ello por lo que no podemos permitir que siga sucediendo la deforestación salvaje. Por ejemplo, en los bosques de los Cárpatos de Rumanía, donde los lugareños están denunciando que los nuevos contratos establecidos para la explotación de la madera son completamente irregulares, lo que está provocando la disminución, de una forma considerable, de la superficie en hectáreas de sus ricas zonas boscosas.

También existe una situación preocupante en el bosque de Bialowieza, que se extiende entre Polonia y Bielorrusia, declarado Reserva de la Biosfera por la Unesco en 1976 y Patrimonio de la Humanidad en 1979. Actualmente este bosque está sufriendo una tala sin ningún tipo de control ni medida por parte de Polonia, con una serie de argumentos que se sustentan en el esfuerzo del Gobierno polaco por erradicar la plaga del escarabajo. Esta acción la



justifican afirmando que la tala desmedida (el Gobierno ha aprobado triplicar la explotación maderera hasta ciento ochenta y ocho mil metros cúbicos al año) no está afectando a la salubridad ni a la biodiversidad del bosque.

La preocupación internacional ante esta situación se debe a que Bialowieza es uno de los bosques primarios de mayor biodiversidad en Europa, cuya extensión es, además, el hábitat natural de especies emblemáticas como el bisonte o el lince. Desgraciadamente, la tala sin ningún tipo de supervisión o regulación está perforando toda la masa forestal, lo que está repercutiendo en la vida de las especies, en su riqueza natural y, por supuesto, en la composición de la tierra, que se está viendo afectada por un incremento en su sequedad como consecuencia de todo ello.

El peligro, más que por el miedo a lo salvaje o a lo natural, viene de las descabelladas decisiones del ser humano en relación a su convivencia con el mundo que le rodea, perforando, alterando y devastando entornos ricos en especies. Una diversidad que, con la irrupción de los embalses, la tala desmedida y por intereses exclusivamente económicos, sin tener en cuenta las consecuencias que produce, transforma la riqueza del entorno en escasez de recursos. La transformación en una tierra yerma que suspira y se ve afectada por los atropellos que se siguen generando sin control y con una gran permisividad de organismos internacionales.

Algo parecido se está viendo con el auge del uso del famoso aceite de palma a la hora de producir muchos de los alimentos procesados que encontramos en el supermercado. Mientras se están destruyendo bosques tropicales y arrasando islas enteras para aumentar las plantaciones, con el objetivo de cubrir una demanda de esta materia prima cada vez mayor y dado el menor coste de este aceite para elaborar los productos, los consumidores se preocupan al descubrir que muchos de los alimentos procesados que tienen a su alcance llevan en su composición ese aceite, como si durante décadas no hubiera estado presente en las estanterías.

En relación a ello, durante los últimos años no han parado de llegar noticias e imágenes desoladoras e impactantes de la deforestación masiva en plantaciones de Asia y, sobre todo, en Papúa Nueva Guinea e Indonesia. Gigantescas extensiones de bosques tropicales son arrasadas y suplantadas por plantaciones de palma. Es aquí donde la demanda alimentaria, pero también de cosméticos, combustibles o hasta de medicamentos y productos de parafarmacia, de Occidente está repercutiendo en la transformación de

tierras y países, obviando una vez más el valor de los bosques y del ecosistema, provocando, si hace falta, hasta incendios con la deforestación como consecuencia.

Es el cultivo industrial y desmedido, que propician los incendios sin control, lo que ha convertido a Malasia, con un cincuenta por ciento de pérdida de la masa forestal, en el país con mayor deforestación del planeta y, debido a ello, en uno de los focos más preocupantes de emisiones de dióxido de carbono. Este gas de efecto invernadero incide directamente en el calentamiento global del planeta, un efecto por el que calculan los expertos que la temperatura de las ciudades aumentará en cinco grados centígrados dentro de ochenta años.

Según los datos de Naciones Unidas, más de las dos terceras partes de la población mundial vivirá en las ciudades en el año 2050. Sin duda, los bosques se convertirán, aún con más razón, en fuerte y hábitat donde cobijarse y llevar una vida alejada de lo que representa la rutina sobre el asfalto. Aunque tampoco los bosques se salvan de los efectos del cambio climático. Al igual que en otras zonas de la Península, la temperatura ha aumentado levemente en los Pirineos, lo que repercute en la mayor brevedad de la permanencia de la nieve en los picos más altos.

Afortunadamente, hoy en día existen un mayor conocimiento y concienciación en relación al respeto y el cuidado de los bosques. Es por ello por lo que la intervención de los agentes implicados y de los ciudadanos es muy importante. La enseñanza, pilar de todos los valores y conocimientos, debe partir aquí desde el núcleo familiar. Es ahí desde donde se transmite también el amor hacia la naturaleza y los animales.

Al ser el hábitat de un sinfín de especies animales y de plantas, los bosques atraen también a la diversidad, lo que termina haciendo posible asimismo una mejor calidad del aire y convirtiéndose en el mejor fuerte y defensa ante el imparable cambio climático que está convirtiendo el planeta en un lugar cada vez menos habitable, azotando en episodios cada vez más intensos de sequía, inundaciones, vendavales o incendios forestales.

## **LA TIERRA SE TRANSFORMA**

La tierra es también el hábitat que va cambiando de forma constante con el desplazamiento geográfico. Es cierta esa sensación de ir contemplando cómo se va transformando el paisaje mientras atraviesas la Península, desde Madrid hasta los Pirineos. La tierra árida y rojiza de las llanuras y los páramos de Soria, atravesados por la autovía de Navarra, da lugar a extensiones interminables de girasoles entre pequeños pueblos donde los árboles son apenas presencias individuales. Árboles que van creciendo en número a medida que el verdor se intensifica con cada kilómetro que nos acercamos a los valles del norte.

Esa sensación crece al atravesar los túneles que dejan atrás la localidad navarra de Aoiz, a unos treinta kilómetros al este de Pamplona, para adentrarse en el valle de Arce. Allí se perciben la presencia y la magnitud tanto del pino silvestre como de algunas hayas, a través de la carretera comarcal que, de sur a norte, sigue la senda del río Urrobi con sus curvas cerradas y la magnitud imponente y el verdor de los bosques que se ramifican guiándonos hacia el norte, como brújulas naturales.

Las superficies boscosas se expanden después de Aoiz, cuando dejamos atrás el embalse de Itoiz. Un embalse que está cada año más seco y vacío, con el que ahogaron, bajo sus metros cúbicos, los recuerdos y las vidas de los habitantes que se resistían a dejar todo aquello que daba sentido y significado a sus vidas. Desaparecieron entonces de los mapas, y de la mirada desplegada hacia ese punto concreto, las casas que fueron abocadas al olvido y la dejadez institucional.

En los Pirineos la construcción de presas ha engullido bajo la calma de sus aguas la memoria, tanto familiar como colectiva, de esa tierra y de los pueblos, ahogando bajo metros cúbicos de agua la convivencia y los recuerdos de muchas familias. Pienso en la construcción del embalse de Yesa sobre el río Aragón, que supuso el fin para el transporte de la madera desde los valles cerrados del Pirineo hasta las zonas ubicadas en el sur, a través del río Esca, en las denominadas almadías, una especie de balsas realizadas con madera que servían para bajar la producción desde lo alto de la montaña hasta la parte baja en el sur.

Las últimas almadías que bajaron desde los valles pirenaicos datan del año 1952, fecha en la que la construcción de los hormigones del embalse de Yesa, entre el noreste de Navarra y el noroeste de Zaragoza, hizo inviable el paso de los almadieros, acostumbrados a atravesar esa comarca hasta las serrerías

más cercanas con la fuerza del río como guía. Más adelante profundizaré en esta tradición que es recuperada cada año en el Día de la Almadía, fiesta declarada de interés turístico nacional que se celebra a finales del mes de abril, o a principios del mes de mayo, como recuerdo a los almadieros de los valles navarros de Roncal, Salazar y Aezkoa, realizando una multitudinaria demostración a través del río Esca, que finaliza en el puente medieval de Burgui.

Las vidas de los habitantes de los pueblos de Tiermas y Ruesta quedaron soterradas bajo los planes de la Confederación Hidrográfica del Ebro para construir el embalse de Yesa, ubicado cerca de la frontera zaragozana con Navarra, a unos sesenta kilómetros de Pamplona. En la localidad de Escó, una de las que quedó anegada en su mayor parte debido al embalse, cuatro personas que se dedican al pastoreo del ganado lanar mantienen vivo el espíritu del pueblo. Después de que se desvaneciera la sombra de los últimos habitantes que se negaban a dejar la vida que solo podían entender en aquel entorno, se cerraron las últimas puertas de las casas que se alzan sobre la colina y que captan inevitablemente la mirada de quienes atraviesan la comarca de Jacetania.

Alrededor de mil quinientas personas tuvieron que dejar su hogar para ubicarse en su nuevo hábitat. En la inauguración del embalse de Yesa, en el año 1959, en la que estuvo presente Francisco Franco, se anunció que podría regar hasta trescientas mil hectáreas, con la capacidad de convertir una tierra seca en una «vega fértil y espléndida». A lo largo de diez kilómetros, el que hoy sigue siendo conocido como el mar de los Pirineos es la superficie más extensa para navegar en Aragón. Para ello se inundaron más de dos mil cuatrocientas hectáreas de cultivo en el valle de la Garcipollera. Para evitar fenómenos erosivos que podrían afectar a la construcción del embalse, el Estado repobló sus montes y expropió los terrenos para reforestar. Los buzones de las casas de Villanovilla, Larrosa, Acín y Bescós dejaron de recibir postales de familiares o de amigos. El murmullo de los atardeceres de verano se suplantó por el silbido del viento.

En la actualidad existe una preocupación compartida en los pueblos cercanos al embalse, que han ido despoblándose también por el miedo a las consecuencias que puede acarrear una hipotética grieta o fisura en las paredes de hormigón. Este mismo año la Confederación Hidrográfica del Ebro constató que anualmente la ladera derecha se está expandiendo un centímetro.

Los habitantes de los pueblos cercanos tuvieron que pasar dieciocho meses, entre diciembre de 2012 y julio de 2014, preparados y activados por el segundo nivel de emergencia. En la actualidad está en el primer nivel de emergencia. El miedo se debe a que existen informes de geólogos que constatan que puede pasar alguna catástrofe a partir de los movimientos que están sucediendo.

Desde el 16 de junio del 2003, los valles de Arce y Lónguida, en el noreste de Navarra, también se presentan más vacíos y con su paisaje de pueblos y bosques transformado. Un embalse de mil hectáreas cambió para siempre la apacibilidad de los valles con mayor despoblación de Navarra, borrando del mapa los pueblos de Artzi, Gorritz, Muniain, Ezkai, Orbaitz, Itoiz, que le da nombre al embalse, y la parte sur de Nagore.

La convivencia y las vidas de quince familias del Prepirineo navarro se vieron afectadas de la noche a la mañana, hasta el punto de borrar del mapa la historia de siete pueblos por el proyecto que se construyó con el argumento de regular el río Irati para abastecer las zonas urbanas, industriales y agrarias de Navarra.

Las razones de seguridad por las que vaciaron los pueblos aledaños al proyecto supuso también una condena y un sufrimiento para sus habitantes, que intentarían guardar en la retina de su memoria por última vez el patio de sus viviendas, con todo lo que sucedía a su alrededor. Los bosques se convirtieron aquí en el refugio de quienes querían presenciar la catástrofe que se avecinaba mientras los últimos vecinos que se negaban a abandonar sus domicilios permanecían aferrados a ellos. Hubo en el pueblo de Artozki quien prefirió quemar su propia casa antes de que las propias máquinas la derribaran. Se cerraron las carreteras y no se permitió que los medios de comunicación se hicieran eco de aquellos acontecimientos que aún recuerdan los afectados.

Se sintieron desahuciados, sin la visión de esas casas ni de la tierra que los vio crecer y dio sentido a su ideario emocional. Ermitas, iglesias, palacios, torres y caseríos fueron demolidos. Una parte de su historia fue desgarrada como si el recuerdo de los enseres, muebles, fotografías, todo lo que permanecía en aquellas casas se borrara por el agua que lo cubrió todo.

El pasado se convirtió en un amasijo de escombros donde se deshacían los caminos, los recuerdos, las casas y los lugares comunes que se inundaron

nada más girar la cabeza. Mientras se alejaban de la tierra que los vio crecer, de los bosques donde aprendieron los límites de la madurez.

## **EL RÍO: AFLUENTE DE LA VIDA**

Los nacedores de los ríos son lugares con mucho simbolismo y representan el fluir de la corriente del agua que se desplaza desde un punto concreto ubicado en alguna vertiente de las cordilleras. Como si de las montañas y de los bosques, con su manto de colores y tonalidades dispares, emanara el afluente de la vida. Ese chorro sin fin que aún sigue mojando la algarabía de los niños que saltan con ímpetu sobre la fuerza de las aguas y, sobre todo, el frío habitual al tacto de los riachuelos del entorno pirenaico. El mejor antídoto después de un trayecto de senderismo para refrescar los antebrazos, las manos, las piernas y la cabeza. La mejor combinación después de enfrentarse a las exigencias del paisaje.

Los bosques, además de emitir cantidades ingentes de oxígeno al planeta desde esa riqueza en especies y biodiversidad, son también el epicentro de las gotas de agua que recorren su caudal trazando un recorrido natural desde lo alto de la montaña o desde un punto álgido. De esa manera, los riachuelos convertidos en ríos, además de atravesar los valles, delimitan y dibujan la cartografía de un paisaje que está siempre en movimiento hasta llegar a la simbiosis con el mar.

Hay muchos lugares mágicos que desprenden una energía ilimitada, que es cercada siempre por las composiciones naturales que se han ido formando con el paso del tiempo. Lo cristalino y lo puro, en cuanto al sentido natural, se asocia a ese imaginario donde la humedad genera gotas de agua sobre las hojas y, de repente, produce una bajada de la temperatura de forma abrupta hasta que se puede sentir una caricia que refresca todo el cuerpo calmando sus males. La estampa que se crea cuando aparece la neblina alrededor de esos riachuelos en las mañanas soleadas es realmente obra de la magia creada por la naturaleza que se nos brinda cada día. Está en nuestro ánimo y nuestra mirada captarlo, valorarlo e incorporarlo.

Así, mientras que en el asfalto se genera una humareda por el calor bochornoso, en los nacedores de los ríos es la humedad la que genera una

bruma que nos puede recordar a la neblina, a la que le cuesta desperezarse de esos paisajes bajos de los valles, generando un mar blanco y amaneceres de visiones espectaculares si uno logra erigirse en un punto más alto y contemplar así uno de los efectos más espectaculares que se genera en los valles del norte de Navarra. Son los lugares ideales para cobijarse de los veranos cada vez más asfixiantes en las grandes ciudades, sobre el asfalto humeante, en las que es difícil, o prácticamente imposible, desprenderse del calor asociado a la contaminación concentrada que se impregna en los cuerpos.

Hay muchísimos enclaves y lugares donde guarecerse del ruido de la ciudad, del estrés de los compromisos y de las exigencias que sobrepasan lo confortable para convertir al ser humano en un simple ejecutor dentro de la cadena de engranaje de producción. De estar atado a unos horarios y a un lugar concreto, pasando más tiempo en el entorno laboral que en el domicilio hipotecado y con serias dificultades para pagarlo. Se ha comprobado la magnitud positiva de los efectos terapéuticos que ejercen en las personas los entornos boscosos o naturales que abordaré más tarde. No somos realmente conscientes del impresionante chorro de energía que emana ese entorno, al que no le dedicamos ni cinco minutos cada día. Ni tan siquiera la proyección del pensamiento.

Esos lugares mágicos han inspirado varias leyendas relacionadas con las *lamiak*, personaje mitológico con cola de pez, patas de pato y un torso de mujer, que aparecían siempre con un peine de oro sobre una roca al borde de los ríos y nos remite al enclave de la caudalosa cascada de Xorroxin, ubicada en las cercanías de Gorostapolo, a unos veinte minutos al noroeste de Elizondo, centro administrativo del valle de Baztan. Se trata de uno de esos enclaves donde puedes sentir cómo el agua que cae con fuerza impregna todo el entorno, humedeciendo cada poro del cuerpo sin necesidad siquiera de sumergirse en el pequeño embalse natural que se crea, conocido como Lamiputzu (charco de las *lamiak*).

Y aunque vivía muy cerca y trabajaba en la radio que tiene su mismo nombre, mi madre y yo no descubrimos ese enclave mágico, húmedo y frondoso hasta el año 2015, poco después de que falleciera mi abuela Leonita. Como si fuéramos buscando el consuelo en los enclaves que dotaron de creencias y significados a las anteriores generaciones del valle. Cuántas veces sucede que, aun teniendo alrededor lugares majestuosos, o incluso

cualquier lugar de interés para turistas de otras regiones, no llegamos a valorar lo suficiente esa riqueza hasta el punto de no conocer todos los secretos que esconden los Pirineos Atlánticos.

El enclave de Xorroxin, además de ser una cascada, es uno de los nacedores del río conocido como Bidasoa, que comienza con el nombre de Baztan cuando recorre las tierras del valle homónimo. Siempre me ha llamado la atención cómo en una misma comarca este río transforma su nombre después de dejar atrás la delimitación de un territorio sin que existan verdaderos cambios significativos en la orografía llana hasta llegar al mar Cantábrico, entre las localidades de Hondarribia y Hendaia.

El trayecto a pie, a través de un sendero de norte a sur que no supera los seis kilómetros, que llega a la cascada de Xorroxin se puede comenzar en el pueblo de Erratzu, ubicado al norte de Gorostapolo. Es conocido también por el puerto de seiscientos setenta y dos metros de Izpegi, que conecta con el pueblo de Baigorri, perteneciente a la Baja Navarra del País Vasco francés, un pueblo con el que los habitantes de Erratzu siguen teniendo relación estrecha con cuestiones centradas en el trabajo agrario y sobre todo de ganadería. Esta ruta, además de la compañía de la fuerza del sonido de la cascada de ciento veinticinco metros de Xorroxin, presenta castaños trasnochos centenarios y el paisaje compuesto por la humedad que da forma a líquenes, helechos y piedras resbaladizas.

Es cierto que, al igual que la altitud de las montañas, los ríos también han ejercido como límites transfronterizos que guardan en su interior cientos de historias de huidas y de retornos. En la comarca del Baztan-Bidasoa, durante los años de escasez del franquismo, era habitual que cada día hileras de contrabandistas atravesaran los ríos en busca de esas pesetas tan ansiadas que no llegaban con el trabajo, empeño y esfuerzo diario con el ganado o en el campo. Mi abuelo paterno Joxe Mari fue uno de aquellos valientes que partían cada noche con sacos de café, o guiando al ganado para despedirse de la carga de los animales, balbuceando alguna palabra en francés. O en absoluto silencio. Con apenas la complicidad de la luz de la luna llena que guiaba aquellos pasos que sabían los recovecos, escondrijos y caminos nocturnos que atravesaban en la noche cerrada.

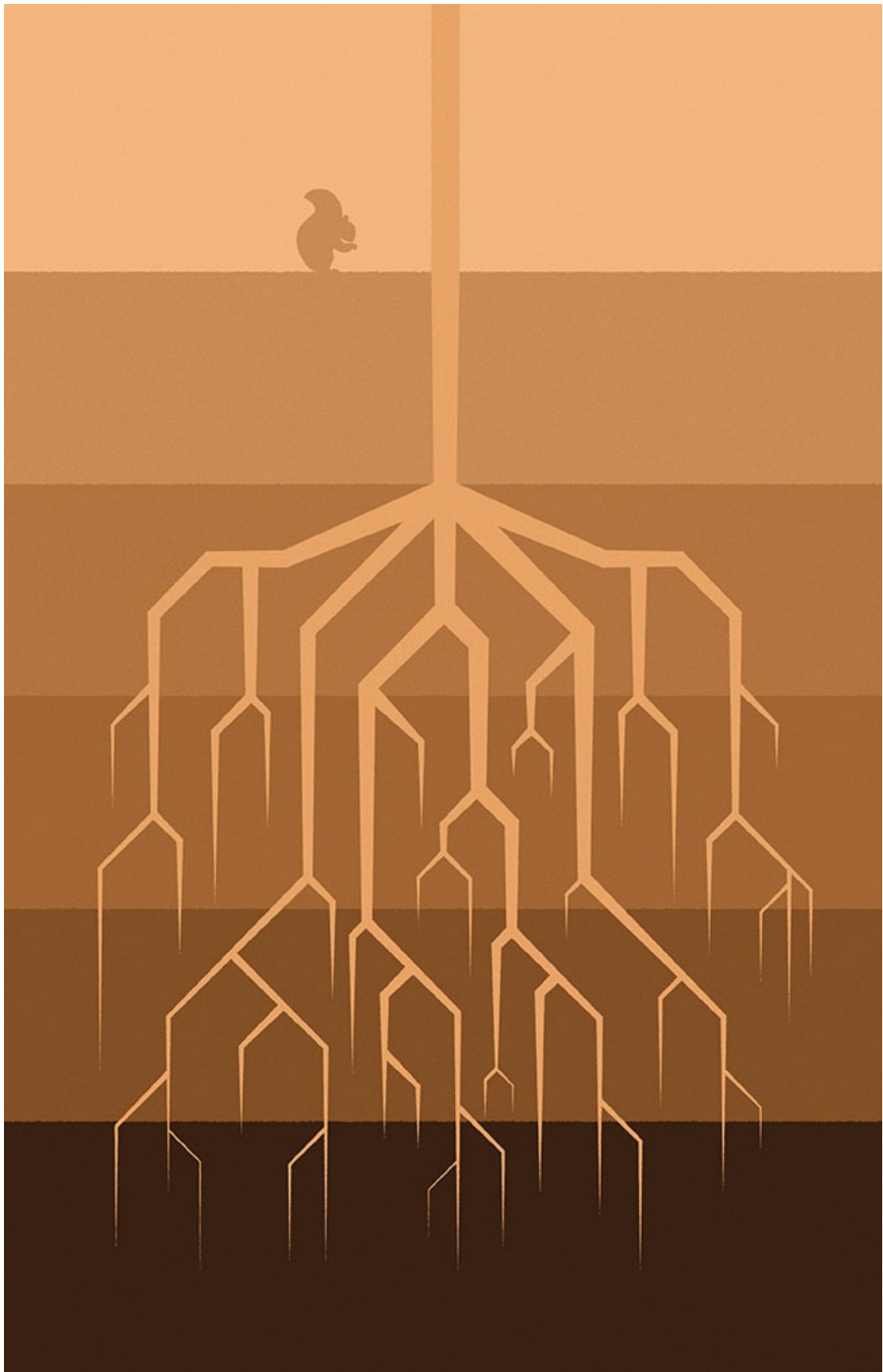




# CAPÍTULO III

## Raíz





*El bosque es una constelación  
enraizada de luciérnagas.*





*Es raíz el eje de vida que, ramificado, clarifica la sinceridad de la mirada. El contorno que envuelve en sus vértebras las palabras desgarradas por la tierra. El temporal que claudicó como manto con el murmullo salvador y salvoconducto de la mitología reconvertida en la pesadumbre de las pestañas cosidas a contraluz. En la raíz está la esencia de la permanencia. La de pertenecer a una tierra que da significado y es columna vertebral de toda fuga y huida. En la raíz despunta el recogimiento de las flores que arrancaron y esparcieron por los caminos desandados de la juventud. Porque es raíz también el punto de partida. El lugar al que volver siempre. La ráfaga de viento que es luz fugaz en el pensamiento litoral. La existencia que permanece, forma parte y se trasluce en ráfagas en las ventanas. En aquellas que dejaron de reflejar hace décadas el corretear del pan fresco de cada día bajo el brazo. Raíz es sabiduría donde caben retornos. El agua que vuelve siempre a su cauce. Es estar, siempre, donde dicta al unísono el paso duradero, ese que llegó para vencer a las heladas del invierno y plantar así la semilla del nuevo refugio, la sombra donde guarecerse, a pesar de todo. En la distancia oculta que marca la hojarasca sobre la tierra[4].*

La raíz es el sustento de la madera, el manto desde donde se ramifican las anillas de décadas de los árboles. Sin las raíces, sin esa estirpe, no hay tronco ni árbol; es lo que amamanta y germina su crecimiento y abastecimiento.

Las raíces del abeto suelen ser habitualmente más superficiales y anchas. Las del roble, en cambio, se arraigan con más fuerza a la tierra que le da vida, por lo que necesitan algo más de tierra a su alcance. Si hay presencia de rocas, la profundidad de las raíces se verá limitada.

Siempre me ha atraído la imagen de las raíces invertidas, la visión de las raíces convertidas en ramas y viceversa. El binomio, la imagen de dos elementos enfrentados en la simbiosis de su conjunción. Entendiendo la ramificación como la floración de la vida que puede mostrar un retorno, con esa recuperación de lo añorado y de lo dejado atrás. Las raíces desde las cuales, y gracias a ellas, la cadencia de las ramas ondea al viento: falanges desprovistas de su cobertura en invierno, dedos forrados de hojas en primavera.

Porque la raíz, además, sujeta el imaginario de las ramas. De todo lo que pueden alcanzar hasta casi rasgar ese límite con el cielo. Es la conexión entre la tierra y el infinito. Son las formas que adquiere la memoria del árbol en la



esfera visible y luminosa mientras la otra crece en sentido contrario y sin esa luz.

Son las dos partes que conforman el todo desde la diferencia. Una, bajo tierra y sin luz, enroscándose y estirándose entre rocas y un ecosistema subterráneo que forman desde los animales más microscópicos como hongos y bacterias hasta numerosos reptiles, insectos y mamíferos.

La otra parte se expande hacia el horizonte. Hacia la vida que florece y da su fruto hasta diversificarse en las más variadas formas sobre el manto que cubre la tierra. Las bifurcaciones de los dedos de la mano reclinados en el (a)brazo de la vida.

## ESENCIAS DE RAÍCES

Tengo oído que los versos de la poesía son como los hachazos. Que la terminación de cada uno de los versos se asemeja a un nuevo corte en el tronco. La supuración en las pieles secas, la resina. Desde que nací he vivido enraizado plenamente en el deporte rural. En los cerrados bosques me perdía con mi padre y mi tío, ambos aizkolaris, entre el eco de los hachazos y su reflejo en la penumbra provocada por las ramas. De pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, de campeonato en campeonato.

Siempre he tenido cerca a los aizkolaris y los deportistas rurales más famosos. Mi padre, mi tío. La piedra, el pueblo. Una muestra del modo de vida silvestre. Siempre han utilizado un tipo de hacha para astillas grandes y otra diferente para las astillas pequeñas. Como en la literatura. La novela y la poesía. El gigante y la polilla.

Nací para ser deportista rural. ¡Cuántas veces me ha dicho mi padre que tengo planta para ser un excelente levantador de piedras! De pequeño levantaba piedras de madera con él a mi lado. La tensión de las grandes competiciones ha mermado con la colección de *txapelas* del salón. Mi padre, alerta, sosteniendo un hacha entre los brazos. El verso, ¡zas!, en el corazón del tronco, de igual modo que el hacha afilada proyecta el corte evitando los nudos. La pluma es mi hacha. La fortaleza genética de la gente de la montaña. El ser humano y la naturaleza. De la generación sucesora de hombres y mujeres surgidos en el acantilado de la naturaleza.

Es mi padre quien sigue viviendo con el brillo en los ojos, en semblanza y simbiosis con los montes. Es un hombre del bosque. Por eso, para que dejara de insistir en que colaborara en su ejercicio diario de cortar la madera, tuve que mostrar habilidad en algo diferente. Así, comencé a ganar premios de literatura juvenil. Escribir se convirtió en un intento de comprender la vida y ahuyentar el dolor. En el entorno del campo, la literatura era la burbuja que me mantendría a salvo. La piedra preciosa que me alejaba y me protegía.

«Nunca he visto tanta vida en una mirada tan triste». Es mi frase de cabecera de la época en la que comencé a escribir en la adolescencia para liberar nudos y alambradas mientras sonaban melodías grunge. En todo momento me sentía a mí mismo, a mi cuerpo, como a un extraño. Encadenado, debilitado, un adolescente sin vida. Sin esperanza, atrapado desde las entrañas. Solo escribiendo lograría huir de una realidad sin motivación, hasta transformarla en el empuje de esa realidad. La palabra convertida en aliento. Cada frase, una punzada contra el decaimiento.

Es día de fiesta en el pueblo. En la lejanía, los *bertsolaris*, que tienen el don de improvisar con las rimas. Las cantinelas de una época. Mi padre estornudando en la cocina. Mi madre con la abuela, triste por los achaques de la vejez, en la plaza. Al dejar el libro publicado encima de la mesa, mi padre me dijo que me había hecho un hombre. Mi hermano, que me compraría la entrada para la comida de las fiestas del pueblo. Hace años que no me acerco.

Sacudo los fantasmas de la memoria con la poesía. Coso las rasgaduras de la ausencia. Asigno una coreografía refinada alrededor de la vida, admitiendo los restos de claridad. A pesar de ocuparme en los poemas de la parte oscura y dolorosa del ser humano, no lo hago más que para mantener la pureza de la esencia.

La literatura como purificación. Al modo de una racha de aire de otoño, se llevará la hoja. En cambio, no la rama. La raíz. Colorear los frutos con los significados, la esencia de las ganas de vivir. Las respuestas, antes que las preguntas. Una vida dentro de otra. Como los anillos del tronco.

*Los fines de semana pasábamos días enteros en el monte. Aunque solo estuviéramos un día, él montaba la tienda de camping. Necesitaba sentir de cerca la naturaleza. Al finalizar el curso escolar, no callaba hasta que partíamos con la caravana enganchada al todoterreno. Nos despedíamos así para todo el verano. Era la única manera en la que estábamos con él. Ha sido quien nos ha descubierto los lugares recónditos a los dos lados del*

*Pirineo. Quien depositó nuestra educación en manos de ella. Me llevaba con el camión a cargar madera a través de pistas embarradas en días en los que la neblina deshacía el paisaje, el mismo que forjaba nuestra manera de permanecer en el mundo. Entre bosques, riachuelos y montañas. Esa es nuestra guarida. El lugar al que volveremos siempre[5].*

## **SECUENCIAS DE UNA HISTORIA COMPARTIDA**

Mi padre subido a un árbol.

Mi padre trepando un árbol.

Mi padre haciendo de oso.

Mi padre sujetando mi culo para que me agarrara a alguna rama.

Mi padre pescando a mano.

Mi padre colgado a algún árbol con el impulso de sus brazos.

Mi padre y su eco en el bosque.

Mi padre haciendo un agujero en el tronco para poner las tablas donde sujetarse después y continuar trepando y girando alrededor del árbol.

Mi padre, su seriedad y rigidez que han ido transformándose en el sosiego que redondea sus formas.

Mi padre despertándome a las cinco de la madrugada para que le acompañara con el camión en mis días de vacaciones del colegio.

Mi padre comprando una tarta de manzana y un *gateau-basque*.

Mi padre regresando de la Bretaña francesa después de trabajar dos meses sin volver, con un cargamento de regalos y de dulces.

Mi padre con su barba prominente.

Mi padre construyendo con ramas una chabola los domingos, el único día en el que podíamos disfrutar junto a él.

Mi padre cortando un árbol a cuatro metros del suelo.

Mi padre echándose la siesta al aire libre.

Mi padre haciendo sus necesidades en el bosque.

Mi padre dándome un billete para que pagara la cena.

Mi padre poniéndome un casco de plástico antes de subirme a la moto en miniatura que me había regalado la tía Juanita.

Mi padre sujetándome sobre el tronco.

Mi padre dándome indicaciones sobre cómo cortarlo.

Mi padre gritándole a los jueces de la Federación Navarra de Deporte Rural.

Mi padre queriendo realizar más de una demostración en un mismo día.

Mi padre recorriendo seiscientos kilómetros para actuar por la mañana en una plaza y por la tarde en un frontón.

Mi padre sonriendo después de alzarse como ganador de un campeonato.

Mi padre nervioso antes del campeonato.

Mi padre viajando por el mundo.

Mi padre tirándose de una tirolina.

Mi padre ronco, después de no parar de dar voces en el frontón, tras apoyar a su hermano Donato, aizkolari de gran recorrido y prestigio.

Mi padre llorando por primera vez en la presentación de *Niebla fronteriza* en Madrid después de las palabras del poeta y amigo Juan Carlos Mestre.

Mi padre participando como entrenador en un *reality show* de la ETB.

Mi padre, que llegaba de noche a casa, abriendo la puerta de mi habitación. Muchas veces me hacía el dormido.

Mi padre animándome a que subiera los tres peldaños de la escalera de metal que dividía dos rocas separadas en lo alto de la montaña mientras divisaba el lago que ansiábamos ver después de dos horas de caminata.

Mi padre insistiendo.

Mi padre, que siempre me repetía que después de días oscuros llegan otros más claros.

Mi padre, que en una entrevista para Canal + declaró que «de Pamplona para abajo todo es Andalucía».

Mi padre, que siempre se ha preocupado de que no saliera sin dinero de casa.

Mi padre, a quien le he reprochado.

Mi padre, que sin darme cuenta tanto se ha esforzado por nosotros.

Mi padre, que ha sido la forma en la que ha tenido de demostrar su amor, su presencia.

Mi padre, hombre que con los años se ha permitido amansar.

Mi padre, que no se olvida de preguntar si están bien los madrileños.

## LA BÚSQUEDA DE NUEVOS HORIZONTES

Mientras yo a los seis años jugaba en la alfombra del salón a carreras de coches, mi padre, en los inicios de la década de los sesenta hizo solo el trayecto desde el pueblo de Aranaz hasta Almandoz en un camión rodeado de ovejas. No tuvo tiempo ni ocasión para juegos ni juguetes. Comenzó a trabajar realizando labores de ayuda en el caserío de Iturri del barrio de Mendiola de Almandoz aún siendo un niño.

Era conocida y concurrida la venta de San Blas, ubicada en el kilómetro ocho de la NA-1210, que conectaba con el camino de los caseríos del barrio de Mendiola de Almandoz en la vertiente norte del puerto de Belate. Además de los vecinos, eran habituales los camioneros que hacían la ruta de Pamplona a través del puerto antes de la construcción de los túneles a través. Allí le esperaban el abuelo Joxe Mari y su hermano Ramón, que habían llegado unos días antes.

Al abuelo se le había quedado pequeño el caserío de Perikonborda, en Arantza, por lo que encontró en la nueva ubicación del caserío de Goldaburu el entorno propicio para que sus siete hijos disfrutaran de la extensión del paisaje y pudieran también ayudar con el trabajo rodeados de mayores extensiones de prados. Comenzaría así una nueva vida en el caserío ubicado más al sur del barrio de Mendiola de Almandoz, a un costado del puerto de Belate, cerca del límite donde termina el valle de Ulzama y comienza el valle del Baztan. Ahí es donde empezó la historia de mi padre.

Porque la historia de mi padre es una historia de superación.

Y no me refiero estrictamente al esfuerzo que ha realizado y a la fuerza desempeñada durante toda su vida en el entorno natural y el trabajo con la madera. La historia de mi padre es también el relato de muchos de esos padres que nacieron a mediados del siglo pasado en una época en la que los tentáculos de la dictadura se extendían hasta las aldeas más recónditas, comprimiendo vidas e ilusiones. El enfoque de la visión era como el de una cámara reducida. La contemplación de la realidad a través de los catalejos.

También es la historia de quienes tuvieron que enfrentarse a la escasez de medios y a una vida que, desde pequeños, les exigía dedicación diaria al trabajo de forma absoluta para que ningún familiar pasara hambre. La historia de los que no pudieron conocer la placidez e inocencia de la niñez y tuvieron

que enfrentarse a los retos que les presentaría la vida tras el fallecimiento del abuelo.

La historia de mi padre es una historia de honestidad y valentía.

Y no me refiero estrictamente a los logros alcanzados en el deporte rural y los avatares a los que se ha tenido que enfrentar a lo largo de tantas décadas trabajando en esos bosques pirenaicos en los que pasaba largos periodos de tiempo sin visitar a su familia o amigos.

La historia de mi padre es también una historia de amor. Hacia el bosque, hacia su tierra, hacia su familia.

La historia de mi padre esconde en sus pliegues una gran lección de vida.

Mientras yo me he dedicado a la literatura, el lápiz de mi padre ha sido el hacha. Con ella ha ido dibujando sobre la corteza de los árboles, en el corazón de los troncos. Ha rasgado sobre la madera el sudor de su pensamiento. Desde pequeño aprendió a utilizar las herramientas con las que trabajar en el caserío. Su escritura se ha expandido a través de los bosques de los Pirineos. Su paso certero reordena el clamor del paisaje que pisa con equilibrio entre la contundencia y la destreza. Ha ido dejando su huella en las astillas que con el tiempo ha absorbido la tierra en sus entrañas. En cada bosque que ha atravesado su paso ha abierto un nuevo libro, ha cerrado el anterior. Ha hurgado en el corazón de los bosques, ha palpado el tacto de sus anillas, como si estuviera codificando el alfabeto braille a través de sus texturas.

Nadie se queda indiferente después de darle la mano a mi padre. Además de llamar la atención con sus dedos voluminosos, su mano extendida emula a una raqueta. Aprieta con la fuerza de la presencia que transmite su savia, todas las células que lo mantienen activo y enérgico. Como el zarpazo de un animal salvaje del bosque. Su interacción es de verdad, nada que ver con las personas de manos endebles que al estrecharles la mano da la sensación de que se está manipulando la plastilina del colegio.

Es inevitable que en la interacción cercana mi padre transmita fuerza y contundencia. La mirada del águila, la severidad del lobo. Tiene la agilidad y destreza del zorro que se mimetiza en el bosque con firmeza. Con la determinación y la claridad de lo que es puro, ancestral y auténtico. De quien anda por la vida sin dobleces. A veces le ha jugado alguna mala pasada no encontrar las palabras acertadas para expresar lo que tiene en su mente. Y

más si debe referirse a conceptos como amor, cariño o cuidado. Como si desde la infancia le hubieran robado ciertas expresiones de su imaginario. Como si no le hubieran enseñado a expresar lo íntimo. Aunque ha aprendido a transmitir las cuestiones más personales con sus herramientas afiladas en el entorno boscoso, con el filo de un humo dulce.

Yo intentaba argumentar que no eran comparables su contexto y el nuestro. Su vida y la nuestra. Él nació en la época del hambre de la dictadura; nosotros, en una democracia en pañales. Él nació en un caserío. Nosotros en el hospital. Él portaba al hombro hachas de trabajo desde la infancia. Las nuestras eran de madera. Él, desde que era un niño, tuvo que ir a ordeñar vacas y realizar labores en los caseríos cercanos. Para él el deporte era una necesidad; para nosotros, un capricho. A él se le murió el padre cuando tenía diez años. De los siete hermanos quedan dos, los únicos deportistas de la familia.

## **EL (DES)ARRAIGO COMO RAÍZ**

Creo que uno de los mayores duelos de mi padre, además de las sucesivas y trágicas muertes prematuras de cinco de sus hermanos, ha sido que ningún hijo le haya dado continuidad a todo aquello que ha sido, y sigue siendo, el eje de su vida. Tampoco sería tarea fácil para cualquier descendiente poder alcanzar las hazañas y campeonatos en los que se alzó con el primer puesto. Son contadas las personas que poseen ese nivel de superación, porte, dureza y competitividad.

Cuántas veces habrá soñado con haber tenido un hijo que siguiera sus pasos en el ejercicio del deporte rural y se erigiera en la primera línea de las competiciones. Pero tanto mi hermano como yo no estábamos preparados. En más de una ocasión nos ha dicho que no encontraríamos alguien que supiera más del deporte rural y sus recovecos. Que muchos jóvenes quisieran tener a alguien como él a su lado. Que estábamos perdiendo una oportunidad única. Su sueño se vio truncado.

No hay nada que le hiciera más ilusión que preparar a un hijo de cara a una competición o apuesta. Porque esa savia del hombre expuesto al público, del hombre que se viene arriba en las plazas o frontones, forma parte indivisible

de su identidad y su carácter. De ser un personaje público conocido y reconocido. Él es el que más disfruta, al finalizar las performances que realizamos juntos, donde representamos la semilla del reencuentro entre generaciones, el diálogo entre la tradición y la vanguardia, entre el hombre del bosque y su hijo poeta. Los nudos convertidos en rama. Esta demostración honesta e intensa de la esencia rural y de la vuelta a los orígenes se simboliza a través de la madera y los sonidos que genera en el esfuerzo.

Como poeta, en esas representaciones vuelvo a los orígenes junto a mis padres, creando una cosmogonía donde dialogar con el pasado, los ancestros y caminar así por los senderos donde hallar los símbolos y significados anclados a ese lugar mágico. En ese trayecto los sonidos creados por ellos se conjuntan con la dicción de los textos, generando una ambientación y sinergia donde existe una demostración tangible de esa unión y celebración familiar y de los caminos anteriormente bifurcados. Habitualmente el público se le acerca a mi padre para preguntarle sobre el deporte rural o el tipo de madera que ha cortado. Se escuchan su risa y su disfrute, ese talante de compartir y difundir al público su manera de mirar la vida.

No hay un solo día en el que no se acerque a la nave industrial de Oronoz-Mugaire, que ha sido el germen del club de deporte rural que coordina, ubicada a unos cinco kilómetros al oeste de Arraioz. Hombres y mujeres de la comarca se acercan cada día a entrenar en diferentes modalidades, ya sea el corte con el hacha, con la sierra o levantando la piedra pequeña (que ya pesa cien kilos), y se enfrentan a mejorar en algunos segundos la tarea realizada en el entrenamiento anterior, encaminados hacia la marca de la superación.

Hace años que mi padre creó el Baztan-Bidasoa Gure Kiroletako Kluba(Club de Nuestros Deportes del Baztan-Bidasoa), junto a mi tío Donato, con el sueño de enseñar a todo aquel que quisiera acercarse a la magia del deporte rural y la ilusión de transmitir el testigo del conocimiento a las nuevas generaciones. Es por ello por lo que en las plazas no han dejado de escucharse su voz y sus gritos, además de una gratificante presencia, cada vez mayor, de las mujeres que habían estado apartadas durante años del ejercicio de los deportes rurales.

Atraídas por la sinergia del deporte y por ser uno de los pocos espacios en los que poder aprender los secretos del deporte rural, desde el año 2012 un grupo de jóvenes mujeres entrenan en el mismo espacio donde antes solo se



escuchaba la voz grave de los hombres. Con su llegada, fue palpable la viveza del buen humor y su implicación en los entrenamientos de corte de madera, principalmente en la modalidad de tronza, en la que han obtenido el primer lugar en campeonatos logrando alcanzar récords y formando una parte fundamental del club. En la actualidad no se entendería la idiosincrasia del club sin el esfuerzo y el brío de las mujeres, que en ningún momento pierden la sonrisa de la superación.

Hablo del esfuerzo y el ímpetu de la juventud de Nerea Sorondo y Amaia García, dos de las deportistas más jóvenes que acuden desde Bera recorriendo el camino inverso del río que da, en parte, nombre a su pueblo y también al club en el que entrenan. Itxaso Onsalo, que aún no ha cumplido los treinta años, acude desde el pueblo de Areso, en el noroeste de Navarra y límite con Goizueta, atravesando los pueblos de Ituren y Zubieta a su paso. De estos dos pueblos son originarios los *joaldunak*, personaje tradicional asociado al carnaval que anuncia su llegada en la última semana de enero tapado con la piel de oveja y con cencerros que sujeta a su espalda. Simbolizan el despertar de la naturaleza y el ahuyentar a los malos espíritus.

El caso de Leire Astiazarán es de una proeza asombrosa. Esta joven maestra, que es de la quinta de Itxaso, recorre cada día trescientos kilómetros para dar clases en un colegio del municipio alavés de Oion, ubicado al este del País Vasco, haciendo frontera con Navarra y La Rioja. A las seis de la tarde llega a su casa del municipio guipuzcoano de Zizurkil, desde donde recorre, durante otra hora de trayecto en cada sentido, otros setenta kilómetros hasta Oronoz-Mugaire, cada vez que quiere entrenar con el club.

Leire expresa que el deporte rural se ha convertido para ella en una adicción positiva y un estilo de vida, una parte importante que vertebra su manera de relacionarse con el entorno. A pesar de llegar a un entorno eminentemente masculino, afirma que ni ella ni sus compañeras se han sentido menospreciadas en un club donde mi padre, cada día que acuden a entrenar, siempre les exige más. Sin embargo, sí que han vivido el lastre de la crítica y las habladurías por participar en competiciones y exhibiciones de deporte rural. Entre ellas, además, han creado una comunidad de amistad y de ayuda mutua, formando en el club una familia de amigos que organiza cenas en las que todos contribuyen preparando algo. Y por supuesto, está la recompensa de alzarse con la *txapela* y la satisfacción del trabajo bien realizado.

La madera es un misterio sin respuesta para Leire, que demuestra con el esfuerzo que supone para ella seguir adelante entrenando con el corte de tronza. Su amor hacia el material y el ejercicio del deporte le aporta una sinergia con la que seguir adelante frente a las adversidades de educar sola a una niña de dos años después de pasar todo el día fuera de su domicilio. Esa conexión de la que nos habla, entre la madera y los tiempos de la luna, es la misma que la guía con la fuerza de la luz que se refleja en el cristal de su coche que sale a oscuras cada mañana para volver ya bajo la luz de las farolas.

Mi padre continúa en primera línea de acción, aunque sea desde un costado de la plaza o del frontón, siguiendo los campeonatos con su habitual nerviosismo. Es una de las maneras que tiene de llenar el vacío que le generó, años antes, el darse cuenta de que ningún hijo continuaría con la tradición en esa primera línea de fuego de campeonatos y apuestas. De esa manera ofrece, desde el amor absoluto hacia el deporte de la tierra que conforma su raíz, sus conocimientos para que las nuevas generaciones conecten con el ímpetu y la pasión que derrocha y transmite. Es conocida su expresión de nervio y de furia con las manos y la boca abierta en las fotografías en las que aparece al lado del deportista que está compitiendo. Su energía parece ilimitada.

Los pasos de mi madre siempre se han caracterizado por ser más suaves, acompañados casi siempre por el sonido de las bolsas en las que traía nueces o manzanas que había recogido en el entorno del pueblo. Cada vez que volvemos de visita al pueblo, compra algún dulce que sabe que nos gusta. Los pasos de mi padre, en cambio, son tan rotundos como su presencia, sonora y abrupta, caracterizado por las botas de montaña llenas de barro que esparce por el suelo al regresar al hogar.

Atrás quedaron nuestros desencuentros en mi adolescencia, que se veían reforzados por mi estética oscura y el rumbo que estaba cogiendo en la misma época en la que estaba descubriendo un nuevo mundo relacionado con la música, los conciertos y el reconocimiento de nuevos horizontes. Estoy convencido de que su premisa era que hiciera algo de provecho, que me cuidara físicamente realizando ejercicio y que encontrara en el contacto con la madera y los bosques la brújula que me faltaba en aquel momento. Que me aferrara a ese horizonte que conocía y sentía que debía transmitir. Su afán

radicaba en curtirnos alrededor del trabajo con la madera porque vive con intensidad todo lo que le rodea: los campeonatos y las apuestas por las que se desvive. Una apuesta para mi padre es uno de los acontecimientos del año.

Yo, en cambio, no nací para ser otro. No fui ese hijo curtido y duro, preparado para coger el hacha y ser deportista de primera línea. En mi interior no sentía la competitividad y ese afán de superación y mejora que sí sentía él. Yo vivía todo lo que se relacionaba con él como una imposición, algo que no despertaba ilusión ni chispa alguna en mi interior. En cambio, no me pasaba lo mismo con las primeras lecturas que realizaba. Con los autores que comencé a descubrir o con todo lo que me generaba el descubrimiento de nuevos estilos musicales y grupos que creaban en mí una fascinación especial. Desde joven ondeé la bandera de la coherencia, la de intentar ser lo más consecuente conmigo mismo. Sentía que el paso de un día más era otra jornada arrojada a la papelera de esa vida sin vivir. Latía en otra dirección y con inquietud por la novedad y el descubrimiento de nuevos horizontes.

El musgo cubre la corteza del abedul como la piel que logra tapar las heridas y las cicatrices de los acontecimientos de la vida. Se adhieren a la corteza partículas diminutas en forma de hojas o de organismos que sobreviven alrededor del tronco, como las manos suaves de mi madre sobre el pecho de mi padre. Cuántas veces no se habrá acercado buscando un beso o un gesto que nunca llegó a tiempo. Qué regenerador es, y qué alivio produce, el ungüento que apacigua al animal y tranquiliza a la bestia.

Sin ese cariño el tronco se reseca y puede llegar a partirse fácilmente. Se resquebrajan sus aristas, se pudren por dentro sin esos rayos de sol que simbolizan las manos de mi madre, que calman y acogen a mi padre, árbol robusto y necesitado de ese musgo, el asidero donde lo cuiden.

Porque su presencia apacigua y tiene la suavidad como el musgo que sobrevive sobre cualquier superficie llenándola de vida y de ternura. Sobre los tocones, sobre los postes, piedras, rocas o paredes se cuele su textura esponjosa ejerciendo en el equilibrio del yin-yang de la vida sobre la naturaleza, salvaje y tierna, escarpada y acogedora.

## **UN ENRAIZAMIENTO IDENTITARIO**

*(...) Los prados, bosques y caminos que han significado la infancia vuelven, años después, a solicitar su presencia de penitencia. La desnudez y ondulación de los árboles. Los campos que han ido absorbiendo lo gris de las décadas de tonalidades improbables. El paisaje es infinito en los trazos que recobran vida y movimiento en la explosión paisajista del interior que vuelve. Con la mirada de aquel niño que abandonó el regazo de la corteza del bosque. Bordeando el imaginario de una vida que ha vuelto a refugiarse en su magnitud de esporas[6].*

El bosque ha forjado nuestra mirada. Esa que se proyecta a través de los recovecos de las ramas hasta alcanzar los límites de las cordilleras que en parte son refugio de la vida apacible de los valles del norte. Esa mirada ha tenido que atravesar las fronteras que crea el paisaje al replegarse sobre sus elementos para volver a desplegarse en simbiosis con el sonido que acuna todos los retornos. Como si tuviera en sus concavidades algún imán con el que, inevitablemente, continúa dirigiendo su llamada a esas personas que por diferentes motivos están lejos del lugar de origen, donde crecieron correteando entre la naturaleza exultante.

Ese paisaje nos ha moldeado a la semejanza de sus pendientes, arroyos, secretos y silencios, convirtiéndonos en un elemento más, en su continuación. Los bosques siguen ejerciendo de límite y frontera silenciosa en el que se habla el dialecto de la concordia y la apacibilidad, entre municipios o administraciones. En la noche oscura de los montes, alejados de las carreteras comarcales, continúa encendiéndose la luz de las cocinas de los caseríos rodeados de una amplia variedad de especies de árboles autóctonos (hayas, robles y castaños sobre todo) como su mejor fuerte o muro contencioso. Conformando parte de un propio territorio, el país de los bosques donde se habla un lenguaje propio, el de la calma y del entendimiento. Su bandera es la que ondean las ramas de cada árbol, las hojas que moviliza el viento que se asoma como una premonición.

Es un entorno que ha franqueado los límites entre la realidad y la ficción, entre lo cotidiano y lo mágico, que se transmitía de generación en generación a través de la sabiduría popular y las historias contadas alrededor del fogón en las noches frías de invierno. Llenando de imaginación, miedo y curiosidad las miradas de los niños que han ido escuchando las historias mitológicas, mágicas y místicas de sucesos alrededor de ese universo que se condensa entre los árboles, creando una atmósfera concreta lejos de la comodidad del camino asfaltado. En los últimos años se ha trabajado en facilitar el transporte

y la comunicación con los caseríos más alejados de los pueblos, donde la celebración de la misa mayor era aprovechada para abastecerse de productos no perecederos y subir la pendiente, en muchas ocasiones con la ayuda de los burros.

Y es que el árbol ha formado, y sigue formando, el imaginario familiar en medio de ese cruce de caminos a un costado del caserío donde los niños recogían sus manzanas o castañas. El árbol sigue simbolizando la reflexión recostada a su regazo en los atardeceres, después de terminar con las labores diurnas. La siesta bajo su cobijo antes de coger impulso. El necesario descanso para retomar con ímpetu el hacha, la azada o el rastrillo. La naturaleza ha creado una identidad concreta, una manera de establecer la comunicación a través del ejercicio corporal del esfuerzo y el trabajo, economizando la abundancia de los discursos y de la palabrería ramplona y fácil.

La geografía verdosa de las pendientes ha curtido a varias generaciones de mujeres y hombres que, desde la dureza de lo natural y de lo salvaje, han construido capas en la piel que les ha dotado de una fuerza y una constancia determinadas. En muchos valles, la infancia ha transcurrido en los bosques donde se ideaban juegos de supervivencia y de relación.

Se han ido construyendo chabolas con palos y ramas, con las piedras de los ríos y lonas que encontraban o que cogían del material de las fiestas patronales para crear un espacio propio en pueblos donde no había demasiadas alternativas de ocio para los niños. Pasar allí las tardes de verano cuando no había que ayudar, en días soleados e idóneos en los que se aprovechaba para cortar la hierba de los prados en los que pastaban las vacas o las ovejas para así tener abastecimiento para el invierno.

El entorno natural ha sido, y sigue siendo, el fuerte y refugio de quienes encuentran un espacio propio y libre en sus caminatas rodeados del sonido de los pájaros o el paso de algún animal, sobre todo ardillas, corzos, jabalíes o ciervos. Una vez que se llega a lo más alto, se puede disfrutar de las vistas y la organización del pueblo y del valle desde las alturas. En muchas ocasiones, estos puntos elevados cuentan con la presencia de cruces, ubicadas aquí por la creencia histórica de que así están lo más cerca del cielo, como la impresionante cruz que se alza sobre los árboles que sobrevivieron a la guerra de los Balcanes en Mostar, Bosnia-Herzegovina.

El bosque ha sido, es y seguirá siendo el hábitat de quienes, además de

amar la naturaleza y cuidarla, buscan una simbiosis profunda con su ser desde lo espiritual para dialogar en silencio con los elementos que no han sido modificados, destrozados ni derruidos por el ser humano. Los que mantienen intacto el equilibrio de un ecosistema natural y animal que no para de alimentarnos y abastecernos.

Es ese entorno privilegiado el lugar a través del que han podido huir de la guerra y de la miseria miles de personas en busca de un futuro mejor, uno que les brindara la oportunidad de hacerlo en libertad. Los montes han servido para el tránsito de personas, animales y mercancías. En muchos lugares donde antes había fronteras, los árboles las han terminado borrando.

En estos bosques que, desde lo alto de las montañas, han ejercido como fronteras, ha habido un traspaso de animales y la compraventa habitual entre agricultores y ganaderos. Habitantes que se han sentido mucho menos identificados con los residentes de las ciudades cercanas que con personas que se dedicaban a las mismas labores al otro lado de la cordillera aunque pertenecieran a otro país.

El bosque recrea, además, un universo propio en el que no sirven los códigos y elementos que impulsan la vida en la ciudad. Nos pone en contacto con la vida y el transcurso del tiempo representado por las estaciones y lo esencial que parte de la naturaleza.

Cuántas formas, trazos y posibilidades aporta la madera a la hora de crear a partir de ella. Mi padre ha conocido a escultores que, con la motosierra, crean figuras de madera con las que se presentan a competiciones en las que se vota la imagen más elaborada durante un tiempo determinado. De hecho, en la nave del club de deporte rural, entre muchos regalos que ha recibido durante años, destaca la figura de un impactante indio de madera. Se trata de una imagen trabajada con delicadeza y con unas dimensiones considerables, que nos mira de frente cuando nos sentamos alrededor de la mesa de madera, al lado de la chimenea.

La pared de la entrada a la nave es un museo vivo de una familia deportiva. Hay fotografías de los deportistas y recortes de prensa de sus éxitos y hazañas. Se pueden encontrar, tallados en un trozo de madera, unos versos de agradecimiento que le regalaron en una boda. En una de las fotografías aparecen por un lado las deportistas a las que entrena y él, al otro lado, con los brazos en alto. La pared está decorada con algunos números de teléfono escritos a bolígrafo, como si de una pizarra eventual se tratara. Hay también

fotografías de mi padre en su época álgida como deportista. Cuando se alzaba cada año con el primer puesto en la modalidad de transportar cincuenta kilos en cada mano, llegando a caminar más de setecientos metros. Su expresión teatral de sufrimiento, con las venas marcadas del cuello y tensando los músculos del pecho. Aquella era una imagen característica de él. Era (y es) un *showman*. Siempre ha sabido cómo meterse al público en el bolsillo.

Aún recuerdo cuando exageraba esa expresión de sufrimiento y mi madre y yo nos mirábamos de reojo moviendo la cabeza con la cara de «ya está haciendo una de las suyas, menudo teatro». En otra fotografía aparece junto a sus compañeros de aquella época de andanzas deportivas y, debajo, yo a mis ocho años con sus manos posadas en mis hombros, como cuando se posan ahora después de cada demostración conjunta. Cuando cada vez que terminamos, después de leer mis textos, me pide que le dé los últimos cortes al árbol y me sujeta para que no me caiga.

Ahora tenemos nuevas fotografías en las que soy yo el que posa la mano sobre su hombro con una sonrisa. Los dos con una expresión liberadora, con una emoción contenida, con la demostración de que los reencuentros son reales. Que la reconciliación es una manera de perdonar al pasado y a nosotros mismos. De recuperar todo aquello que dejamos atrás. De querernos tal y como somos y no como quisiéramos que fuera el otro. Desde el respeto que otorga la libertad, la reconciliación es una manera de perdonar a un pasado que puede enmudecer al porvenir yermo de luz y previsiones. Él fue quien me recordó el ideario del pájaro cuando les transmití mi idea de irme a vivir a Madrid. «*Txoriari hegan egiten utzi behar zaio*», al pájaro hay que dejarlo volar, fue su respuesta.

*Si le hubiera cortado las alas,  
habría sido mío,  
no habría escapado.  
Si le hubiera cortado las alas,  
habría sido mío,  
no habría escapado.*

*Pero así,  
habría dejado de ser pájaro.  
Pero así,  
habría dejado de ser pájaro.  
Y yo...*

*yo lo que amaba era un pájaro.*  
*Y yo...*  
*yo lo que amaba era un pájaro.*

Estos versos son la traducción del poema en euskera «Txoria txori», escrito por Joxan Artze en 1957, que musicalizó Mikel Laboa en 1968 y que apareció por primera vez en su primer disco *Bat Hiru* en 1974. Se trata de una de las canciones que hablaban de la libertad en los años de la dictadura a través de la metáfora del pájaro. Este tema, desde su primera aparición, es una de las canciones más presentes en las sobremesas aligeradas con música.

Delorean, el grupo zarauztarra mundialmente conocido y que siempre había publicado sus canciones en inglés, ha dedicado un homenaje póstumo y merecido a Mikel Laboa con un nuevo disco que lleva su nombre y con el que han transformado ese cancionero de cantautor tradicional hacia nuevos hemisferios ambientales y de experimentación electrónica. Hacia ese lugar común donde converge el pasado que fue vanguardia y que siempre mira a un futuro abierto. El latido de las canciones que perdurarán con nuevas texturas y tejidos para el deleite y (re)descubrimiento de las nuevas generaciones.

El propio Mikel Laboa en su último disco, *Xoriek 17*, publicado en el año 2005, y que se cerraba con una deliciosa versión instrumental de «Txoria txori» grabó una canción de nueve minutos de duración titulada «Orduan», con letra del escritor Bernardo Atxaga y en la que colaboró con una coda arrolladora el grupo post-rock Lisabö. En ese lugar donde el piano y las guitarras distorsionadas confluyen es donde se funde su voz con la de Aida Torres. «Qué barbaridad, Bagdad» es una expresión que aparece en este tema y que utilizo en conversaciones de forma recurrente. La épica de esta canción finaliza con un «en mi cerebro crecen los bosques de Canadá. Pero tú (eres) el bosque más frondoso».

Escuchar a Mikel Laboa desde la distancia supone volver a los paisajes del norte. A la neblina que es el vaho de la tierra que supura sus heridas. Ese aliento del susurro que exteriorizan las ramas de los árboles que forman la imagen de las palmas extendidas, la presencia y pertenencia arraigada a la tierra y a la naturaleza. Una vía de escape desde el colapso y el estrés de las ciudades, la vida frenética y los males del asfalto recalentado de los veranos sin sombra ni orilla. Pensar en el amanecer en el bosque es el rocío que limpia, bendice y refresca las mejillas. El aire que purifica los pulmones



aquejados por la boina de contaminación de la gran ciudad. En el bosque la mirada adquiere otro brillo y otra disposición. La alerta hacia los sonidos y presencias de los animales salvajes.

No hay conflictos en ese entorno, solo la supervivencia y el equilibrio entre las especies y las plantas. La convivencia durante milenios entre seres que han mantenido intacta la supervivencia de extensiones de árboles y de una fauna variada. Es el ser humano quien, con su presencia, ha quemado hectáreas y hectáreas de terreno convirtiendo el paisaje en la ceniza que arrasa con la vida.

El fuego vivo e incontrolado que arrasa montes enteros por el interés urbanístico y especulativo. Que convierte un pasado verdoso en un presente de ladrillo o de edificios que ni siquiera terminaron de construirse. Apenas el desarrollo incontrolado y agresivo con un entorno que se queda a medio hacer y en el que emergen construcciones que parecen instalaciones. La constatación del declive de un tiempo convulso como esas naves vacías donde crecen árboles rodeados de cemento. Manos abiertas que supuran resina. Se cuelan las ramas, como si fueran intrusas, entre ventanas vacías; puertas que no llegaron a cerrar las ilusiones desmedidas del egoísmo y del descontrol humano.

Una de las personas que más defendió la dignidad y el entorno natural fue César Manrique (Arrecife, 1919 - Teguiise, 1992) con su absoluto convencimiento de conservar la riqueza de la isla canaria de Lanzarote de otra manera, utilizando las herramientas que tenía a su alcance para hacer frente a las garras de hormigón desmesurado y de las políticas que no cuidan la preservación del medioambiente, esa riqueza que nos da vida y cobijo.

Era un absoluto amante y defensor de esa isla, tan exótica como fascinante, que algunos querían convertir en un resort privado de hoteles contruidos de manera desmedida y sin control alguno. Supo combinar el equilibrio y la delicadeza que le caracterizaban, encajar los aspectos naturales que ofrecía la isla al turismo incipiente.

Como todas las personas que forman parte del lenguaje articulado en este libro, el discurso de Manrique rezumaba la necesaria convicción de que estaba luchando por mantener la riqueza de su tierra volcánica llena de contrastes desde una identidad cultural. La isla fue declarada Reserva de la Biosfera por la Unesco en 1993, un año después de que él muriera.

Cómo demostraba ese orgullo el artista, conocido por su trabajo como

escultor, pintor y arquitecto, que supo aunar y equilibrar todo aquello que le había conformado como persona y creador para dedicar los últimos años de su vida a defender la isla desde un postulado que combinaba la arquitectura con el equilibrio natural.

Manrique recorría la isla viajando en la parte trasera de un todoterreno, junto a agricultores de pueblos de la isla de Lanzarote, para defender la riqueza de la tierra para que no fuera absorbida por el hormigón y el cemento, además de promover un turismo sostenible realizando varias intervenciones arquitectónicas que se relacionaban con el entorno sin distorsionarlo y aprovechando las formas de la lava volcánica. Para defender ese entorno que, desde el silencio y el respeto, siempre le cuidaba y acogía. Nuestro pensamiento debería dirigirse también a poder dedicar tiempo en construir refugios personales y naturales donde haya un equilibrio intrínseco con los árboles, las plantas y los animales.

En esta dirección existe un proyecto en construcción que se quiere tener finalizado en el año 2020 y que será la primera ciudad bosque de China. La denominada Liuzhou Forest City ha sido diseñada por el arquitecto milanés Stefano Boeri y se presenta como la ciudad sostenible del futuro en la región de Guangxi del sur de China. El germen del proyecto es combatir la polución que generan las ciudades y reconvertir esas emisiones en ese oxígeno tan necesitado en el país asiático como en el mundo entero.

La ciudad, que abre un horizonte de esperanza en el futuro, incluirá la plantación de alrededor de cuarenta mil árboles y un millón de plantas con las que se cubrirán de verde los materiales de construcción de las viviendas en las que se prevé que vivan alrededor de treinta mil personas. El sueño de muchos habitantes del planeta está previsto que se convierta en una de las zonas que más oxígeno revierta a la atmósfera: alrededor de novecientas toneladas al año, reduciendo así la emisión de contaminantes y dióxido de carbono de una manera abrumadora y necesaria, especialmente en un país con una de las mayores tasas de muertes debidas a la polución.

Y es que, según un estudio publicado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, si se mantienen las tendencias actuales, la tasa anual de muertes derivadas de la contaminación atmosférica podría llegar a triplicarse en pocos años. En este sentido, la Agencia Internacional de la Energía reveló en junio de 2016 que más de seis millones

y medio de personas mueren cada año de forma prematura debido a la contaminación del aire.

Antes de que se finalice el proyecto chino podemos ver un ejemplo de este concepto en los rascacielos Bosco Verticale, en Milán, también del estudio de Boeri. Se trata de un complejo de dos edificios residenciales que suponen el primer ejemplo construido de un bosque vertical. Así, en las fachadas de las viviendas florece un bosque de veinte mil metros cuadrados, que genera un microclima particular a partir de cien especies diferentes, y cambia de textura y color con las estaciones, ofreciendo una panorámica sin igual a los vecinos y habitantes que perciben sus beneficios. Dispone además de los condicionantes para proteger a sus habitantes de la contaminación acústica y de las radiaciones solares. Por supuesto, también produce grandes cantidades de oxígeno y absorbe el dióxido de carbono.

Estos ejemplos refuerzan la idea de que el futuro está en la implantación de las ideas y los proyectos que conviertan este planeta en un entorno más habitable. A través de una filosofía de sostenibilidad que traza puentes, entendimiento y un equilibrio con el hábitat natural. Aumentando cada vez más el respeto al medio ambiente en los planes urbanísticos para que las ciudades dejen de ser jaulas de metal que se dedican a expulsar humo y químicos. Desde ese equilibrio interior que ofrece también la convivencia con la naturaleza, lejos de los elementos ansiógenos y generadores de crisis que potencian los latidos desmesurados de las grandes urbes.

## **LO NATURAL COMO ESENCIA**

Mi padre es heredero del espíritu de la vida tranquila y sin muchos sobresaltos del caserío. Allí no cerraban con llave las puertas de madera que suponían la entrada a aquellos habitáculos amplios atravesados por la humedad que paralizaba el tiempo de los objetos. No era costumbre darle vueltas al cerrojo ni se aseguraban de que se quedaba bien cerrada. De hecho, muchas puertas se dejaban abiertas de par en par para que los espíritus salieran de las habitaciones, para que pudieran andar sin complicaciones del prado a la cocina, del baño al bosque.

Es sabido que, debido al aumento de los robos en zonas rurales, en los últimos años se están cerrando las puertas de los caseríos con llave, lo que provoca que se estén replegando las costumbres de una vida tranquila y sosegada en lo alto de la colina. Son conocidas y comunes las historias de vecinos que cogen manzanas o castañas de un terreno que no les corresponde.

Hay personas que viven la delimitación del alambre como una acotación más propia de la Guerra Fría o de las calles, familias y edificios separados con muros como los de Gaza o Belfast. Personas que han llegado a coger la escopeta y amenazar a algún vecino por nimiedades de tal calibre. Por unas manzanas. Por un portillo. Por un paso o por un jardín. Sucede que quien más prados y tierras posee también suele ser mucho más férreo sobre su propiedad y no son pocos los que han visto a los terratenientes salir al paso de los caminantes amenazándolos con un rastrillo.

Cuántas veces han tenido que bordear el camino por bosques alejados en vez de atravesar la ruta más recta pero de uso privado. Quizá haya tenido que ver que ni la familia de mi padre, ni la de mi madre, tuvieran pertenencias (ni caserío ni tierras) para que no muestren esa actitud tan férrea hacia lo material. A mi padre le sucede con la madera. Cuando la producción del bosque es grande y sobrepasa la demanda de las serrerías o los particulares, debe mantenerla en algún lugar. Es por ello por lo que ha llegado a localizar en el valle algún sitio húmedo y sombrío donde almacenarla para que no pierda la humedad y el frescor habitual y pueda mantener las características óptimas para ser utilizada en los entrenamientos. Nunca escondió esas toneladas de madera de manera escrupulosa en una zona de difícil alcance, sino a la vista, desde la carretera y el paso de los vecinos.

En alguna ocasión ha vuelto a casa diciendo que le han robado alguna parte de esos troncos sin mostrar gran sobresalto. Otras veces le han llegado a robar motosierras de la nave donde entrenan deporte rural. El último suceso se produjo a comienzos de 2017, cuando le robaron dinero del coche. Nunca había tenido el hábito de cerrar el coche confiando en que nadie iba a robarle.

Los tiempos han cambiado y con ello los hábitos. Los robos en las cosechas han sucedido en zonas rurales, aunque los vecinos han sido generosos y se han retroalimentado entre ellos. Siempre ha habido, y sigue habiendo, un cuenco con un buen puchero caliente dispuesto para quien lo necesite. Habla de una escasez económica y de lujos de su infancia, pero que ellos nunca pasaron hambre. Que estaban curtidos.

Desde que mis padres se conocieron, los bosques se convirtieron inevitablemente en el telón de fondo de sus primeros encuentros, viajes y veladas. Ellos nunca han sido amantes de la costa levantina ni de viajes organizados. Sobre todo mi padre, que siempre ha preferido la improvisación de última hora para aprovechar, claro, el mayor tiempo de trabajo posible en el monte. Siendo yo un niño, salimos camino de Salou con unos familiares. Cuando apenas habíamos alcanzado Zaragoza, empecé a preguntar cuándo íbamos a volver.

En las festividades de Semana Santa era cuando se paraba la producción de la madera y mi padre podía coger algún día suelto de vacaciones para la alegría de mi madre, acostumbrada a verlo mucho menos de lo que ella hubiera querido, aunque tuvo que soportar muchas noches de tormenta y truenos en casa sin más compañía que la mía. Cuando llegaba mi padre del trabajo mensual, quincenal o semanal (dependiendo de la distancia y la ubicación del bosque), era una fiesta. Cuando trabajaba en la Bretaña francesa, volvía una vez al mes, por lo que nos traía regalos a todos. La mesa de la cocina se llenaba de *gateaux*, crepes, galletas y bizcochos elaborados con una mantequilla especial, tan deliciosa como adictiva. Aún hoy me parece entrañable que mi madre espere que mi padre le compre regalos en alguna *boutique* o lugar especial y no en tiendas de paso para él, sin darse cuenta, quizá, de que él no ha dedicado tiempo a esos quehaceres. Sin duda alguna es una pérdida de tiempo para el hombre del bosque. Para el hombre acostumbrado a las tareas, el esfuerzo y a sacar las castañas diarias del fuego, no solo para él y para su familia, sino para un equipo completo de trabajadores durante años. El eje, conductor y engranaje de grupos de trabajo y de las características particulares de cada uno en las labores diarias.

Al poco tiempo de conocerse, mi padre le dijo a mi madre que tenían a su disposición una chabola ubicada un poco antes del restaurante-borda Arracona de Ansó, de camino al término de Zuriza en Huesca, donde pasaron la Semana Santa del año 1980. Este fue el primer lugar donde pasaron más de un día juntos. Ni Salou, ni Santander, ni Gandía, ni Bermeo, ni Benidorm.

Reconoce mi madre que no fue el lugar más idílico para ella, teniendo en cuenta que la chabola se ubicaba en medio de la montaña y unos bosques donde hacía mucho frío, había poca iluminación e inevitablemente se suspendía el olor a sudor y trabajo. Tampoco durmieron en unas camas de hotel ni disponían de la vajilla y los utensilios más adecuados. Era

simplemente el lugar donde cenaban y dormían los leñadores exhaustos cada noche, después de horarios de trabajo que comprendían de sol a sol.

Mi padre, acostumbrado por su naturaleza a ese entorno, la llevó por primera vez a pasar unos días a aquella chabola para compartir su primera noche juntos como pareja. He de reconocer la tolerancia de mi madre que, aun habiendo nacido y crecido también en un caserío y sin que se tratara del mejor lugar para pasar su primera noche juntos, aguantó el frío y ese olor característico que yo, a día de hoy, sigo reconociendo después de pasar muchas noches con mi padre cuando era niño y me llevaba con él.

Además del frío y la oscuridad de la chabola, donde a duras penas encendieron una lámpara y prepararon la cena improvisada con la comida que tenían para el equipo del monte, lo más característico del lugar era el olor a sudor impregnado en sus paredes de madera. En el mismo habitáculo se ubicaban también unos colchones colocados contra la pared y, a un lado, una mesa grande donde cupieran todos los trabajadores.

En aquella primera noche que durmieron juntos mi madre se dio cuenta de muchas cosas. De que tenía que secundar y acompañar a Patxi por aquellos senderos, vericuetos y entornos. De que no la llevaría a un hotel del Mediterráneo ni harían un viaje cogiendo un avión juntos. Se dio cuenta de inmediato de que tendría que aparcar los tacones, el pintalabios y los cigarrillos si quería seguir con aquel hombre al que rara vez vio vestido con zapatos, salvo que fuera a una boda.

El amor inconfundible que fundió en equilibrio la parte más salvaje de mi padre y el estilo más elegante y refinado de mi madre.

## **LA NEGACIÓN DE LA VIDA DE LOS BOSQUES**

Mi refugio siempre han sido los estudios y los libros. La excusa perfecta. La argumentación valiosa para, con los años, ausentarme a la hora de preparar la madera para campeonatos o cortar y reorganizarla para la leña. O simplemente cuando mi padre gritaba mi nombre para que fuera a entrenar, para que me fuera curtiendo en los campeonatos de corte de troncos. Pero nuestro contexto no ha tenido nada que ver con el suyo. Ni la motivación.

Crecí entre algodones en los comienzos de los años ochenta en el pueblo y entre mujeres (mi madre, mi abuela y mi tía Lourdes), alrededor de un café con leche y magdalenas o pastas. Mientras, los hermanos de mi madre hablaban de la plantación o de la caza y mi padre estaba en el monte o en alguna exhibición, aunque fuera sábado. Recuerdo cómo iba descubriendo grupos de música en los años noventa a través de la emisora de música Euskadi Gaztea y la fascinación que me producían aquellas letras y melodías. Me pasaba lo mismo con programas televisivos que han desaparecido como *Música Sí*. Recuerdo también la ventana abierta de mi habitación familiar que da al río Baztán y, por lo tanto, sigue siendo de las más húmedas aunque mi madre hubiera comprado un deshumidificador y nos acercara todas las mantas del piso.

Recuerdo la ventana abierta de la habitación y el sonido de la motosierra y de los golpes del hacha de mi padre mientras yo me tumbaba en la cama a escuchar todo un universo nuevo en la radio. Comenzaba a encontrar un espacio propio y personal con el que me identificaba y a descubrir asideros personales lejos del ejercicio de fuerza y superación personal en relación a la madera.

Comenzó la época de los descubrimientos personales y de ir labrando un camino que me iría abriendo nuevos horizontes que no conocía hasta aquel momento. Me iría dando cuenta de que no era un raro, como diría alguna persona del pueblo, sino diferente. Una diferencia que me llevó a protegerme poniendo tierra de por medio, haciendo que encogiera mi carácter, como un erizo, y que superficialmente me mostrara como no era en realidad. Hubo vida más allá de la frontera imaginaria que marcaban las cordilleras.

Con los años y la madurez y el sosiego que otorgan el tiempo y la reflexión, llego a plantearme lo egoísta que he podido ser en la adolescencia. En esos años en los que solo te importaba tu ombligo aunque cubrieras de pegatinas, lemas y campañas solidarias, humanitarias o de justicia social tanto tu cuerpo como tu vida.

Con el paso del tiempo, y con esa mirada reposada hacia los senderos que deja uno atrás, se minimizan los focos de indefensión y peligro, la sensación de pérdida entre el paisaje convertido en maleza, en un campo escarpado de espinos, en todas las dificultades interpersonales que amputaban el florido pensil, el mundo que aún estaba virgen y por transitar.

A partir de cierta edad comienzas a ser consciente de los privilegios que

has tenido en comparación con tus padres. Con el tiempo, te das cuenta de todo lo que te han dado. Cómo te han acercado a la palma de la mano, aún lechosa y temblorosa, todo aquello que supieron. La exigencia es la mayor estaca contra uno mismo y contra quienes te rodean. La permisividad y la empatía nos permiten mirar a través, surcar lo que hay en el reflejo del iris que tenemos enfrente.

Detectar con concreción las arrugas y los pliegues de la piel y del cuerpo. Las formas que van adquiriendo las extremidades curtidas en latitudes salvajes en tiempos en los que la escasez era el pan de cada día. Lo único que no faltaba. Un trozo de pan. Y por eso ha trabajado mi padre y se ha curtido el lomo. Su condena, y a la vez su salvación, ha sido el trabajo. Él ha vivido, y vive, por y para el trabajo.

Ahora entiendo su enfado con la autoridad respecto a quienes trabajan y sacan adelante pequeñas y medianas empresas, en un entorno del que se alimentan unas cuantas familias. Ahora entiendo también su rabia cuando recibe una denuncia por amortizar lo que invierte en el trozo de terreno o bosque. Entiendo también que en momentos concretos se haya enfrentado a la autoridad. Lo imagino despertándose a las cinco de la madrugada después de llegar para cenar a casa. Lo imagino, muchos días, como muchos trabajadores, en el monte con la cesta de mimbre con embutido, chocolate y fruta. Comiendo caliente solo por las noches, cuando llega a casa, un buen plato de puré de verdura.

Entiendo ahora su expresión habitual de «siempre van contra el trabajador, contra el débil, que vayan a por esos chorizos que no han hecho más que robarnos». Mi padre nunca ha sido amigo ni de santos, ni de cruces, ni de corbatas, ni de trajes. Aunque sigue refunfuñando en contra de la Navidad, al final termina aceptando los regalos que le hacemos. Y se los pone, con alegría, tiempo más tarde. Para él los regalos de cumpleaños son «consumismo». Parte de razón tiene pero, en el fondo, disfruta cuando en la familia nos hacemos regalos. Le hemos cogido el punto. Y también conocemos al dedillo sus *Greatest Hits*, las frases que repite frecuentemente el personaje que crea alrededor de él. Hace años afirmaba con rotundidad que no había mejor lugar para comer que la comarca. Ahora disfruta cuando le descubrimos nuevos restaurantes en Madrid. Antes solo se acercaba a la capital si tenía que participar apoyándome en alguna presentación o



performance. Ahora no son necesarias las excusas. Huele, a lo lejos, el perfume de quien según sus palabras es un «ciudadano» o «de aerolíneas».

Quien no establece un contacto y un diálogo con el pasado y sus orígenes es incapaz de aferrarse a una conexión con la tierra, el viento y el cielo. Quien no está en paz con los antepasados no podrá ondear con claridad y libertad sus brazos. Quien no haya calmado las convulsiones de los pálpitos acompañados por todo aquello que establece el exterior no sabrá del sonido de la respiración calmada e interna ni podrá acariciar la rugosidad de la piel convertida en corteza, el abrigo que cubre y protege las venas convertidas en raíces. Quien no se atreve a mirar sin miedo y sin rencor hacia atrás no podrá establecerse en un punto fijo sobre la tierra y representar la magnificencia de un árbol, de la vida y su amplitud. Será absorbido por la ventisca que azota y se lleva por delante todo aquello que no dispone de una raíz sobre la tierra, todo aquello que sin sujeción vuela sin destino fijo sobre el paisaje.



# CAPÍTULO IV

## Tronco





*La corteza del árbol  
es la máscara de su protección,  
el tacto de su gravedad.*





Nací para cortar troncos, pero con los años he ido configurando y trazando, a través de la transmisión de la escritura, todos esos misterios y recovecos que rodean el ejercicio de la tala, conocido en euskera como *aizkolaritza*. El hombre y el tronco. El equilibrio, la destreza y el fondo físico. El diálogo a través del sonido que emite el impacto entre el hacha y las capas del tronco. La respiración entrecortada del deportista y su disposición erguida sobre la madera tumbada.

Siempre han existido diferentes maneras de socializar alrededor de la madera. Una de ellas ha sido la que ha estado relacionada con las apuestas que comenzaron como simples disputas entre jóvenes de diferentes caseríos que disfrutaban enfrentándose a través del deporte para demostrar quién estaba más fuerte y curtido. Para ver quién podía con el otro. Habitualmente aprovechaban los domingos en las fiestas de los pueblos para mostrar, ante los vecinos, la fuerza adquirida durante los meses de invierno en los trabajos desempeñados en el monte.

Desde niño he podido palpar la textura de la madera, contar sus anillas y observar la arquitectura del cortador de troncos después de que la partiera en dos partes. Mi padre y los entendidos en la materia dicen que son capaces de reconocer quién ha sido el *aizkolari* que ha realizado el corte, con solo ver el resultado, aunque no lo hayan observado durante su labor. Como en cualquier otro deporte o tradición, el cortador de troncos debe disponerse erguido sobre el tronco y equilibrar su fuerza con la técnica.

El movimiento de las piernas flexionadas junto a la cadera es crucial. La intensidad y el compás de los golpes varía a medida que avanza el trabajo. Es al principio del corte cuando se requiere un hacha de astilla grande con la que se abre el tronco produciendo trozos de madera de mayor tamaño. A continuación, cuando va avanzando la tarea, se usa un hacha más ligera con la que se puede cortar de una forma más ágil para dar golpes breves y secos hasta el fondo del corazón.

Siempre tengo presente la imagen de mi padre agarrándome antes de dar los últimos golpes al tronco, cuando termina de partirse en dos mitades. Aunque él prepara anteriormente la madera clavando el tronco sobre dos planchas de madera ubicadas en sus extremos, el deportista inevitablemente pierde el equilibrio tras su quiebro. Debo admitir que nunca he sentido miedo



a la hora de manipular el hacha. De hecho, los accidentes al manipularla en entrenamientos, demostraciones o campeonatos han sido anecdóticos.

La madera representa la herencia de una vida y una forma de encararla. Hay unos fragmentos de un poema de mi libro *Niebla fronteriza* en los que aparecen elementos como los nudos de los troncos, las apuestas, o las sensaciones generadas al partir en dos la madera anteriormente compacta:

*(...) No pasa un invierno sin que organicen una apuesta de hachas. La dignidad de la fuerza en el dinero en juego. Aparecen posando los dos desde el asiento del conductor. En todas las fotografías reluce el verdor del paisaje, los paseos por las montañas. Izpegi, Otsondo. No hubo frontón o plaza en el que no demostrara la savia de la fuerza vasca. En la que encontrara un nudo de madera que se le resistiera.*

*Aunque pusiera todo su empeño, no hubo hijo que mantuviera en vigor el pulso de su savia, esa actitud diaria comunicativa y transmisora de un tipo de resistencia, la fortaleza de la dignidad rural, el recuerdo constante de aquella infancia, aquella vida entre pendientes en el caserío.*

*Que no conocería alguien que supiera tanto del mundo del hacha. Que ha sido el profesor que muchos soñarían. No compartíamos el mismo sueño. Él simplemente cumplía con su deber. (...) En la próxima ocasión que vuelva al pueblo cortaré un tronco. Siempre me ha sujetado para que no me cayera antes de dar el último golpe. Siempre he temido la caída.*

El sonido del golpe, de la colisión entre el metal y la madera. El sonido, acompasado, entre el ser humano y el tronco. Con la caída, ruge el árbol como si lo hicieran los espíritus de los antepasados del bosque. El tronco que pierde su eje sobre la raíz y su equilibrio expandido en las ramas que en ocasiones parecen manos que tocan la punta de las nubes.

Con su caída sobrevuelan las hojas, las ramas y el polvo que cubre el suelo. Después del sonido insidioso de la motosierra llega la paz al bosque, se abre un nuevo espacio donde crecerá sin restricciones otro árbol que regenerará el equilibrio en el entorno. Mientras anochece y los trabajadores vuelven al lugar donde se alojan, son las huellas de los animales las que dibujarán sobre la corteza de la tierra sus andanzas nocturnas bajo la supervisión de la mirada felina de los depredadores.

## **EL TRONCO Y LA CORTEZA**

Los primeros metros del tronco, que pueden llegar a alcanzar hasta los diez, conforman la parte inicial de este y habitualmente se utilizan, por su calidad y limpieza, para sierra o para obra ya que difícilmente van a presentar los temidos nudos que dificultan su uso. Es cierto que, conforme el árbol va creciendo, también va desplegando las ramas que conforman la copa, lo que termina repercutiendo después en la configuración de la madera derivada.

Es precisamente la aparición de ramas a partir de un punto concreto lo que hace que la madera termine devaluando su valor y modificando el uso al que se destina. A partir de los diez o doce metros de altura, y debido a los duros nudos generados por las ramas, la madera se termina utilizando mayoritariamente para la fabricación de papel o para triturarla.

Cambia la composición en el caso de los abetos, puesto que al tener un tronco de tipo más resinoso, se puede aprovechar la madera hasta los veinticinco o treinta metros de largo, como sucede también con los pinos. En este último caso se utiliza especialmente en la fabricación de palés.

Mi padre siempre nos ha transmitido que el porte del árbol es similar al que poseemos las personas. Pocas veces le ha engañado una primera impresión al respecto, confiando en los signos y señales percibidas en la corteza, material que abriga y mantiene oxigenada la madera. Él realiza símiles en relación a la tipología los árboles.

Es habitual que la corteza de los abetos se pele a mano con una pala. Le quitan la corteza para que la madera respire y aguante mejor. En verano es mucho más fácil cortar la madera por la savia que desprende el árbol. A partir de mediados de agosto la savia se contrae, por lo que la madera es mucho más compacta a la hora de realizar cualquier incisión en la corteza. Para potenciar al máximo las propiedades y los usos de la madera lo mejor es cortarla cuando no tiene ningún atisbo de savia. Como podemos comprobar, los árboles, como cualquier ser vivo, se (auto)regulan y transforman en función de la estación y los ciclos lunares.

La corteza cubre, protege y da vida a la madera, que sin su cobertura se seca y, por consiguiente, se muere. Si observamos que está saliendo un hongo en la misma corteza, o si está debilitada y se cae, es una señal inequívoca de que el árbol está enfermo, que está agonizando. Esa madera ya solo se podrá utilizar en la industria papelera o simplemente para hacer leña.

En función de la corteza podemos saber si un árbol tiene mayor finura y salud. Para ello, el mejor ejemplo es el roble. Según la composición de la

tierra y la climatología, pueden surgir cicatrices en la corteza que dan pistas sobre el estado de la madera y de su calidad. Hay zonas en las que, ya sea por la composición de la tierra, por el viento o por la temperatura, la misma madera es más o menos frágil. Uno de los condicionantes que crean esas heridas en la corteza del roble, que después se palpan en la madera, son los cambios bruscos de temperatura. Las heladas hacen que la madera se rompa en el interior por el golpe que produce el contacto con el frío. Es por ello por lo que mi padre, como consecuencia de la extensa experiencia en el ámbito, llega a determinar en qué zonas o geografía el mismo tipo de madera puede ser proclive a este efecto.

En cuanto al Pirineo Atlántico, los bosques que rodean la localidad de Oloron-Sainte-Marie, ciudad del suroeste francés ubicada en el Bearn, es una de las puertas de entrada principales de los bosques frondosos que se despliegan a los dos lados de la frontera. Estos montes se ven afectados por la savia que emerge mucho más temprano, debido a la enorme variación térmica, pasando de una primavera muy cálida a bruscas heladas con las bajadas de temperatura.

Otros bosques de los Altos Pirineos no se ven tan afectados por este hecho puesto que las temperaturas tienden a ser más regulares y sin tanta oscilación. Sobre todo su afectación en el árbol es menor al no alcanzar temperaturas tan elevadas. En estas circunstancias se asume el daño al que se ve sometida la madera por las grietas generadas por el efecto de calentamiento y enfriamiento hasta que se llega a un acuerdo con la serrería o la otra parte que haya comprado el lote de madera. En más de una ocasión le han devuelto la madera desde las serrerías por esta razón. Aunque mayoritariamente la corteza ejerce como síntoma del árbol, como puede suceder con la piel con el ser humano, hay daños, nudos o alteraciones que a simple vista no se pueden prever. Son los imprevistos habituales de una naturaleza en constante transformación, la vida que bulle.

Cuando la corteza está situada de manera paralela al tronco, con cierta rectitud, nos indica que se encuentra en buen estado. En el caso del roble común, la corteza se sana cuando adquiere tonos oscuros que se acercan al color marrón. Si hablamos del roble americano, y en algunas zonas de la corteza se presentan líneas más verdosas, eso es una buena señal de la calidad de la madera.

En otros árboles la corteza no ofrece tanta información sobre su estado. Es

el caso del abeto, en el que hay que estar más atento a la forma que adquiere el propio tronco. Según su tamaño y forma se puede conocer la voluminosidad que ha podido perder con los metros de altitud. Si mantienen el volumen, se produce una homogeneidad mucho más adecuada para el trabajo de las serrerías.

Hay diferencias también entre las ramas en cuanto a su interferencia en el tronco. Por ejemplo, una rama de empuñadura pequeña es mejor para construir una viga ya que será mucho más difícil que se rompa. Si la rama es mayor, además de perder un importante valor estético, será mucho más fácil que se rompa. La corteza del haya es más blanca y fina debido a la humedad predominante en el clima del norte. El bochorno hace que el árbol pueda adquirir tonos más rojizos y que en el caso del haya pierda su calidad por el viento.

## **DIFICULTADES EN EL CORTE**

En el trabajo del leñador, además de la técnica adquirida, hay que tener en cuenta múltiples variables que pueden influir en el corte de la madera, como por ejemplo la inclinación del terreno y la posición del árbol. En lugares muy escarpados, donde el suelo puede llegar a tener entre un treinta y un cuarenta por ciento de inclinación, o incluso más, o en zonas donde ha habido caídas de árboles, no es nada fácil la colocación del trabajador para realizar el corte. Además, puede ser muy peligroso, no solo por la inclinación del terreno, sino también por la caída del árbol después de su tala, que puede llegar a causar accidentes si el leñador no se coloca en el lugar apropiado.

En muchas otras ocasiones necesitan utilizar escaleras o en su defecto las construyen sobre la marcha, encajando ramas de forma escalonada a diferentes niveles del tronco, para poder alcanzar la altura determinada del árbol donde se realiza el corte. En algunos casos incluso han tenido que mantener el equilibrio sujetados por otro compañero con una faja para no resbalar por la pendiente inclinada.

Cuando el terreno es llano, el trabajo se simplifica relativamente. Es bastante más fácil darle la vuelta al tronco y atarlo con el tractor para transportarlo. Las pistas que construyen facilitan mucho el trabajo a la hora

de movilizar la madera desde su origen hasta un espacio más accesible donde apilan las maderas para cargarlas después en el camión. Sin embargo, con el trabajo en pendiente hay más posibilidades de que la madera sufra algún golpe o se raje con la caída.

Recuerda mi padre una vez en la que tuvieron que atarle con una faja para que no se resbalara porque había peligro de caída. Estaba en los bosques de Ansó, localidad que se ubica al otro lado de Garde, un pueblo navarro del Roncal, después de atravesar el puerto de Matamachos. El mismo bosque donde la fotógrafa Paola Lozano Flores captó la instantánea que constituye la portada de este libro.

En ocasiones, árboles que han sido cortados han dado vueltas de campana mientras caían barranco abajo. Otras veces se ha soltado el lazo del cable del tractor, lo que hace que el tronco salga disparado cientos de metros pendiente abajo hasta caer sobre las inmediaciones de algún riachuelo.

## USOS

La madera, como la vida, se consume según su tiempo. Si es destinada para leña, es fundamental que esté seca, puesto que la madera cuando se mantiene húmeda no arde aunque se consume con otra lentitud. Nada más despertarse, mientras mira al paisaje cubierto por la neblina para ver qué día hace, habla mi padre de la necesidad de traer una cesta de astillas para encender el fuego desde bien temprano por la mañana. Hace hincapié en que el calor que emana la calefacción central no es de la misma calidad que el que produce el fuego en la chimenea, que llega a absorber la humedad que se expande en las habitaciones. La llama del fuego es también la llama de una vida, la ondulación del crujir de las astillas, el discurrir de las horas acurrucados alrededor de la chimenea en los días invernales bajo su susurro. Van cayéndose tocones de la madera que va consumiendo el fuego.

Es la calma una puerta abierta a la reflexión que otorga el sonido que emite la madera que se quema, la llama que bordea la astilla y forma imágenes como si fueran proyecciones de sombras chinescas. Saltarán las chispas en el contacto con la madera, se apagará por momentos la llama y palpitará con la

rojez de la lava sobre las astillas que van perdiendo sus formas definidas. Un proceso de décadas o de cientos de años para llegar a calentar un hogar.

Ahí radica la importancia de anteponerse a las adversidades del invierno en muchas cordilleras del norte y sobre todo en las zonas rurales donde las provisiones son fundamentales en el caso de que la nieve imposibilite cualquier tránsito a través de las carreteras comarcales. Que el congelador esté repleto de las partes de la matanza del cerdo. Lomo, panceta, chuletas, orejas, patas, chistorra. Se aprovecha todo menos los dientes. Las conservas también son apreciadas y prácticas para cualquier día que se tercié.

En los pueblos más castigados por la incomunicación de las nevadas, las despensas están provistas de alimentos. La madera que se utiliza para hacer fuego se apila desde los inicios del otoño para que esté seca y produzca una buena llama. Las astillas del roble necesitan como mínimo un año para secarse. El tronco de haya, en cambio, en dos meses está listo para preparar el fuego.

Cuántas familias se habrán juntado alrededor del fogón a calentar las espaldas aquejadas del trabajo en el campo y del frío húmedo que endurece los dedos curtidos con la tierra y las herramientas. Las noches de domingo de invierno en las que mi padre asaba jamón o *txistorra* a la brasa se convertían en un banquete. De qué manera, con tan pocos recursos y sacando provecho a lo que se tiene a mano, se puede conseguir tanto.

## **EL MUSGO, MAPA DEL BOSQUE**

Además de ser la brújula que indica los meridianos a seguir para no perderte en un bosque frondoso, el musgo indica siempre la dirección hacia el norte. Cuando me adentraba con mis padres en el Parque Natural del Señorío de Bertiz, cogíamos una cesta de mimbre por si encontrábamos algún hongo comestible en ese territorio. Un parque natural ubicado a pocos minutos de Arraioz y cuyas dimensiones superan las dos mil hectáreas de bosque frondoso en el Pirineo occidental navarro, a las orillas del río Bidasoa, en el término municipal de Oiategi, limitando al este con el valle de Baztan y al norte con la localidad de Etxalar.

Recuerdo las carcajadas que emitió mi padre en aquel otoño de 1995 cuando comenzábamos a escuchar gritos de auxilio y de socorro de mi madre asustada, que creía haberse perdido. Aunque ella también creció entre bosques, él siempre se ha desenvuelto con mayor facilidad y ligereza en ese entorno, su segundo hogar. Aunque su todoterreno esté lleno de mapas de los bosques de los Pirineos, pocas veces ha necesitado la ayuda de uno para guiarse. Su necesidad de utilizar y consultar mapas de papel ha sido bastante más reciente, para indicar con el dedo índice la ruta por la que deberán dirigirse para continuar con el trabajo del día siguiente.

En muchas ocasiones, los elementos naturales han sido una buena brújula para los leñadores, acostumbrados a leer y a descifrar señales que otras personas no seríamos capaces de entender. Los ríos, las cumbres o los desniveles eran referencias por las que se guiaban para ubicar y encontrar el trabajo indicado. Con el paso del tiempo, a raíz de empezar a trabajar en bosques recónditos a los dos lados de los Pirineos, comenzaron a necesitar el apoyo de los mapas y el aprendizaje del francés para las tareas del día a día.

El hecho de que, cuando hacemos alguna excursión por la zona, paremos a tomar un café en cualquier bar perdido o solitario de la provincia vasco-francesa de Sola ya es una razón para que lo reconozcan y hablen con él antiguos conocidos sobre los bosques o la madera. Incluso aunque sean lugares a los que no ha vuelto a ir a trabajar desde que yo era un preadolescente que iba en bicicleta hasta la localidad de Tardets-Sorholus a comprar la revista *Rock Sound* en francés con sus discos correspondientes. Aún recuerdo la sensación de asombro al ver las imágenes del videoclip *Until It Sleeps* de Metallica por primera vez. En mi adolescencia me era inevitable la compañía de los sonidos más contundentes. Esos mapas sonoros y emocionales que irían disminuyendo el número de decibelios con el paso de los años.

## NUDOS

Los nudos son ramas que se han roto cuando el árbol aún era joven y terminan creciendo en su interior. Aunque muchas veces la madera se escoge y se destina al deporte rural o las serrerías pensando que está a salvo de esos

nudos, su presencia es por lo general impredecible y puede haber sorpresas. Por dentro se esconden los restos de ramas partidas que han sido absorbidas después por las capas de madera. Ahí radican las mayores complicaciones tanto para el leñador como para el cortador de troncos. Más de un hacha se ha terminado estropeando debido al impacto con el nudo.

Las ramas son como los brazos del ser humano, que se extienden y son el soporte de las hojas y también de los frutos. La salubridad de un árbol también se puede palpar en la calidad de las ramas que conforman una copa. Es la oxigenación del árbol que se expande en diferentes direcciones.

Con los años, la madera adquiere una rugosidad que va ablandando su rigidez y textura. Como sucede con el corazón de las personas, el interior del tronco expande la energía pausada de la experiencia y va liberando la tensión acumulada durante décadas en sus nudos, como si presintiera que van menguando las heladas a las que tiene que enfrentarse.

Los años también ablandan la expresión facial y los corazones de los leñadores que, por el peso de la vida y del trabajo, se desprendieron de la viveza y de la agilidad que les llevaba a encaramarse a los árboles para caminar con el gozo de quien aprende a contemplar cada minúscula parte de ese universo concreto, cada sonido y señal que emite la naturaleza.

Los troncos que se pudrieron bajo la hojarasca parecen cuerpos tumbados que, se retiraron a descansar tranquilos. Las ramas, los brazos que, dispuestos sobre los cuerpos de troncos, simbolizan los ciclos de lo natural, la vida y la muerte en un mismo plano. El sol y la luna. El cielo y la tierra. La raíz y la rama. El tiempo y sus texturas. La resina y su savia viva.

El barro que se posa en las botas de montaña y recorre cientos, miles de kilómetros para ser sacudido en balcones donde el bosque es el reflejo que brilla en su mirada que siempre vuelve al punto de partida, al refugio como inicio.

## **EL TRONCO EN EL DEPORTE RURAL**

Los primeros juegos prohibidos de la adolescencia de mi padre a finales de la década de los sesenta estaban relacionados con la tala de árboles para entrenar. Aprovechaban para ello el alumbramiento de una linterna que



ubicaban metros más allá para poder así disfrutar con la tranquilidad y el ocultamiento que les ofrecía la oscuridad de las noches para entrenar en el corte de tronco, una actividad que no estaba permitida. No necesitaban intercambiar palabra alguna para entenderse entre los dos hermanos que partían con el hacha al hombro después de cenar el último bocado mientras la noche se cerraba entre arbustos.

Un gesto era suficiente para salir de casa con las hachas a la espalda y escoger un tronco de gran envergadura que les permitiera realizar el máximo número de cortes posible. Después quedaban los restos de los troncos y las astillas hasta la mañana siguiente, señales que con el tiempo los terminarían delatando. Ellos intentaban esquivar la situación mirando hacia otro lado o evadiendo las acusaciones con negativas cuando les preguntaban si tenían algo que ver con esos restos de madera.

Escogían, no obstante, algún árbol escondido y alejado para que ningún vecino del barrio les pudiera escuchar. En aquellas pendientes alrededor del caserío y sobre un tronco recién talado comenzaría, como fue el caso de muchos otros deportistas de primera línea en el corte de troncos, una trayectoria brillante en el mundo del deporte rural. Bajo la atenta mirada de los zorros, fueron perfeccionando la técnica del corte sobre el tronco. Cogían el impulso necesario para alzar el hacha sobre la cabeza. Las astillas saltaban fuertemente con el impacto y la potencia del hacha que profundizaba en su corte.

Como vieron que habían comenzado a participar en exhibiciones de deporte rural en las fiestas de varios pueblos de la comarca, los vecinos empezaron a sospechar que efectivamente eran mi padre y mi tío los que dejaban los restos de los troncos cortados. Como si fueran los hechos no comprobados de alguien que realiza alguna fechoría. Por esa razón un día acudió a tocar a la puerta del caserío un guarda de montes al que conocían como *Txokolatero*. Mi abuela le indicó que ellos no estaban en ese momento en casa aun sabiendo la respuesta. Entró directo hasta la cuadra para inspeccionar si estaban escondidos en algún rincón.

Los dos hermanos salieron disparados por una ventana que daba a un costado del prado para esconderse bajo un almiar mientras mi abuelo seguía alineando la hierba recién cortada con el rastrillo sin inmutarse. No sobraban las palabras para esconder secretos en aquellas latitudes. Desde jóvenes ellos

también aprendieron a sortear a la autoridad y a vivir en esos márgenes de la legalidad.

Además de la habilidad demostrada y de poseer una fortaleza innata y curtida, la picaresca ha sido y es importante a la hora de enfrentarse a otro deportista y al mundo deportivo en general. Habitualmente se ha incidido en las debilidades o los puntos débiles del contrincante para jugar esa baza con la madera que se seleccionaba para llevar a las plazas. Algo que mi padre siempre ha tenido en mente cuando mi tío Donato se ha enfrentado a alguna apuesta contra otro aizkolari y él era el responsable de preparar los troncos que correspondían a mi tío. Habitualmente cada deportista lleva el cincuenta por ciento de los troncos de la tarea a realizar en una apuesta, donde siempre ha habido dinero en juego.

Si el punto fuerte del contrincante era la resistencia física y aguantaba con la madera más resistente, llevarían troncos que facilitarían el corte exterior de astilla grande, priorizando la potencia de cada hachazo en contrapunto a las maderas más complicadas. Aquellas en las que se debe mostrar mayor resistencia al necesitar más golpes con el hacha pequeña. No obstante, ha habido cortadores de troncos a los que las características de la madera nunca les han influido al mostrar un equilibrio entre el fondo físico y la demostración de la potencia del buen golpe que daña el tronco.

Algo que ha caracterizado a mi padre es que nunca se ha callado ante las situaciones que él ha considerado injustas o decisiones interesadas o particulares de los jueces de la Federación Navarra de Herri Kirolak (deporte rural). Ya fuera en relación a la madera mal presentada por incumplimiento de la normativa en las competiciones o por registros de dudoso juicio a la hora de sancionar un levantamiento de piedra mal realizado que no llegaba hasta su alineación en el hombro.

Si hablamos de la madera en relación a los cortadores de troncos, no podemos olvidarnos de la figura representativa de quien fue considerado el mejor aizkolari de la historia. Hablamos de Ramón Latasa, que nació en el caserío de Aguria el 23 de mayo del año 1930, en la localidad de Sunbilla, en el norte navarro de la comarca del Bidasoa. Su vida, atravesada por la escasez de medios, fue curtida desde niño y tuvo que sortear las dificultades que se presentaban en aquella época. Ha sido una figura clave de la modalidad del corte de troncos, erigiéndose como el deportista más destacado de la historia en su categoría.

En *Basoko aizkolaria* (el cortador de troncos del bosque), escrito y editado por Antton Espelosin, biógrafo del aizkolari, hay fotografías en blanco y negro en las que podemos ver a Latasa cortando árboles de gran envergadura con la sierra o tirados por una manada de bueyes. Se erigía, sin más protección que la de unos calcetines, sobre los troncos a cortar en una fotografía fechada en el año 1958 en la plaza vieja de Sunbilla. O sobre un tronco de más de tres metros que cortó en treinta y dos minutos y seis segundos en San Sebastián. Suya es también la marca de cortar un ejemplar de eucalipto seco que llegó a medir cinco metros y quince centímetros.

Habitualmente se ubicaba sobre la madera con los pantalones dados la vuelta por la parte baja para refrescar las piernas. Demostró su grandeza como deportista en las plazas y frontones en los que se alzó como ganador de una lista extensa de apuestas, entre las que todavía se recuerda su mítica hazaña contra Luxia, guipuzcoano de Azpeitia, en la plaza del Chofre de Donostia en el año 1959, ante casi veinte mil personas.

Llegaron a decirle que era demasiado bueno en más de un momento y esa grandeza fue el motivo del precio que tuvo que pagar en aquellos años en su entorno. Muchas personas se acercaban a él para sacar tajada y aprovecharse de su generosidad, y se podría decir que su vida personal no fue precisamente afortunada. Falleció a los sesenta años en absoluta soledad, en la residencia de ancianos de Elizondo, lejos ya del eco de los aplausos y de los gritos de ánimo que recibía tanto en las apuestas como en los campeonatos.

Hay una película donde se puede apreciar con precisión el trabajo, el empeño y las riñas y apuestas entre aizkolaris. Pienso en *Vacas*, la película dirigida por Julio Medem (Donostia, 1959), que fue estrenada en el año 1992 y que avanza a través de los desencuentros y las disputas entre dos familias de dos caseríos vascos desde el tramo de los finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Resulta realmente familiar por las localizaciones donde grabaron la película (fue rodada íntegramente en el valle de Baztan y en el Parque Natural del Señorío de Bertiz) y porque mi tío Donato, uno de los aizkolaris de primera línea de las últimas décadas, participó como aizkolari. Mikel Mindegia (Ezkurra, Navarra, 1949), uno de los grandes aizkolaris de todos los tiempos y al que el Gobierno de Navarra le concedió en el año 2006 la Medalla de Oro al Mérito Deportivo también formó parte de la película.

Es un bosque el que separa los caseríos de Irigibel y Mendiluze y a sus protagonistas, donde a través de las últimas generaciones familiares y sus

rencillas se narran las diferentes guerras ante la mirada transversal de las vacas. La rivalidad y ese ambiente de tensión y de odio entre las familias son representadas en las apuestas de hachas que se realizan entre los mozos de cada caserío. Indudablemente, la mirada tanto onírica y surrealista de los sucesos a través de las vacas que pastan y conviven con esa naturalidad centrífuga, es eje donde gira cíclicamente la película.

En esas apuestas entre aizkolaris hay un perfil que me resulta particularmente familiar. Alguna vez le he preguntado a mi padre si es capaz de saber qué cortador de troncos ha cortado un tronco solo observando la madera y las formas que ha dejado cada golpe de hacha. Con la forma que ha diseñado el corte. Como la espuma de una buena cerveza que marca su línea en el vaso de cristal, se puede descubrir a través del corte realizado el deportista que está detrás de eso.

El cortador de troncos que estaba detrás de los cortes del actor Carmelo Gómez no era otro que mi tío Donato. Aunque ese dato lo supiéramos en la familia y hace años que comprara el DVD de la película, no me había fijado en las escenas en las se puede, sin duda, diferenciar el perfil y los golpes de mi tío.

Pocas veces ha sucedido que un aizkolari se hiciera una herida con el hacha. Es cierto que es una herramienta que mi padre nunca deja coger a los curiosos que se acercan después de las representaciones, porque hay algún antecedente de su mal uso. En relación a la preparación de los actores de cara a la película, cuenta Julio Medem cómo estuvo Carmelo Gómez todo un mes intentando adquirir habilidades y manejo en el corte con el hacha, con la mala suerte de que se hizo un corte en un dedo.

En mi caso nunca he tenido miedo al hacha y sus golpes. Sin duda, tenía más cuidado con los golpes superiores y cercanos a las piernas, que, como cualquiera sobre el tronco, las iba moviendo para evitar cualquier susto, como bien se puede observar en la película.

Los hachazos de los aizkolaris de las dos familias enfrentadas se acompañan, como si hubiera un diálogo más allá de los significados, como si en la invisibilidad de la distancia cada golpe marcara una respuesta. Y ahí hay un nexo entre la contundencia y fuerza de las personas de los caseríos y su representación en las apuestas, donde, como se ha comentado en este libro, ha habido personas que han perdido con ese fulgor hasta caseríos con sus terrenos.

## LA MADERA Y SU TRANSPORTE ANCESTRAL EN LOS PIRINEOS

El de almadiero era un oficio arraigado en los pueblos y los valles de los Pirineos que tuvo su enraizamiento durante siglos. Se dedicaban a trabajar la madera en los bosques para transportarla hasta los ríos donde trasladaban la madera en balsas que construían con ese mismo material para embarcarse en la aventura de recorrer kilómetros río abajo para llegar a localidades y ciudades donde poder vender.

La primera parte del trabajo radicaba en los bosques de los Pirineos, donde trabajaban fundamentalmente con pinos, abetos y hayas. Utilizarían para el transporte el apoyo de los animales más resistentes, como caballos o burros machos, con los que tirar y arrastrar los troncos hasta la orilla del río. Allí, los unirían en función de sus medidas y los juntarían paralelamente para atarlos con ramas de avellano o berguizo, una vez retorcidos de cara a formar la balsa. Cuando alcanzaban a encajar varios tramos armados, bajaban al río para unirlos con lazadas de avellanos, formando una balsa alargada, la que conocemos como almadía. Eran fundamentales los remos, que se ubicarían tanto en el tramo delantero como en el trasero.

Lo que conocemos en Navarra como almadías (del árabe, «balsa ligera»), en Aragón y concretamente en la comarca oscense de Sobrarbe se llama navatas y en Cataluña, en el Alt Urgell o en el Pallars Jussá leridano, *rais*. Existieron por lo tanto los almadieros, navateros y *raiers*. Este oficio, cuyo origen se desconoce, pero que retrotrae a siglos atrás en el tiempo, pudo contemplarse por última vez en activo en Navarra en el año 1952 debido a la aparición de los primeros camiones y por construcción del pantano de Yesa, presa que hizo imposible el descenso de las almadías del valle de Roncal por el río Aragón, que todavía seguían descendiendo a través del río Esca.

En la actualidad y desde el año 1991, en la localidad navarra de Burgui, en el valle de Roncal, se celebra el famoso Día de la Almadía, reconocido como Fiesta de Interés Turístico Nacional, que representa la escenificación del descenso de varias almadías en homenaje y reconocimiento a la labor que realizaron durante años.

El trabajo del almadiero era una labor sacrificada y de una gran dureza, como la mayor parte de los oficios en los pueblos rurales, y con el componente de riesgo puesto que este trabajo tenía asociado la peligrosidad de navegar en el río. Hay que unir a este aspecto que la mayoría de los almadieros no sabía nadar.

Hay que destacar, sin duda, que las mujeres de los almadieros desempeñaron un papel fundamental quedándose en el pueblo al cuidado y al cargo de hijos, abuelos, animales, casa, huertos y campos de cultivo. En la actualidad se les rinde homenaje el Día de la Almadía mediante la presencia de las lavanderas en la orilla del río.

Durante los meses de otoño y de invierno los almadieros trabajaban en el bosque talando los árboles y transportándolos para realizar los recorridos río abajo durante la primavera y aprovechando el aumento del caudal del río después de que la nieve se deshiciera de las cordilleras de los Pirineos. Hay que tener en cuenta que la almadía navegaba a la velocidad de la fuerza del agua del río y que era imposible frenar, tan solo se dirigía la almadía siguiendo el cauce natural del río.

Los almadieros, conocían bien cada rincón y cada meandro del río, los pasos de mayor complicación y riesgo y las presas por las que saltar. Sabían cuándo iban a pasar bajo un puente o un pueblo concreto donde parar. Por las noches aprovechaban para descansar. Calentaban así la ropa mojada durante todo el día por el contacto con el agua del río. Eran conocedores del destino al que tenían que llegar puesto que el maderista cerraba con antelación el punto donde se vendería la madera. En ocasiones, sucedía que ofrecían en diferentes localidades la posibilidad de que los lugareños adquirieran la madera.

Hay que recalcar que la vuelta se realizaba a pie, al no encontrar alternativa alguna de transporte para ello. Los últimos almadieros roncaleses ya no llegaron tan lejos con sus almadías, como mucho hasta Zaragoza. Sus antecesores sí que llegaron hasta Tortosa, en la desembocadura del río Ebro con el mar Mediterráneo. Los grandes troncos de abetos roncaleses y salacencos se utilizaron como mástiles en la construcción de barcos en los astilleros.

Iñaki Ayerra ha sido uno de los participantes que durante años ha rendido homenaje a sus antepasados en el Día de la Almadía en Burgui. Lo ha vivido

como un reconocimiento y una admiración hacia la labor de aquellos ascendientes que, siendo almadieros, sacaron adelante a sus familias con este arriesgado y duro oficio. Es la forma que tiene de rendirles tributo, de recordar su vida tan sacrificada. Les expresa de esa manera que están orgullosos de llevar su herencia. Es él quien nos ha transmitido los recovecos de esta tradición antigua y aferrada a los bosques y ríos de los Pirineos.

Durante los veintiséis años que lleva celebrándose el Día de la Almadía, se realiza en torno a la festividad del uno de mayo para asegurar que el río Esca baje con un caudal considerable que permita el descenso de las almadías sin complicación. Actualmente el recorrido cubre alrededor de cinco kilómetros hasta llegar a la presa y al puente de Burgui. Se trata de poner en escena el desarrollo de una actividad que en la actualidad es símbolo de memoria y festividad, pero que en el pasado fue un trabajo sacrificado. Es el reconocimiento de esa labor convertirla en símbolo de identidad personal y colectiva para el pueblo de Burgui y el valle navarro del Roncal.

Con suerte, los trabajos a realizar se ubicaban en bosques próximos al pueblo de Burgui, por lo que cada día podían acudir a dormir a casa, no sin antes una buena caminata. Si el lote estaba más alejado, transcurrían varios días en el bosque, durmiendo en bordas en el mejor de los casos o en cabañas que ellos mismos construían con ramas y colchones a base de ramas de boj. Durante aquellos años la mayor parte de los hombres del pueblo eran almadieros. Almadieros o pastores.

Las condiciones para sobrellevar el trabajo como almadieros curtieron los perfiles de los hombres que debían realizar largas caminatas, enfrentarse a viajes arriesgados y difíciles donde siempre terminaban mojados hasta la cintura y con los pantalones cuarteados por el hielo. Muchos compañeros sufrían golpes, caídas o graves enfermedades provocadas por las duras condiciones a las que tenían que enfrentarse sobre las almadías en el río.

Donato Mendive, el bisabuelo de Iñaki Ayerra, nació en el pueblo roncalés de Burgui en el año 1893. Dedicó toda su vida al trabajo en los bosques aledaños y a su correspondiente transporte a través del río como almadiero, perdiendo la vida en su ejercicio como consecuencia de la contundencia del río Salazar a la altura de la Foz de Arbaiun, en la entrada del valle de mismo nombre que el río y donde la impresionante garganta se ha ido tallando a través de la erosión de la roca a lo largo de seis kilómetros. Fue, sin duda, uno de los puntos negros para los almadieros.

En el año 1942 Donato y su amigo Fidel fueron contratados para conducir una almadía por el río Salazar, río peligroso si venía crecido, donde el paso por la Foz de Arbaiun era uno de los puntos más peligrosos. Una marca en una roca, dependiendo de si quedaba al descubierto o la tapaba el agua del río, indicaba la dificultad o imposibilidad de navegar con las almadías.

Cuando se aproximaron a la Foz de Arbaiun vieron que algunas almadías permanecían amarradas a la orilla, señal de que más de un almadiero decidió desistir en su trayecto río abajo. Ellos dos, en cambio, debían cumplir con el encargo, que era de carácter urgente. Un giro de cabeza y una mirada afirmativa fue suficiente para confirmar su propósito de seguir adelante, de que podrían con los imprevistos. Disponían de una larga experiencia tripulando almadías, sorteando obstáculos y venciendo a los peligros y las adversidades. De reojo pudieron ver que el fuerte caudal del río no terminaba aún de rebasar la marca de la roca. Encararon la tarea con la mayor precisión, técnica y rapidez posible, apretando con todas sus fuerzas el remo que los guiaba.

El paso por la Foz siempre resultaba angustioso al tratarse de un auténtico callejón formado por inmensas paredes verticales que abrían paso al desfiladero. Avanzando en el trayecto había un paso especialmente estrecho con un prolongado puerto a modo de presa tras cuyo salto el tramo delantero se hundía en el cauce a la espera de ser refltado de nuevo y de forma inmediata por la fuerza ejercida por el resto de tramos que componían la almadía. Tan estrecho era ese punto de paso que un pequeño golpe seco e incierto de la almadía contra alguna roca podía provocar que el tramo delantero chocara y frenara en seco. Y eso es precisamente lo que ocurrió en ese fatídico día y trayecto.

El impacto fue tan brusco que Donato cayó rápidamente sobre los troncos, quedando la almadía atascada en su primer tramo. El resto de tramos, empujados por la fuerza del río, fueron amontonándose unos encima de otros formando una pila de maderos que crujían y se rompían, cayendo varios de ellos que aun permanecían unidos sobre su cuerpo tendido. Fidel, en cuclillas y agarrado todavía al remo del tramo trasero, pasó por encima de él arrastrado por la fuerza del río.

Donato Mendive falleció en el Hospital Provincial de Pamplona a consecuencia del shock traumático y hemorrágico que le provocaron los golpes de los troncos de la almadía tras el impacto en la Foz de Arbaiun. Su



cuerpo fue enterrado en el Cementerio Moderno de Pamplona, lejos de su Burgui natal y del camposanto donde yacían los restos de Dominica, su mujer.

Como hemos comentado, el desarrollo industrial y la tecnología aparcaron a las almadías como medio de transporte. Los camiones resultaron más económicos y eficaces para transportar la madera desde el bosque hasta el punto de destino. Los pueblos comenzaron a despoblarse, por lo que muchos almadieros emigraron a las ciudades en busca de los trabajos en fábricas donde la comodidad y la seguridad estaban más garantizadas que en aquel trabajo de riesgo. La madera fue perdiendo el valor que antiguamente tuvo y la explotación forestal se transformó con nuevas herramientas y medios de transporte.

## **EL TRONCO Y LOS CARBONEROS**

La necesidad de subsistir y alimentar a la familia ha sido fundamental en relación al aprendizaje de las labores de los carboneros, las tareas de fabricación y distribución del carbón, asociadas a las familias más humildes que no disponían de tierras ni de una riqueza heredada, por lo que encontraban en el monte el sustento con el que seguir adelante.

Las labores arraigadas en el monte junto con la leña y el carbón han estructurado la idiosincrasia de, sobre todo, muchos hombres aferrados a los ciclos de la naturaleza y esa dureza que por momentos se convertía en cierta calidez por la transmisión familiar. La misma configuración que se da también en hábitos arraigados como es la búsqueda de las setas, de las castañas o de la leña.

Las personas que han trabajado toda su vida en el monte y que se han enfrentado cara a cara a las vicisitudes emanen esa sabiduría con un conocimiento que se traduce desde la infancia en la convivencia con los bosques y el entorno más cercano. Esa esencia y esa raíz son las que transmite la carbonera del pueblo navarro de Ollogoyen María Martínez, una *rara avis* en estos tiempos en los que su recuperación de este trabajo es una labor de cariño hacia su padre, Teófilo, su familia y todos esos antepasados

que se relacionaban de manera estrecha proyectando una mirada de cuidado hacia ese entorno.

Habla de los tiempos de su abuelo Luis en los que cuidaban de los bosques con la costumbre de volver a los mismos sitios en los que habían trabajado como carboneros. Siempre abasteciéndose con lo que les ofrecía el entorno natural y conocedores de los latidos internos del bosque, sabios de una vida y sus estaciones, transformaciones y esas responsabilidades que cuidan y se relacionan en simbiosis con un entorno. La sabiduría que rezuma de lo cotidiano y que sabe contemplar los elementos que conforman lo salvaje y natural.

Las condiciones de los carboneros en el monte no fueron nada fáciles. Las exigencias, la dureza que requería, la climatología y la escasez de medios eran condicionantes para una vida caracterizada por su rigidez. Desayunaban, comían y cenaban castañas asadas o habas, sin espacios para la abundancia o para algún capricho.

Por otro lado, y dado que estaban en contacto con la madera que se quemaba en los montículos creados a tal efecto para fabricar carbón, además de inhalar cantidades ingentes de humo, su piel se oscurecía debido a ese contacto. Por las noches caían rendidos en colchones de hojas de maíz, material que evitaba que se criaran pulgas debajo de las chabolas de madera donde ubicaban césped en el tejado. Esas chabolas se convertían en el hogar del carbonero durante la larga temporada en la que se dedicaban a esta labor a tiempo completo mientras se compaginaba con alguna escapada a balsas cercanas donde cazaban ranas para comer.

Partían a trabajar hacia montes lejanos con las mulas repletas de herramientas y todos los materiales necesarios para su labor: una manta sería suficiente para aguantar las noches de helada de los inviernos, la luz de una linterna de vela alumbraba las noches de cháchara donde la tronza, el hacha y el burro (instrumento que servía para llevar la leña al hombro) eran transportados sobre los animales.

El abuelo que describe María aún pervive en el perfil de esos trabajadores que creen en su oficio. En esas personas que piensan desde el bosque y en ese mañana, como es el caso de mi padre. Esas personas que han luchado y luchan por la pervivencia de un *modus vivendi* a través de una mirada que conecta con la savia de lo salvaje y los valores que transmite el trabajo en un entorno natural.

Hubo un tiempo en el que en las colinas de la sierra de Lokiz, que constituyen veintidós kilómetros del flanco meridional del valle de Améscoa, que se ubican en el centro oeste de Navarra y que colindan con la provincia de Álava, estaban atestadas de trabajadores dedicados a las labores en el entorno con la viveza de los habitantes que daban vida a esa reorganización de los pueblos.

En la actualidad, en los caminos de la comarca el silencio del viento choca con la tristeza de las calles por las que dejaron de transitar historias y encuentros de aquella vida rural. En ese lugar, bajo la sombra del haya, se escondía María para que su abuelo la encontrara. En el mismo lugar donde cortaron el tronco que sujetaba las ramas que daban sombra y cobijo al paisaje, las raíces siguen arraigadas a la tierra, extendidas bajo nuestros pies.

Gracias a la insistencia de María Rosa, la madre de María, su padre les transmitió los conocimientos sobre cómo hacer una carbonera. Durante años hacían una de pequeño tamaño, a la que los vecinos del valle se acercaban para comprar carbón. En ese contexto, su padre les contaba historias relacionadas con su pasado como carbonero y el proceso para elaborar el carbón a partir de la madera, contagiando con su espíritu a su hija, a la que advirtió que pronto se iba a aburrir, pues se trata de un oficio que no se puede descuidar. Hay que estar alerta tanto de noche como de día. María continúa haciendo entre dos y tres carboneras en primavera y verano, aguantando los días con sus noches y vigiliando de manera simbólica, manteniendo viva la llama de la tradición, que en su mirada y sus manos nunca se apagará.

Los inicios de María como carbonera no fueron nada fáciles. Tenía el ojo supervisor de su padre sobre el hombro, aunque también contaba con su sonrisa de satisfacción al ver el aprendizaje de su hija de una labor mayoritariamente masculina. Le iba dando pautas entre gritos en el bosque sobre el peso que debía tener la madera o hacia dónde debía dirigir el próximo golpe. Con el tiempo su padre se fue calmando y cogiendo confianza en el trabajo realizado por su hija, que a su vez iba adquiriendo cada vez más habilidades. Pasados los años, el silencio comenzó a reinar entre ellos. Ella se fue convirtiendo en una carbonera, en una pionera que ha puesto toda su energía y fuerza en aprender y mantener con vida una tradición. Un trabajo que requiere mucho esfuerzo y compromiso personal.

Y no solo se ha curtido en la técnica del proceso de las carboneras, sino que, al pasar tantas horas junto a su padre, ha podido escuchar muchas

historias relacionadas con esa vida de escasez generalizada en unos valles donde la estampa era en blanco y negro. Entre muchas historias, María recuerda especialmente una que tiene que ver con un vecino de Metauten, un pueblo cercano al suyo, que bajó a las fiestas y que al cabo de un tiempo seguía sin volver, por lo que tuvieron que ayudarlo con su carbonera su padre y su tío Julián. Era la modalidad conocida en el ámbito como *betagarri*: añadirle más madera para que no se produjeran vacíos en el interior del montículo y prendiera fuego la leña.

Las bicicletas se convirtieron en fieles acompañantes en aquellos valles para poder acercarse pedaleando a las cuestas donde se ubicaban los lotes de leña. El padre y el tío de María se turnaban la bicicleta cuando llegaban las pendientes. Eran tiempos de escasez y solidaridad en los que no había lugar para consentimientos ni para que hijos e hijas dedicaran el tiempo al mero hecho de verlo pasar. Había que ayudar y arrimar el hombro para que todas las bocas de las familias humildes pudieran comer.

Con el dinero que ahorraron al trabajar como carboneros, compraron una moto Montesa Brío 81, en la que transportaban un par de sacos de carbón, uno en la parrilla y otro en el manillar, mientras iban a las fiestas de los pueblos de la comarca y disfrutaban de su ocio bailando con las chicas. Cuando se les hacía tarde, después de distraerse más de lo debido, era lógico que se les descuidara un poco alguna carbonera, elemento que si se deja de mano muestra las consecuencias del paso del tiempo. No eran necesarias las explicaciones o justificaciones ante tal imagen. Su padre sabía interpretar perfectamente las señales de la carbonera. No necesitaba ninguna palabra de sus hijos para saber que habían disfrutado bailando en las fiestas veraniegas de los pueblos.

En septiembre del año 2014 María emprendió un viaje muy especial desde la localidad de Ollogoyen la ciudad de Mar de Plata, en Argentina, para visitar a su tío Julián, al que le llevó una carta de su padre con todas las historias de esfuerzo y lucha compartidas en relación a su dedicación a las carboneras. Aun con su mal estado de salud, recordó cada detalle y cada lugar en los que que transcurrieron sus vidas y llegó incluso a preguntarle por la vida de los vecinos y carboneros de la zona. La enfermedad no pudo borrar la memoria de su identidad y esos recuerdos aferrados a la tierra que le vio nacer y crecer. A esos caminos, personas y bosques que añoraría cada día aún más con la distancia y el tiempo.

Era imprescindible y fundamental que la tierra no se mezclara con la paja para que el carbón no se viera afectado. Siempre tenían cerca una escoba hecha con ramas de boj para que no se colara ni una piedra ni una hoja a la carbonera y que estuviera impoluta, con su corazón negro de madera quemada. En una ocasión que encendieron una carbonera, Teófilo, su padre, fue hospitalizado, por lo que María tuvo que enfrentarse por primera vez al cuidado y a tener en cuenta todo el procedimiento. Su padre, al otro lado del teléfono, le recordó todos los pasos del *betagarri* y por supuesto le mandó limpiar la carbonera para que no hubiera ni rastro de paja.

El carbón se fue dejando de fabricar a raíz de la llegada del butano a las casas y el cambio de combustible. El desarrollo de los años sesenta provocó el éxodo de las zonas rurales a las ciudades, por lo que esta coyuntura asfixió a los carboneros hasta casi provocar su desaparición. La pérdida de la actividad rural y de esa identidad fue paralela a la disminución de los habitantes en los pueblos de tierra Estella, el oeste navarro que colinda con la provincia de Álava. El carbón se vendía mucho mejor en las ciudades y en los pueblos grandes que no disponían de montes o de viñedos. Los carboneros bajaban a vender a los pueblos, donde iban de puerta en puerta, mientras que en los establecimientos también vendían los sacos. La bisabuela de María se encargaba de subir con el abuelo al monte cuando había que sacar la carbonera para cargar los sacos y venderlos. Bajaba a los pueblos con los machos y por el camino aprovechaba para rezar el rosario a la ida mientras a la vuelta tejía calcetines que calentaban los inviernos bajo cero.

En aquella época las cocinillas de las ciudades y pueblos que no disponían de leña o sarmientos utilizaban el carbón como combustible, también en los braseros de las mesas camillas, en los calentadores y en las planchas. En estos casos se utilizaba más el cisco, el carbón de menor tamaño hecho con ramas de las mismas encinas que se empleaban en la carbonera y que se hacía con el mismo sistema pero en hogueras cuando se formaba la brasa y se ahogaba con tierra para apagarla; de esa manera no ardía. El carbón se utilizaba incluso como aislante en los suelos.

En la actualidad casi se podrían contar con los dedos de la mano los carboneros que continúan con ese contacto directo con los bosques y la madera en Navarra. En el valle de Lana se siguen haciendo carboneras durante la primavera y el verano, y puntualmente en algún otro momento del año. El carbón que conocemos y que se comercializa en supermercados se

fabrica de forma industrial en hornos que nada tienen que ver con este procedimiento artesanal.

María recuerda que en el medio rural el trabajo de la mujer sigue siendo en la actualidad invisible. Las mujeres de los carboneros también fueron carboneras, ellas se ocupaban de atenderlas y en algunos casos también hubo mujeres que al quedarse viudas se las apañaban haciendo carboneras más pequeñas, pero pocas veces son nombradas. Ella siempre ha estado con su padre y sus hermanos queriendo aprender y exigiendo las mismas oportunidades. La mujer en el medio rural, incide, debe mostrar cierta actitud de rebeldía para no dejar que nadie le quite la voluntad ni la herramienta.

Ella es feliz de trabajar con la naturaleza tan generosa, con un producto que se transforma de una forma tan simple y que le obliga a pasar los días y las noches al aire libre. En ese contacto con la tierra, observándola, respetando todo lo que habita en ella, inmersa en su fragilidad y cerca del monte, respirándolo y meditando desde una necesidad vital.

Nos recuerda que los montes con sus bosques cada vez se encuentran más abandonados y que se ha perdido también todo lo que rodeaba al proceso de trabajo con el carbón. Además de forjar amistades, hubo una identidad y un espíritu colaborador desde la humildad de quien aprende a vivir con lo que le rodea. Con todo aquello que aportan los bosques y la naturaleza. Los montes están palpando la agonía de la dejadez y del abandono, la orfandad de las manos que los cuidaban.

Debido a ese abandono causado por la despoblación de las zonas rurales y la desaparición de los trabajos relacionados con el medio natural, hay ayuntamientos que se ven obligados a contratar a empresas forestales para que limpien los montes con el objetivo de evitar la propagación de los incendios y se mantenga un equilibrio en ese ecosistema. Aquel que se mantenía de manera natural cuando la presencia de los carboneros, o los mismos cabreros, impulsaba el mantenimiento tanto de los bosques como de los senderos, que, como consecuencia de la dejadez y del paso del tiempo, se van cerrando. Y con ellos, todos los trayectos realizados anteriormente.

La madera para María es el calor del hogar, es la felicidad de caminar por el monte, es la compañía de la carbonera, son las personas que vienen a verlas y su interés. Es el lazo familiar, sus historias y las que quedan por llegar. El monte y sus bosques son el lugar donde afloran los mejores

pensamientos, los sueños, los recuerdos, donde se siente en plenitud con la vida.

Siente que su sitio está en el trabajo en el monte recuperando un oficio casi extinguido, hasta que el hecho de estar en el campo y en contacto con la tierra y el aire ha llegado al punto de convertirse en una necesidad vital. A su paso está la sabiduría de los antepasados que conocían el uso y las propiedades de las plantas que los rodeaban. El significado de cada una de ellas y el nombre que se les asignaba en cada localidad o valle. Todo lo que rodea a la carbonera está lleno de una gran carga emocional con la sencillez de lo ancestral, en la vida que rezuma en ese ecosistema. Conforme uno se va alejando de la vida que gira alrededor de la naturaleza y del bosque, se da cuenta de todo el conocimiento popular que se va desvaneciendo a la par que las construcciones de edificios tapan la visión del entorno y de los montes.

La composición de las carboneras es fundamental y ahí está el equilibrio entre la dureza y la sutileza en su construcción y la reordenación de las leñas y sus capas. Pieza a pieza, se conforma un conglomerado circular donde se alza como un pequeño montículo desde el que supervisar a través de esa ranura que dejan para que el fuego y la madera respiren.

De esa manera, lo salvaje adquiere una magnitud poética y una belleza que surge de esa fuerza y simbiosis entre el ser humano y lo que se genera del trabajo con las carboneras. La necesidad, durante décadas, vertebró ese estilo de vida que no ha podido resistir a los envites del desarrollo y de las oportunidades surgidas en las ciudades.

La convivencia que ha aportado, y sigue aportando, el contacto con la madera y los bosques es esa estrecha relación con los ciclos de la luna que son fundamentales para la tala de los árboles. Están presentes los primeros rayos de sol que se cuelan entre las ramas y la neblina que se expande a través de las rendijas y los agujeros. Los sonidos de los cencerros marcan el movimiento de las cabras o de las ovejas, los corzos y su irrupción de amaneceres o ese vuelo de la garza que se erige y se posa a pescar. Las noches en vela custodiando las carboneras dan para diferenciar los sonidos y para saber de la reorganización interna de la naturaleza y sus ciclos.

Cuando la carbonera está avanzada, hay margen para ausentarse sin preocupaciones, por lo que María aprovecha para quedarse observando cómo sale ese humo que la absorbe en sus pensamientos mientras de fondo resuenan los sonidos anteriormente expuestos. La montaña es su santuario, su

refugio de alma libre que sabe dar todo aquello que recibe de la naturaleza. Es la herencia de la generosidad y del amor incondicional hacia todo aquello que le ha enseñado cómo mirar y tratar el entorno en equilibrio.

Hay un disfrute con el trabajo realizado que se plasma en el olor a carbón que muestra la transformación de la carbonera. El viento agita el humo en diferentes direcciones y hace relucir la fragilidad en su cambio de dirección según por dónde azota. La sencillez de su viveza y de los procesos naturales.

La tranquilidad y seguridad que tiene ahora el padre de María en relación a su trabajo no tenía nada que ver con los inicios, en los que no la dejaba sola. Llegaba a levantarse por las noches y, sin decirle nada, revisaba el estado de la carbonera aunque nunca llegaran a cruzarse. Mientras su padre se asomaba para asegurarse de que el trabajo continuaba su curso, ella estaba robándole las horas al sueño y al cansancio. Él no quería dejar ningún rastro para que ella no supiera que tenía cierta preocupación al respecto, pero era conocedora de esas visitas de reaseguración. Hay cierto temor, sobre todo en los momentos antes de que la carbonera prenda fuego.

Ella recuerda con nitidez las primeras noches que pasó sola al frente del trabajo. Sentía como si fuera algo frágil que hay que cuidar y preservar con el temor de quedarse dormida y que la carbonera ardiera durante ese intervalo. Bajo la luz de la luna llena tapaba agujeros cada hora con el frontal y la pala. Por otro lado, hacía banderillas con el palo, aplastaba la tierra, le daba la vuelta y volvía así a dormir otra hora.

Los tramos varían según el tamaño. Lo habitual es que la cocción dure entre diez y doce días en las carboneras de gran tamaño, que no permiten dormir con tranquilidad. Aunque la llama de la carbonera esté apagada, hay que supervisar los agujeros que se puedan crear para que no entre oxígeno, lo que provocaría que la carbonera ardiera sin control, echando por tierra el trabajo de muchos días atrás.

Si el tamaño es menor, requiere aún mayor atención, lo que reduce los tiempos de descanso puesto que la transformación de la madera en carbón se da con mayor rapidez. Es por ello por lo que son importantes las estaciones de primavera y verano además de la temperatura de la tierra. Son tan cruciales la luz como cortar la madera con la luna menguante para que la leña se seque con mayor rapidez.

El intervalo de descanso de los carboneros es corto y con el tiempo aprenden a dormir casi con un ojo abierto, en una alerta constante. Durante el



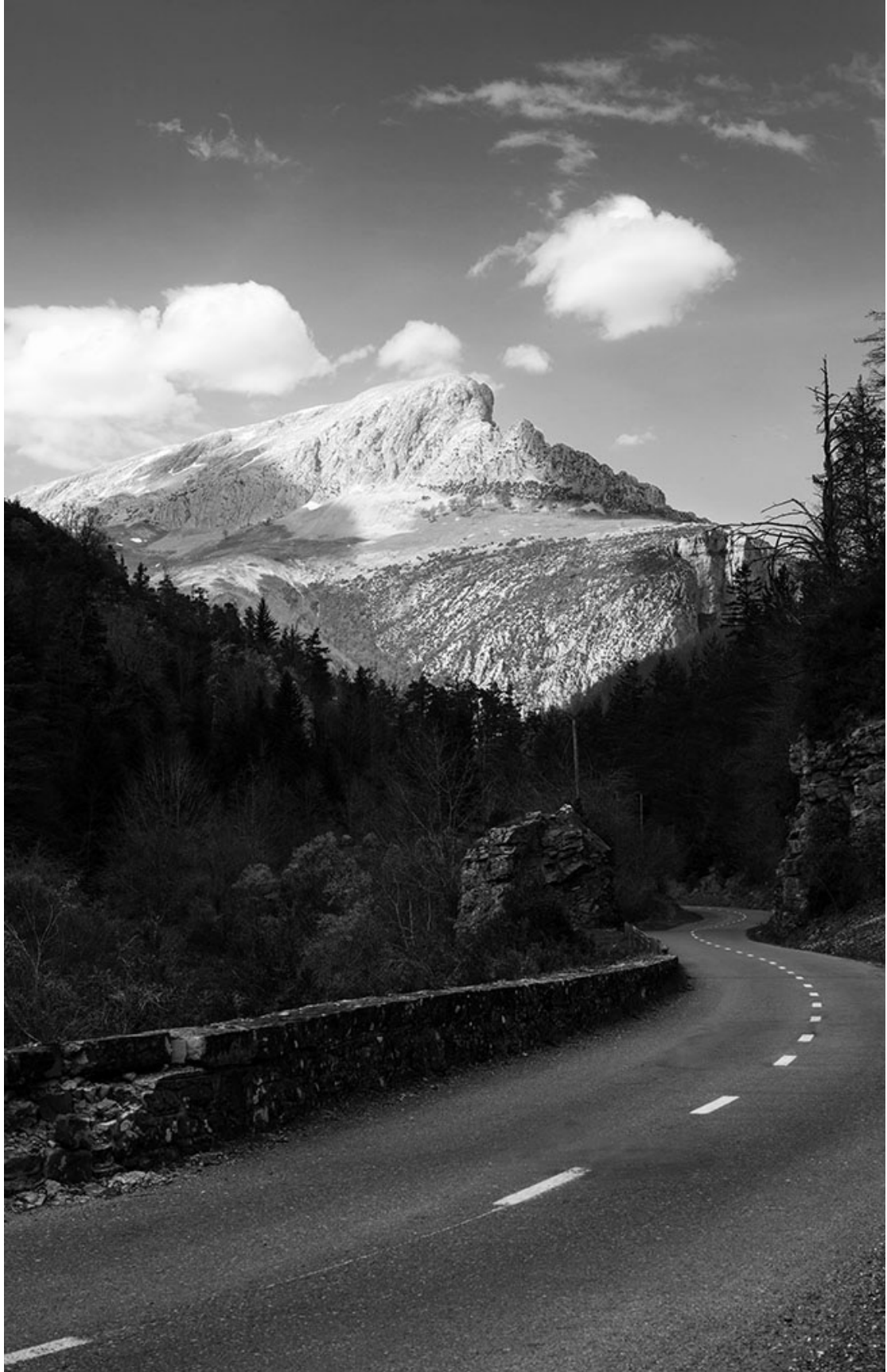
proceso la leña se cuece, no puede llegar a quemarse. Si llegara a ese punto, supondría desperdiciar todo el tiempo dedicado. En décadas anteriores bajaban al pueblo cuando las carboneras se ubicaban cerca para compatibilizarlo con las tareas agrícolas y ganaderas, aunque lo habitual era que estuvieran a cierta distancia en el monte.

En la tierra que utilizaban para tapar las carboneras fueron descubriendo la textura y el sabor de las trufas. Mientras las llamaban «patatas podridas», aparecieron los primeros buscadores de Huesca y de Cataluña, sobre todo a partir de los años sesenta, que fueron llevándose a escondidas kilos y kilos de trufas para venderlas después en Francia, donde se pagaban a buen precio como alimento para los restaurantes de la alta cocina.

Los lugareños no entendían a qué venía tal presencia de hombres que acudían con perros pero sin escopeta. Dilucidaban, por lo tanto, que no iban a cazar. Cuando se acercaban a hablar con ellos, solo respondían que iban a pasear o a por setas. Mientras los habitantes de los pueblos de la sierra de Lokiz y de la Tierra Estella continuaban con sus labores del campo y en el monte, desconocedores de sus propiedades y valía, quienes acudían de lugares lejanos hicieron negocio con ese manjar que solo conocían hasta aquel entonces los jabalíes.

Durante todos estos años, quienes han trabajado estrechamente con las carboneras no han dispuesto ni de instalaciones ni de infraestructuras para ello. Les ha caracterizado la elaboración del proceso desde técnicas y procedimientos absolutamente artesanales. Prueba de ello son las marcas de la tierra negra, espacios sin vegetación con una ligera capa de césped.

En algunos casos se pueden hallar incluso paredes de tierra, vestigios de un tiempo, restos de cuando era una práctica habitual. María nos hace reflexionar sobre aquellas personas que, curtidas por el trabajo y el esfuerzo que requería, aguantaron la dureza de los días y las noches en esos lugares. Todas esas historias que esconden los árboles que los acompañaron y siguen de pie, custodiando sus sueños y desvelos.



# CAPÍTULO V

## Rama





En la frontera del bosque  
no se habla otro idioma  
que la ramificación de sus ancestros.







Las ramas de los árboles de bosques frondosos, además de ser muy útiles como leña para calentar los hogares, eran también utilizadas a partir de las trasmochas, un tipo de poda que se realizaba en los bosques, principalmente de hayas, aunque también hay fresnos y robles, que se realizó de forma intensiva hasta mediados del siglo XX.

El trasmocheo consistía en cortar las ramas del árbol desde una altura considerable, a veces a una altura superior a los dos metros. Es un corte que provoca la regeneración del árbol a partir de ese punto. Esta técnica hace que las hayas crezcan de una forma más irregular y con muchas bifurcaciones, pero más hacia los extremos que en altura. Así, las ramas adquirirán un tamaño mucho mayor que el que tendrían de manera natural, pero también nudos y formas mucho más desiguales y anómalas. Así se consigue que lleguen a crecer ramas de más de metro y medio de diámetro que se asemejan al eje del tronco desde unos pocos metros de altura, lo que servía especialmente para producir una mayor cantidad de leña. Es una estampa que no se ve en los bosques de forma muy habitual, como si las ramas hubieran engullido el espacio del tallo del tronco.

En la actualidad existe un proyecto en los bosques de Gipuzkoa cuyo objetivo es recuperar el árbol trasmochado de los bosques más importantes de la región, cartografiar e identificar esos árboles de la zona y favorecer y potenciar que surja una nueva generación de trasmochadores que pueda explotar y cuidar los bosques desde el respeto al ecosistema y el equilibrio medioambiental.

Más allá de estas técnicas de obtención de leña, existe un ideario e imaginario extenso en relación a la imagen de las ramas que tiene, por el paso de las estaciones y la ondulación de las hojas, una presencia extensa en la creación artística. Las ramas son refugio y lugar de tránsito para diversos animales salvajes, principalmente para los pájaros. En invierno, con las fuertes nevadas, algunos árboles pierden las ramas menos resistentes debido al peso de la nieve acumulada. Los árboles que no han podido crecer y expandir sus ramas hacia las alturas llegan a pudrirse en la sombra, que se proyecta como un presagio, sin poder optar a que los rayos de sol los acaricie. Sin la claridad de la luz no hay árbol que se desarrolle en plenitud.

Las ramas más delgadas, con un diámetro inferior a los quince o veinte centímetros, son utilizadas como abono para la tierra. A partir de ese calibre

son empleadas para preparar leña, compost, palés o combustible para calefacción. Los bosques autóctonos se autorregulan gracias a la replantación natural a través de los frutos, tanto del haya como del roble. En ese lugar donde se tala el árbol cae la semilla donde hay espacio para que surja un nuevo ejemplar, gracias al equilibrio entre los rayos del sol y la abundancia de la riqueza de la tierra.

En el caso del pino laricio o radiata, ejemplares que no se regeneran, suele hacerse el corte denominado «matarrasa». Este consiste en cortar todos los árboles de un área para, de esta manera, poder regenerar las extensiones de los bosques más bajos. Cuando la semilla es abundante, conviene realizar este tipo de corte porque la sombra que se proyecta cuando no hay espacio entre las plantas daña a los ejemplares de menor envergadura, ya que aquellos de mayor tamaño no permiten que le lleguen los rayos de sol que absorbe. Esta técnica contrasta con la entresaca. En este caso se clarea el bosque talando ejemplares concretos para dejar espacio a que las nuevas plantaciones puedan crecer con fuerza y determinación.

Estas técnicas, a pesar de que desde un punto de vista externo al de los profesionales de la madera puedan parecer agresivas e incluso poco ecológicas, logran que se pueda producir una regeneración periódica de los árboles. Es el trabajo que se realiza habitualmente en los bosques frondosos para clarear espacios y asegurar el futuro de la producción de madera de una forma sostenible y que mantenga a su vez el ecosistema.

## **LA SAVIA Y LOS CICLOS LUNARES**

A la hora de trabajar la madera en la explotación forestal, hay que tener muy en cuenta las estaciones y los ciclos de la luna para elegir el tipo de madera. Mi hermano Garikoitz, que en la actualidad trabaja en los bosques junto a mi padre, me habla de los cálculos que realiza para que la madera resultante de su trabajo sea óptima para sus usos y de cómo tiene que calcular las fases de la luna para ello.

Un ejemplo es el hayedo de Söhuta-Chéraute, ubicado en el noreste del territorio del País Vasco francés de Sola, donde trabajó durante 2017, y en el que tuvieron que tener en cuenta los ciclos de la luna menguante para que la

madera que surgiera de la tala tuviera la calidad idónea para la reconstrucción del galeón *San Juan* que están realizando los carpinteros de la Factoría Marítima Vasca Albaola, situada en la población costera de Pasaia, a menos de cinco kilómetros al este de Donostia.

El *San Juan* original fue un buque de carga transoceánico del siglo XVI que realizaba su recorrido hasta la costa de Terranova y que terminó hundiéndose en Red Bay, en la costa canadiense, en el año 1565. En 1978 el equipo de arqueólogos de Parcs Canada encontró los restos y comenzó a estudiarlos en profundidad en un proyecto ambicioso con escasos precedentes hasta entonces. En 2013, enmarcado en las actividades de la Capitalidad Europea de la Cultura de Donostia/San Sebastián 2016, comenzó el proyecto de construcción del denominado *Nao San Juan*, trabajos que continúan en proceso en el momento de publicar este libro y que cuentan con el patrocinio de la Unesco. Cuando esté completado, los troncos que mi padre y mi hermano cortaron en los hayedos en los días de luna menguante saldrán del Cantábrico en una ruta didáctica que fomentará el conocimiento de las lenguas minoritarias.

Los madereros deben saber que cuando termina la luna menguante y comienza la creciente no es época para cortar la madera, porque eso repercute en su duración e incluso en los posibles ataques que pudiera sufrir por parte de los insectos como polillas. La luna menguante propicia también que la madera esté más sosegada, además de que se seca con mayor rapidez. Es en estos días, cuando el tiempo es favorable, en los que trabajan a contrarreloj para poder aprovechar el tirón. Aunque no es lo más recomendable, muchas veces, y debido a las intensas jornadas de trabajo, terminan cortando la madera coincidiendo con la luna creciente.

Con la luna creciente hay muchas más posibilidades de que la madera se termine abriendo por su viveza y porque son días en los que la savia está en ebullición. Sin embargo, esto no sucede con toda la madera. Hay algunas especies a las que les beneficia que se realice el corte coincidiendo con la luna creciente, como en el caso del haya o del fresno. El haya que se destina para serrerías o para leña de fuego se seca antes de esa manera y propicia, por otro lado, una llama mayor, o lo que es lo mismo, más calor en los hogares durante el duro invierno.

Es por tanto imprescindible seguir los ciclos de la luna y, si hace falta, esperar al día siguiente para que vuelva a comenzar el proceso, y considerar

la mejor época para el corte según el tipo de madera y el uso al que se vaya a destinar. Si el tiempo no es favorable para entrar en los bosques o arrastrar los troncos con el tractor, se dejan los árboles tumbados con sus ramas, lo que asegura que la madera se podrá sacar con garantías unos días después, cuando mejore el tiempo. De todas las especies, la que mejor soporta el paso del tiempo y el calor es el roble.

Cuando comienza la primavera, a finales de marzo y durante el mes de abril, es recomendable cortar los árboles con la luna creciente si se quiere destinar la madera para serrerías o si se quiere utilizar para fabricar sillas o mesas. No es recomendable, en cambio, si la madera es destinada para obra. El roble se utiliza para obras, mesas, barriles, barricas, parqués, puertas y ventanas. Es un material que por su durabilidad y dureza tiene más utilidades que el haya, que en comparación no muestra esa resistencia que caracteriza al roble.

En verano empieza a subir la presencia de savia y los árboles que están creciendo se convierten en una explosión de vida y movimiento. El retroceso de la savia comienza a finales de agosto, cuando empieza a regularse. Esto se percibe en los movimientos de los árboles, que a partir de ese mes mantienen una mayor quietud. Durante el verano, si hay alguna hendidura en la madera, es posible que se rompa con mayor facilidad por la influencia de la savia. El invierno, en cambio, es la época en la que se corta mayoritariamente la madera destinada para obras.

El árbol tiene su propia música y recrea su sinfonía en movimiento con la ayuda del viento. Los bosques se caracterizan además por ser espacios silenciosos y espirituales donde poder adentrarse para hinchar y limpiar los pulmones con amplitud. El pensamiento y los pasos sobre las hojas se entremezclan con el canto de los pájaros, el fluir de la regata o la melodía del viento que agita las ramas, creando una estampa compacta de los mismos elementos que acompañan al leñador en sus momentos más reflexivos.

El árbol, como cualquier ser, no es perfecto. Sus ramas pueden romperse y generar nudos, taparse y hasta formar estructuras irregulares. Cualquier rama rota va a suponer que se quede una cicatriz dentro, escondida, esperando a que alguien la encuentre.

A pesar de esto, en los últimos tiempos ha crecido la demanda de piezas de madera rústicas para el mobiliario y para decoración, por lo que se le está dando salida a troncos que anteriormente se desechaban por exigencias del

mercado. Ahí radica la belleza que representa la diferencia. El imaginario que puede recrear el nudo con sus irregularidades y una textura más rugosa. La constatación de que lo rústico y las formas naturales han conseguido hacerse un lugar que cada vez más se demanda desde espacios de decoración, restaurantes o negocios de distinta índole.

El bosque es una fuente inagotable de riqueza y no dejará de producir madera de calidad para abastecer las necesidades relacionadas con su uso, cada vez más presente en la organización diaria de la vida que quiere acercarse a lo orgánico, a todo lo natural, a la esencia de lo que es el ciclo de la vida.

## **LA TALA: NUDOS Y ADVERSIDADES EN EL TRABAJO**

Según las pendientes, la morfología y las características concretas del bosque en cuestión, son fundamentales la lógica y la practicidad a la hora de movilizar las toneladas de madera a través del suelo para realizar el menor impacto posible y hacerlo llegar hasta el destino previsto en el cargadero, donde ya en un terreno más favorable se procede a diferenciar la madera según sus usos: si es para desarrollo, para las serrerías o para su utilización en carpintería.

Como hemos visto anteriormente, la climatología adversa influye y afecta en el trabajo de los bosques, aunque para los leñadores es más crucial la ubicación concreta del árbol que hay que tirar y la dirección que adquirirá una vez talado para evitar susto alguno que afecte a la integridad del trabajador. Es fundamental también el uso correcto de las motosierras, tener conocimientos sobre las características de la máquina y que el ser humano la controle a ella y no al revés. La seguridad, precisión, preparación y entrenamiento son cruciales para un trabajo en el que por cualquier pequeño despiste se puede perder la vida.

Mi hermano Garikoitz no duda ni un instante cuando le pregunto sobre cuál ha sido el día más duro que recuerda desde que empezó a trabajar como leñador cuando tenía dieciocho años, en 2008. Responde sin dudarle un instante que fue «el día del accidente». Era la Semana Santa del año 2015 y

habían decidido trabajar después de un mal invierno en el que la climatología no había favorecido el trabajo en el monte. Aprovecharon entonces la tregua de unos pocos días soleados para sacar la madera cortada en un terreno llano y, según comenta, en una de las mejores ubicaciones donde ha trabajado por la facilidad del terreno. Trabajaban en un robledal de Söhuta-Chéraute, en la región de Sola, en el nordeste del País Vasco francés.

Incide mi hermano en que los accidentes siempre se producen porque tanto el cuerpo como la cabeza se relajan en exceso, ya sea por la experiencia, por la confianza o simplemente por despiste. Y ese fue el caso. Era una llanura sin las adversidades que encuentran habitualmente en bosques entre pendientes donde tienen que cambiar todo el procedimiento de corte por cautela, prevención y protección. Recuerda cómo no se deben cortar todas las ramas del árbol cuando se encuentra en la pendiente porque con el impulso de su caída puede rodar montaña abajo sin ningún agarre al suelo, llegando a aplastar a algún trabajador, como ha sucedido.

Aquel día fatídico, a las diez de la mañana habían hecho el parón habitual para desayunar. Basilio, su compañero rumano, le preguntó a mi hermano hasta qué hora iban a trabajar, puesto que en ese momento había empezado a lloviznar. Él le contestó que tenían que intentar trabajar como si fuera un día normal ya que llevaban semanas sin poder acercarse al bosque por las condiciones meteorológicas que lo habían convertido en un lodazal impenetrable.

El accidente sucedió a las once de la mañana. Mi hermano estaba atando el árbol caído con el cable del tractor a un metro del compañero (he decidido mantener su nombre en el anonimato por respeto al afectado). Basilio estaba cortando un roble algunos metros más arriba en la pendiente. Comenzó a cortar el tronco calculando el agujero para que al caer se dirigiera en la dirección contraria a donde se ubicaban ellos. No había, en principio, problema alguno.

El compañero que se hallaba al lado de mi hermano estaba cortando el tronco anteriormente caído para ir aprovechando sus partes de cara a su destino en la serrería. Mi hermano acercaba el cable a ese tronco para sujetarlo y arrastrarlo en el mismo momento en el que comenzó a caer el roble que había cortado Basilio. Entonces sucedió algo que mi hermano nunca había visto en todos los años que llevaba trabajando en los bosques. El árbol cayó en la dirección hacia donde se ubicaba un roble más pequeño que

se inclinó. Parecía en ese momento que el árbol de mayor envergadura podría doblegarlo y tirarlo con su fuerza, que era lo que normalmente sucedía en estos casos. Sin embargo, el árbol pequeño cogió impulso por sorpresa y desde el suelo pudo con él, provocando un efecto parecido al del bumerán que retorna de imprevisto y alcanzando a romper por el impacto las ramas de los árboles. Mi hermano le gritó al otro compañero para que reaccionara y tuviera opción de alejarse. Veía la caída a gran velocidad de una rama alargada de quince centímetros de diámetro directa hacia donde estaban trabajando.

Mi hermano reaccionó a tiempo y se arrojó a las zarzas que tenía en la parte trasera al ver el acecho de las ramas que caían en su dirección. Cuando se levantó, vio al otro compañero en el suelo mientras Basilio bajaba corriendo para ver lo sucedido. Las ramas habían impactado con tanta virulencia contra su espalda que se le rompieron ocho costillas y los dos omoplatos.

El joven, que yacía inmóvil en el suelo, no emitió grito alguno. Solo decía que no podía respirar bien y que no sentía las piernas, que no podía moverlas. Mi hermano, preocupado por la situación, llamó inmediatamente al teléfono de emergencias. Le llevaron en helicóptero al hospital de Bayona, ciudad de la costa del País Vasco francés.

En este caso, un cúmulo de factores e imprevistos que ofrece como respuesta la naturaleza hicieron que el accidente hiriera con tal gravedad al compañero de trabajo de mi hermano que su movilidad se sigue viendo afectada en la actualidad. A pesar de su juventud, necesita de un bastón para desplazarse, después de un gran esfuerzo por su parte en todo el largo y duro proceso de rehabilitación.

A pesar de que este grave accidente sucedió en un terreno llano, es en las cuestas empinadas donde el peligro es aún mayor por la probabilidad de tener algún imprevisto con el tractor y algún accidente por causa de la lluvia, las heladas o la nieve. En el pasado era posible trabajar en días en los que el tiempo hacía tiritar hasta las manos más curtidas. Eran tiempos en los que todo el trabajo se realizaba a mano, mucho antes de que llegaran las motosierras y los tractores. Hubo una época en la que colocaban la madera de forma que bajara pendiente abajo y a través de los desfiladeros, con su propio impulso, hasta la orilla de los riachuelos o los mismos cargaderos. Zonas

siempre llanas desde las que se cambiaba el rumbo hacia zonas menos salvajes a través de carreteras más confortables.

Ante la creciente demanda por parte de las serrerías, han tenido que trabajar incluso bajo virulentas tormentas de nieve durante las que tenían que limpiar las cortezas de los troncos con las manos hinchadas al sentir el frío en sus entrañas. En estas jornadas llegaban incluso a situaciones en las que les costaba mantenerse de pie debido a una mezcla de angustia y agotamiento; momentos en los que flaqueaban las fuerzas y les empujaba la necesidad imperiosa de llegar a tiempo para realizar la entrega. La de dar de comer a toda una familia.

Cada paso era una proeza en los días de nieve. Cuando la acumulación de nieve en los bosques les cubría hasta las rodillas. Hubo días en los que difícilmente conseguían dar la siguiente zancada. Era entonces cuando, muy a su pesar, decidían quedarse contra su voluntad bajo el cobertizo de las chabolas realizadas con sus manos. La llama del fuego que hacían en el interior de estas chabolas improvisadas, mientras el sol se escondía bajo la arboleda, calentaba esos cuerpos azotados por la intensidad del tiempo. La meteorología adversa los obligaba a mantenerse refugiados en su cobijo sorbiendo un buen puchero de sopa caliente para coger fuerzas y poder enfrentarse así a la siguiente jornada de adversidades.

De poco les servía el esfuerzo descomunal cuando el silbido que traía el presagio de las heladas paralizaba por completo la posibilidad de talar los árboles necesarios para hacer llegar el camión completo hasta la serrería prevista.

Los dos hermanos Larretxea, mi padre y mi tío Donato, llevan el cuerpo repleto de cicatrices convertidas en proezas de guerra en su fisionomía curtida por el riesgo y las heridas.

En el invierno del año 1982, semanas antes de mi bautizo, mi tío Donato se cortó con la correa de transmisión del troll del tractor, que, con su movimiento, parecía una culebra salvaje que no dejaba de engullir todo lo que la rodeaba. En un despiste, esta correa le agarró del jersey de lana arrastrándolo con toda su fuerza. Debido a este grave tirón, su húmero quedó a la vista y, después de un forcejeo, logró tirar con fuerza hasta soltarse y así salvar su brazo. Ese hecho aconteció en los bosques de Fago, pueblo del noroeste de Aragón que limita con Navarra. Mi tío terminaría siendo mi padrino y acudiría a mi bautizo con el brazo escayolado.



Era Semana Santa y en aquel entonces se mantenía la tradición de la vigilia, por lo que mi padre subía de la chabola con una tortilla de patatas preparada por él cuando los gritos de dolor de su hermano le alertaron de que sucedía algo fuera de lo habitual. Cuando llegó, del brazo de mi tío emanaba sangre disparada como la sidra que sale de las barricas, como un chorro que no tenía fin. Le ató con una camiseta la zona del brazo donde tenía la herida para hacer un torniquete y salieron disparados durante dos interminables horas de trayecto en el Land Rover, desde el bosque donde se ubicaban hasta el hospital de Pamplona. En más de una ocasión tuvo que soltarle el torniquete para que le circulara algo de sangre con fluidez por el brazo.

Los riesgos del trabajo con la madera en el bosque están a la orden del día y por eso es una labor que reclama una dureza para enfrentarse a todos los accidentes que puedan suceder. Es la vida que brinda el bosque la que hace fuertes a los trabajadores para lograr así hacer frente a las situaciones más inverosímiles. Esas en las que el menor descuido puede acarrear consecuencias devastadoras. Y es que la naturaleza, con su sabiduría, puede responder con una reacción que el trabajador no espera y termina venciendo a la previsión del leñador que no sabe con exactitud hacia dónde va a caer el tronco.

Si un árbol batido se queda enganchado en las ramas de otro árbol, el que está cayendo termina por coger impulso hasta que cambia de dirección de forma inesperada, lo que puede llevarse por delante alguna vida. No hay precisión matemática que pueda hacer frente en esos momentos a la rugosidad de una naturaleza que se rebela. Es mucho más hábil, cruel y dura de lo que se pueda pensar.

El miedo adquiere, inevitablemente, la forma del respeto al entorno natural. Mi padre siempre recuerda cuando en el año 1986 un compañero, con la pierna casi cortada, le rogaba que le tirara pendiente abajo y lo dejara morir abatido por el desgarró y el dolor del sufrimiento. En esos momentos cruciales es cuando hay que reaccionar con rapidez y serenidad, puesto que una vida depende de una decisión acertada o de un bloqueo absoluto. Aunque en el fondo la situación le aterraba, la determinación de mi padre fue la de luchar contra las palabras de su compañero de trabajo y trasladarlo a hombros, con sus casi cien kilos, a través del bosque durante unos cuantos kilómetros. Profundizaré en este episodio al final del capítulo. Esos sucesos y

experiencias le han hecho sentirse fuerte, con recursos para dar la vuelta a las situaciones más complicadas e inverosímiles.

En un bosque de Ansó en 1985, mientras iba perfilando con la pala del tractor las pistas que había trazado recientemente, mi padre tuvo que reaccionar a un incidente inesperado. La pista estaba ubicada en una pendiente y de pronto el tractor comenzó a coger el impulso que le ofrecía la cuesta inclinada sin que pudiera frenarlo, lo que hizo que fuera ganando velocidad en dirección inevitable hacia un barranco profundo que se hallaba al final de la cuesta. En un intervalo que duró apenas unos segundos, mi padre consiguió reaccionar y saltar del sillón del tractor justo antes de que sucediera alguna desgracia. El tractor dio entonces media vuelta hasta que se quedó paralizado por un pino. La reacción de mi padre no fue otra que irse a Berdún, un pueblo ubicado a treinta y cinco kilómetros al sur, a por aceite de frenos para poder volver a utilizarlo y seguir, horas después del incidente, trabajando como si nada hubiera sucedido. En el bosque no hay tiempo para elucubraciones ni llantos. Siempre hay que mirar hacia delante. El objetivo siempre tiene que ser el de sacar la producción lo antes posible. El tiempo, sin duda, era una manera de economizar los costes para que el trabajo de explotación maderera saliera rentable.

Mi padre mantuvo este suceso en secreto durante décadas y solo lo desveló en una de las ocasiones que pude entrevistarle para la elaboración de este libro. Ni siquiera mi madre tenía constancia de lo que había pasado. Por aquel entonces yo tenía tres años. Como no suponía algo extraordinario para él, más allá de un incidente de su trabajo cotidiano, optó por no contarlo. Quizás por no asustar a su mujer. Quién sabe si hubiera sido otro tipo de trabajador el que se enfrentara a esa situación, sin esa habilidad y rapidez de reacción, si podría haberme contado esa historia más de treinta años después. Lo más probable es que no estuviera aquí, a mi lado, con ese nervio que le caracteriza.

En otra ocasión mi padre tuvo un incidente en el que de nuevo le fallaron los frenos. Conducía su todoterreno a través del puerto de Col d'Arnosteguy, a mil trescientos metros de altitud entre Navarra y el País Vasco francés. Cuando empezó a bajar por el puerto, se dio cuenta de que el freno había dejado de responder. Ante la inclinación de la carretera y la creciente velocidad, tuvo que apresurarse a tomar una decisión acertada antes de terminar despeñándose por la ladera de la montaña. Pensó entonces que lo

mejor sería acercarse todo lo posible a la cuneta para intentar frenar. Sin embargo, debido a la velocidad que llevaba ya el todoterreno, terminó impactando hasta dar media vuelta de campana. Tuvo la suerte de que en ese mismo momento pasaba por allí un camión. Le ayudaron a darle la vuelta al todoterreno con la ayuda de una cinta y decidió retomar su camino, sin frenos, a pesar de saber lo que eso significaba. Así, completó el resto del trayecto utilizando marchas cortas y el freno de mano con gran habilidad y delicadeza.

Era el invierno del año 1978, cuando trabajaba en un bosque de la montaña de Auza, por la zona del puerto de Izpegi en Erratzu, pueblo de la localidad del valle del Baztan que está a menos de veinte minutos al noreste de Arraioz. Estaba conduciendo un tractor sin cabina del que se servía para arrastrar la madera recién cortada. Al tratarse de un terreno con abundancia de helechos y zarzas, no tuvo suficiente campo de visión como para evitar el impacto con una losa enormemente extensa que provocó que volcara el tractor. Mi padre saltó de su asiento como un renacuajo, comenta, para evitar cualquier desgracia.

De estos tatuajes naturales para los leñadores que son las cicatrices, mi padre tiene en su colección personal uno que le marcó especialmente por estos imprevistos del trabajo en un bosque de Iriberry, localidad despoblada en el valle de Atez, en el sur de la Navarra húmeda y a veinticinco kilómetros de Pamplona. Mientras manipulaba la motosierra en un espacio donde se amontonaba una pila de troncos de pino laricio, la grúa que estaba detrás de él comenzó a coger el mismo tronco en el que él tenía la pierna apoyada. Como en otras ocasiones en los vehículos, en este caso el freno de la motosierra estaba roto y cuando la grúa movió el tronco, la pierna que tenía apoyada se hundió. Si el freno hubiera funcionado, al resbalar la pierna encima de la cadena de la motosierra no se habría cortado. Sin embargo, al perder el equilibrio, se terminó cortando los dos tendones de dos dedos de la mano izquierda.

En una ocasión en la que estaban descargando madera con la grúa, el conductor tocó sin querer una esquina de la línea de alta tensión, lo que produjo una descarga eléctrica. En ese momento las ruedas empezaron a arder

debido a la descarga y posteriormente reventaron una tras otra por el fuego. Mi padre, que en ese instante estaba sobre el camión cortando con la motosierra algunas ramas, saltó lo antes posible al suelo, sin poder evitar que le atravesara un ráfaga de electricidad desde la punta de los dedos del pie hasta la punta de los dedos de la mano de la parte derecha de su cuerpo. Tuvo la tremenda suerte de que no atravesara su parte izquierda y por tanto se viera afectado su corazón. La explosión de alta tensión quemó su calcetín de lana dejándole un agujero. Como al día siguiente se encontraba bien, no creyó necesario ir al hospital a realizarse las pruebas pertinentes para asegurarse de que la descarga eléctrica no le había dañado ninguno de sus órganos. Según su relato, durante unos instantes después de que la descarga eléctrica hubiera atravesado su cuerpo, sintió que le faltaba una extremidad, como si hubiera perdido su brazo derecho.

Los leñadores disponen de cicatrices que pueden mostrar con orgullo. Las señales inequívocas de un trabajo que, inevitablemente, ha ido dejando restos de infortunios en la piel. Sin embargo, no ha sido así en el caso de otros tantos leñadores que no tuvieron tanta suerte y que fallecieron realizando su trabajo en los bosques. Fue el caso, por ejemplo, de los hermanos Telletxea de Donamaria, pueblo de la comarca de Malerreka, en el noroeste de Navarra. Mi padre había trabajado con ellos durante muchos años en los montes antes de su trágico desenlace.

Joxe Mari Telletxea falleció en el mes de marzo del año 1990 mientras manipulaba un tractor que volcó en los bosques de Zuriza, en Ansó. Su hermano Francisco perdería la vida apenas cuatro meses después en los bosques de Aragüés del Puerto, a solo treinta kilómetros del punto donde se había accidentado su hermano. También se encontraba en ese momento sentado sobre el tractor cuando ocurrió el fatal suceso.

De Joxe Mari recuerdo cómo me regalaba un huevo Kinder cada vez que íbamos al bar que regentaba los fines de semana. Me hacía pasar hasta el interior del mostrador y me dejaba elegir lo que quería. Entre semana trabajaba codo con codo con mi padre y unos cuantos compañeros más, en los bosques perdidos y salvajes del Pirineo aragonés. Los sábados y domingos cambiaba la motosierra y el hacha por la máquina de café y las botellas de vino. Recuerdo su sonrisa bonachona y su voz. La voz es, en muchas ocasiones, lo que nos queda como un recuerdo más vivaz, más aún que las fotografías en las que aparecía junto a mi padre, rodeado de troncos

apilados, en alguna exhibición de la comarca, o en su boda. Siempre aparecía sonriente en las fotografías. Los bosques absorbieron el eco de esa sonrisa para siempre.

Quien ha sobrevivido a los embates de los bosques está curtido para enfrentarse a cualquier adversidad de la vida. Los problemas cotidianos probablemente le parecerán algo nimio, superficial y llevadero en comparación con los embates que han tenido que enfrentar en el trabajo diario en bosques donde no había senderos, donde la maleza dificulta el tránsito hasta el lugar de trabajo.

Durante más de cincuenta años de trabajo, después de todas las historias de superación y de enfrentamiento a las adversidades en el trabajo de explotación forestal, de las que solo he contado algunas de las que más recuerdan mi padre y mi tío, hubo una en la que la vida de un compañero de mi padre estuvo en juego. En la que tuvo la inmensa suerte de que él estuviera presente en un momento crucial. Dice que si hubiera sido otro el compañero que estuviera allí aquel día, quizás no habría llegado después de lo sucedido hasta el hospital. Que a día de hoy no estaría con vida. Que el bosque le habría ganado el pulso a su existencia. Que ninguna otra persona le podría haber sacado de allí en esas condiciones.

Ocurrió en los bosques a catorce kilómetros al norte de la localidad de Ansó, en el Pirineo aragonés, no muy lejos de la frontera con Navarra y Francia, el verano del año 1986. Los bosques transpiraban la humedad donde se resguardaban los animales que se cobijaban bajo su sombra.

Un oso pirenaico estuvo husmeando alrededor de la chabola donde dormían. La comida abundante y la presencia humana activó el olfato del animal salvaje, acostumbrado a otros olores en el bosque cerrado. Los restos de sus huellas a poco más de cien metros delataban su presencia. Era evidente que había estado merodeando y bordeando la chabola donde se encontraban los trabajadores, con la respiración entrecortada por la presencia del animal.

Tuvieron que agarrarse bien a las mantas, apretar los dientes y enfrentarse al miedo que generaba la amenaza de un animal de semejantes dimensiones a menos de cien metros. Debían mantenerse en absoluto silencio para que el animal no irrumpiera dentro de la chabola en busca de carne fresca. El oso comenzó a rugir, como si los estuviera retando desde su presencia cercana. Sus gritos atravesaron el bosque de lado a lado, hicieron que temblaran las piernas fornidas de los hombres de los bosques que entonces desconocían lo

que estaba por venir. Que la vida de José Luis iba a estar en juego unas horas más tarde.

Sobre las huellas que dejó el oso aconteció al día siguiente uno de los incidentes más desgarradores que recuerda mi padre. Mi tío Donato había tenido que ausentarse del trabajo porque tenía una demostración deportiva en algún pueblo en fiestas. El día anterior, unas horas antes de la presencia premonitoria del oso, mi tío le advirtió a mi padre que había un árbol cruzado en el campo de visión que tenían que talar, por lo que debían cortarlo antes para poder seguir con el trabajo planificado. Y es que la fuerza de poco sirve cuando se deja de lado la técnica. Siempre hay que trabajar con visión, cautela y precisión.

Ese día, mientras mi padre se encontraba en el cargador de madera trabajando con el tractor, escuchó un aullido visceral, el desgarrar del dolor. La peligrosidad de enfrentarse diariamente a tareas que están relacionadas con los riesgos del bosque y la majestuosidad y contundencia de los árboles. Su compañero, en vez de cortar primero el árbol cruzado, había talado el abeto que estaba de pie. Toneladas de peso cayeron sobre su pierna derecha convirtiéndola en una extremidad de maniquí, en un amasijo de carne y huesos transformados en una masa uniforme que soltaba carne deshecha.

En aquel entonces José Luis pesaba casi cien kilos. Solo un par de hilos de carne visibles mantenían unidos los gemelos con los cuádriceps. En un principio mi padre cogió la navaja con la intención de cortarles esos hilillos, pero se echó atrás al pensar que podría tratarse de alguna vena o arteria importante. Cogió entonces una camiseta y le hizo un torniquete. «*Zer egin behar duk nirekin? Jo eta hil nazak!!*»<sup>[7]</sup> fueron las palabras aterrorizadas de José Luis, que, dolido y herido, no veía posibilidad alguna de salir con vida de aquel bosque.

Mi padre, sin embargo, no dudó en levantar sobre sus hombros al hombre herido de tal envergadura y consiguió sortear los obstáculos del trayecto. Riachuelos, rocas y árboles tumbados y cruzados sobre la tierra. Los suspiros de dolor y el desgarrar de la pierna derecha no fueron obstáculo para que mi padre no perdiera el horizonte y consiguiera su fin. Sacar a su compañero del bosque interior. No dejarlo morir.

En el trayecto de vuelta, con el hombre de gran envergadura a su espalda, se encontró con el escollo de un acantilado, momento en el que tuvo que creerse con firmeza que saldrían los dos sanos y salvos. Una distancia de un

metro y medio los separaba de continuar por el trayecto de tierra firme. «*Bota nazak hemen!*»[8], eran las palabras de desesperación de su compañero, que iba dejando un reguero de sangre a su paso. No tenía fe en salir de aquel atolladero, no paraba de verle los ojos amenazadores a la muerte. Mi padre cogió todo el impulso que pudo y saltó sobre el acantilado, consiguiendo que su bota izquierda pisara firme.

Después de saltar sobre un metro y medio de precipicio, continuó hasta llegar al todoterreno, hasta el cual había que realizar un trayecto de kilómetros bosque abajo. En algún momento, fruto del dolor, del peso y del esfuerzo de mi padre, notó cómo el cuerpo de su compañero se escurría sobre su espalda. Por fin llegaron al vehículo, donde lo tumbó en el asiento trasero y condujo lo más rápido que pudo hasta el hospital en Pamplona. Si no hubiera estado con mi padre, lo más seguro es que se habría muerto de una manera agónica.

Mi padre estuvo más de una semana con dolores de espalda después de realizar aquella gesta, aquel esfuerzo sobrehumano de llevar sobre su espalda durante kilómetros a través del bosque a un compañero que no paraba de decirle que le tirara por cualquier despeñadero, que lo dejara morir. A día de hoy, José Luis está casado, tiene dos hijas y trabaja en una gasolinera de la comarca del Baztan-Bidasoa.

Con semejante historial, no es de extrañar que mi padre suela quejarse con preocupación de lo complicado que le resulta encontrar leñadores para su empresa. Esto se debe a que existe una enorme brecha generacional en un ámbito donde la edad media de los trabajadores puede rondar los cincuenta años. No siempre fue así. Hace unas décadas grandes grupos de jóvenes procedentes de diferentes pueblos rurales del norte partían rumbo a los Alpes.

En la actualidad no hay jóvenes para cubrir la demanda de trabajo y los que llegan a trabajar en el ámbito de la madera lo hacen sin los conocimientos básicos del trabajo a desempeñar. De fondo puede haber cierta dejadez en relación a un ámbito que se encuentra arrinconado, sin ayudas y haciendo frente a los años de crisis sin apoyo de ningún tipo. Existe un olvido generalizado hacia una profesión que, por su relevancia e importancia, se resiste a desaparecer haciendo frente a los numerosos obstáculos administrativos.

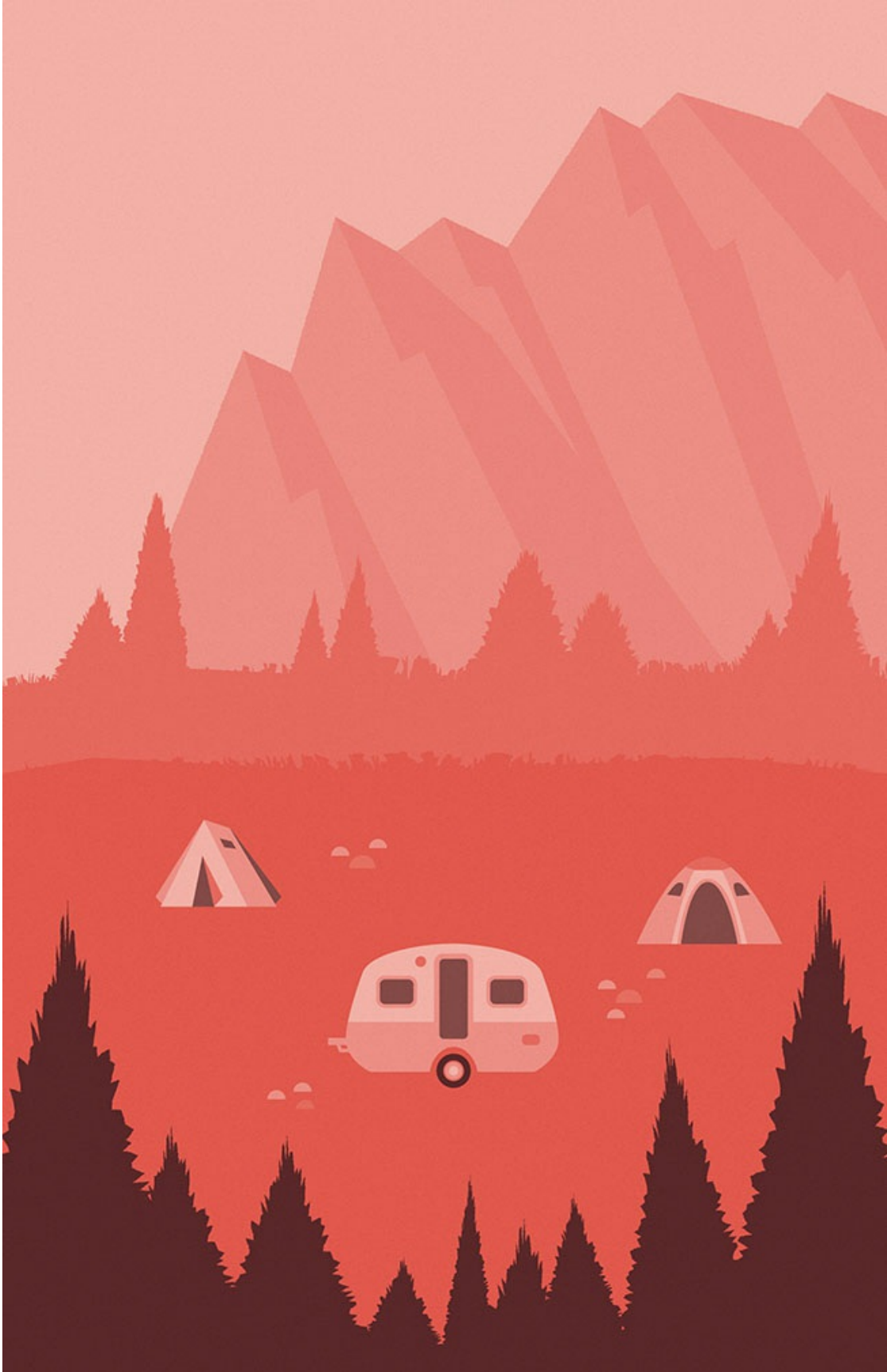




# CAPÍTULO VI

## La hoja y su fruto





Sin sus hojas, las ramas concentran  
el pulso de manos escuálidas que se  
abrazan a sí mismas para hacer  
más llevadera la espera estacional.





La naturaleza, el bosque y las hojas de los árboles cambian con el paso de los meses y las estaciones. En otoño, las ramas se convierten en metacarpos desnudos en los árboles ubicados a los dos costados de los Pirineos, después de ofrecer una estampa espectacular. Es en esa época en la que se pierden las tonalidades verdosas para dejar paso a la irrupción de diferentes capas que se acercan a la explosión de colores en los valles, desde el amarillo y el naranja hasta el marrón.

La caída de la hoja de los árboles caducos supone un abono inmejorable para la tierra, que absorbe sus propiedades. Se consolida entonces ese ciclo en el que los bosques utilizan sus propios elementos para autoabastecerse. Y es que toda composición y trayecto siempre termina volviendo al punto de partida. A la fusión con la tierra. Donde siempre cabe la posibilidad del retorno. Del reencuentro. De echar la vista atrás y disfrutar del sosiego y de la posibilidad de contemplar cómo el viento agita las ramas para ondear y zarandear las hojas. El sonido de los pasos sobre ese manto de hojas secándose es también un elemento característico y familiar. Otro símbolo de retorno a la naturaleza y a los orígenes.

Las hojas representan también la ligereza en su composición y vuelo, la liviandad de lo efímero, que es capaz de crear una de las estampas más poéticas. En ese instante en el que se desprenden de su sujeción a las ramas en una explosión de tormenta. El vuelo libre y sin destino se posa sobre la alfombra que se genera sobre la tierra, acumulando esa capa sobre la que caminamos en la estación de otoño y que acompasa los pasos de los visitantes. Al igual que la hoja sirve como material blando para el lugar de descanso para el ganado.

Los frutos son la semilla que emana el árbol, esa savia que continúa con la genealogía que pueda hallar nuevos pastos y tierras donde crecer y curtirse bajo condiciones y factores que favorezcan y permitan una permanencia consistente. La posibilidad de saborear las texturas y morder las capas de alimento que nos brindan los árboles para plantar el germen de futuro. El árbol que se podrá desplegar sin restricciones durante décadas.

En este capítulo quiero hacer un viaje metafórico a lo que las hojas y el fruto significan desde un plano simbólico en mi relación con la familia, las relaciones personales y el entorno rural.

## LA HOJA ES LA LIGEREZA DE MI MADRE

Fue mi padre quien decidió incorporar a mi madre Rosario en las representaciones conjuntas alrededor de la lectura de mis poemas. Esas performances en las que intentamos mezclar el deporte rural con la poesía y los sonidos de esos valles rurales del norte de Navarra. Fue él quien la animó y la ayudó a trabajar sus miedos, su tendencia a quedarse replegada, relegada constantemente a una sombra luminosa, a esa espalda del deportista y leñador desde donde siempre ha sido eje, apoyo e impulso.

Entrenaron con la sierra para cortar la madera. Hizo que se pusiera con él para sujetar la piedra de cien kilos cuando caía desde su espalda hasta el apoyo acolchado que la ubica en el suelo. Es mi madre la que le da el hacha correspondiente cuando llega el momento de cortar el tronco en esa representación familiar de las tareas, los sonidos y los poemas que parten desde nuestra procedencia para compartir nuestro legado.

Cortando de cuajo todos los miedos, los impedimentos y los bloqueos que proyecta muchas veces la asfixiante concentración de los pueblos donde se vive hacia fuera y con la mirada atenta al de al lado, dejando de lado muchas veces la proyección interior; esas formas que labran los espíritus y los pechos que se van ensanchando a medida que pasan los años y la visión del paisaje va incorporando nuevos caminos y matices.

Es mi madre quien tuvo la idea de llevar el molinillo de café a las performances que realizamos en familia. Quien tuvo la idea de incorporar una cesta con nueces que remueve con delicadeza, con cuidado, de la misma manera que mecía nuestras cabecitas, la de mi hermano y la mía, cuando éramos aún bebés. En una de las representaciones que hicimos a finales de 2017, probablemente la mejor hasta ahora, en el Teatro del Barrio de Madrid y dentro del ciclo *Poesía o barbarie*, se le ocurrió alzar una a una las nueces, encontrando un nuevo sonido con el que acompañaba la lectura. Al finalizar, como tantas otras veces, el público se acercaba con los ojos llorosos, conmovidos quizá por una representación que intenta ser honesta y valiente, por la presencia de una familia encima del escenario. Emocionada y aspirando la nariz, mi madre continuó con su tarea de manipular las nueces mientras de fondo, se escuchaban ecos del libro *Niebla fronteriza*:



*Tú que llegaste a responder a los reproches condenatorios con un «así no vuelve solo en coche desde Madrid». Te hubiera gustado conocerlo. Él se quedaba esperándonos en la cafetería del hospital. Él llegó a conocer tu cocina. Él llegó a entrar a tu casa, pero para entonces tú ya te habías ido.*

*Hay secretos que es mejor no guardarlos. Se pudren si no hay respuestas.*

Ni ella, ni mi padre ni yo mismo hubiéramos podido imaginar que íbamos a recibir tanto cariño del público en todos los eventos y festivales a los que hemos sido invitados para representar lo cotidiano. El reencuentro, la vida, esa esencia, honestidad y generosidad que van más allá de la simple representación y performance, como bien nos recordaba el escritor Miguel Sánchez-Ostiz, afincado en Arraioz.

En contrapunto a la presencia de mi padre, dedicada al corte del tronco con el estruendo desde el que salen disparadas las astillas, la esencia y estancia de mi madre representa las manos cuidadosas y cariñosas de todas las progenitoras. La presencia de la mujer que ha hilado el reencuentro entre un padre y un hijo y la conexión entre ellos que fue construyendo con puentes de entendimiento hasta recoger el fruto de una convivencia sana y regeneradora. La misma de la que ahora sabemos disfrutar ya sea en el pueblo de origen, en Madrid o en cualquiera de las variopintas ciudades en las que hemos compartido fines de semana alrededor de las representaciones.

Fue mi madre la que siempre estuvo ahí. En todo momento. Nunca he dejado de sentirla ahí. A mi lado. Es ella la artífice de todo, aunque fuera desde la sombra, aunque estuviera en silencio. Es ella la hoja resplandeciente que bulle desde el espíritu joven y generoso que la caracteriza. Una de tantas mujeres que acogen y abrigan desde la calma que orilla los acantilados después de la tempestad.

En futuras representaciones esparciremos hojas sobre el escenario. En cada nuevo paso que demos sonará el recuerdo de esa limpieza de la savia interior sobre su manto.

## **EL FRUTO DEL REENCUENTRO EN LAS REPRESENTACIONES CONJUNTAS**

La visión de mi padre en relación a la madera es infinita e ilimitada. Como consecuencia de toda esa vida dedicada a los bosques que creaban el telón de fondo de un paisaje verdoso, como la cubierta de este libro, delimitando su mapa interior con el horizonte de aquellos territorios.

Cuando la tierra comenzaba a enrojecer y secarse, se convertía en esa estepa en la que los árboles eran un bien escaso. Ahí se formaba de manera natural el límite con su estilo y modo de vida, con sus fronteras internas que exteriorizaba alineándose y reafirmando en esa zona de confort que para él siempre han sido los Pirineos y las inmediaciones de los valles rurales. La visión de la línea del norte. El verdor del paisaje. La imagen de las copas de los árboles frondosos.

Como el animal salvaje que va agonizando en la urbe, la idiosincrasia de mi padre no ha sido capaz de conectar del todo con la energía de las ciudades ni con la de las zonas secas. Quizás el entorno urbano ahoga la vitalidad necesitada de la cercanía y la convivencia con los árboles y la naturaleza. Siempre ha soñado con viajar a Canadá para conocer sus extensos bosques, mostrando cierto resentimiento o pena por no haberse embarcado a trabajar en aquel país.

Siempre habla de los países en relación a su madera y sus bosques, cuando otras personas nos fijáramos también en otros aspectos como sus monumentos, su historia, sus museos o su comida. Cita a menudo los países escandinavos y la Selva Negra de Alemania, una zona boscosa de seis mil kilómetros cuadrados en el suroeste de Alemania, que limita con Suiza y Francia, pero su mayor sueño es visitar los bosques de Canadá. En más de una ocasión he pensado que podríamos llevarlo para que cumpliera su deseo. Y con más razón cuando hace once años, cuando me fui a vivir a Madrid, suponía una proeza impensable que viniera a visitarnos. En la actualidad no necesita excusas. Ha aprendido a disfrutar con nosotros en la gran ciudad. Eso sí, siempre que no se nos ocurra llevarle a algún sitio «chatarra», término que utiliza para referirse a lo cutre o a la comida de baja calidad.

Él siempre se ha preocupado por el estado del coche, para que estuviera a punto para que pudiéramos ir a visitarlos sin problemas en la época en la que era inimaginable que vinieran a pasar unos días a Madrid. Pero cómo son las cosas y cómo cambiamos todos. No podemos aferrarnos nunca a unas ideas férreas y construidas, en ocasiones desde el desconocimiento absoluto que nos hace ser lo que no quisimos ser. Siempre hay que dejar una puerta abierta

a todo. A cualquier posibilidad que pueda generar el cambio. A cualquier opción que desbanque al miedo.

Al principio mi padre creaba un muro con todo lo relacionado con el deporte rural y su trabajo en el monte como si no se le pudiera sacar, aunque fuera durante un fin de semana, de aquel entorno. Cuando en 2014 empezó a acompañarme con su hacha y sus troncos en algunas presentaciones de mis libros, se produjo un punto de inflexión que hizo que empezaran a cambiar las cosas y la percepción que mi padre tenía sobre ellas. Comenzó a conocer a personas de otros ámbitos, con las que no estaba habituado a hablar, y se fue dando cuenta de que disfrutaba con esas conversaciones y experiencias en librerías en las que él, como en los campeonatos, estaba en el epicentro, pero de otra manera. Desde una postura más discursiva y sin necesidad de tanto esfuerzo. Se comenzó a abrir a espacios donde la reflexión, el sosiego y la palabra eran el vínculo y la conexión que se establecía con todo su mundo sin la necesidad de competir, de ganar, de tener un adversario. Me acuerdo de sus interminables conversaciones con el poeta y amigo David Mayor en los bares indies de Zaragoza. El cortador de troncos y el mod. Los nexos y los puntos de encuentro están en el espíritu de las personas.

Ha incorporado todas las texturas, reflexiones y la admiración recibida estos últimos años a través de las participaciones conjuntas a las que poco a poco fue incorporándose también mi madre, pieza angular, en ferias, festivales, eventos y presentaciones hasta llegar a un punto en el que se ha permitido disfrutar, lo que ha repercutido en una mayor amplitud de vida. Quién diría hace años que disfrutaría de esta manera en Madrid.

Lo que más admiro, teniendo en cuenta lo complicado que hubiera sido en un pasado no tan lejano, es que le parezca bien cualquier propuesta que le haga en relación a la participación conjunta en lecturas performativas. Ya sea en Barcelona, Madrid, Zaragoza, Salamanca, Valladolid, Plasencia, Badajoz, Cáceres o Villava, siempre y cuando la época sea más proclive a la lluvia y al mal tiempo para que no repercuta en exceso en su trabajo en los montes.

Me llamó la atención especialmente el día en el que me dijo que con la madurez se estaba convirtiendo en alguien más sensible. De lo que quizá no era consciente es de que siempre lo fue. Simplemente antes no se lo había(n) permitido.

## EL SABOR DEL POSO DE LO REFLEXIVO

Mientras uno va cumpliendo años, va comprobando, igual que las hojas cambian de color, los tonos que adquiere el perdón. Desde la mayor tranquilidad que ofrece el ir conociéndose a uno mismo (con nuestras limitaciones y capacidades, nuestros traumas y esfuerzos), vamos aprendiendo primero a perdonarnos a nosotros mismos para después llegar a perdonar a los demás. El perdón era un término que tenía asociado a la doctrina eclesiástica, con ese imaginario de súplica y de sumisión, pero con el tiempo he podido ir comprobando los efectos liberadores y de autoafirmación que conlleva.

Y es que la crispación personal extendida también a lo social la tengo asociada a ese inconformismo algo naif de la adolescencia y de los años posteriores en los que fui madurando paralelamente a las convulsiones personales y del entorno. Canalizando a través de la exteriorización de los traumas mis taras y prejuicios. Eran tiempos de ir contra todo y de significarse constantemente en contra del desarrollismo de un mundo cruel e inhumano, de una deriva devastadora. En aquellos tiempos llegaba a avergonzarme y a no estar de acuerdo, desde el desconocimiento que llega a ser descarado, con el trabajo de mi padre y sus demostraciones de corte de madera por la cuestión que creía que subyace en el fondo, la tala de los árboles.

Eran tiempos en los que parecía que tenía que criticar todo y estar en contra de todo. Cuando mi yo interior se sentía ensombrecido tras los lemas, pancartas y movilizaciones. Sin duda, existía un acercamiento a una concienciación crítica y social desde un fondo humanista y de justicia social. Fueron años maravillosos en los que conocí a personas estupendas con las que no parábamos de idear performances críticas y manifiestos poéticos. Años en los que la relación de mi padre con el bosque y su trabajo en torno a la madera significaban todo lo contrario para mí.

De hecho, estaba de fondo una procedencia rural latente que confrontaba de manera directa como reacción a una búsqueda personal de referencias en un entorno en el que no encontraba nada con lo que identificarme. Eso me llevó, por momentos, a renegar de un pasado y de unos referentes porque no quise aceptar todo aquello que me conformaba como persona, llegando a

deconstruir toda la herencia sentimental y moral, cosa que me ayudó a hallar otros asideros.

Uno sufre más cuando tiene claros ciertos aspectos que chocan frontalmente con las creencias y la desinformación de un entorno proteccionista y con tendencia al miedo y al habitual «qué dirán» en los pueblos, que asfixia hasta la desintegración. El malestar aumenta cuando eres hijo de Patxi Larretxea y se espera de ti todo aquello que tú no eres, ni quieres, y tu manera de contemplar las cosas a través de la mirada proyectada supone la explosión de dos mundos enfrentados.

Seguramente hubo un tiempo que tanto mi padre como yo no veíamos a ese padre o a ese hijo en los ojos del otro. Seguramente las confrontaciones entre los dos acentuaban que me fuera acercando a entornos donde la luz brillaba por su ausencia y la oscuridad de los corazones de cráneos devoraban a jóvenes perdidos como yo que nos dejamos absorber por la sed de los vampiros.

No somos superhéroes ni queremos serlo. Somos personas con un bagaje y un pasado. Somos un padre y un hijo que hemos sabido perdonarnos, aceptarnos y querernos tal y como somos. Es por ello por lo que ahora sí sabemos disfrutar de los momentos compartidos desde la amplitud que otorga la confianza. Somos la demostración de que el reencuentro familiar es posible y que, como recuerda él, no hay algo más triste que un padre y un hijo enfrentados.

Él es el mejor ejemplo de superación y de un corazón como extensión del bosque que ha mostrado su garra y sus colmillos cuando ha tenido que hacerlo. Él, exceptuando las publicaciones de los pliegos de los montes que salen a subasta en los Pirineos Atlánticos, no ha tenido necesidad de leer libros para avanzar en la vida.

Él pertenece a esa generación de niños que tuvieron que dejar de ir a la escuela para ayudar en las labores del caserío. «Para qué, si no entendíamos mucha cosa», dirá haciendo alusión a los castigos que recibían cuando osaban decir alguna palabra en euskera, como si fuera el idioma del infierno o de los vástagos en tiempos en los que los castigaban en el colegio por hablarlo. El bosque ha sido su hoja de ruta y su brújula. El lugar donde se ha forjado y formado como persona y deportista.

En la medida en que le ha cogido el pulso a la madera, ha establecido también paralelismos en relación al ser humano y a los valores. Cuando

habla, parte siempre de los elementos naturales para explicarnos la vida y sus retos. Sin duda, además de ser el hombre de la montaña, podría decirse que es el poeta del bosque, quien realmente habla desde su corazón de roble y quien conoce sus vericuetos como la palma de su mano, curtida en mil batallas.

El bosque es su lugar de confort, territorio donde pisa tranquilo, alarga sus zancadas y expande sus hombros anchos. A medida que se va alejando de la frondosidad y la cobertura que le ofrecen los árboles, va perdiendo la frescura y fuerza de las que dispone allí. Como si la estepa o el suelo de cemento y asfalto absorbieran por completo sus cualidades. Aunque sea un éxito que hayamos conseguido que venga a Madrid a visitarnos y que sea capaz de disfrutar en la ciudad, cuando pasa mucho tiempo se convierte en un animal herido. En un ser que pierde su brújula entre semáforos, torres y hormigón.

«¡Aquí hay riqueza!» fue su expresión mientras caminaba, diez metros por delante del resto, por la calle Alcalá a la altura del Círculo de Bellas Artes, contemplando el Instituto Cervantes, la primera vez que visitó Madrid para acompañarme cortando un tronco en la presentación de mi libro *Niebla fronteriza*, publicado con una de las editoriales más cuidadas y especiales en castellano, El Gaviero Ediciones, ya extinguida, con portada de Zuri Negrín, mi marido. En la librería Enclave de Libros, y después de las generosas palabras del maravilloso poeta Juan Carlos Mestre, él le preguntó a mi padre si quería decir algo antes de acercarse a la madera y cortar el tronco mientras leía algún poema del libro que entronca con ese ejercicio, en el que hablaba de él.

Por primera vez en la vida se quedó sin palabras. Por primera vez en su vida lo vimos llorar. Mi madre y yo no parábamos de fijar nuestra mirada en el otro, aturcidos. Sobran las palabras cuando el sentimiento lo inunda todo. Sobra todo lo demás cuando el orgullo y el cariño suplen a la vergüenza y la hostilidad. No paró de sonreír sobre el tronco mientras lo cortaba con absoluta ligereza. Aún recordamos aquella presentación. Se creó algo tan especial que pocas veces podrá repetirse. No son necesarios artificios si algo se construye desde la honestidad.

La fortaleza no solo radica en todo lo que se muestra a través del cuerpo. Lo físico. La fortaleza no solo es vena, tendón, músculo. La fortaleza no se transmite a través de la mano que tumba a la que tiene enfrente en un pulso, en un cara a cara. La fortaleza no trasluce generación tras generación a través de la resistencia perfilada por los cuerpos curtidos en la escasez de los

sinónimos. La fortaleza también es amplitud, el canal de transmisión de lo emotivo. Es el equilibrio de lo que no se doblega, la flor que resiste a las heladas y colorea las tonalidades verdosas del bosque. La fortaleza es la reflexión que conecta con lo emotivo. Los pies quietos. Los ojos cerrados. El viento que ondea el pelo. La delicadeza de la hoja que coge vuelo. El fruto que es celebración de la vida.

La fortaleza es saber contemplar la amplitud de miras del paisaje y sus escondrijos. Es saber establecer redes de conexión con la naturaleza, que bulle y solicita la mirada sosegada. Los dedos que saben palpar y dibujan cosquillas en la corteza del árbol para enseñarle al hijo cómo abrazarlo. La fortaleza son sus manos que nunca dejarán de acariciar, la bondad infinita que la intransigencia nunca ha conseguido paralizar. Es lo que significan las flores de San José que recoge mi madre. O el laurel bendecido que envía convertido y esparcido en hojas en cartas en las que cuenta su día a día en el pueblo. La fortaleza es su su mejor intuición.

Mi padre, a lo largo de su vida, se ha dirigido a la naturaleza y ha dialogado con ella en más ocasiones que con las personas. Ha hallado en ese silencio contenido una manera de expresión, la coraza desde donde se expanden las hojas robustas dirigidas a la claridad de una vida expresada con la direccionalidad que le caracteriza. Y en el fondo, es esa poesía que le habita cuando habla sobre los bosques la que nos ha unido, nexo entre generaciones que hemos ido trabajando diferentes herramientas. Pero partiendo desde los mismos valores y dirigiéndonos hacia el lugar de origen honrando la memoria y la vida de quienes heredamos el perfil y la sapiencia de la supervivencia y el valor de las cosas pequeñas entre pendientes.

Es lo que le expresó a la periodista del *Diario de Navarra* Laura Puy Muguero cuando le entrevistó en relación al reencuentro familiar a través de las representaciones donde los silencios se acompañan con las miradas, los ritmos a través de la emotividad transmitida y los sonidos son ecos de esa reordenación cotidiana y diaria del esfuerzo que ha guiado a los pueblos.

Porque los tópicos son cerraduras hechas para romperlas. Porque los estereotipos son ropajes que explotaron hace años. Los poemas toman el relevo del sudor de las apuestas y de la alineación de los aizkolaris en cualquier plaza de pueblo.

Porque es poesía la que rezuma *Amama* (Asier Altuna, 2015), película que representa, a través del caserío como vértice familiar, el legado y las genealogías con una construcción de las imágenes y fotogramas realmente evocadora. Desde el comienzo se palpa ese simbolismo al inicio del metraje en el bosque con la abuela (*amama*) transportada sobre los hombros del nieto, que corre velozmente. El bosque representa, además del espacio-refugio, el lugar simbólico y el espejo de los nudos familiares. La cuerda, por otro lado, es el material del deporte rural vasco con el que se lleva a cabo la modalidad conocida como *soka-tira*, en la que se alinean los deportistas a los dos lados de la cuerda para intentar conseguir atraer a los adversarios ubicados en el lado contrario hacia el lugar donde se encuentran. En la película la cuerda ejerce como símbolo de las diferencias entre las generaciones, entre la continuidad de las labores del caserío y la ruptura con ellas.

Hay momentos en los que la línea narrativa se vuelve poderosamente surrealista y simbólica. En los que reluce el imaginario del árbol y del bosque. Con cada nacimiento, la familia protagonista de la película tiene la costumbre de plantar un árbol. La *amama* (abuela) Juliana representa el magnetismo de la mirada y expresión que le otorga la actriz Amparo Badiola y que se funde con la de la nieta, interpretada por Iraia Elías, que por momentos se funde con la madera, los troncos cortados y con las ramas. Y es la abuela la que se dedica a asignarle un color a través del valor que le otorga a los herederos, recordándonos por momentos la imagen de los árboles pintados del Bosque de Oma por Agustín Ibarrola (Basauri, Bizkaia, 1930), exponente más cercano que tenemos del denominado Land Art.

El Bosque de Oma, ubicado en el barrio del mismo nombre en el municipio de Kortezubi, entre Gernika (Gernikako Arbola o El Árbol de Gernika es un roble que simboliza las libertades tradicionales de Bizkaia y de los vascos) y la biosfera de Urdaibai, es también conocido como Bosque Encantado o Bosque Pintado. Se extiende a través de una extensión de cuarenta y siete obras pintadas por el artista en la corteza de los árboles, principalmente pinos. Ibarrola representa figuras humanas, geométricas o animales, algunas de ellas solo visibles desde puntos concretos del bosque, puesto que la unión de los árboles representa las formas que quiso plasmar el artista.

El paseo a través de este espacio supone encontrar colores en formas que irrumpen entre los árboles, dotando a este entorno de un simbolismo mágico.



Ese lugar donde las cosas adquieren otros significados y se alzan hasta otros planos y hemisferios.



# CAPÍTULO VII

## Árbol





Cuanto mayor es el árbol, más fuerte  
es la conexión de la sincronía  
del abrazo concedido.





*Antes de marchar miro hacia la finca y lo veo en medio de ella, quieto.*

*Siempre admiré el manzano. Es un árbol enclenque, delicado, pareciera que muere si lo miras lento. Es tímido. Me acuerdo de pisarlo para trepar a coger una cometa enganchada, un capricho. Se avergonzaba al acariciarle los nudos, se le ponían rojas las manzanas; era la manera que teníamos para hacerlas madurar rápido.*

*Tiendo a personificarlo, lo sé, pero tiene alma y no lo ven. Es callado, aguanta navaja y hormigas; llega el verano y viene verde a darnos sombra y esperanza, que ya está ahí septiembre.*

*El árbol de la vida, el de la ciencia, eran manzanos.*

*Y por eso sigo aquí, para quedarme contemplando y marchar después seguro, que está bien agarrado a la casa, que moriremos y volverá a ser él quien inicie la Historia por venir; no van a escoger una acacia.*

ALEJANDRO FERNÁNDEZ-OSORIO

Pensar en los árboles es también pensar en una cartografía. En un mapa orográfico que se despliega en función de su tipología. Pensar en los árboles es pensar en el refugio seguro ante los días abrasadores de verano en la estepa o en la gran ciudad, donde las ramas no dibujan sombras donde esconder los cuerpos sofocados por el calor que transpiran. Para mí, pensar en los árboles supone inevitablemente pensar en el norte, en esa franja que se va dibujando mientras nos vamos acercando a los Pirineos y desde donde se despliega ese paisaje verdoso alrededor de las cordilleras desde los pueblos de Girona hasta los de Navarra.

Pensar en los árboles es pensar también en la vuelta a un cobijo, a un lugar donde el tiempo despliega la tranquilidad de las facciones ensanchadas. Pensar en los árboles supone pensar en la apacibilidad de largas tardes tumbado y leyendo apoyando la espalda en un ejemplar de gran porte. Pensar en los árboles es pensar en verde. En respirar el aire transpirable y limpio que regenera los pulmones. Pensar en los árboles es tocar y palpar la resina. Su corteza. Las raíces que sobresalen y le ganan el pulso a la tierra. En el canto mañanero del pájaro, en la previsión del búho. Pensar en los árboles es pensar en él, mi padre, subido sobre ellos, cortándolos, rodeándolos. De cada lugar que pisa, es la primera referencia que detalla. El tipo de madera que visualiza.

La quietud es absoluta aquí. La luz se filtra entre el follaje, como si de una aparición se tratara, en una línea que parte desde donde se ubica el helecho



con más intensidad y hasta donde la vista nos acompaña. Los hilos de las arañas tejen entre las ramas su entramado. Hay árboles que se erigen desde un mismo tronco y se ramifican metros después. Hay otros que, desde su tronco, se dividen como si fueran dos árboles distintos aunque comparten una misma raíz. Me recuerda a la imagen de los gemelos, que a partir de un mismo embrión se han desarrollado como entes individuales con sus particularidades. Los árboles a los que me refiero comparten metros en los que crecen como una unidad hasta que llega un momento en el que comienza a separarse el tronco y a la vez que van creciendo se van alejando. Al principio unos pocos centímetros y después serán metros de distancia los que los separen.

## **TIPOS, CARACTERÍSTICAS Y EVOLUCIÓN**

En el País Vasco y Navarra, como en tantas otras regiones, existe una importante riqueza boscosa que abarca numerosas especies. Aunque algunos de los bosques frondosos, con ejemplares más antiguos y autóctonos, se han perdido por la proliferación de plantaciones de pinares, el valor de especies como el roble o el haya sigue siendo una de las señas de identidad de los montes de la zona.

### **El pino radiata**

La irrupción del pino en el País Vasco comenzó alrededor de los años sesenta y vino dada por el despunte de la industria. Hacía falta un material que creciera con rapidez para cubrir la demanda inminente de las fábricas y dieron con esta especie, que plantaron con ímpetu en infinidad de tierras que anteriormente eran ricas en bosques frondosos. Comenzó a crecer entonces con una rapidez inusitada el pino radiata, originario de Chile.

Hectáreas y hectáreas de arboledas de robles y castaños fueron taladas para plantar y ubicar en su lugar la nueva especie que había irrumpido con fuerza dentro de los planes industriales del franquismo. Se crearon, paralelamente,

un sinfín de fábricas papeleras que atrajeron una mano de obra barata y necesitada de manutención; una ilusión de futuro después de la posguerra que arrasó con todo para poder dar salida a ese material.

Con el tiempo, además de causar un desequilibrio en el ecosistema, el pino radiata ha traído consigo un sinfín de problemas y enfermedades. En la actualidad, y después de analizar en lo que ha derivado la sobreexplotación de esa especie, se están volviendo a plantar árboles frondosos en terrenos propicios para ello. Zonas en las que se abusó de esta transformación de las especies y el paisaje. Una proliferación que se dio incluso en fincas particulares, en las que también plantaron pinos tras darse cuenta de que era un árbol más rentable que otros al utilizarlo para entresaca.

Los bosques de pino radiata, en comparación con otros bosques frondosos y húmedos, son mucho menos limpios por la presencia de zarzas. Son además más calurosos y arden con mucha mayor facilidad, lo que aumenta el riesgo de incendios, ya que sus hojas se queman con mucha más rapidez y por la suciedad habitual en el terreno. El bosque frondoso, en cambio, proyecta una sombra fresca que mantiene el ecosistema mucho más protegido gracias a su manto húmedo.

Con el paso de los años, estos bosques en los que plantaron sin restricciones el pino radiata se han ido secando, pudriéndose y cayéndose solos, dejando apenas un rastro de tierra enrojecida. En los bosques frondosos del Pirineo Atlántico, en cambio, las enfermedades de los árboles son mucho más puntuales y la incidencia de estas prácticamente residual.

Cuando hablamos de bosques frondosos, nos referimos a unas determinadas características influenciadas por la altitud y la meteorología. Si hablamos de los Pirineos, Navarra es la comunidad que ha presentado históricamente una mayor abundancia de hayedos, uno de los ejemplos más característicos de bosque frondoso, aunque tristemente han ido disminuyendo con el tiempo como veremos más adelante.

## **El roble y los bosques monumentales**

El roble es una de las especies que más ha sufrido con la irrupción del pino radiata ya que su crecimiento se produce en altitudes más bajas junto al

castaño. Hay que tener en cuenta que los tiempos de crecimiento del roble son lentos, pudiendo llegar hasta los ciento cincuenta años. En ese largo periodo de tiempo el pino radiata puede realizar hasta tres ciclos de crecimiento. Esa fue una de las razones de mayor peso para que se plantaran con tanto ímpetu en lugar de las especies históricas que crecían con más facilidad, aunque más lentamente.

Si el roble es de madera limpia, se utiliza mayoritariamente para la elaboración de barriles, aunque también se guarda cierto porcentaje de la producción para carpintería, traviesas e incluso la construcción de vías de tren. Es un árbol muy fácil de distinguir por la forma de su hoja y porque presenta una corteza mucho más áspera y a simple vista más gruesa que la del haya, por ejemplo.

Al preguntar a mi padre con qué árbol se identifica más, su respuesta es rápida, tajante y no deja lugar a la duda: el roble, por supuesto. El roble representa todo con lo que se identifica. Dice que él es un roble macizo con raíces profundas con las que se sostiene en conexión con la tierra de origen, desde la dureza que le representa. El roble es resistencia. La resistencia de una tierra, de unos bosques, de una forma de vivir que se niega a desaparecer y caer en el barro intransitable del olvido. El roble, además, es característico por ser un árbol de buena madera.

En comparación con Francia, la presencia del roble en los bosques de España es minúscula. En los Pirineos, desde Girona hasta Navarra, la presencia de abetos y de hayas es mucho mayor, mientras que encontrar robles es algo casi anecdótico. A pesar de esto, en Navarra hay zonas concretas en las que sí encontramos espléndidos robledales en el valle de Aezkoa, en la comarca del Baztan-Bidasoa, y en el valle de la Sakana, enclave que entrelaza la sierra de Aralar con el Parque Natural de Urbasa-Andía, al norte de Estella, un espacio natural protegido en el que se ubica un enclave de gran magia y belleza natural. Se trata del Nacedero del Urederra, que, además de poder disfrutar de un paseo donde deleitarse con la visión de pozas y de cascadas de agua cristalina, está rodeado de hayas. Fue declarado Reserva Natural en 1987 dada su enorme riqueza medioambiental y es una de las rutas de senderismo imprescindibles de Navarra. El término *ur-ederra* significa en euskera «agua hermosa».

Uno de los puntos fuertes del Nacedero del Urederra es la cascada de más de treinta metros de altura, una salida natural que se generó durante miles de

años en el macizo kárstico de Urbasa. Por el impacto que causaban las cada vez más multitudinarias visitas al enclave, que superaron las cien mil personas en el año 2013, se han regulado las visitas hasta limitarlas a cuatrocientas cincuenta entradas al mismo tiempo. Estas entradas son gratuitas y de ellas trescientas sesenta pueden reservarse *online* y el resto de forma presencial.

Volviendo a la presencia de los robles en los bosques de nuestra geografía, no podemos dejar de citar el robledal de Jauntsarats, en el valle de Basaburua, topónimo que proviene del euskera y que significa «la parte alta del bosque»: *basoa* es «bosque», mientras que *burua* la utilizamos para referirnos a la cabeza, aunque también a una zona alta o elevada. El enclave está ubicado treinta y cinco kilómetros al norte de Pamplona y es un bosque que fácilmente podría recrear un escenario de cuentos de Hansel y Gretel dada la edad avanzada que pueden alcanzar los robles, algunos de ellos con más de doscientos años. Es allí donde se pueden contemplar el roble hueco de treinta metros de altura de Beheitikolanda («prado de abajo» en euskera) y el de Kisulabe, llamado así por la calera que existió en ese enclave años antes, con una anchura de más de diez metros de diámetro. Ambos están incluidos en el catálogo de árboles monumentales de Navarra desde el año 1991.

Al contrario que en Navarra, en el Pirineo francés los robledales son bosques habituales y la presencia del roble, muy abundante. Es por esta razón por la que mi padre ha dedicado tanto tiempo y trabajo a aquellas tierras. Tanto por su diversidad de maderas, que crecen con mayor fuerza y variedad, como por esa riqueza ocho veces mayor al otro lado de la frontera.

Los robles que se encuentran en el llano de Jauntsarats son también conocidos como los robles de Oianzabal y han sido cuidados durante décadas, como ha sucedido en diferentes comarcas y valles, por las vacas y las ovejas que, libremente y de manera natural, limpiaban los bosques de los nuevos brotes. En relación al imaginario de los bosques y la naturaleza, así como los seres mágicos que las habitan según transmiten las leyendas locales, es común observar en las puertas de las casas de los valles del norte de Navarra ramas de laurel (en muchas ocasiones bendecidas) o un *eguzkilorre* («flor de sol» en euskera), conocido también como *Carlina acaulis*, para proteger a la familia de los malos espíritus que se esconden en los bosques o alrededor de los ríos y riachuelos.

A un poco más de trece kilómetros al este de Jauntsarats nos encontramos

con el robledal de Orgi, perteneciente al Concejo de Lizaso, en el valle de Ulzama, veinticinco kilómetros al norte de Pamplona. El bosque se extiende a través de sus setenta y siete hectáreas y es de un gran interés ecológico por ser un bosque no habitual debido a la tipología de los robledales húmedos que se van regenerando. En el año 1996 se declaró como Área Natural Recreativa Bosque de Orgi, el primer espacio protegido en Navarra. Un aspecto a tener en cuenta es que el paseo está adaptado para invidentes.

El robledal de Orgi es uno de los tres parajes estatales que comparten la denominación de bosque monumental, junto con la Selva de Irati, también en Navarra y en la que nos adentraremos páginas más adelante, y el bosque de laurisilva de Garajonay, en La Gomera, enclave paradisíaco de las Islas Canarias. La denominación de bosques monumentales viene determinada tanto por la belleza que desprenden y su imponente muestra de biodiversidad como por un excepcional valor ecológico y por ser uno de los pocos bosques representativos de los primarios.

Los condicionantes climatológicos y geológicos de la isla canaria de La Gomera facilitan el crecimiento y el desarrollo del bosque de laurisilva de Garajonay, donde se encuentra la mitad de la extensión arbórea de este tipo de vegetación de todo el archipiélago canario. La humedad y las temperaturas cálidas hacen que sea propicio para ese tipo de bosque nuboso subtropical. Estos bosques, caracterizados por ejemplares de gran edad, la presencia de musgos y el efecto de la lluvia horizontal, son un verdadero vestigio viviente de la era terciaria, cuando este tipo de masa arbórea cubría todo el sur de Europa y el norte de África. En la actualidad la laurisilva atlántica solo está presente en los archipiélagos de Azores y Madeira, así como en las islas de Tenerife y La Gomera en Canarias. Garajonay es el bosque de estas características mejor conservado, motivo por el que fue declarado Parque Nacional en 1981 y Patrimonio de la Humanidad de la Unesco en el año 1986.

Aunque pudiera parecer lo contrario por los casos graves de tala sin medida que están sucediendo en los bosques de Bialowieza en Polonia, en los bosques de los Cárpatos en Rumanía o las denuncias de Greenpeace por la destrucción sistemática de los bosques protegidos y boreales en Suecia, Finlandia o Rusia, que representan un tercio de las hectáreas de masa forestal del mundo, Europa está formada por ciento cuarenta millones de bosques, cifra que cada año va en aumento. Esto se debe principalmente a las

replantaciones. Si pensamos en la Península Ibérica, hablamos de un territorio con una gran biodiversidad: de las once mil especies vegetales que habitan en Europa, ocho mil lo hacen al sur de los Pirineos.

## **El haya y otras especies menos frecuentes**

Aunque no llega a mostrar la resistencia y la fuerza del roble, la del haya es una madera dura y fácil para trabajar porque es más limpia y no deja manchas ni en las herramientas ni en las manos. El roble, al contener tinta, sí que deja manchas oscuras en las herramientas. Por eso el haya es idónea para hacer tablones y para la fabricación de muebles.

El abeto de Douglas es un ejemplo de especie de plantación que muestra resistencia a mil metros de altura. Al ser madera épica, vale para la elaboración de vigas de madera fina. En esos terrenos en los que no crece otro tipo de árbol, es una muestra de cómo puede resultar favorable la plantación de otra especie.

En el pasado tenía mayor presencia el trabajo con el abeto, cuando las vigas no se fabricaban con conglomerados como en la actualidad, gracias a ejemplares que llegan a medir más de veinte metros. En el pasado, las vigas de madera rondaban los doce metros y eran de abeto. Con el paso del tiempo estas vigas terminan quebrándose, por lo que se decidió cambiar el sistema de producción. Es un árbol con mayor ramaje, caracterizado por sus ramas pequeñas y resistentes, con una madera fibrosa y de buen hilo.

El haya es más fácil de reconocer a simple vista puesto que es una especie más segura en relación a la calidad de su madera. El roble, en cambio, es más engañoso en ese sentido. Puede dar una buena impresión por fuera, pero después causar una decepción a la mirada del leñador al hallar defectos como huecos que hacen cambiar el rumbo de esa madera destinada en un principio para otros menesteres.

La utilidad de la madera del fresno es similar a la del haya, siendo un destino habitual que se utilice para muebles de cocina sobre todo. Es un árbol seguro como el haya, que cumple con lo que muestra a simple vista, sin nudos imprevistos. En cuanto al castaño hay que indicar que es otra madera que ha padecido un declive en relación a la industria maderera a consecuencia

de una enfermedad que padeció. Hasta hace unos años era habitual su uso para ventanas, puertas y tarimas.

## **EL ÁRBOL EN LA MÚSICA Y EN EL ARTE**

El árbol como símbolo y como elemento imprescindible para la vida, así como la materia prima de la madera siempre ha sido fundamentales para la cultura y el arte. Desde la elaboración de instrumentos musicales tan esenciales y comunes como la guitarra y otros más ancestrales como la *txalaparta*, hasta la fascinación que produce en artistas de todas las ramas, en este apartado viajaremos a algunas de las expresiones artísticas más fascinantes en relación a la madera y los árboles.

### ***La txalaparta***

Se deslizan los palos hacia los tablones. Comienza a sonar la cadencia de la madera que colisiona consigo misma. El movimiento y la quietud. Dos palos que manipulan las manos que suben y bajan, acompañando el sonido en función de los golpes y su rapidez y la viga que es el fondo desde el que se emite el sonido característico de la *txalaparta*, que varía según la madera utilizada.

El eco ancestral de la *txalaparta* irrumpió como la llamada para avisar a los vecinos cercanos y durante décadas ha sido el hilo de celebración y festividad alrededor de la cosecha de la manzana. Se compone mayoritariamente de tablones de cerezo, castaño o aliso y se toca manipulando los palos que no superan los cincuenta centímetros de longitud y los cuatro centímetros de diámetro. Habitualmente se utiliza madera de acacia o de olmo para su elaboración.

El diálogo se establece entre dos instrumentistas, aunque pueden incorporarse más músicos. Eso sí, siempre habrá un *txalapartari* que marca el golpe, la base rítmica desde donde girarán los demás participantes, que golpean a través de las diferentes zonas de la tabla.

El instrumento vasco que se ha transmitido de generación en generación evoca la fiesta que se celebraba después de realizar el proceso de triturar las manzanas para la producción de la sidra. Era costumbre de los agricultores y ganaderos de la cuenca del río Urumea de Gipuzkoa, cuna de la sidra donde en la actualidad se ubican un sinnúmero de sidrerías: Urnieta, Astigarraga, Lasarte, Hernani, Ereñotzu, Ergobia, Andoain... Cuando sonaba la *txalaparta*, los vecinos de los alrededores del caserío donde habían producido la sidra se acercaban para participar en la romería.

Sin duda, uno de los elementos más significativos de este instrumento de percusión ha sido y es la improvisación. Es a través de la improvisación cuando los maestros y buques insignia de la modalidad llegan a entrar en cierto trance, como si estuvieran llamando a los antepasados en una comunión ancestral, simbólica y de una fuerza desgarradora. El sonido de la *txalaparta*, además de sonar en entornos festivos, también ha aportado fuerza simbólica a la noche de San Juan, cuando se puede ver a los *txalapartaris* rodeados de una llama que quema los malos augurios acompañados por la cadencia de la premonición de la madera.

Entre los abanderados, maestros y difusores históricos de la *txalaparta* se encuentran Jesus Mari (Usurbil, Gipuzkoa, 1945-2002) y Joxan Artze (Usurbil, Gipuzkoa, 1939-2018), poeta místico este último que llevó la poesía escrita en euskera a horizontes de lo artístico y estético a partir de lo metafísico. Entre sus poemas más conocidos se encuentra «Txoria txori», del que ya hemos hablado anteriormente por la canción de Mikel Laboa. Una melodía que sigue sobrevolando las cocinas de los valles donde se canta la canción alrededor de las mesas de madera con una sonrisa y una emoción que sobresale en las mejillas sonrosadas. Es un clásico también dentro del repertorio de canciones cantadas en las sidrerías vascas donde se continúa cantando al imaginario del pájaro, al que se le transmite un amor incondicional.

Es sabido que en las dictaduras la creación se ve, además de sufrir la censura, obligada a buscar otros términos y formas de decir aquello que se quiere transmitir sin poder utilizar la claridad de los términos que hablaban de las libertades. Se habla, además, de cómo ese sistema ha potenciado la creatividad al verse obligados a buscar otros códigos y formas de expresar aquello que los acallaba.

«Txoria txori» fue una de esas metáforas que logró esquivar la amenaza



del pensamiento único y fue recogida, como vimos anteriormente, en la piedra angular de la música en euskera que es *Bat, hiru (Uno, tres)*, un disco doble publicado en el año 1974 después de que la censura se llevara por delante la previsión de publicar en formato triple. El título en sí lleva implícita la ausencia del dos, disco que no fue posible editar.

El valle de Baztan, además de estar presente en la sexta canción del disco con «Urtsua, uda», una melodía instrumental en la que una historia pasional que data del año 1700, entre el heredero del Palacio de Urtsua de Arizkun y una noble de la Baja Navarra, se entremezcla con la siguiente canción convirtiéndose en una misma pieza extensa. Se trata de «Baztan», la séptima canción del disco, también con la letra de Joxan Artze y en la que se contempla el despertar del valle a través de una ventana y esa neblina que es también un despertar interior.

Además de su recorrido como poeta, Artze ha realizado, entre otras performances, espectaculares demostraciones como *txalapartari* junto al improvisador vocal Beñat Achiary en las cuevas de Otxozelai del País Vasco francés, llevando la *txalaparta* a espacios anteriormente sin transitar y mezclándola con la poesía, el canto y la danza.

Es en el pueblo baztanés de Arizkun donde cada año se rememora la labor que se realizaba para prensar las manzanas de cara a la producción de sidra. Bajo el nombre de Kirikoketa Eguna se celebra anualmente la jornada donde se socializa el proceso en el que cuatro personas machacan la manzana con mazas de madera verticales. Así elaboran la sidra con la que brindarán por una nueva temporada, con la sonoridad acompasada del impacto de la madera sobre la manzana.

El músico y musicólogo Juan Mari Beltrán (Etxarri Aranaz, Navarra, 1947) es otra de las referencias indiscutibles para descubrir desde dónde viene la *txalaparta*. Beltrán ha dedicado su vida a la investigación de los límites del sonido del instrumento del que es maestro de las nuevas generaciones. Además de investigador del instrumento y sus propiedades, es profesor y director de la Escuela de la *Txalaparta* en Hernani, Gipuzkoa. También se le ha visto inmerso en propuestas contemporáneas como el proyecto disco-libro-DVD *Txalaparta* (Editorial Nerea, 2009), un extenso trabajo con textos, ilustraciones, partituras y fotografías, acompañado de un disco compuesto por dieciocho obras originales partiendo de la historia. El proyecto, además, incluye una serie de conciertos y espectáculos en los que

se representa, con una puesta en escena artística, la oralidad de los valles y la expresión del baile junto al sonido de la *txalaparta*.

Si hablamos de la *txalaparta*, el proyecto Oreka TX es probablemente el que ha disfrutado de un mayor eco internacional gracias a la indagación con los materiales y su incursión en diferentes culturas musicales. Creado por Harkaitz Martínez de San Vicente e Igor Otxoa en el año 1997, ha supuesto una novedosa apertura de caminos y sonidos. Con la *txalaparta* han viajado, entre otros lugares, a Sagara (India), Laponia o Mongolia con su proyecto Nömadak TX. En las tierras finlandesas, en lugar de la madera utilizaban placas de hielo sobre una base del mismo material para lograr un sonido muy particular. Esta insólita gira aparece pormenorizada en el documental del mismo título dirigido por Raúl de la Fuente y estrenado en el año 2016.

Su búsqueda en relación a los materiales y a los sonidos les ha llevado a colaborar y crear canciones con artistas de diferentes estilos y procedencias como la compañía vasca Kukai Dantza Konpainia, creada por Jon Maya en Errenteria, Gipuzkoa, que obtuvo el Premio Nacional de Danza 2017 por su fantástico espectáculo *Oskara*. El jurado remarcó «el excepcional tratamiento del folklore y los mitos y los ritos tradicionales, que consiguen trascender a lo universal a través de un lenguaje contemporáneo».

Otro de los grupos con los que han colaborado Oreka TX son Kalakan. Este conjunto del País Vasco francés sorprendió a todos al ser invitados por Madonna a participar en la gira *The MDNA Tour* en 2012. El sonido de la *txalaparta* aparecía entremezclado con la canción «Open your heart» junto a bases de percusión y los coros de la canción tradicional «Sagarra jo». En esta canción se recrea la canción del pájaro a través de un juego lingüístico. En la actuación, la diva norteamericana bailaba al ritmo de la melodía, se animaba a coger los palos de la *txalaparta* e incluso cantaba en euskera.

Entre otros artistas, los componentes de Oreka TX también han trabajado junto a Carlos Núñez, Hevia, Dulce Pontes, el coreógrafo Nacho Duato, el grupo sueco Hedningarna, que fusiona el folk con vanguardias electrónicas, el compositor y multiinstrumentista japonés Joji Hirota, la cantante y actriz saharauí Aziza Brahim o el músico, compositor y acordeonista escocés Phil Cunningham.

En su último trabajo hasta la fecha, *Silex* (Txalap.art, 2014), la banda rompe las fronteras rígidas de los instrumentos y de las culturas para dialogar y establecer una convivencia enriquecedora entre idiomas, instrumentos

tradicionales y su acercamiento a la experimentación de vanguardia. Como el árbol enraizado a su tierra que a su vez avista nuevas tierras y valles a través de las ramas que ondean con la finitud del viento.

Con este disco han querido profundizar en la sonoridad de la piedra a través de piedras de pizarra afinadas junto a los palos, que son dos cañas de bambú. Emulan así la importancia que tuvo la piedra sílex en la prehistoria, tanto para hacer fuego como para cazar. Era también el material con el que se configuraban las hachas rudimentarias que dieron paso a las que después se utilizarían en los campeonatos, importadas de Australia.

El cambio de nombre de We are Standard a WAS supuso para esta banda de Getxo, Bizkaia, un reencuentro con el ideario musical del País Vasco. Además de abordar desde la amplitud musical los sonidos electrónicos con su álbum *Gau ama* (Mushroom Pillow, 2016), los entrecruzan con sampleados de canciones tradicionales y la *txalaparta* energética de los componentes de Oreka TX, llevando a espacios no transitados, a la pista central de cualquier discoteca o a los festivales de mayor renombre la musicalidad de la *txalaparta*.

## **Ellen Kooi y los bosques como refugio de la barbarie**

De manera repentina, y sin una razón de peso, me ilumina recordar el trabajo de la fotógrafa holandesa Ellen Kooi (Leeuwarden, Holanda, 1962), a la que vuelvo años después de descubrirla, como vuelve uno de vez en cuando a todo aquello que le cautivó o le generó una sensación o sentimiento. En un principio me llamaron la atención las imágenes donde se veían a niños sobre una tierra pantanosa con globos rojos o una niña saltando sobre la llanura amarilla de un entorno natural donde la neblina cierra la visión de los picos de las montañas.

En este nuevo acercamiento vuelvo una y otra vez a su obra *Halfweg* y me siento como la protagonista de esa imagen. Miro de frente al bosque, intentando descubrir todo aquello que no se posó antes en la mirada, y me encamino tras los elementos, significados y pliegues por los que no transitó anteriormente mi pensamiento.

En sus fotografías está presente la naturaleza con entornos en los que ubica siempre a una o varias personas interactuando con el contexto. Hay un movimiento expresivo en las fotografías donde da la sensación de que el ser humano está irrumpiendo en ese paisaje, como si fuera un elemento más. En algunas imágenes llega incluso a romper el equilibrio, dotándolas de una dosis de tenebrosidad o de incertidumbre.

Eso sucede por ejemplo en la hilera de personas que salen del mar para adentrarse en el terreno cubierto de hierba en *Schellinkhout*. Lo que me resulta más interesante de la perspectiva de esta imagen del año 2000 son los significados que se le asocian. Y es que probablemente la fotógrafa no tendría entonces en mente las imágenes de esas hordas de cientos de miles de personas que han tenido que dejar atrás sus respectivos países por la situación sociopolítica y una salvaje, desgarradora y destructora guerra como ha sucedido en el caso de los sirios, que se han visto desplazados para aferrarse al sueño de una vida digna sin la amenaza constante de las bombas y de los morteros.

Según ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, más de seiscientos mil personas de la minoría musulmana de los rohingyas han huido durante 2017 de Birmania por los ataques del ejército birmano tras la limpieza étnica del país, mayoritariamente budista. Es una brecha sin fin.

La imagen en sí nos puede recordar el sufrimiento y la miseria de esas personas que soñaban con una Europa acogedora, solidaria y próspera y se han encontrado hacinados en campamentos improvisados y enfrentados a la política restrictiva en cuanto a los procesos migratorios de países del este de Europa como Hungría, Serbia o Macedonia.

La naturaleza, y en concreto los bosques de los Balcanes, simboliza el refugio y la protección que no perciben ni sienten de la mano de los países que los mantienen hacinados en condiciones inhumanas, después de sobrevivir a la amenaza de viajar sobre las aguas del Mediterráneo para alcanzar el suelo europeo en Grecia en balsas improvisadas en las que se jugaban la vida. Esa ha sido una de las barreras que muchos refugiados no han podido cruzar, después de que la marea se tragara y arrastrara sus sueños como el último aliento de la espuma que se ahoga en la arena de la playa.

Porque pensar en los bosques es pensar en el descanso y cobijo, en los sueños de las personas nacidas en el corazón del conflicto, de la guerra y de

la destrucción en las que ha devenido la historia reciente, salvaje y cruel de Siria. Los sueños de una vida próspera en la Europa que conocían a través de los medios de comunicación, o a través de las historias de algún familiar o amigo que anteriormente probó suerte en algún país próspero. Son noticias que, como el agua, han desfigurado los titulares que auguraban progreso y prosperidad en las que enterraron por fin la pesadilla diaria vivida en ese lugar llamado anteriormente esperanza para poder labrar un nuevo destino libre, sin miedo y en paz.

Los bosques fueron también la vía de escape y refugio para miles de personas cuando estalló la Guerra Civil española y también durante los años de la dictadura. Hasta hace bien poco tiempo, bosques como los del norte de Navarra han cobijado un sinfín de historias relacionadas con el contrabandismo y todo su imaginario. Ahí se curtieron las piernas y el pensamiento de mis antecesores, como los antecesores de muchas personas nacidas en los valles del norte, cuando ese ejercicio era una manera de asegurarse de que toda la familia comiera caliente. Las labores agrarias y ganaderas no fueron suficiente.

Son conocidas por ejemplo las historias de los jóvenes de los valles colindantes a la zona francesa que, en lugar de ir a servir al ejército español, o mismamente ir a la guerra, decidían cambiar de vida a pocos kilómetros de su lugar de nacimiento.

Pensar en los bosques es visualizar también el miedo permanente en los ojos con destellos donde aún suenan las bombas y estallan los morteros después de atravesar alrededor de tres mil kilómetros. Es la distancia aproximada entre Siria y la frontera de Hungría.

Los bosques también nos recuerdan la fortaleza de esos abuelos que emprendieron el mismo viaje, que estiraban sus pies agotados y llenos de magulladuras bajo el cobijo y el silencio de los árboles donde posaban sus espaldas aquejadas. Pensar en los bosques es pensar en cómo tienen que sentirse y en todo lo que les han arrebatado para no encontrar otra salida que dejar atrás un país convertido en un amasijo de escombros, la antesala del imaginario del peor apocalipsis y donde se ha perdido la cuenta de los muertos por una guerra devastadora y desangrante que no parece tener fin.

Bailan tanto los datos que hay una diferencia de casi ciento treinta mil muertos entre unas fuentes y otras, que llegan a casi el medio millón. Pensemos en la ciudad de Málaga y que de un plumazo se borre del mapa.

Esos serían los muertos de la guerra de Siria según los datos más elevados. O en Bilbao. En la ciudad de Bilbao y sus habitantes. Y que se borrara del mapa, al estilo de la serie *The Leftovers*. Esa es la realidad de Siria, la devastadora realidad de una tierra que estalla en mil pedazos y que sigue sumergida en un laberinto sin salida próxima a la vista.

Y ahí quedan latentes las heridas. Esos cinco millones de huidos encaminados mayoritariamente hacia el sueño europeo que ha comprimido sus fronteras y alzado las vallas del miedo y de la incompreensión. Seis años de guerra civil estallaron en marzo de 2011 con las protestas que surgieron contra el sistema represor de Bashar al-Asad y que tuvieron como consecuencia quince protestantes asesinados por las fuerzas de seguridad del Estado en Deraa, a cien kilómetros al sur de Damasco, la capital.

El documental *Silvered Water, Syria Self-Portrait*, dirigido por Wiam Simav Bedirxan y Ossama Mohammed a partir de cien vídeos subidos a YouTube por ciudadanos sirios, es el testimonio crudo y desgarrador de una guerra atroz sin límites de ningún tipo. Con imágenes que azotan cualquier conciencia y en las que se pueden vislumbrar episodios de tortura o de ciudadanos que salen a las calles con sus protestas y terminan arrastrando a quienes son atravesados por las balas, sorteando la amenaza de los francotiradores o, en ocasiones y gracias a su audacia e imaginación, consiguiendo sacarlos de en medio de la calle tirando de ellos con cuerdas o atando ropas.

Uno de los momentos más emocionantes de este documental fragmentario es cuando se puede ver al niño protagonista de su cartel recogiendo flores para su madre mientras se ven todos los edificios devastados y no queda ni un alma a su alrededor. Con absoluta naturalidad y tranquilidad, el niño indica por dónde es más seguro caminar, por dónde avista un francotirador y por dónde no. Esa es la infancia de tantos miles de niños que consiguen subsistir a la barbarie de una guerra sin fin y con muchos frentes e intereses abiertos. Es la sangría de un país devastado que refleja en sus fotografías Sergey Ponomarev, un galardonado fotógrafo documental ruso que bajo el título *A Lens On Syria* presentó una serie de sesenta imágenes de gran envergadura y en color en el Imperial War Museum de Londres que me dejaron sin aliento.

La óptica de Sergey fue privilegiada, puesto que fue uno de los pocos fotógrafos a los que se les permitió el acceso a las zonas bajo control del Gobierno sirio. Sus fotografías no dejan indiferente a nadie. Transmiten esa

mezcla entre la vida y la muerte, entre la devastación y la esperanza. Sobre las ruinas de un centro comercial que no llegó a abrirse en el distrito de Khalidiya en Homs, lo único que se mantiene de pie e intacto es el cartel electoral de Bashar al-Asad. Hay otra fotografía en la misma ciudad donde se ve en primer plano a un taxista marchándose con sus familiares. Un niño que lleva un sombrero de fiesta de cumpleaños. Dentro está un bebé con su chupete. Tras el que parece ser el abuelo, la calle convertida en un cementerio de escombros. Lo que fueron edificios son solo pequeños y débiles espejismos de su antigua arquitectura. Se puede atravesar la calle subiendo el montículo de amasijos. Es suya también la fotografía de Röscke que dio la vuelta al mundo entero. En la frontera húngara, un padre con la cara ensangrentada corre con su bebé en brazos en dirección contraria a la policía que lanzaba pelotas de goma mientras a su alrededor se llevaban las manos a la cara por el gas lacrimógeno.

Ni el miedo ni las lágrimas se secaron en esa tierra de origen hecha pedazos que dejaron atrás. A través de la gran labor de los fotoperiodistas y los cámaras de diversos medios de comunicación hemos seguido el rastro, el dolor, la resignación, el enfado y el llanto de los niños que se encuentran ante la imposibilidad de avanzar en los pasos con los que creían alcanzar la Unión Europea. Se encuentran ante hombres uniformados y armados, la policía que sella el acceso en los pasos fronterizos de Serbia, Macedonia o Hungría, que enfoca y no tiene temor a disparar a los refugiados sirios con el fin de hacerlos retroceder.

Más de un refugiado se ha arrepentido de emprender la odisea hacia el sueño europeo. Un adolescente en París, ante las cámaras de Vice y entre lágrimas, declamaba que no eran animales, que eran tratados como si no tuvieran derecho a la vida después de que les desmantelaran una y otra vez un campamento improvisado en el que dormían. Que si pudiera retroceder en el tiempo, no emprendería el viaje lleno de peligros, amenazas y situaciones de invulnerabilidad que se había encontrado.

Son las hileras de personas cruzando los bosques que Ellen Kooi no vaticinaba en la fotografía tomada en el año 2000 que a nuestros ojos cambia de significado. Cuando captó la imagen donde la hilera de personas emerge desde el agua hasta el primer plano de la fotografía, no se imaginaría que podría recordarnos el éxodo de las personas que no vieron mayor futuro en su país que aventurarse a un sinfín de barreras, a la desolación de las

instituciones y a dormir a la intemperie. Refugiándose en los bosques hasta el punto de idear la posibilidad de cruzar la férrea frontera húngara como si fueran criminales, sorteando la concertina desplegada a lo largo de cientos de kilómetros en pleno siglo XXI.

Las vías del tren se convierten en caminos improvisados donde los niños no entienden por qué no pueden seguir alejándose del terror atroz que les persigue en las noches de pesadillas. Niños que duermen a la intemperie en los bosques de los Balcanes y que han perdido a sus padres y a los que han acogido otras familias. La imagen de cómo un padre pasa a su bebé por el cerco de la frontera, como si ofreciera todo de lo que dispone para que pueda desarrollarse en la tierra a la que él no puede atravesar, es reflejo de la barbarie que están viviendo los sirios cada día, dentro y fuera del país.

Están preparados, como si formaran un batallón a punto de conquistar un nuevo territorio. En este caso, su conquista es un trozo que les acerca un poco más a la ansiada libertad. Su imagen se entremezcla con la que forman los árboles de los bosques que los cobijan antes de su sueño europeo. Los bosques acunando otra noche más su apreciado sueño, que se acuesta apoyado en la corteza de los árboles que marcarán la señal de su paso. El recuerdo de un sueño a punto de ser conseguido.

## **LA MADERA EN LA ESCULTURA**

El artista plástico Álvaro Matxinbarrena nació en Donostia en el año 1958 y reside en el pueblo de Elgorriaga, ubicado en la comarca de Malerreka, en el noroeste de Navarra, y colindante con Santesteban, desde hace quince años. Le conocí en su casa-estudio en el pueblo donde ha ido desgranando su sabiduría y conocimiento del mundo artístico y creativo desde la intuición que le caracteriza.

En palabras de Juan Pablo Huércanos, subdirector del Museo Oteiza y comisario de proyectos vinculados a lo escultórico y los procesos editoriales, Álvaro «revela una querencia más definida por la geometría, la línea, el monocromo y la gravedad de la expresión. En este recorrido, en este viaje, se constata una voluntad recurrente en su trabajo: hacer hablar a las formas. De esta manera, construye el autor los contenidos de sus obras en un largo



proceso, que atraviesa diversos momentos y escenarios y que desarrolla una expresión en el umbral, en el límite de la forma».

Es en el material donde se conforma el trazo, la línea de trabajo del artista que utiliza el símil de las personas, como lo hace mi padre para hablar de la madera. Su interés radica en la forma y en sus variedades, en el diálogo que se establece con el material en sí. Le gusta dejar a la madera que hable, desde su configuración y sin tener esa necesidad de manipularla. Suya es la minuciosa contemplación de las formas que ha ido adquiriendo el material. Cómo crece, cómo es y cómo responde y resiste.

Es ahí donde él interviene como artista, en la confluencia de discursos, ensamblando el lenguaje de la madera para incluir su visión y perspectiva de manera sutil en el material. La intervención en sí no es algo que le interese si no es a partir de sus formas y hendiduras para crear, desde ahí, otro lenguaje a partir de la reordenación de las capas creadas.

Álvaro hace hincapié en la madera antigua y ya utilizada, con su color y dureza por el paso del tiempo y su exposición, para partir de lo que representa y todo aquello que nos dice. Fue ese sentimiento de cobijo el que le transmitieron los bosques en el trayecto desde Donostia a Elgorriaga. De madre. Expresa que, rodeado de bosques, no tiene la sensación de morir solo, sensación que sí le aporta el mar, esa capa fina que se expande hacia el horizonte de oscuridad bajo sus fauces. Para él, la manipulación y el trabajo con la madera es su manera de crear refugios. Cajones. Esas entradas en la casa del paisaje.

La conversación con él nos lleva a los bosques de Finlandia, que conviven con la presencia de los cementerios que no están impregnados de símbolos adscritos a la religión. El orden y la atención al material nos recuerdan que se trata de un lugar para el descanso. Inevitablemente, esos cementerios fineses contruidos en convivencia con los bosques remiten al cementerio del bosque, conocido en Suecia bajo el nombre de Skogskyrkogården, al sur de Estocolmo, donde las tumbas forman líneas entre los árboles, creando un ecosistema único y propio que forma parte del Patrimonio de la Humanidad desde el año 1994.

La idea inicial fue de los arquitectos Erik Gunnar Asplund, uno de los pilares de la arquitectura contemporánea escandinava, y Sigurd Lewerentz. Ambos se presentaron en el año 1915 al concurso para construir un cementerio sobre una colina que albergaría grandes extensiones sin alterar el

entorno boscoso, a veinte minutos del centro de la capital sueca. El cementerio incluirá caminos naturales y otros contruidos. Es allí donde convive el equilibrio entre los símbolos religiosos como la capilla de madera que se inserta entre ese paisaje natural.

La imagen del cementerio del bosque nos remite a las personas que solicitan ser enterradas en un enclave paisajístico concreto. En esa cornisa rodeada de tantos recuerdos. En lo alto de la montaña predilecta donde se alzaban sus pasos. ¿Y si la petición fuera la de ser enterrado bajo el árbol escogido, uno, concreto? De esa premisa parte Marisa Lafuente para escribir *El tesoro*, cortometraje documental que dirige junto a Néstor del Castillo y que conforma una de las tres historias dentro del documental *Ahora soy árbol*. Su padre Luis es el protagonista de avanzada edad que rememora su pasado campesino en la búsqueda de las raíces de ese pinar en la Comunidad de Madrid donde quiere ser enterrado junto a su mujer Joaquina, enferma de Alzheimer. Hacía tiempo que no me sentía tan conmovido por una historia tan entrañable y tan hermosa, que rezuma el amor hacia el otro a través de la elección de un enclave natural donde descansar juntos para siempre.

La libertad de escoger el lugar concreto donde descansar de por vida, en este caso en relación al amor y el respeto con la naturaleza y a los árboles, está de fondo en las tres historias que forman parte del proyecto y tiene un simbolismo innegable que pone sobre la mesa preguntas irrenunciables y necesarias. El sueño y la ilusión de nombrar a un árbol cualquiera con el nombre del familiar o de esa amistad y rendirle tributo al visitarlo es un ejercicio sanador, en convivencia con el hábitat natural y regenerador de los ciclos de la vida.

La realidad que se plantea en el documental es que se pueda venerar y rendir culto al recuerdo y a la memoria del ser querido a través del árbol escogido. En Alemania los enterramientos en bosques públicos son una práctica habitual y extendida, están permitidos y regulados, en un país donde más del cincuenta por ciento de la población opta por la incineración. Una búsqueda libre, personal e íntima expandida y enraizada en la naturaleza.

Álvaro Matxinbarrena pudo comprobar en Finlandia la tradición de utilizar la madera como soporte para la construcción, en un país donde las edificaciones muestran esa convivencia natural. Relata además cómo el sistema educativo

finés incluye pequeñas escuelas de carpintería en el bosque en las que se trabaja diariamente con el material al lado y pueden palpar cómo se comporta.

Remarca la importancia de que algunas ramas se suspenden en el aire y otras crecen hacia arriba, buscando en su ser las diferentes maneras de subsistir y de vivir. Las formas que adquieren los árboles y los bosques para hacer frente al paso del tiempo y de las estaciones con su armonía de las formas. Ahí radica el eje de la visión y del trabajo del artista. La resistencia y la fortaleza quedan relegados a un segundo plano mientras que la armonía, la disposición y la reordenación de los elementos adquieren aquí una vital importancia. Para su proyecto, trabajó a partir de obras fallidas de las escuelas de carpintería.

Matxinbarrena recuerda cómo buscar en los árboles sus maneras diferentes de vivir, cómo se curten y cómo hacen frente al tiempo. Los artistas del norte, cuando tenían que exponer su obra en Madrid, también debían tener este aspecto en cuenta, puesto que en muchas ocasiones la madera se secaba y se encogía en el trayecto.

Es el artista que traza ese camino a través de la madera quien nos lleva al hogar construido por materiales que habitualmente nadie quiere, con viejas vigas o viejos troncos olvidados. Ese hogar es el de Remigio Mendiburu, uno de los mayores representantes de la escultura vasca contemporánea, nacido en Hondarribia, pueblo donde desemboca el río Bidasoa, en el noreste de Gipuzkoa, frontera natural con Hendaia. Falleció en Barcelona en el año 1990 a los cincuenta y nueve años.

Al realizar el recorrido que conecta el árbol y la madera con el arte, nos encontramos con las esculturas de madera realizadas por Mendiburu, cuya elección del material, en palabras de Juan Pablo Huércanos, «simbolizó desde los años sesenta una vinculación con el entorno natural mostrando su desvinculación de la alta cultura y mostrando una cercanía hacia la ciudadanía como persona y artista».

La viveza de las obras de arte de Mendiburu, que también utilizaría la piedra y el metal, es característica de su impronta vitalista, cercana con ese material que vuelve a disponer de una nueva vida, igual que recuperó todo aquello que regresa a la memoria por lo atroz vivido en su piel en la Guerra Civil y su exilio en Francia.

Durante la dictadura de Franco formó parte del Grupo Gaur con la premisa

de hacer frente al aislamiento cultural que vivían los artistas vascos como crítica hacia lo establecido en el plano creativo y artístico. Remigio Mendiburu junto a Rafael Ruiz Balerdi, José Luis Zumeta, Jorge Oteiza, Amable Arias, Eduardo Chillida, Néstor Basterretxea y José Antonio Sistiaga formaron el eje del movimiento crítico y creativo que se disolvió después de los enfrentamientos entre Jorge Oteiza y Eduardo Chillida.

En las esculturas abstractas del artista es donde habita el imaginario de plantas y vegetales que construyen la forma final que presenta su obra rústica, donde sobresale ese espíritu rural en la convivencia con los bosques que le han rodeado. Han sido, entre otros materiales, el abedul, el haya y el ginkgo biloba las plantas con las que más ha trabajado para sus esculturas de gran simbolismo y arraigo en el entorno natural y cultural. Donde siempre dialogará la tradición de la procedencia con el presente y el porvenir en el acabado y formas de sus esculturas.

## **EXPRESIONES NUEVAS A PARTIR DE LA MADERA**

La madera tiene muchas historias y, entre ellas, la de Laura Jofré me parece original y creativa. La conocí en el Mercado de Diseño que se celebra periódicamente en el Matadero de Madrid. Me llamó mucho la atención su puesto, donde tenía mapas de diferentes rincones del mundo realizados con madera (pino, roble o nogal) y en los que se pueden ubicar con un hilo los lugares visitados.

Por otro lado, también realiza ilustraciones con láser de árboles reales situados en las coordenadas hechas a mano y grabadas en madera natural. La madera se correspondía con el árbol representado. Su proyecto creativo llamado Monmon nace después de un viaje a la India y el deseo de querer immortalizar su recorrido a través de experiencias y aventuras que quedan plasmadas en la madera y en los objetos.

Porque la madera contiene infinitas historias grabadas en su interior, porque desde la madera, que es un material noble y duradero, se pueden transmitir nuevas formas de crear y percibir. Y eso se está desarrollando y llevando a cabo en otras disciplinas y con otros objetos.

Es el caso de las gafas de madera, que, al ser realizadas artesanalmente y de manera sostenible, se convierten en piezas originales y más ligeras que las realizadas con otros materiales. Como, por ejemplo, los altavoces para teléfonos inteligentes que amplifican el sonido y están realizados con material de haya, castaño, nogal o cerezo y no necesitan batería ni mantenimiento.

Se percibe un creciente interés y un inevitable retorno a lo rural y la recuperación del contacto con los bosques y su tranquilidad en ciudades como Madrid, lugar desde donde escribo y desde donde no se pueden contemplar las cordilleras y los bosques, por lo menos en el barrio donde vivo. Solo la boina grisácea y preocupante de contaminación e hileras de edificios interminables. Es por ello por lo que, por las tendencias y estilos de vida que buscan lo saludable, la madera está presente en la decoración contemporánea. Es la esencia natural de las cosas que adquiere una presencia con la madera en bruto y que no duda en potenciar las imperfecciones (nudos, la madera sin tratar), que son tratadas con aceites. Los taburetes, bancos y mesas de comedor incorporan a los domicilios una cercanía con el bosque y con el material de la madera. La savia, las formas e imperfecciones del bosque muestran su presencia a través de los muebles.

## **El bosque a través del Land Art**

A finales de 2007, el artista escocés Andy Goldsworthy (Cheshire, Inglaterra, 1966) llenó el Palacio de Cristal del parque del Retiro de Madrid de troncos de pino silvestre sin tratar, procedentes de la sierra madrileña, que creaban formas ovaladas que conformaban unas cúpulas gigantescas en forma de nidos. Se trataba de la exposición *En las entrañas del árbol* y estaba incluida en la programación habitual del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Es un artista y escultor que siempre ha optado por trabajar en el hábitat del material en sí, creando sus obras en las inmediaciones de sus búsquedas y hallazgos.

Goldsworthy es uno de los mayores exponentes del denominado Land Art, movimiento y expresión artística que emergió en la ciudad de Nueva York a partir de la exposición *Earthworks*, que se llevó a cabo en la Dwan Gallery, como iniciativa de la galerista Virginia Dwan, en octubre de 1968. El

concepto fue una propuesta del artista estadounidense Robert Smithson. Como se afirmaba en el folleto de la exposición, «el Land Art asume la naturaleza como material escultórico, interactuando con la escena cambiante del paisaje. [...] Goldsworthy ha seguido estos cauces para explorar una poética de la naturaleza desde una reflexión profunda sobre la forma, la materia, la energía, el espacio y el tiempo».

A través del movimiento se aglutinaron artistas comprometidos desde y con el paisaje, utilizando siempre los elementos naturales que les aporta el entorno. Es fundamental el espacio abierto desde el que se proyectan los artistas de este movimiento, cuidadosos de las fronteras entre la arquitectura y la escultura y dedicados a trazar puentes donde dialogan entre sí tanto las disciplinas como la disposición natural de su obra. Un trabajo que, con el paso del tiempo, tiende a erosionar y fusionarse con lo salvaje de la naturaleza.

Dentro de la corriente existe una previsión por el entorno y por cierto recorte en esa configuración para crear una nueva realidad que parte de los elementos anteriormente expuestos y existentes. Su relación con lo natural es intrínseca y tienden a trabajar y exponer en un espacio abierto. Para ello, su campo de trabajo se fundamenta en incidir en el paisaje transformándolo e intercalando a través de cortes, tanto en la tierra como en los pasadizos, creando nuevos pasajes y caminos o extendiendo las formas de los árboles, interviniendo en ellos a través de la pintura o con colorantes u otras plantas, creando formas nuevas y estéticas.

Es por ello por lo que el paisaje es la hoja de ruta de los artistas que conciben el arte bajo estas coordenadas, requiriendo un trabajo de convivencia e interacción con un entorno que se transforma en diálogo, que recoge los sonidos que subyacen de lo ancestral y de los antepasados para proyectar simbologías y esbozos que iluminen el pensamiento. Se trata, como en la historia de Pulgarcito, de poder dejar huella del paso del ser humano por la naturaleza, bajo la sensibilidad y óptica del creador, pero sin resultar del todo invasivos.

El creador de Land Art es un artista que profundiza en las huellas que va dejando el transcurso del tiempo en la naturaleza realizando intervenciones directas en ella, configurándose a través de su mirada y trabajando siempre con el material puro, sin transformarlo. Es un creador de las formas y de lo estético, capaz de formar un equilibrio entre su intervención y el entorno

natural con el que constantemente dialoga y se trasluce en esa conversación con la contención de sus obras desde el plano estético con el que crea paralelismos con las formas configuradas por el paso del tiempo.

Estamos también ante un poeta de lo visual que crea, a partir de los elementos más esenciales de la naturaleza, instalaciones vivientes en contextos donde se revitaliza y ofrece una óptica nueva a la existente gracias a la delicadeza, precisión y audacia artística. Suyas son instantáneas de una captura donde, desde el trabajo con materiales como la piedra, la madera, el hielo, el barro o las mismas hojas, se crean conglomerados, formas y composiciones de colores y texturas que alcanzan lo sublime.

Es también un afinador alterando entornos y construyendo nuevas formas en ese equilibrio que sobresalen de lo habitualmente preconcebido, otorgando un aura de magia y asombro a todo aquello con lo que trabaja.

En la mencionada instalación de Goldsworthy, la madera cerrada difícilmente dejaba atravesar los rayos de luz, creando una atmósfera única y algo desasosegante que evocaba la asfixia de la naturaleza descomunal cuando es salvaje. El olor y la sensación de estar bajo una construcción creada por la naturaleza conecta a su vez con los sentimientos más primitivos, como si el artista consiguiera trasladar al invitado a otro contexto, fuera de la sala de exposiciones, bajo la inmensidad de las cúpulas de madera.

## **Los bosques en la fotografía de Takeshi Shikama**

Takeshi Shikama (Tokio, 1948) es un fotógrafo considerado como uno de los abanderados en acercar el espíritu del árbol al público general, convirtiendo su vida propia en razón artística. Él y Yukio, su mujer, abandonaron hace veinte años la vida frenética y de seguridad económica en Tokio para alejarse de una dinámica que los absorbía por completo para volver a vivir en la prefectura de Yamanashi, a dos horas de la capital de Japón. Fueron años en los que vivieron rodeados de ese contacto con los árboles y el entorno que los acogió con la tranquilidad que ensancha la visión de la vida y ese tiempo que se paraliza como si tuviera otro ritmo al compás que marcan los bosques.

Es él quien ha expresado que manipular la madera le da fortaleza y vida después de adentrar sus pasos en el bosque con esa llamada interior que

siente uno al palpar la esencia de las cosas. Parte de la premisa de que es el árbol quien le reclama la instantánea para capturar y encuadrar en la fotografía todo desde la sencillez que otorga el blanco y negro y la desnudez del bosque. Él es el radiógrafo que confiere, mediante su óptica y mirada, una nueva vida a lo que observa a través de sus impresiones, en las que funde la realidad con los tonos que nos retrotraen a otro tiempo.

Takeshi atraviesa la frontera de la realidad con delicadeza y sensibilidad para mostrarnos un mundo superior. Después la revelará de forma completamente artesanal sobre un papel tradicional japonés que él mismo imprime con una emulsión de platino en papel fabricado con la corteza de los árboles. En sus fotografías se cuelga una luz poderosa que nos acerca la quietud y grandiosidad de los árboles y bosques, trasladándonos a su majestuosidad y quietud.

Tardó diez años en construir su casa de madera junto con su mujer, en medio de un bosque. Renació de sus cenizas para convertirse en uno de los embajadores de los árboles, en alguien quien palpa su corteza y dialoga con ellos para acercarnos lo mágico que se esconde en lo brumoso.

La forma es un reflejo de la mirada desplegada en la naturaleza. Para él, un árbol no tiene más de una foto. Un árbol es la foto.

## **La mirada tenebrosa de Ellie Davies**

La fotografía de Ellie Davies (Londres, 1976) representa ese territorio mágico donde los elementos crean y generan entre sí una imagen perturbadora, desde lo luminoso hasta lo lúgubre. En *Arboreal, a Collection of New Woodland Writing* consigue, alterando el paisaje natural con su intervención, crear un trazo o línea en el paisaje con el que atraviesa de lado a lado esa cuadratura que contempla.

Con helechos puestos en línea o pintándolos de blanco, flores, piedras, así como con la recreación de ese paisaje, ahonda en la interrelación entre el ser humano y el bosque después de adentrarse durante siete años en bosques ingleses. La fotógrafa se establece creando horizontes ficticios y marcados para representar de qué manera transformamos con nuestro ímpetu los



lugares naturales que se han mantenido en un equilibrio durante milenios y la distancia que generan los trazados.

El misterio y lo tenebroso se cuelan como la neblina suspendida de sus fotografías en los bosques del sur de Inglaterra. Ellie interviene en las fotografías que realiza creando nuevos elementos y dotándolos de nuevos significados. El bosque es el lugar de trabajo donde se interrelaciona para introducir elementos novedosos a los que confiere un halo místico y de extrañeza en sus instantáneas.

## **Los bosques en la filmografía de Montxo Armendariz**

Montxo Armendariz (Olleta, Navarra, 1949) mantiene la misma inquietud de la mirada que le ha llevado a grabar y dirigir una de las filmografías más singulares y personales. Cuando habla de su trayectoria, hace hincapié en que los espacios y lugares donde ha grabado las películas no fueron concebidos como meros decorados inertes, sino que han formado siempre una parte importante de las historias y, por consiguiente, de sus películas. No han sido simples espacios donde los personajes interactúan.

A él siempre le ha interesado que los personajes estén inmersos en ese espacio geográfico y que aporte gramaticalmente significados a la historia que se está desarrollando. Armendariz dirigió *Tasio* en el año 1984, el mismo en el que unos cuantos comenzábamos a emitir sonidos y gruñíamos requiriendo la teta de la madre. En esta película consiguió alzar a los carboneros a un plano anteriormente desconocido gracias a la calidad, premios y éxito de la cinta.

Recuerda cómo el personaje de Tasio, inspirado en el carbonero Anastasio Ochoa, decía que la naturaleza te da todo lo necesario para vivir y que trabajar para otros en cierta forma te hace un poco esclavo. Él pensaba que la naturaleza era parte de la sustancia humana y por ello se dedicaba a sacar carbón, a cazar, a perderse por los bosques. Anastasio adoraba la naturaleza desde que era un niño. A los dieciséis años armó su primera carbonera y era conocido porque jugaba descalzo a pelota a mano para no romper las únicas alpargatas que tenía. Era un ser libre.

La necesidad de supervivencia y de alimentarse, así como de alimentar a su familia lo convirtieron en un cazador furtivo y pescador sin igual. Nunca tramitó licencia alguna para ello. No pagó ninguna multa de todas las que le pusieron. Quedan pocos como él. Seres con ese espíritu que, de tan libres, llegan a vivir de forma paralela a todas las convenciones, dictámenes o normas creadas, en ocasiones, desde lo profundo de lo absurdo y acotando la libertad y magnitud del ser humano hasta convertirnos en autómatas sin alma ni pulsión.

A las hijas de Anastasio les acechaba el miedo cuando partía monte arriba, con la cadera aquejada y superados los setenta. Temían que se muriera allí, en ese hábitat. Como mi abuela Teodora, a la que no veíamos por el pueblo hasta que un día llegamos a contemplarla con los catalejos subiendo una pendiente empinada después de que un infarto le hubiera paralizado el hemisferio derecho de su cuerpo. También superaba los setenta años. «Ojalá te oiga Dios, porque allí sería feliz; morir donde era mi vida» era su respuesta.

No es casual que el cineasta tenga esta admiración por el mundo rural. Vivió en Olleta, localidad de la comarca de Valdorba, la zona media desconocida de Navarra, hasta los seis años. Acompañaba a su padre Florencio a cazar pájaros y a coger nidos para subsistir o le llevaba comida cuando su padre trabajaba como segador o cortando pinos. Al no disponer de tierras con las que alimentarse, dejaron la vida apacible en el pueblo detrás y se afincaron en el barrio popular y reivindicativo pamplonés de la Txantrea, construido con las manos de los propios vecinos. El grupo de rock Barricada hizo conocido a este barrio formado por familias que provenían de diferentes valles y pueblos en los que la escasez de medios naturales y materiales los obligaba a buscar trabajo en fábricas y servicios. Entre otras canciones memorables, el grupo le dedicó «Barrio conflictivo».

Lo rural y su relación con el entorno natural han conformado tanto su identidad como su propia vida. Recuerda el olor a tomillo, la esencia del bosque, la humedad y el verdor. Cómo uno siente muchas sensaciones, emociones y recuerdos con el olor. Cómo nos transportan a esos lugares confortables de la infancia o del pasado.

La identificación con el personaje de Tasio fue absoluta, ya que su padre también le transmitió que en la naturaleza no solo se encontraba lo necesario para vivir. Le enseñó conocimientos, entre otros, de la medicina popular.

Cómo utilizar las ortigas para que no irriten la piel o el cuidado de la higuera que tenían en el patio. Ese aprendizaje se fue convirtiendo en una hoja de ruta para discernir lo que era útil y se podía aprovechar.

Muestra Armendariz sin embargo cierta desazón sobre todo lo que estamos perdiendo como sociedad y como personas. La sabiduría popular entroncada con la vivencia del medio natural se está desvaneciendo con la ausencia de las abuelas y de los abuelos. Esa mirada dirigida siempre hacia lo alto del monte que salvaguarda como fuerte natural a los pueblos. Su preocupación es en relación al rumbo que está adquiriendo el planeta en su cuidado del medio ambiente.

Incide en cómo está desapareciendo ese planeta que nuestros antepasados conocieron por la situación catastrófica que estamos viviendo por las consecuencias del cambio climático que avanza sin freno. En cómo se están esquilmando los medios de subsistencia e intercomunicación entre las personas y la naturaleza. En cómo avanza a pasos agigantados la congestión y la masificación de los núcleos urbanos que van engordando su masa de habitantes y las tasas de contaminación, que llegan a niveles de alarma sanitaria y social.

Cuando me expresa su preocupación sobre la naturaleza, hace referencia a una noticia sobre los niveles de contaminación en la ciudad india de Nueva Delhi, en la que los niveles disparados de dióxido de carbono convierten la visión de la ciudad en una cortina que no permite visibilidad más allá de un metro, como si de una neblina cerrada se tratara. Hace alusión a cómo se han agravado sus problemas respiratorios asociados a la sequía y la contaminación.

Se expresa desde la resignación ante el desarrollo tecnológico-industrial que ha absorbido todo lo relacionado con el diálogo y el contacto del ser humano con el campo desde un equilibrio sostenible y en armonía con la vida natural y sosegada. Él cree que no ha habido autocrítica en relación al rumbo adquirido por todas las grandes potencias que han reproducido modelos similares, aunque desde ideologías y bloques opuestos. Ese desarrollo tecnológico y económico nos ha alejado de las cosas pequeñas, de esos gestos tiernos que expresan los valores de una convivencia sin la necesidad de arrasar con nada ni nadie.

Cuando hablamos de su largometraje *Silencio roto* (2001), Armendariz afirma que planteaba el bosque como un refugio y un lugar que propiciaba la

subsistencia para los maquis. Supuso una guarida en los tiempos en los que, por cuestiones ideológicas, podían rechazarlos, repudiarlos o matarlos. Y en ese entorno, subsistir en el bosque y en el monte ha sido mucho más fácil que en las ciudades, donde no tenían a su disposición la posibilidad de alimentarse, por ejemplo, como podían hacerlo en la naturaleza. Los bosques se convirtieron entonces en hogares improvisados necesarios para quienes decidieron luchar para cambiar el orden establecido.

Para que la película fuera grabada en el navarro valle de Arce, a los pies del Pirineo, tanto él como su equipo tuvieron que sortear numerosos imprevistos y dificultades que encontraron en la búsqueda de las localizaciones. En un inicio habían planeado grabar en León, de donde procedía gran parte de la documentación que había recogido para escribir el guion y tierra rica en historias sobre los maquis. No obstante, no hubo manera de localizar allí un pueblo que estuviera rodeado de montañas y que tuviera una plaza en el centro, donde se desarrollaba principalmente la acción y en la que fuera posible construir la tienda, entre taberna y ultramarinos, a la que acuden desde la Guardia Civil hasta el cura y los habitantes del pueblo.

No pudieron encontrar un pueblo que cumpliera esos condicionantes puesto que siempre aparecían elementos de décadas posteriores que imposibilitaban la grabación en esos términos. Recorrieron toda la comunidad autónoma de Castilla y León, Extremadura y hasta estuvieron buscando ese lugar que habitaba en la mente del director en la provincia de Teruel. Necesitaba un pueblo que hubiera sufrido pocas modificaciones, que mantuviera un espíritu fiel a los años cuarenta, pero siempre había un elemento discordante: una torreta eléctrica, un banco, elementos exteriores que rompían la sinergia.

Habían pasado meses y aún no tenían claro dónde iban a encontrar el pueblo propicio para rodar cuando apenas quedaban dos meses para comenzar. Fue entonces a dar una vuelta con Puy, su exmujer, natural de Burguete, en el valle pirenaico del Roncal, y recorrieron algunos de los pueblos de los valles de la comarca.

Llegaron hasta un pueblo pequeño ubicado en las inmediaciones del embalse de Itoiz donde, mientras Armendariz estaba fotografiando a unos niños, a Puy se le acercó un chico con bicicleta que le indicó que podían acercarse a Saragüeta, pueblo que desconocían aunque fuera cercano, una de esas localidades cuya señalética lees al pasar por la carretera y piensas en

poder descubrirla, pero nunca lo haces al no estar en el paso de la carretera comarcal.

No se lo podían creer. El pueblo que les había indicado el muchacho de la bicicleta era exactamente lo que Montxo tenía en mente cuando escribió el guion. Después de estar recorriendo durante tres meses valles y pueblos de todo el Estado, de la manera menos esperada y natural consiguieron dar con el lugar donde podrían finalmente rodar, junto a otras localizaciones del valle de Arce. Esa misma noche brindaron con una sonrisa reluciente. Al día siguiente, volvieron a Saragüeta para asegurarse de que aquello no había sido una ilusión óptica momentánea causada por el impulso de la necesidad. Pasaron también por el pueblo donde el chico con la bicicleta les indicó la localización que llevaban buscando durante tanto tiempo sin resultado. En aquel pueblo, que no tendría más de doscientos habitantes, nadie conocía a ese muchacho que describían. Nunca encontraron la manera de darle las gracias personalmente.

Como las historias de maquis no estaban tan arraigadas en Navarra, el director trató de evitar cualquier nombre o referencia a ese entorno, pretendiendo así que fuera absolutamente simbólico. Aún hoy recuerda y agradece enormemente la implicación de los habitantes de los valles y de las localidades donde ha grabado *Los carboneros de Navarra*, *Tasio*, *Secretos del corazón*, *Obaba* o *Silencio roto*.



# CAPÍTULO VIII

## El bosque







*Si el petirrojo se posa sobre una  
rama un día de invierno encapotado,  
su levedad anunciará los copos de nieve  
que cubrirán la desolación del bosque desnudo.*





*Pero todo ese tiempo sabemos que no habrá regreso una vez que encontremos el corazón del bosque.*

BERTA PIÑÁN

*No queda tiempo para entrar en el bosque.*

*Demasiada luz para ser tan tarde.*

GONZALO HERMO

*(...) En nuestras manos convertidas en tierra se fermentó un nuevo paisaje./Fuimos árbol. Cerezo.//Las ramas fueron bendecidas por el viento del sur y sus profecías.//La amplitud del valle es la eternidad/en la tensión de los nudos de silencios/apresados por los bosques por descubrir[9].*

## **EL PRESENTE Y EL FUTURO DE LOS BOSQUES**

Aunque con el paso del tiempo la superficie de masa forestal se ha reducido considerablemente a nivel mundial, los bosques de la Unión Europea abarcan alrededor de ciento sesenta y un millones de hectáreas, lo que representa un cuatro por ciento de la superficie forestal mundial. Como en otros aspectos, hay desigualdades entre los países miembro de la Unión Europea. La masa forestal que se despliega en Suecia, Francia, Polonia, España, Finlandia y Alemania llega a cubrir las dos terceras partes de la superficie total. Sin duda alguna, los bosques son la mejor respuesta al cambio climático que está acechando y desgarrando este planeta. En la actualidad, un tercio del planeta está cubierto por bosques. Hace ocho mil años ascendía hasta el cincuenta por ciento de la superficie.

Los bosques, además de la protección que brindan para disminuir la erosión de la tierra, son partícipes en la regulación del clima local y mundial y protegen la riqueza de la biodiversidad. Ayudan a que la tierra se mantenga húmeda y previenen ante las sequías además de mantener con sus nutrientes a las capas del suelo. Por otro lado, al ser cobijo de las aves, generan un espacio rico y diverso para esas especies.

Dos de las tres principales especies vivientes dependen de la supervivencia de los bosques. Sin duda, la emisión de oxígeno mejora la calidad del aire, sin olvidar la riqueza alimentaria de los frutos y la utilidad de la madera para producir energía. Es además un material sostenible. Los beneficios de la energía renovable se están percibiendo en el uso que se hace de la madera.

Hablamos de espacios donde confluyen el disfrute turístico, que va en aumento en relación a estos hábitats, y los beneficios que aportan la práctica del deporte y el interés creciente de un tipo de turismo rural. En Finlandia, país donde los bosques son eje fundamental en cuanto a su idiosincrasia, el bosque emplea a alrededor de dos millones y medio de personas. A nivel mundial, un veinte por ciento de la población depende de su supervivencia.

Los bosques son territorios conformados por un sinfín de árboles, plantas y una biodiversidad inconmensurable. Además de ser los pulmones del planeta, representan la lucha contra el calentamiento global. La esperanza de una vida con mejores previsiones en un mundo devastado por la deforestación masiva y sin control, por los incendios también descontrolados y todos los efectos nocivos provocados asimismo por el ser humano y la contaminación. Como si en el ADN humano también estuviera incorporada la destrucción del planeta, su devastación incesante.

Hileras de coches que no avanzan en las arterias de las ciudades taponadas, las emisiones de contaminantes de empresas que no toman medidas al respecto y los acontecimientos por fallos humanos nos exponen ante un devenir que no es nada halagador. Parece que la negación nos ayuda a subsistir, a seguir con el continuo día a día sin pensar en cómo estamos ayudando y tolerando la destrucción del planeta y, con ello, nuestra propia desaparición.

La ciudad inevitablemente supone un pulso y una rutina que requieren una vida más acelerada. Como si la energía del entorno, las relaciones, los horarios y todas esas responsabilidades lo solicitaran inconscientemente. Ahí está el ejercicio de cada persona para encontrar alternativas y poner en práctica actitudes que protejan de ese encadenamiento a una vida atada a todo lo que rodea al trabajo, los problemas y a todo aquello que no nos deja ver más allá. La plenitud de la vida que nos permita disfrutar de lo que nos brinda la naturaleza realizando un ejercicio de limpieza tanto mental como físico.

Es por ello por lo que son imprescindibles, y cada vez más necesarios y fundamentales, los espacios naturales en las ciudades. Está el Retiro en

Madrid, ese leve pulmón agujereado de la ciudad debido a la contaminación acuciante y preocupante. Hay muchos más parques y espacios que aportan esa tranquilidad, aunque se sigan escuchando de fondo los coches y las bocinas. Por esta razón hay que buscar asideros y lugares donde poder sentir cierta calma y bienestar. Y Madrid ha ido transformándose y mejorando en relación a todo esto. Ahí está el tramo que se extiende a través del río Manzanares, que se está revitalizando. Ahí está Madrid Río, con sus espacios verdes, zonas para que los madrileños podamos disfrutar de diferentes modalidades de deporte en sus distintos espacios habilitados. Porque las ciudades no solo se conforman y caracterizan exclusivamente por los edificios y rascacielos. Pensad en Berlín, por ejemplo, y en su convivencia con la naturaleza. En las medidas de protección del aire que están llevando a cabo las grandes ciudades europeas y que el Ayuntamiento de Madrid está potenciando e impulsando recientemente.

Los bosques de los Pirineos son pulmones que exhalan en cada bocanada el oxígeno de frescor necesario en los días calurosos de verano, cuando en zonas de menor latitud y en comarcas donde el paisaje pierde ese verdor y la presencia variada de especies de árboles los grados de calor azotan la vida cotidiana, impulsando a arrinconarse en las zonas más frescas de los hogares. Uno de mis rituales veraniegos es escapar hacia el norte, aunque solo sea durante el fin de semana, y reemplazar el calor abrasador del asfalto por la convivencia con la naturaleza en el camping de Urrobi, a escasos kilómetros de Roncesvalles, en pleno Pirineo navarro. Nada más bajarnos del coche nos acercamos al río Urrobi, donde refrescamos las extremidades y la cara.

Con ese simple gesto nos quitamos las capas tóxicas de contaminación y calor insufrible de Madrid, que nos hace pensar constantemente en esa dirección que marca el norte, con sus bosques frondosos y las sombras que cobijan con la caricia del viento a quienes no somos amigos de esas multitudes en playas a rebosar, con la previsión de los días en posición horizontal, rebozándose aderezados con arena ante un sol imponente y con el griterío de fondo.

Caminar a través del río Urrobi, en cambio, me hace reflexionar sobre los desperdicios y la basura que genera el ser humano y sobre lo irresponsable y sucio que es en relación a la naturaleza. Estoy convencido de que muchas personas no son conscientes de los desperfectos que generan, del impacto medioambiental y visual que crean en los espacios naturales que pisan.

Reflexiono mientras acaricio las ramas de los árboles cubiertos por el musgo, un elemento más de los árboles que parece que los protege, como si de una venda curativa se tratara.

Llama mucho la atención la cantidad de libélulas de color azul brillante que sobrevuelan las diferentes plantas y vegetación que crece en los costados del río. Un alambre roñoso rodea un haya que no puede defenderse ni desprenderse de él. Yo tampoco puedo con estas manos de «secretario», como las denominaría mi padre. O este porte de «madrileño», que utiliza en ocasiones como algo despectivo cuando expresamos opiniones diferentes, como si mi visión tuviera menos valor en relación a temas locales por vivir a cuatro horas y media de distancia.

Viajar a los Pirineos me hace pensar también en lo necesarias que son las campañas de sensibilización en relación al cuidado del ecosistema. Los grupos de trabajo, a través de la red de ciudadanos inquietos, que se dedican a limpiar los ríos y los bosques de la amenaza de aquellos que, además de su impacto sonoro insoportable, crean una montaña de basura a su paso, arrojando sin decoro ni conciencia los plásticos y envoltorios río abajo. Es una de las razones por las que no se recomienda bañarse en enclaves que anteriormente eran apetecibles y limpios.

Estar en contacto con la naturaleza reactiva el pensamiento en relación al tiempo que tarda cada elemento en descomponerse, en extinguirse del lugar al que ha llegado a parar, y en las consecuencias medioambientales. Y lo poco que cuesta poder limpiar un río. He vuelto con cuatro bolsas y un envoltorio de galletas, recibiendo a cambio una visión del río y del paisaje sin suciedad ni basura que altere el equilibrio.

Cuando mi padre habla de que los bosques van a estar ahí y que su trabajo debe tener continuidad, estoy seguro de que no se le pasa por la cabeza la amenazadora posibilidad de la deforestación. Las previsiones son realmente aterradoras en relación a las hectáreas que la tierra seca y yerma le está arrebatando a los bosques anteriormente diversos en especies y plantas.

Habla mi padre desde esa visión absoluta en la que no podría tener cabida que no existiera el paisaje verdoso y frondoso que contemplamos. Creo que se cuelgan en sus palabras las cuerdas que podrían atar los nudos de lo realmente importante a tener en cuenta en cuanto a la conservación de los bosques.

Incide en que desde las administraciones no se ha invertido en la



conservación y supervisión de los bosques, hablando siempre con cierta resignación hacia las instituciones, que ofrecen mucha palabrería bonita y eventos puntuales, casi siempre en tiempo de campaña electoral para hacerse la fotografía de turno o la promesa de plantar hectáreas concretas o un número determinado de árboles.

Por supuesto que a mi padre le parece bien que se planten árboles, y si son más mejor. Pero ahí no radica ninguna solución ni cambio ante la problemática existente que es la invisibilidad.

## **LA INFANCIA BOSCOA**

Desde pequeños, tanto a mi padre como a sus hermanos, familiares y a la comunidad que formaba ese entorno rural, les enseñaron a resguardar todo aquello que los rodeaba. Era, en parte, una manera de proteger y protegerse. Se esmeraron en cuidar y preservar ese entorno a los ojos del forastero, que era visto como una amenaza que podía romper la apacibilidad de la vida curtida entre pendientes. Cuando el sol se escondía entre las montañas, comenzaba una algarabía silenciosa que se dedicaba a transportar caballos, ovejas o café, que indicaría a los portugueses por dónde continuar su recorrido a través de la frontera.

Mi abuelo paterno, Joxe Mari, era uno de los que tomaban el relevo en lo alto del puerto de Belate, frontera natural entre los límites del valle de Ulzama con el de Baztan. Realizaba así el último trayecto de los kilómetros de caminata hasta la frontera después de que transportaran la mercancía en tráileres hasta esa ubicación boscosa. Acordaban el lugar y la hora y debían estar preparados para enfrentarse a cualquier imprevisto o dificultad que surgiera, ya fuera bajo la luz de la luna en las noches clareadas o mientras la lluvia no daba tregua formando barrizales, a sus pasos sutiles que se acercaban al punto donde debían realizar la entrega.

En los límites de los valles del norte de Navarra, en la década de los años sesenta, era habitual ver principalmente a portugueses atravesar los bosques, prados y senderos en busca de oportunidades a Francia. Como el caserío de Goldaburu, donde creció mi padre, estaba ubicado a poca distancia del límite con el valle de Ulzama, era un lugar estratégico por el que atravesaban con la

mercancía de contrabando rumbo al norte. Era habitual escuchar por las noches desde las habitaciones el traqueteo que rondaba los caminos aledaños a los caseríos.

Una mañana se encontraron con huellas de diferentes tamaños. Con aquel rastro fugaz de quienes sorteaban a la autoridad y conseguían alcanzar su sueño. Los vecinos no tenían reparos en ofrecerles agua o algún trozo de pan cuando era necesario. Tenían un acuerdo tácito de que nunca los delatarían y, de hecho, nunca evidenciaron información alguna contra ellos. Era habitual también escuchar el sonido de manadas de ovejas o caballos rumbo a la frontera a través de los bosques. Mi padre recuerda cómo ayudó, en más de una ocasión, a reagrupar ovejas o caballos asustados que se salían del camino cuando atravesaban los límites del caserío de Goldaburu.

Llamarían «brigadillas» a los guardias civiles que andaban de paisano por los pueblos y los caseríos al acecho de presencias a las que poder delatar. En más de una ocasión se escondían en los bosques, a la espera del contrabandista y toda esa economía de subsistencia en aquellos años en los que la escasez se encargó de curtir el perfil de las caras de los niños. Cuando era una celebración el poder comer una onza de chocolate a la semana.

Era un día primaveral del año 1963 cuando, en el recorrido de hora y media hasta llegar al pueblo de Almandoz, dieron el alto a mi padre, que entonces tendría ocho años, y a sus hermanos. Serían alrededor de las siete y media de la mañana cuando notaron que las zancadas de unos caballos se acercaban a su paso. Se trataba de cinco brigadillas, que les preguntaron si sabían dónde estaba Joxe Mari, su padre. Durante esa noche no había vuelto al caserío y sus hijos eran plenamente conscientes de ello. Su respuesta, sin embargo y como siempre, fue la misma. No sabían nada. Como mucho responderían con algún monosílabo tosco, con un acento vasco cerrado de fondo. Quizá por esa razón nunca llegamos a escuchar pronunciar una palabra en castellano a la abuela. Quizá lo asociaba al temor a la Guardia Civil, que hacía guardias de noche en las proximidades del caserío. El miedo a delatar tanto a su propio marido como a cualquier otro vecino hizo que se mordiera la lengua de por vida. Cuántas veces habrá firmado el documento en el que constaba que habían patrullado por allí para que la visita constara en acta. Nunca tuvo muy claro lo que estaba firmando, pero sabía que tenía que hacerlo.

Aquel día, mi abuelo Joxe Mari aparecería de vuelta unas horas más tarde,

después de resguardarse junto a los caballos que guiaba hacia la frontera en un bosque recóndito donde dejaron de avistarlo. A las seis de la mañana bajó a esconderse y dormir en otro caserío cercano porque sabía que la policía acudiría a su casa a buscarlo. Entonces era muy habitual acoger a un vecino en apuros.

Es obvio que a mi padre la valentía y dureza le vienen dadas por los genes. Recuerda cómo, en otra ocasión, cuatro jóvenes guardias civiles le dieron el alto a mi abuelo cuando tenía ya alrededor de cincuenta y cinco años y, nada más verlos, comenzó a correr apresuradamente. Los mantuvo a un brazo de distancia mientras corrían por la llanura. Al percatarse de que de esa manera podían capturarlo, cambió de dirección para ir pendiente arriba. Aunque los guardias civiles rondaban la treintena, él se percató al mirarlos de reojo de que ya iban a gatas, cansados y a cuatro patas mientras él continuaba subiendo a un ritmo ágil y frenético, mimetizado con el entorno. Le gritaron «¡viejo fuerte!» mientras él les respondió con un «¡ahí os quedáis, cabrones!». Realmente fueron su fuerza y la pendiente las que le salvaron de que se lo llevaran detenido. El hecho de estar curtido en esas latitudes. En el cobijo de los bosques.

Otro día, mientras mis tíos volvían de la misa del domingo con mi abuela, vieron a mi abuelo bajando del bosque y cogiendo la guadaña y una sábana al hombro para la hierba. Supieron en el pueblo que por la noche se había producido una emboscada e inmediatamente pensaron que Joxe Mari había podido escapar de nuevo. Si la policía se presenciaba en el caserío, les dirían que él había estado segando durante toda la mañana, sin levantar cabeza. Él tenía la mejor coartada posible.

La policía utilizaba diferentes métodos a la hora de investigar el contrabando y descubrir si los portugueses que estaban cerca de la frontera se alojaban en los caseríos aledaños. Sin dar aviso alguno ni tocar a las puertas de las casas, las abrían con la intención de encontrar algún joven asustado y desconocido escondido en alguna habitación.

En más de una ocasión llegaron corriendo los tíos de mi padre después de escaparse de los brigadillas monte arriba. En más de una ocasión, mi abuela Teodora tuvo que cuidarlos y tratar las heridas que traían a raíz de esas carreras por terrenos escarpados y peligrosos por los que conseguían sortear a la autoridad.

Mi abuelo Joxe Mari no sería el único Larretxea con problemas con la

autoridad. A un hermano suyo, padrino de mi padre, le dispararon y perforaron la pierna derecha. Consiguió escaparse de un alto de la Guardia Civil después de estar forcejeando y peleándose durante más de media hora hasta que logró quitarse de encima a dos policías, aunque terminó herido mientras su silueta se perdía entre el bosque de hayas. Tuvo suerte ya que solo le atravesaron el gemelo sin llegar a tocarle el hueso.

El abuelo le estaba esperando junto a un grupo de amigos, vecinos y contrabandistas metros atrás porque intuían que habría parado o tenido algún problema al no llegar junto a ellos. Lo montaron en un caballo y lo llevaron al médico más cercano. Le pusieron un trapo en la boca para que no emitiera sonido alguno. Cualquier movimiento brusco podría ser razón para que la autoridad los delatara. Tenían que andar con mucho cuidado y, de nuevo, las pendientes y los bosques los protegían en cierta forma de la amenaza externa.

Joxe, tío también de mi padre, fue parado y atacado por la Guardia Civil por ser contrabandista años antes, cuando aún vivían en Arantza, el mismo pueblo donde nació mi abuelo. Se cayó pendiente abajo después de forcejear con la autoridad. Tras dar unas cuantas vueltas sobre sí mismo, arañarse con ramas y golpearse con piedras, se hizo una herida en la cabeza. Él creía en todo momento que le habían disparado. Consiguió llegar al caserío familiar cubierto de heridas y magulladuras, dejando un hilo de gotas de sangre a su paso.

Cuando mi abuelo llegó al caserío, le dijo la abuela Teodora que estaba en la cama, que le había disparado la policía. Se acercó y nada más verlo le dijo que era un rasguño, que eso no era nada y que se levantara para la sorpresa de su hermano. Y estaba en lo cierto, tenía una herida causada al caerse pendiente abajo. Las migas de Pulgarcito en forma de gotas de sangre que vuelven al refugio familiar. Cualquier indicio, señal o huella implicaba una búsqueda incesante hasta dar con la persona en cuestión. Aquella fue su guerra, su lucha diaria en las latitudes del norte.

Los contrabandistas conocían los bosques como las arrugas de las palmas de sus manos. De noche, y bajo la absoluta oscuridad, caminaban memorizando cada paso y cada recorrido. Parecían animales felinos que aguzaban la vista y el oído recorriendo y atravesando los bosques sin que los atraparan. Siendo veloces y felinos. Se esforzaban en transportar mercancía o personas hasta la frontera para poder subsistir y comprar con el dinero recibido algún animal para cuidarlo y para que con el tiempo alimentara a

toda una familia durante meses y aguantar así todo un invierno racionando la carne.

Mi abuelo falleció cuando mi abuela tenía cuarenta y tres años. Doce menos que mi madre. Ocho años más que yo. Mi tío Marcelino, el menor de los siete hijos, estaba a punto de cumplir cuatro. Mi padre recibió la noticia del fallecimiento de su padre mientras ordeñaba ovejas en Iturri, en el caserío de al lado, donde ayudaba con las labores diarias desde los cinco años. Mi abuelo había aguantado veintidós días en el hospital Virgen del Camino de Pamplona, donde no toleraba que sus hijos o familiares fueran a visitarlo. Les recibía con un «*Zer egiten duzue hemen? Segi hemendik lanera!*»[10]. Trabajo, trabajo y trabajo. Cada hijo, aunque entonces solo fueran unos niños, recuerda en qué lugar se encontraba en el momento en el que recibieron la noticia de su fallecimiento.

Desde que eran pequeños habían adquirido la habilidad necesaria para realizar las labores de agricultura y ganadería típicas de la zona. Así, comenzaron a ayudar en caseríos aledaños para colaborar con la economía familiar. Mi padre iba cada día a ordeñar vacas al caserío de Iturri. Recuerda que, como eran muy creyentes, rezaban antes de cada comida y se santiguaban. Nunca entendió que, con la escasez que estaban pasando, tuvieran que darle el mejor queso o embutido al cura cuando iba de visita al caserío mientras ellos debían contentarse muchas veces con un pedazo de pan en el que untaban cualquier cosa.

Conscientes de las dificultades económicas familiares, mi padre y mi tío José Ramón, siendo unos niños, recibieron al cura con piedras después de que dejara la motocicleta a un lado del río, mucho antes de que comenzara a coger el camino en dirección al caserío. Como era verano, los maizales los resguardaban de ser vistos desde el otro lado del río. Tenían una montaña de piedras apiladas que habían preparado días atrás. Sabían que, antes o después, el cura tendría que pasar para realizar la visita con su comilona correspondiente en el caserío. Desde aquel incidente no volvió a pisar las inmediaciones de Goldaburu.

En el caserío era habitual alimentarse con alubias, patatas, queso de oveja, huevos, tocino o arroz. Cuando el tío Donato, que era uno de los pocos hermanos pequeños que tuvo la ocasión de ir al colegio de Lekaroz, a pocos kilómetros de Elizondo, comenzó a comer en el comedor escolar, vio para su asombro que le sirvieron un plato de albóndigas. No reconocía ni el olor ni

tampoco las formas redondeadas de la carne picada. Para él era un mundo nuevo. Platos y alimentos que se salían de lo que era habitual para ellos en el caserío. Le ocurriría lo mismo la primera vez que le sirvieron garbanzos o lentejas.

Mi padre guardaba en el bolsillo del pantalón el tocino poco hecho del caserío de Iturri para echárselo después a los perros. Era costumbre guardar el jamón y las chistorras para las visitas. Cuando estas se iban, se acercaban a la mesa de madera del salón para comer las sobras. La ubicación apartada y lejana del caserío de Goldaburu en relación al pueblo de Almandoz hacía que las visitas fueran contadas. Las comidas en invierno eran algo más contundentes porque en verano, al ser la época de las hierbas, debían segar y alinear la hierba cortada bajo el sol abrasador, por lo que consumían alimentos más frescos y ligeros.

En aquella infancia los juegos se realizaban a mano y en muchas ocasiones se les daba una nueva vida a los restos que generaba la producción agraria o ganadera. Uno de ellos era el juego de la taba, que consistía en lanzar huesos de cordero. Como las distintas caras de los huesos de las patas traseras de los corderos tienen formas diferentes, esperaban a que el azar dejara boca arriba una cara u otra. También utilizaban ramas, palos o piedras para crear otros juegos con la naturaleza como materia prima.

Desde muy pequeño mi padre supo que a él no le servía creer en un ser todopoderoso o rezar por una cosecha mejor. Ha sido y es un agnóstico que ha dejado que su mujer, desde la libertad absoluta, inculcara a sus hijos su fe católica, que ha ido transformándose con los años.

A raíz de no conocer los sabores y la redondez de la niñez, mi padre tuvo que hacer frente a los peligros y el esfuerzo de vivir entre pendientes y rodeado de bosques desde muy pequeño. No hubo tiempo para las musarañas ni los pasatiempos. Los juegos implicaron medir los límites de la fuerza y la resistencia, mientras que como trasfondo relucían la savia de la competitividad y la lucha para saber de qué caseríos o barrios eran los niños más forzudos. De esa manera, cogían cuerdas desgastadas y se ponían a tensar su rigidez para alinearse tres jóvenes contra otros tres y así comprobar quiénes tiraban más fuerte hacia el lado donde se encontraban.

Al crecer en un entorno natural y salvaje, el ejercicio de correr era también una práctica liberadora. Realizaban carreras hasta el caserío más cercano para descubrir quién llegaba a coger antes la leche ordeñada en lecheras. Como era

habitual ver y manipular hachas de diferentes tipos y tamaños, siempre había una excusa para podar una rama o darle unos golpes al tocón para partir la madera, que luego se utilizaba como reliquia para los días de frío del invierno húmedo.

Aun siendo niños, los padres y familiares les hablaban como si fueran mayores y jugaban con ellos a las cartas desde edades muy tempranas. Aprendieron así a engañar a través de la astucia, a saber más acerca de la expresión del otro y dónde se encontraba el límite entre la mentira y la osadía.

Uno de los pasatiempos que recuerdan de la infancia, y que tienen grabado como si fuera ayer, eran los trayectos que hacían hasta un caserío que disponía de una televisión y donde se juntaban los jóvenes de la zona. Tenían que recorrer una ruta de dos kilómetros andando con linternas para llegar a la cocina del caserío donde verían las proezas del admirado Urtain, deportista al que seguían desde la época en la que comenzó levantando piedras, a través de las locuciones de la radio.

Otro de los momentos que esperaban con muchas ganas durante toda la semana era jugar a pelota a mano en el frontón de Almandoz, después de la misa mayor, y con la consiguiente caminata a paso ligero que les llevaba más de una hora y media. Aquella mirada de niño travieso se proyectaba desde la incredulidad que manifestaba ante los rezos y las caras compungidas alrededor de la fe. Con un movimiento de labios solventaba la situación, como la visión de los apóstoles que le aterraba por la expresión de sufrimiento y dolor en la iglesia. Utilizaría el tiempo de la misa para pensar en las labores que le quedaban pendientes o en cómo ganarle el pulso al tronco que tenía medio partido.

Al hacerle referencia a esos hechos en relación a la posterior educación religiosa de sus propios hijos, su respuesta es tajante, como el filo del hacha que, al igual que las palabras justas, deja entrever el corte en el tronco hasta atravesar la savia aún húmeda. Mi padre prefirió que sus hijos indagáramos por iniciativa propia para profundizar en nuestra propia identidad en cuanto a valores y creencias. Que debíamos darnos cuenta nosotros mismos de si nos sentíamos identificados con esas creencias y con el cumplimiento de acudir cada domingo a misa. Que teníamos que descubrir los misterios y los retos que nos brindaría la vida misma. Él no ha tenido un guía que le aconsejara. Esa Estrella Polar a la que mirar para saber cuál es el camino adecuado o la

decisión correcta. Él, desde que era niño, ha tenido que superar cada día como si fuera un nuevo pulso ganado las dificultades imprevistas que se presentaban.

Su visión en relación a la religión ha estado definida y clara desde que era muy pequeño. Él lo vivió desde la escasez de medios y el empeño en el esfuerzo diario de las tareas que llevar a cabo si querían comer, por lo que los rezos y las eucaristías le resultaban un pasatiempo innecesario. A él no le servía ni le aportaba nada en relación a todo lo que tenía que enfrentarse. Él no encontró la fuerza ni la fe ni ningún tipo de clarividencia desde aquellos bancos de madera alineados en la iglesia de Almandoz. Tampoco en los ángelus ni los parones durante las tareas para rezar. Mi padre salía corriendo más rápido que nadie al frontón para ser el primero en jugar a pelota. Ese sería su disfrute semanal, jugar con sus amigos en el frontón del pueblo cada domingo para volver después al caserío provistos de productos básicos que cargaban sobre sus espaldas.

Creo que siempre le han sacado de quicio esas caras compungidas y exageradas en su sufrimiento cuando él no se lo había permitido ni un instante. No hubo ni una ráfaga de momento que le pudiera conceder el viento entre árboles en silencio. En cada ocasión que nos acerca en los platos de madera el tocino o la chistorra a la brasa que prepara después de hacer fuego, le insisto en que esté bien hecho, que no tengo bolsillos para meter, como hacía él de niño, la grasa que no estuviera crujiente.

La dureza de convivir con el trabajo diario desde la infancia y la dedicación absoluta al trabajo físico comenzó a relucir en su adolescencia, cuando dejaron atrás el espíritu infantil de un batacazo tras la muerte temprana de mi abuelo. Define muy bien mi padre aquella mirada inocente e infantil desconocedora de elementos que les resultaban lejanos para una vida acostumbrada a los trabajos de agricultura y ganadería.

Pero no todo era trabajo, esfuerzo y dedicación. Inevitablemente rememora también la imagen de su tío Felipe, que volvía cargado en el burro desde la venta de San Blas, a esas borracheras que no tenían límites y a un carácter afable entre pendientes. Llevaba la leche, que en muchos viajes se caía al suelo, en cantinas atadas de lado a lado. Una vez que entraba en la venta, se le hacía de noche y podía pasarse días enteros viendo la vida transcurrir trago tras trago. Cuando se hacía tarde y aún no había vuelto al caserío, tanto mi padre como algún otro hermano acudían a la venta a por él. Recuerda mi tío



Donato cómo una noche encontró al burro atado a un árbol y se podía escuchar desde fuera del bar cómo cantaba alzando su vaso. Al marcharse, a duras penas se sujetaba encima del burro mientras intentaba vocalizar los tonos de «La cucaracha», llegando un momento en el que perdió el equilibrio y se cayó encima de un lodazal, manchándose hasta la cara y el pelo.

«Fue acordeonista, zapatero y un vividor», relatan sus sobrinos cuando hacen hincapié en que supo vivir mejor que ellos. Era un *rara avis* en la familia, un disidente de la seriedad, del trabajo y del empeño. Fue alguien que todavía a día de hoy crea y genera una sonrisa, aspecto que pocas personas transmiten a través de su recuerdo cincuenta años después. Me sorprende y me llama la atención el nivel de detalle en las explicaciones que me brinda mi tío Donato, a quien la neblina del paisaje no le ha difuminado el recuerdo preciso, el instante concreto de la memoria. Impulsa a una reflexión la selección de la memoria, todo aquello que vemos borroso del pasado, todo lo que casi olvidamos y de qué manera nos resucita del recuerdo un sonido, un olor, una imagen que conecta con lo que estamos viviendo. Los recuerdos están contruidos de ausencias, son las pérdidas las que forman los perfiles de los paisajes y su tránsito acallado por las heladas que comenzaron a destiempo.

Creen que el tío Felipe debe de estar enterrado en el cementerio de Almandoz junto a su padre, pero no están seguros de en qué lápida. Piensan que es posible que estén los dos en la de los de Plaza, quienes eran los arrendadores, aunque a mi padre no le sirve de mucho saber dónde se ubican sus restos: «¿Con eso qué hacemos?», responde, resignado. Él es el tipo de persona que ha pasado por tanto y se ha curtido y esforzado de tal manera en superar, sin ningún apoyo externo, los baches y adversidades de la vida que hace relucir las herramientas sin afilar de muchas personas crecidas entre algodones.

En una ocasión, mientras caminaba hacia un caserío cercano después de dar de comer a las ovejas, salió de una montaña de helechos un joven con una careta de indio. Él sabía que mi padre iba a pasar por ese lugar, por lo que le gastó la broma en la que, convertido en un indio, hacía aspavientos para el asombro de mi padre, que no había visto una imagen así hasta ese momento. Salió corriendo con tal velocidad que no llegó a ver a sus amigos que estaban delante, en una chabola, mirándolo con sorpresa. Ellos eran conocedores de la broma por lo que intentaron parar a mi padre sin éxito. Iba rápido como

una bala. A él se le quedó grabada la imagen de un salvaje con colmillos que quería hacerle daño. En aquel entonces mi padre tenía doce años, el joven que le gastó la broma, diecisiete. Lo conocían como *El Gitano*; su madre era gitana y su padre, de un pueblo del valle. Ambos eran conocidos por ser chivatos de las brigadillas. Cuenta que según las habladurías falleció hace años y le arrojaron al mar. Hay vidas que tienen un precio muy alto que pagar.

Recuerda cómo su madre llevaba, con la amabilidad que la caracterizaba, los cachorros de perro en el bolso para venderlos luego en el mercado de Elizondo. En aquel entonces no se imaginaba que era posible que se vendieran. A día de hoy, y después de tantos años, los silencios impregnan su historia. ¿Al joven que le dio ese susto le arrojaron al mar por ser un delator? ¿Serían ciertas las habladurías? ¿Eran infundadas o tenían una base por sus rasgos? Pienso en quienes continúan jugando al mus delante de los que lo señalaron o lo inculparon. En esas personas que continúan con la partida, que cargan con ese peso.

Hay tierras donde aún siguen sin cicatrizar los secretos, los pactos de silencio, los ensañamientos y las absoluciones. No solo los han perfilado los años de sacrificio, tareas agrarias o ganaderas en un entorno de pendientes en zonas recónditas, sino también el sentimiento de pertenencia a una comunidad donde nunca se señalaba al vecino. Donde resultaba extraño que no hubiera alguien dedicado al contrabando en una familia.

Cuando mi padre tenía diecisiete años, se fijaron en él para que compitiera en una apuesta en la que debía correr ocho kilómetros. Fueron veinticinco mil pesetas las que aportó cada parte. Para tal proeza tuvo que perder diez kilos en un mes, por lo que no le dejaban beber agua hasta después de una hora y media de entrenamiento. Mi abuela estaba asustada y no paraba de decirle que estaba estropeando su salud de esa manera. Entrenaba por las mañanas, por las tardes y por las noches. Hasta en sueños. Cuando le acechaba el sudor, se refrescaba en el río. Su dieta se basaba en chuletas, plátanos, naranjas y azúcar.

Por aquel entonces mi padre aprendió a enfrentarse a los pormenores de las apuestas y las competiciones. Consiguió que en su entorno creyeran que no se encontraba bien de salud, que estaba enfermo. Por otro lado, para hacer las fotos del cartel de la apuesta, apareció con más de una prenda interior para que se le percibiera con más peso. En esos pequeños gestos estaba la

artimaña y la sabiduría del juego, la de mostrarse débil de cara a la comunidad y dar así una seguridad irreal al contrincante.

Se acercaron mil personas al frontón de Santesteban, donde los vecinos de mi padre no llegaron muy ilusionados al ser conocedores de la noticia de que estaba sufriendo una úlcera gástrica. Las últimas semanas antes de la decisiva apuesta dejó de ir al baile de los domingos aludiendo a la afección. Los amigos también tenían miedo de que no fuera al médico al ser conocedores de su dureza y los antecedentes familiares. Era tal el secretismo sobre su estado de salud y sus entrenamientos que por las noches le hacían llegar cajas de plátanos y naranjas a través del puerto de Belate para que nadie sospechara ni viera nada.

Después de ganar la apuesta se lo llevaron a Astún, a más de mil quinientos metros de altura, en el Pirineo aragonés, tras dejar atrás la estación de Canfranc y en las inmediaciones del puerto de Somport, que comunica con el valle francés de Aspe, en Francia. Su tarea sería la de cuidar a cuatrocientas yeguas. Permaneció solo durante todo aquel invierno en los bosques del Pirineo a la espera de que acudieran en su ayuda, pero no llegaron a tiempo. Llegó a estar dos meses en soledad, cobijándose entre la espesura de los bosques que bordeaban los límites de la frontera y con el cuartel de la Guardia Civil al fondo, tras la visión de las ramas.

Cada día era un nuevo reto para él, un joven de diecisiete años que no tenía dinero y debía subsistir en aquella situación hostil lejos de su lugar de origen y abandonado a su suerte. Cada día le retumbaba un mismo pensamiento en su cabeza. Que alguien iba a llegar, que no era posible que transcurrieran las semanas y nadie le diera señal alguna. Que algo debía de haber pasado, pero que no le podían dejar así, solo, abandonado con la responsabilidad del cuidado de tantas yeguas. Quienes lo contrataron para esas labores eran los mismos que habían puesto el dinero y se fijaron en él para la apuesta. Pero el objetivo de traspasar todas las yeguas al otro lado de la frontera no llegó a buen puerto. La Guardia Civil les había confiscado un camión en el que llevaban electrodomésticos, con el fin de atravesar la frontera y venderlos al otro lado, y los detuvieron.

En aquel invierno de 1972 hubo una nevada que alcanzó a cubrir hasta dos metros en aquellas latitudes cercanas al puerto de Somport, por la que murió más de una yegua que no tenía dónde comer. Estaban rodeados por kilómetros de nieve espesa, por una manta que cubrió por completo la

estampa habitual, enterrando bajo su presencia la hierba que pudiera alimentarlas. Entre ellas llegaron a comerse los pelos del cuello y de las colas por el hambre que padecieron en aquellos meses, bajo ese temporal de frío y de nieve.

Quince días más tarde de aquella nevada y de aquella atroz estampa llegó por fin el jefe junto con dos ayudantes y se llevaron a las famélicas yeguas que habían sobrevivido a la hambruna causada por la intensa nevada, desde Astún hasta Jaca, para finalizar su trayecto en Ayerbe, al este de la provincia oscense y a veintiocho kilómetros de Huesca, lejos de la nieve y del frío. De aquel invierno en soledad en aquella geografía salvaje y empinada y sin una peseta encima, afirma mi padre que las adversidades le hicieron más fuerte y que tuvo que encontrar la manera de calentarse y alimentarse buscando la supervivencia y la resistencia en aquella condena, soledad salvaje en la que convivió solo en ese hábitat durante sesenta largos días. Él llevaba una escopeta y, como le quedaban pocos perdigones y estaba sin recambios, tuvo hasta que economizar los disparos que realizaba a los corzos para poder llevarse algo de comer a la boca. Sin duda, fue una experiencia que le marcaría de por vida.

Dormía en una chabola improvisada que solo disponía de un colchón. En unas tablas de madera que había ubicado en el interior tenía unos pocos alimentos no perecederos que con el paso de las semanas iban agotándose. Una experiencia así cambia inevitablemente la vida de uno. Y más si hablamos de una obligación.

No tiene nada que ver lo que él vivió con la experiencia de quienes, disponiendo de recursos económicos suficientes como para emprender la experiencia salvaje de su vida, se calzan sus botas Panama Jack aún relucientes con la seguridad de que podrán volver a ese cobijo caliente y confortable si la experiencia no se tuerce como lo imaginaban por la idea creada a partir de las fotos de Instagram.

Mi padre debía guardar la escopeta bajo el chubasquero ya que a doscientos metros patrullaba la policía de las aduanas, que no debía verlo con el arma cazando furtivamente. Le pasaba lo mismo cuando tenía que disparar a un sarrío. Tenía que hacerlo con mucha cautela, sin que nadie se percatara. No podían descubrir que él estaba allí, rodeado de una manada extensa de yeguas que iban a ser trasladadas de contrabando.

La esperanza que le daba sentido a su vida en aquel entonces era que se

despertaba pensando en que alguien iba a hacer por fin acto de presencia y él podría así volver a su caserío y a sus menesteres a sus diecisiete años. Cogía las ramas que encontraba en el bosque y hacía fuego cada noche para calentar sus articulaciones aquejadas por el frío bajo cero que incluso helaba el riachuelo que anteriormente bullía con su sonido en el bosque. Cuando tenía suerte de cazar algo, lo cocinaba al fuego y se llevaba algo caliente a la boca.

La humedad era otro de los adversarios más férreos en aquellas circunstancias, además del frío que llegaba a paralizar cualquier movimiento por su dureza. Hubo más de una noche en la que no pudo encender el brasero porque la humedad era tan elevada que le resultaba prácticamente imposible. Fue allí donde aprendió que la tierra fresca y húmeda del Pirineo aragonés podía funcionar como el mejor frigorífico. Allí conservaría, enterrándolos en cazuelas bajo tierra, los trozos del animal despedazado que aguantaría así días como en el mejor frigorífico de alta gama, con su sabor original y sin pudrirse. Mi abuela Teodora y sus hermanos, que estaban a dos horas y media de trayecto, no entendían que mi padre no diera señales de vida ni que no apareciera algún fin de semana por el caserío. Fue después de aquellos fatídicos dos meses cuando volvió con una barba prominente, por lo que le resultó casi irreconocible a mi abuela, acostumbrada a verlo con la cara despejada.

Él no podía moverse de aquellos pastos y bosques de Astún. Las indicaciones fueron claras, debía esperar al socio que iba a llegar a los pocos días para transportar junto a él las yeguas al otro lado de la frontera. No tuvo opción de tener ninguna comodidad ni pasatiempo que no fueran los elementos de la naturaleza salvaje que le rodeaban. Debía lavar la ropa en el río y, dadas las circunstancias climatológicas, tardaba varios días en secarse al aire libre. Según recuerda, no ha tenido una experiencia más dura que aquella en todos los años que lleva trabajando en los bosques. Después de pasar tantas noches cerradas en vela, tomó la firme decisión de desmarcarse de la gestión de los contrabandistas que lo contrataron. No se veía cómodo ni seguro en ese entorno. Le pagaron diez años más tarde el dinero que le debían por cuidar las yeguas bajo la absoluta soledad y sin recursos ni económicos, ni casi de alimentación, durante esos dos meses. No vio un duro en los dos años que estuvo trabajando para ellos.

Con el paso del tiempo, mis tíos comenzaron a dejar las labores del caserío para irse a trabajar lejos del lugar de origen en esa búsqueda de nuevos

horizontes prósperos. La abuela se compró un piso en un edificio en Bera, lejos del caserío húmedo y de esa vida de labores constantes. Caminaría por carreteras asfaltadas con su nuevo bastón, dejando atrás los senderos empinados a los que estaba acostumbrada. Dejaría atrás también la lejanía que suponía vivir en un caserío recóndito y perdido para instalarse en las inmediaciones del pueblo. Unos guipuzcoanos comprarían y reformarían el caserío. Desde que salieron de allí, nunca volvieron a pasear a través de aquellas historias y recuerdos.

Mientras voy sumergiéndome en todos estos recuerdos e historias, pienso en la necesidad de visitar el entorno del caserío de Goldaburu. Necesito que mi padre me ubique las historias en el entorno y visualizar de dónde venimos. Dónde están los orígenes y aquella vida tan austera y salvaje que les ha marcado tanto. Me gustaría poder subir junto a él por las cuestas empinadas por donde mi abuelo Joxe Mari logró escapar del acecho de la Guardia Civil.

Ya va siendo hora de ir interiorizando las enseñanzas que me dirigía con tanto ímpetu. De diferenciar un roble de un haya o de un abedul. De cortar un tronco entero la próxima vez que vuelva. No hay mayor brillo en sus ojos que cuando le insinuó que quiero cortar un tronco después de años sin coger un hacha.

## **BOSQUES Y ENTORNOS SIGNIFICATIVOS**

### **Parque Natural de Bertiz**

Uno de los aspectos a tener en cuenta al adentrarse en los bosques es el respeto. El respeto a la idiosincrasia, a la reordenación de sus elementos y a su configuración. Al bosque no se puede entrar como hicieron los turistas con los que nos cruzamos en uno de mis últimos recorridos por el Parque Natural del Señorío de Bertiz. Para empezar, los tres niños que iban por delante del grupo llevaban uno de esos reproductores pequeños de música desde el que sonaba a todo trapo alguna canción de esas machaconas con fondo de reguetón. Aunque fuera pop. Nunca habíamos visto algo semejante. No sabíamos qué decirnos. Nos mirábamos atónitos, sin palabras. A pesar de que

alguna vez había presenciado en las piscinas naturales de Rascafría, al norte de Madrid, algo similar.

El ruido de la ciudad invade y contamina el equilibrio y el silencio pacificador de los entornos naturales. Entiendo que haya personas que no sepan o a las que no les hayan inculcado el respeto hacia el entorno. Que necesitan ir con los altavoces a todo trapo con su rave machacona y particular. Aquel día volvimos antes de comer de aquellas piscinas. El ruido como imposición. La falta de respeto va más allá de tirar un plástico al suelo. Un entorno natural que llama a la tranquilidad, al sosiego, a poder descansar de los ruidos y de la energía centrífuga y descontrolada de la ciudad para que los elementos vayan emergiendo en ella. Hay a quienes no les han enseñado, o no han querido aprender, a escuchar la quietud y la música de los bosques.

Encontramos señales en el barro de que allí había estado retozando un jabalí. En ese instante estaría en la retaguardia, perdido entre arbustos y asustado ante tal algarabía de una multitud que no muestra respeto hacia un entorno en el que se debe mantener silencio y tranquilidad para no perturbar el equilibrio y la vida animal del bosque. Seguíamos caminando atónitos por la indumentaria dominguera de algunos visitantes. Hubo quien se adentró en chancletas por los caminos inclinados y de tierra de los montes.

Contemplamos en el Señorío de Bertiz, espacio al que acudimos desde que yo era un niño, ya fuera a buscar hongos o cuando me llevaban mi padre y mi tío a entrenar con el hacha con muchos árboles que habían caído de raíz, ya fuera por vejez o por los fuertes vientos que los tumbaron. La estampa era similar en todas las laderas y pendientes que atravesábamos, donde se pudría la madera que servía como hábitat para los pájaros y cobijo para los roedores donde el musgo se expandía como una placa sin fin cubriendo como un mantel sobre la corteza de los árboles.

Nos paramos ante las formas que conformaba la madera. A través del tacto descubrimos la textura esponjosa del musgo, abundante, que no es posible recoger. Cuántas veces decoramos en el pasado con musgo el Belén familiar. En algún caso se formaba la imagen de una estrella a través de las hendiduras en las anillas del tronco. Se amontonaban sobre una cascada pequeña arbustos y ramas que formaban un cobijo improvisado que permaneció durante siglos como una finca privada, manteniéndose al margen de explotaciones, perteneciendo a la familia Bertiz desde el siglo XIV hasta el año 1898, en el que fue adquirida por el matrimonio formado por Dorotea

Fernández y Pedro Ciga, los últimos propietarios que conoció el Señorío de Bertiz. De Pedro sabemos que nació en el año 1867 en Pamplona y falleció a los ochenta y dos años en la misma ciudad. Enamorado y concienciado con la conservación de la naturaleza y el cuidado de los animales, impulsó, entre otras, campañas contra las corridas de toros.

Implicado en las mejoras del parque, se encaminó a la conservación y la recuperación del bosque que había disminuido su presencia en ciertas zonas, por lo que reforzó su cuidado. Entre otras mejoras, mandó construir el puente que conecta con la localidad de Oronoz-Mugaire y erigió la que sería la segunda residencia del matrimonio en lo alto del monte de Aizkolegi, a ochocientos cuarenta y un metros y que a día de hoy se encuentra abandonada y en ruinas. Fue suya también la petición a través de su testamento, redactado en el año 1949, de que se conservara el parque sin ninguna variación en sus características naturales. En el año 1984 fue declarado Parque Natural por el Gobierno de Navarra. Ha sido declarado Zona de Especial Conservación de la Red Natura 2000.

El Parque Natural del Señorío de Bertiz se extiende a través de dos mil cuarenta hectáreas que forman un entramado verdoso de gran interés y belleza a la orilla del río Bidasoa, y es además el único hábitat en la Península de siete especies de pájaros carpinteros. En el margen derecho de la entrada al parque se encuentra el jardín botánico, diseñado por un jardinero francés en 1847 y que Pedro Ciga expandió con especies locales junto a otras traídas de diferentes geografías. El jardín dispone además de un mirador, puentes o estanques de inspiración artesanal y natural. Por otro lado, el Palacio de Ciga ha sido reconvertido en espacio de exposiciones y el caserío Tenientetxea es el Centro de Interpretación en el que se ofrece información relacionada con los valores naturales del parque, en el que cohabitan animales como jabalíes, corzos o ciervos junto a una presencia abundante de hayas, alisedas y robles que propician la irrupción de intensas y necesarias lluvias de las preciadas setas y hongos.

Como consecuencia del testamento de Pedro Ciga, hoy nos hallamos ante un bosque envejecido donde la cantidad de árboles que se expanden caídos en el suelo ofrecen una estampa triste que no deja espacio vital a todas esas especies que quieren hacerse un hueco para poder crecer. Es cierto que visualmente desprende mucha fuerza poder contemplar los árboles arrancados con las raíces a la vista o con troncos que ya perdieron hasta las ramas y están



en un estado de descomposición avanzado. Mientras hablábamos de la salud de los bosques del Señorío de Bertiz, nos cruzamos con Koro Ibarra, trabajadora de información y mantenimiento, con quien siempre nos encontramos cada vez que nos sumergimos en los senderos de ese entorno donde nunca habíamos visto tal avalancha de turistas como en 2017.

Aunque en la actualidad, superando los sesenta años, no compite de manera central en los campeonatos de deporte rural, mi padre sigue captando la atención del público con los gritos y aspavientos que dirige a los jóvenes que entrena cada día en Oronoz-Mugaire, localidad desde donde se despliega el Parque Natural del Señorío de Bertiz, uno de los primeros bosques a los que me llevó junto al tío Donato con las hachas en la espalda. Allí viví, siendo un niño, el temor del acecho de los animales salvajes y cómo se afilaban los sentidos, sobre todo el del oído, al percibir cualquier amenaza externa y extraña para salir corriendo montaña abajo. Para mí aún seguía siendo un juego, como si la ficción se filtrara en cierta forma en la realidad. Como personajes de algún dibujo animado que veía y teníamos que teatralizar la escena. Pero allí se suspendía la cruda realidad de lidiar con el bosque y las actividades que limitan con lo correcto, la savia del contrabandista que aún rezuma en sus poros. Los límites de la subsistencia en relación con la naturaleza que, en lugar de convertirse en la quietud de una postal, aún sigue siendo territorio de lucha, de superación y de supervivencia.

Hace años que mi padre se acerca a las competiciones como entrenador, pero es inevitable percibir su presencia a través de sus gritos constantes dirigidos a los deportistas, la transmisión y la esencia de las apuestas, de la superación y el reto plasmado en su actitud, nervio y perseverancia. Su imagen es la del bramido continuo, la de un tipo de resistencia natural y auténtica, la reivindicación de una forma de vivir y sentir la vida a través de la naturaleza y los ejercicios que abrazan las herramientas que, en las laderas del norte, han tenido que utilizar desde niños. No hubo lugar ni opción para los peluches ni para muñecas. En su mano derecha porta un cronómetro del que no se desprende. Cada segundo es la premonición del suceso, el golpe que no llega a tiempo, el corte que debe adelantarse al del contrincante. En casa podíamos adivinar si mi padre volvía de una competición importante o de una apuesta. Tardaba días en recuperar su voz habitual. La intensidad con la que vive esas celebraciones llega a dañar las cuerdas vocales.

Vivimos en nuestras carnes la irrupción del ser humano en el hábitat

natural de los animales y de las plantas cuando, al adentrarnos por un camino del puerto de Belate, a poco más de diecisiete kilómetros al sur del Parque Natural de Bertiz, realizamos un trayecto entre las pendientes donde sucedieron todas las historias de fugas de los contrabandistas de la familia. Acudimos junto a la fotógrafa Paola Lozano, a quien mi padre sujetaba para que pudiera coger una buena panorámica desde lo alto de las peñas que se pueden visualizar entre el primer y el segundo túnel en dirección a Pamplona desde el valle de Baztan. Encontramos allí, en una formación circular natural de piedra, un cráneo de vaca que nos hizo especular sobre posibles ritos paganos en ese entorno donde de manera natural se crea una circunferencia plana en lo alto de la montaña.

Fue todo un reto traspasar por la composición de hojas, de ramas y de barro, a través de las pendientes más dificultosas fuera de los caminos y las pistas establecidas por las que nos llevó mi padre para su disfrute. Zuri y Paola eran los únicos que no llevaban botas de montaña y sufrieron con los envites de la naturaleza salvaje. Yo llevaba las botas de mi padre. Siempre hay un par preparado en el piso familiar. Mi madre nos recuerda que en una próxima visita nos comprará unas botas en condiciones para que podamos ir a través de esas latitudes donde ni los caminos de cabras indican un sendero.

Antes de ser consciente de que era un entorno donde se desencadenaron tantas historias que se desarrollan en este libro, desde hace años giro mi mirada desde el asiento del conductor hacia ese punto rocoso en lo alto del monte, como si le hiciera un guiño a los antepasados cada vez que nos dirigimos de vuelta a Madrid.

La estampa era magnífica. Una vaca pirenaica se ubicaba en la parte baja de la pendiente y no muy lejos del camino pedregoso por el que andábamos. Aunque insistimos en la importancia del silencio, en el primer momento la algarabía y los gritos de mi padre asustaron al animal, que comenzó a subir monte a través. Enseguida nos vino a la mente *La sal de la tierra*, joya documental sobre el fotógrafo brasileño Sebastião Salgado (nació en el año 1944, en Aymorés, Minas Gerais) y su técnica de fotografiar el mundo animal y cómo lo logra. Sin duda, de esta manera no hubiera logrado nunca fotografiar a ningún objetivo que tuviera en mente.

Mientras la fotógrafa conseguía acercarse a la vaca, que se encontraba con un ternero de pocos meses, y aunque las negativas eran insistentes, a mi madre no se le ocurrió mejor idea que soltar al perro, que percibía el olor

animal y quería salir de la furgoneta. A la vuelta del trayecto, con la lección aprendida y en silencio, la fotógrafa pudo acercarse a pocos metros de una yegua y a su cría, hasta llegar a tocarlos. Expresó su miedo a que le mordieran. La cría se cobijó tras su madre. El miedo a lo desconocido hace que nos repluguemos de diferentes maneras.

## **La Selva de Irati**

La Selva de Irati es un bosque primitivo de diecisiete mil hectáreas expandidas a través del Pirineo oriental de Navarra y en el norte de los valles de Aezkoa y Salazar. Es el segundo bosque más extenso de Europa tras la Selva Negra, que se ubica en la región bávara de Alemania. Su conservación casi virgen hace que su valor ecológico sea inconmensurable por la variedad de especies que conforman un ecosistema único por su riqueza e historia natural.

Adentrarse en su espesura supone contemplar la buena conservación de su extensión, mayormente rica en un ochenta y cinco por ciento de hayedos y un quince por ciento de abetos. Su ubicación en la parte navarra se divide entre los valles de Salazar y de Aezkoa, y en su corazón alberga el pantano de Irabia, por el que hemos caminado en más de una ocasión. Los valles de Sola y de Cize de la Baja Navarra conforman el territorio de la parte vasco-francesa en el que se despliega.

La riqueza y diversidad natural de la Selva de Irati es inconmensurable y destaca, entre otras especies, que más del sesenta por ciento de los ejemplares de pico dorsiblanco se encuentra allí. La selva da nombre al río que se conforma con la conjunción de los ríos Urtxuria («agua blanca» en euskera) y Urbeltza («agua negra» en euskera); con esa simbología del ying-yang que caracteriza al bosque y que rezuma una estampa salvaje y natural incomparable, siendo uno de los lugares de visita indispensable durante todo el año y sobre todo en otoño, cuando adquiere la variedad de tonalidades de colores, magnificando aún más la sensación de encontrarte ante un paraíso boscoso.

Entre los caminos que conectan con el otro lado está el que atraviesa la fábrica de armas extinguida y en ruinas de Orbaizeta, enclave de visita

obligatoria por su riqueza arquitectónica, ubicada en el pueblo más al norte del valle de Aezkoa, a través de la NA-2032. Por otro lado está el recorrido que conecta para llegar a la ermita de la Virgen de las Nieves a través de la NA-2012, junto al puente de Ochagavía.

La Selva de Irati desprende una riqueza descomunal a través de las 17.195 hectáreas conservadas y protegidas como sucede con las Reservas Naturales de Mendilatz y Tristuibartea, así como con la Reserva Integral de Lizardoia.

En ella se erige, entre otras montañas, el pico de Orhi, fuerte y defensa que ejerce como frontera divisoria y natural con sus dos mil diecisiete metros de altura. Es uno de los altos más visitados y conocidos del Pirineo navarro. A su costado se encuentra el puerto de Larrau, que conecta con el pueblo vasco-francés del mismo nombre y con ese recuerdo de mi infancia y adolescencia de los veranos en campings de Tardets o Licq-Athérey, pueblos pequeños y rurales de Sola, provincia del este del País Vasco francés. La última vez que hicimos el recorrido acompañamos durante unos cuantos kilómetros a las ovejas que bajaban de pastar libres durante el verano en las inmediaciones del puerto de Larrau para llegar con el mes de septiembre a pastos más bajos y cercanos.

Allí se encuentran enclaves inolvidables, como el puente de Holçarte, que se ubica nada más dejar atrás la localidad de Larrau, y que con sus doscientos veinticinco metros de desnivel y dos kilómetros de recorrido se convierte en uno de los puntos naturales más especiales por su vegetación y humedad. El recuerdo de mi hermano Garikoitz saltando conmigo encima del puente colgante aposta para balancearlo mientras mi madre, agarrada a mi padre, completaba el recorrido del puente con los ojos cerrados.

Hay tramos en los que son las raíces visibles y desplegadas de los abetos y hayas lo que se encuentra en el camino. Hay momentos en los que se debe agarrar muy bien la cuerda ubicada a uno de los lados para subir la pendiente rocosa y escarpada. Las vistas de las que se puede disfrutar al alcanzar los últimos metros de trayecto son realmente espectaculares. Por otro lado, hay una ruta extensa y circular de catorce kilómetros a través del valle del Olhadubi. Bañarse en el riachuelo que bordea este camino es una proeza generadora de una sensación estupenda de paz interior ilimitada después del largo trayecto.

En cuántas ocasiones no se habrá tenido que bajar mi padre del camión en esas latitudes, cargado de troncos marcados, para movilizar coches que

estorbaban su paso. Existen turistas que por el mero hecho de estar de vacaciones creen que los lugares por los que transitan están exclusivamente para ellos, como si una alfombra roja se desplegara a su paso, como si tuvieran opción y derecho de hacer lo que les venga en gana. Y ahí radica uno de los problemas en los entornos naturales y rurales.

Las zonas más montañosas son las que presentan los bosques más frondosos y espectaculares como la Selva de Irati. Para llegar a los pueblos más recónditos de los Pirineos o a los bosques donde trabajan las empresas madereras es inevitable la convivencia con vías estrechas donde hay que ser habilidoso en el manejo del coche y el camión, con el que mi padre ha recorrido tantas veces los veinticinco kilómetros de carretera estrecha y complicada hasta la localidad de Ochagavía, desde donde ya mejoran las condiciones de la carretera hasta llegar a la serrería prevista.

## **El camping de Urrobi**

No transcurre un solo verano sin que mi padre me diga que no hay mejor hotel que la libertad que le brinda pasar un fin de semana en el camping Urrobi del Espinal, a poco más de dos kilómetros al sur de Roncesvalles, principal ruta de entrada del Camino de Santiago por el Pirineo navarro. Allí, en el camping, es donde disfrutamos, sin que nada ni nadie nos moleste de abundantes comilonas alrededor de una mesa de madera donde se pueden contar, a través de las anillas visibles, los años del árbol.

Es maravilloso despertarse y poder caminar descalzo sobre la hierba húmeda que aún gotea la visita mañanera del rocío. Un placer indescriptible sentir la tierra mojada cuando la neblina aún no se ha disipado del paisaje verdoso a más de ochocientos metros de altitud. El placer de atravesar el río y descubrir el otro lado de la cartografía montañosa, donde el paisaje se comprime y rezuma lo frondoso que el ser humano no ha moldeado, podado ni reconvertido. Bajo la tranquilidad de los días de septiembre en el camping vacío de niños y del trajín de turistas que anuncia la despedida de los días alargados de verano con la piscina cerrada y el dique a punto de dejar de formar un charco en el río que le da nombre al camping, donde los jóvenes del pueblo también se bañan, la paz es absoluta.

Uno se mantiene a salvo en esas altitudes bajo la sombra de los árboles para escapar de las temperaturas tan altas del verano que convierten las ciudades en hervideros donde nadie está a salvo de la asfixia producida por la insolación. Es mi padre quien prepara el fuego para asar, quien trae las astillas para encender la llama del reencuentro donde poder respirar el aire puro y la humedad, cobijo en los días en los que el asfalto y el hormigón quemán nuestro paso sudado.

No hay verano en el que no nos recuerde que debemos aprender a encender el fuego, que ellos no estarán para siempre. No le falta razón. En una ocasión que llegaba tarde por una exhibición en un pueblo en unas fiestas de verano, mi marido encendió el fuego en el camping. Y hasta le dio el visto bueno. En esa ocasión por lo menos no se burló. Es una realidad su exigencia exagerada hacia todo lo que no ha hecho él y que en parte dificulta el aprendizaje del otro. Disfruta muchísimo cuando le preguntamos sobre cómo llegar en coche a un punto concreto para empezar a dar indicaciones erróneas aposta. Tolera y le gusta reírse a raíz de la naturalidad de la torpeza mostrada que no se permite a él mismo. Si no están ellos, se apaga la llama del fuego del hogar. Todo es un poco más frío, como los meses de otoño en los que se debe encender el fuego de la chimenea.

Recuerdo mi satisfacción interna en años anteriores cuando escuchaba al otro lado de la puerta el traqueteo y el sonido de las llaves. Hay domicilios que se quedan desangelados sin la presencia de quienes le dan el alma y sentido. Hay lugares a los que les recorre una ventisca de aire frío sin la voz ni la presencia de las personas que los construyeron.

Fue mi amiga y poeta Uxue Juárez quien me sugirió que me llevara una mesa y una silla para escribir desde el bosque y ejercitarme con este libro. Para que escribiera al aire libre, rodeado de exuberantes abetos y hayas. Nada más comentarle la idea a mi padre, se puso a buscar una ubicación escondida en lo alto de una pendiente, al otro costado del bosque de Bidausi, perteneciente a la localidad de Burguete. Y eso que solo atravesé el río. Y eso que estuve a doscientos metros de la ubicación de la caravana. Llegaba incluso a escuchar levemente la risa que se desprendía.

Es el paraíso que muchos escritores soñarían, rodeado de las distintas sonoridades de los pájaros y el fluir, al fondo, del río Urrobi junto al eco algo más lejano de los gritos, sobre todo de mi padre. Escribo estas palabras sobre la mesa de madera hecha por mi padre sobre la pendiente y después de cruzar

el río con el portátil, mochila al hombro y una silla de madera en mis manos. Pienso que mi marido o mi hermano deben de estar intentando mojar a mi madre con baldes de agua del río. Siempre comentamos que es un *spa* natural estupendo mientras nos echamos unos a otros chorros de agua, aunque la mejor sensación llega cuando arrojas sobre ti mismo el balde lleno de agua fría.

La sonoridad de los pájaros puede evocar una composición de música clásica contemporánea. Hay un sonido en concreto que se asemeja a un sintetizador ochentero. Las moscas sobrevuelan, incansables, en los contornos de los perfiles. El olor a la tierra removida, inconfundible en su humedad. Y los agujeros de los topos que cartografían la tierra como si guardaran señales a descubrir.

Mientras camino por este bosque, me encuentro con lo que fue una pista de explotación forestal cubierta con hojas y con árboles, aún diminutos, creciendo. Mi padre me señala un árbol que tendrá más de un metro y medio de diámetro, un árbol espectacular y con una forma característica. Es él quien corta encima del tocón y con el hacha astillas alargadas de tulipier y nos hace saber que se utilizaba para hacer las banderillas de los toreros. Introducirá en el brasero astillas de fuego limpio y rápido, ideal para comidas.

Todo lo que nos rodea en el camping está hecho con madera. La mesa donde desayunamos, por ejemplo, tiene como soporte un tronco y encima se ubican las anillas que llegan a ochenta centímetros de cedro atlántico. La mesa alargada, que puede acoger a alrededor de veinte comensales, hace años que se dejó de utilizar.

Como no podría ser de otra forma, es mi padre quien sirve en rodajas de madera la carne que prepara a la brasa. También se ocupa de ir con mi madre a la carnicería de la comarca y preparar a su punto la carne. Siempre que puede nos recuerda que es más sano y limpio comer así, directamente de la rodaja de madera que es reutilizada.

## **LA EXPLOTACIÓN FORESTAL Y LAS SUBASTAS**

Las subastas de madera son habituales en días concretos en los Pirineos, donde se agrupan desde la población de Hendaia hasta Toulouse gracias a la

sistematización de las parcelas y los bosques. En una pantalla va saliendo el listado de parcelas que anteriormente ya se había publicado y leído en un cuaderno que se convierte en hoja de ruta las semanas anteriores para las empresas madereras interesadas. Si quieren optar por trabajar en un lote de madera, primero deben conocer las características y vicisitudes que se pueden encontrar allí para, en relación a eso, proponer un precio u otro.

A la hora de valorar las parcelas, se tiene en cuenta la accesibilidad, si el lote de madera subastado dispone ya de pistas y, por supuesto, la calidad y la disposición de la madera. Si hay interés en el lote de madera anteriormente visto y se opta por pugnar por él, se propondrá un precio de partida que irá subiendo hasta que nadie proponga un precio superior. Ha llegado a suceder que una diferencia de quinientos euros decida lotes de un valor de más de sesenta mil, por lo que no solo priman la destreza, la fuerza y las habilidades en el trabajo concreto del monte. Para nada sirve todo ello si anteriormente no se afina la puntería con la propuesta económica en las subastas de madera.

Ese es el momento crucial en el que, gracias a la mirada afilada y la habilidad de mi padre, adquirida durante años, para valorar los costes y beneficios, articula en su mente la mejor propuesta para que el trabajo resulte viable y reporte beneficios. Cuenta mi padre que ha tenido que ir más de una vez él solo a valorar el lote propuesto para la subasta. Recuerda cómo, en el último invierno, el alguacil le indicó desde el pinar de abajo dónde encontraría aproximadamente el bosque que le interesaba visitar y observar. Y allí se fue, solo, con un par de palos. Solo pudo ver medio monte, pues la nieve comenzó a dificultar su trayecto. Aun a pesar de todas las adversidades, fue ese el lote que les concedieron para entrar a trabajar con solo quinientos euros de diferencia en su propuesta. En la última ocasión que vimos a mi padre, estaba orgulloso de poder trabajar con un lote de madera que le adjudicaron por setenta euros de diferencia.

Mi padre, con un simple vistazo, sabe qué peso ronda cada árbol, por lo que de esa manera puede calcular las toneladas previstas de la parcela que visita. Estas visitas las realiza mayoritariamente con los guardas de los valles o municipios que subastan los árboles marcados para su explotación y la regeneración de los bosques. Le pasa lo mismo cuando carga un camión: sabe perfectamente las toneladas que lleva encima y las que sobrepasan lo permitido por la autoridad. Él argumenta que si alguna vez ha sobrepasado lo que permite la ley ha sido para que le resultara rentable el trayecto.



Para el control de cubicación, es decir, para calcular el peso de la carga de los camiones, hay que tener en cuenta la longitud, el diámetro de circunferencia y la ubicación en metros cuadrados. La fecha de cada viaje es apuntada con el número de matrícula y en alguna ocasión también se anota el bosque de origen y la localidad a la que pertenece (Rebenac, Agnos, Bugange, Cherot...), además de su receptor, el tipo de madera (roble, abeto...) y el peso de cada porte.

En otra planilla se apuntan los días trabajados con unas cruces en las jornadas correspondientes y, en caso de ausentarse del trabajo, las razones por las que no han podido ir. Además del trabajo en el monte en sí, hay días dedicados a ver montes que salen en subastas e incluso jornadas que transcurren en talleres gestionando las complicaciones y averías de los tractores o camiones de transporte.

## **Las herramientas**

La explotación forestal es un trabajo de alto riesgo, por lo que todas las precauciones que se tomen son pocas. En todo momento los trabajadores con los que he hablado han declarado que gran parte de los accidentes que han sufrido y que han presenciado se podían haber evitado.

Entra entonces en juego la precaución y el cuidado personal ante la manipulación de herramientas tan peligrosas como las motosierras, la cadena del tractor y el propio vehículo, además de la caída de los árboles, ya que, aunque haya una previsión al respecto dependiendo de cómo se hace el corte, hay momentos en los que surgen imprevistos, como ya hemos visto anteriormente.

Es por ello por lo que en la actualidad llevan un calzado apropiado: botas de montaña reforzadas para que el impacto de las herramientas pueda minimizarse. Sucede así con los pantalones que utilizan, aunque también terminan presentando sus heridas de guerra, rotos por algún lado después de la interferencia del trabajo y del entorno.

Hay leñadores que cada mañana dan un beso a sus parejas con el pensamiento de que puede ser el último día en que las vean. Son conscientes de que se trata de un trabajo de gran riesgo y de que deben agudizar los

sentidos y las precauciones en su trabajo sin bajar la guardia. Un momento de despiste o un desliz puede desencadenar un accidente grave o hasta la fatal muerte.

Los guantes, además de ser de gran ayuda a la hora de utilizar la motosierra, son útiles para arrancar ramas y desenvolverse con mayor protección, aunque las manos de los leñadores son grandes zarpas curtidas y duras, endurecidas por callos, golpes, cicatrices y la pulsión de la lucha diaria, la fuerza extrema que deben exteriorizar cada día para completar las toneladas previstas para entregar mayoritariamente en la serrería correspondiente. La protección del oído es recomendable con unos cascos aislantes que mitigan la potencia sonora de las motosierras, similar a la que genera la gran maquinaria. Es un sonido desagradable e intenso al que deben mostrar tolerancia.

La motosierra, en contacto con la madera, genera una importante cantidad de serrín, materia que siempre nos ha recordado a mi padre al llegar a casa cuando, al quitarse las botas de montaña, se esparcen por la cocina. De hecho, su olor es significativo. Como el olor de la hierba recién cortada.

Los trabajadores tienen que tener en cuenta que hay que llenar bien el depósito de las motosierras para evitar que las bajas temperaturas lleguen a engordar tanto la gasolina que genere problemas en la maquinaria.

Mi padre nos traslada con sus recuerdos a los bosques del valle de Broto y a mediados del mes de noviembre del año 1985, cuando tuvieron que exponerse a la temperatura de diecisiete grados bajo cero. Cuenta cómo algún compañero tuvo que dormir con tres capas de pantalones por el frío inaguantable que llegó a congelar la fuente de agua donde se refrescaban y que utilizaban para cocinar o para sus necesidades. Debían coger un hacha o una maza si querían cocinar o preparar a primera hora de la mañana un café para romper la capa de hielo que se generaba y coger así el agua líquida que necesitaban.

Debían dejar los bidones de gasolina a la luz del sol para que continuara siendo un líquido ligero y pasara así por el filtro de gasolina del tractor. Aprendieron que, si no eran previsores y más hábiles que el tiempo y sus interferencias, se terminarían encontrando con el gasoil engordado, medio solidificado, con el que no podrían llenar el depósito del tractor.

Por otro lado, dejaban el tractor debajo de los abetos, donde se mantenía en mejores condiciones por las características del árbol, que conserva mejor el

calor en su entorno. De otra manera, lo hidráulico también se engorda, repercutiendo en su habitual funcionamiento.

En cada parón que realizaban para almorzar, comer o cenar debían lavarse bien las manos sucias por manipular la gasolina, los tractores o las motosierras. En alguna ocasión parecían brazos ennegrecidos por la guerra, la piel que, además de los rayos de sol y del viento, se curte.

Es importante a la hora de cortar un árbol hacer una cuña y limpiar bien la corteza para que la motosierra pueda hacer el corte sin encontrarse con la materia que bordea la corteza y que pueda llegar a desafilarla. Se recomienda también un casco que tiene una rejilla que se despliega para proteger los ojos del serrín que puede impactar fácilmente. En el pasado, la indumentaria consistía en una *txapela* (boina), los pantalones azules de trabajo, las abarcas y los calcetines gordos de lana de oveja, conocidos como «zapiños».

El terreno también puede afectar a la producción diaria, puesto que si es un entorno escarpado, rocoso y de complicado acceso, el esfuerzo y los tiempos de trabajo serán mayores. Son condiciones por las que se puede devaluar el precio de un lote de madera a la hora de salir en las subastas.

## **La experiencia en la Bretaña francesa**

En octubre del año 1987 recibieron la noticia de un temporal de viento que había causado innumerables daños materiales y arrasó a su paso un sinfín de bosques ubicados en la Bretaña francesa. Decidieron partir hacia allí para, aprovechando las subvenciones que aportaba el Gobierno francés de aquel entonces, transportar la madera hasta estaciones cercanas a la frontera. Era una llamada desesperada para poder construir de nuevo el paisaje devastado de aquella tierra que había vivido una experiencia cercana al apocalipsis.

Fue la primera vez que mi padre manipulaba un camión con grúa y lo tuvo que aprender por su cuenta. Recuerda la lluvia que no cesaba el primer día en el que cargó y descargó la madera con el camión. Mientras los compañeros descansaban durante el fin de semana, él se dedicaba a ejercitarse con el camión para poder funcionar a partir del lunes.

Huelgoat, Carais y Quemper fueron algunas de las ubicaciones donde trabajaron en sus intermediaciones, antes de que se pudrieran las toneladas de

madera que yacían tumbadas. Dedicaron tres años de trabajo a más de ochocientos kilómetros y ocho horas de distancia, entre 1988 y 1990, año en que nacería mi hermano Garikoitz.

Después de la catástrofe que causó el vendaval de viento, trabajaron en lugares como Finisterre, Quemper y la costa del norte de Saint-Brieuc, trasladando la madera de roble, abeto, pino laricio y pino silvestre que haría su trayecto en tren hasta la frontera. Cargaban hasta cincuenta y dos toneladas en cada vagón, que llegaban a ser entre cuatro y seis, y que después se dirigían hasta Hendaia o San Juan Pie de Puerto, donde esperaba otro compañero de trabajo para realizar después trayectos en camión hasta la serrería. En verano volverían a trabajar a los bosques de los Pirineos aprovechando el buen tiempo propicio para ello, para regresar de nuevo a esas latitudes en el mes de septiembre.

## **EL LEÑADOR**

Para ser un hombre de bosque, hay que nacer cerca de un bosque donde proyectar una mirada al mundo que nos rodea. En su caso, los bosques se convertían casi en los patios interiores de los caseríos, lugares de los primeros juegos, escondites e iluminaciones. Desde la infancia comenzaron a manipular las herramientas y hachas para enfrentarse con las astillas, que apilaron en un costado del caserío para el fuego que se mantendría hasta mediados de abril. El amor incondicional hacia el bosque nace desde que se convierte en un refugio y en ese amigo indivisible e invisible. El confidente, lugar de recreo y espacio donde se comienza a tomarle medida a la vida a través de sus retos.

Habla de unos principios y de unas raíces de la vida. El esfuerzo, la rectitud, la seriedad y la contundencia física van de serie, forman el pack de esas personas moldeadas por la rugosidad de los troncos, las altitudes y las rocas que tuvieron que sortear y los trabajos relacionados con el cuidado de las ovejas, las vacas y los cerdos a través de los campos y sus cuidados.

Hay enquistamientos en las diferentes esferas de la vida y los diversos ámbitos que no dejan que los jóvenes preparados, competentes y con mucho que decir puedan tener espacios donde se les escuche o plataformas en las

que desarrollar su conocimiento y su valía. Con los bosques sucede lo mismo. Es cuestión de regenerar. Limpiar, cuidar y salvaguardar los bosques con políticas que inviertan en trabajos y ayudas a quienes continúan trabajando día tras día ante las dificultades que se presentan sin ningún apoyo institucional.

Es una realidad que saca a relucir las dificultades para la contratación de personal dispuesto a trabajar en el monte con la madera. Es cierto que se trata de un trabajo que requiere un esfuerzo y una preparación física, y que en ocasiones el trabajador debe pasar de lunes a viernes en el lugar de trabajo lejos de su hogar, para evitar así viajes diarios de más de tres horas hasta la ubicación de los bosques, que en muchas ocasiones se encuentran alejados de las localidades, en lugares recónditos y de difícil acceso. En el transcurso de los meses, los trabajadores comienzan a darse de baja en el trabajo, impulsados por el cansancio o las dificultades que encuentran en el desempeño diario.

Es obvio que se trata de un trabajo al que no podría enfrentarse cualquier persona. Es un ejercicio que requiere desde el primer día que el leñador disponga de una base curtida, una dureza física y también mental fundamentales para hacer frente a días de trabajo interminables en los que se esgrimen pocas palabras, exceptuando los espacios de las comidas, donde en ocasiones el silencio impera también sobre esas manos llenas de callos y durezas. Sin duda, es una realidad la elevada tasa de paro y el azote de la crisis desde el año 2008. La situación es contraria en los trabajos de explotación forestal, donde la edad media cada año es superior y donde tienen serias dificultades a la hora de contratar a más trabajadores aunque exista una necesidad. No hay quien quiera trabajar en ese entorno, diferente a lo que están acostumbrados en las fábricas.

Al preguntarle a mi padre sobre las características de ese hombre del bosque, detalla enseguida la seriedad y la cerrazón en comparación con el hombre de la ciudad, al que vislumbra como frágil. Relata que el hombre del bosque se queda con lo suyo, con la naturaleza, con todo aquello que ha vivido y le es familiar y cercano, manteniéndose fiel a sus principios.

El bosque y lo natural le han aportado salud, una fuerza desgarradora que lo encubre como una capa infranqueable. Han sido unos territorios que le han enseñado a vivir, le han aportado una filosofía y visión de vida que, en muchas ocasiones, halla en ese imaginario natural y salvaje los símiles para

explicar los asideros relacionados con la vida moderna. Se siente en paz y tranquilidad, con una fuerza diaria que lo lleva a estar en contacto con los árboles, la vegetación y el sonido de los animales salvajes.

Está así a salvo del ruido y del estrés de la ciudad con el eco del bosque, observando cómo crece la vida en ese territorio libre de la contaminación y de los ritmos frenéticos y asfixiantes, generadores de un sinfín de traumas, enfermedades y achaques en la sociedad contemporánea, ansiosa de vivir tan rápidamente que se pierde el disfrute de la quietud sin esa necesidad imperiosa de la retransmisión constante e insistente.

Con el tiempo entiendes las veces que te recordaba que te convenía ir con botas de montaña y no con las zapatillas con las que te empecinabas en salir. Con el tiempo, y después de las horas que hemos pasado hablando sobre las experiencias, luchas, consecuciones y adversidades en torno a su vida, es inevitable que me venga a la cabeza la imagen de mi padre cortando un tronco en un bosque recóndito bajo la lluvia y lo cobijados y mimados que hemos estado los dos hijos.

Pienso en sus manos llenas de grasa después de que el camión con el que transportaba toneladas de madera se quedara averiado y tuviera que repararlo bajo una tormenta o con temperaturas bajo cero o hasta con nieve. Pienso en mi padre caminando sobre el bosque con la nieve hasta la cadera. En esos dos meses que estuvo solo con diecisiete años en los bosques de Astún.

Entendemos cómo prioriza la comodidad y las prendas que sirven para hacer frente al invierno duro que azota las cordilleras y valles de los Pirineos, donde la nieve acecha y dificulta el día a día. Donde las lluvias convierten los caminos de tierra que conectan con los bosques en un lodazal. Es por ello por lo que en las ferias de ganado que se celebran en la comarca del Baztan-Bidasoa de Navarra se compra siempre con zapiños, calcetines gordos hechos con lana de oveja. Hacía años yo también me los ponía. Mi madre encendía la calefacción antes de que me despertara y los calentaba allí. Sí que mantenían los pies calientes aunque recuerdo, no obstante, su rugosidad, con la que picaban esta piel aún sin curtirse.

El hombre de los bosques siempre irá bien calzado con botas de montaña y con un palo en su mano (en la última ocasión que fuimos a través de los bosques de su infancia nos dio un palo a cada uno). Se identifica con las camisas gruesas de cuadros. Es un regalo seguro en Navidad. En su mirada siempre está latente la prioridad de la consistencia y composición de las

prendas y del calzado, que se antepone a la estética o el diseño de la ropa, que sentencia con un «eso es de señoritos».

El trabajo del leñador cuida y mimica para salvaguardar el futuro del bosque, regenerado, libre de enfermedades y del peligro del envejecimiento en detrimento del crecimiento de las plantas que necesitan su espacio para crecer y desarrollarse.

El bosque es el espacio donde se ejerce la libertad como el vuelo del pájaro que sobrevuela el paisaje. En las arterias del bosque todo se convierte en liviano al compás de los pasos que se adentran en elementos, que, desde su naturalidad cristalina, evocan compases con los que calmar las preocupaciones con el susurro de la regata o el vuelo de la hoja en ese otoño que supone la explosión de colores de tonalidades marrones.

Es la llamada del bosque que nos aboca a reencontrarnos con nosotros mismos dentro de sus límites. Allí donde se expande la sombra donde resguardarse en los árboles, esos guardianes de la quietud, de la fortaleza y de la sabiduría.

## **Los inicios del trabajo en el monte**

El trabajo en el bosque es sacrificado y no solo por los aspectos a tener en cuenta para evitar cualquier accidente o infortunio para no terminar lesionado o herido por la caída inesperada de un árbol a la hora de manipular las motosierras o los tractores. Hay que trabajar de sol a sol, aprovechando los días largos de la época central del año en contraposición a los días lluviosos o las inclemencias de nieve o hielo del invierno que imposibilitan el trabajo en un entorno natural con los árboles. Hubo una época en la que también se trabajaba los domingos hasta las tres de la tarde. Después de dar una pequeña tregua a las labores, dedicaban el tiempo del último día de la semana por la tarde a lavar la ropa en el río o a coser imperfectos en la ropa de trabajo.

Era el año 1976 y la primera vez que mi padre trabajaba en la explotación forestal en el Pirineo aragonés, en la Selva de Oza concretamente, en la localidad de Hecho. Fue al año siguiente cuando comenzó a trabajar en la Selva de Irati. Ni durante el descanso de los domingos por la tarde bajaban al bar más cercano a tomarse algo, quedándose meses en el mismo entorno. Ya

entonces dormían en chabolas construidas por ellos mismos con el material del que disponían y pensaban la ubicación y su construcción en función del entorno donde hubiera una fuente cercana y sin estar muy lejos del cargadero, un lugar estratégico. Utilizaban el tractor para desplazarse de la chabola al lugar de trabajo, era el vehículo de circulación a través de las pistas montañosas.

Siempre había un compañero considerado como el rancharo, al que mejor se le daba la cocina, por lo que se encargaba de cocinar. Mientras los demás continuaban trabajando en el bosque, ese trabajador bajaba a la chabola o a la casa alquilada para preparar los platos del día. Llevaban en un saco grande el pan para toda la semana que, con el paso de los días, cogía un color medio azulado, convirtiéndose en algo incomedible. Cuentan cómo, al no tener otros recursos y aunque la carne oliera mal y no estuviera en condiciones como para ingerirla, al ver que perdía el olor al freírla, se la comían sin miramientos.

## EL OCIO

En el año 1983 era primavera en los bosques del Pirineo navarro, donde no cesaba de llover. Mi padre trabajaba en el equipo (era habitual que trabajaran en diferentes grupos ubicados en distintas zonas) que desempeñaba sus labores en las inmediaciones de Oroz-Betelu, al norte del valle de Arce, el mismo en el que Montxo Armendariz ubicó la película *Silencio roto*, en los bosques aledaños donde primaba el pino silvestre y el haya. Como no paraba de llover, se fueron en el camión todos los trabajadores para poder pasar una tarde de diversión y distracción bajo el cobertizo del frontón, puesto que otro compañero había partido rumbo a Pamplona con el todoterreno a por una pieza del tractor.

## El bosque como gimnasio



El hombre del bosque no solo ha desplegado su astucia, fuerza y poder de superación en los entornos más escarpados y salvajes. Durante años mi padre ha demostrado que gracias a curtirse en los bosques con ese gimnasio natural de fondo en el que se convertían las pendientes, además del trabajo diario de enfrentarse a los procesos de corte de troncos, ponía a prueba su físico y fuerza de cara a las competiciones de deporte rural.

Sin conocer los recovecos y técnicas de la modalidad de deporte rural del *txinga-erute*, consistente en la evocación de los años en los que se transportaba leche en cantinas de grandes dimensiones entre caseríos, se presentó acudiendo directamente desde los bosques aragoneses. El primer año que el campeonato de esa modalidad se celebró en Navarra fue tras el ímpetu de los jóvenes del pueblo de Amaiur, ubicado al norte del valle de Baztan. A partir de ese año, mi padre fue coleccionando todas esas *txapelas* que han ido esparciéndose en el salón familiar, colección de batallas y consecuciones que están a la vista.

En algún tiempo bromeaba con mis padres sobre que en el salón no hay más que copas (también se les daba como insignia y recuerdo a los deportistas rurales después de campeonatos e incluso después de cualquier competición o exhibición en los pueblos o ciudades) y *txapelas*. Hicieron un hueco para ubicar la fotografía de mi padre levantando una piedra y que se utilizó para una campaña de turismo del País Vasco bajo el título de «*Euskadi harritzarrak igotzen dituzten gizonak daude*» («En Euskadi hay hombres que levantan piedras»). Supieron de un conocido que se sorprendió al verlo en el aeropuerto de Sondika, a doce kilómetros de Bilbao. En la imagen aparece con un gesto de esfuerzo mientras sujeta una piedra irregular sobre su parte delantera. Ningún responsable de la campaña se puso en contacto con él. Ni siquiera le informaron de que iba a ser la imagen de la campaña a través de esos carteles.

En más de una ocasión no estuvo en las mejores condiciones como para presentarse en competiciones o exhibiciones. Ya fuera porque estaba enfermo por anginas o porque finalizaba la jornada laboral los sábados por la tarde en los bosques de Aragüés del Puerto o de Biescas y tenía que competir al día siguiente, sin descanso ni preparación concreta para ello. Es por eso por lo que no se cansa de decir que el mejor gimnasio es el bosque. El lugar perfecto para fortalecerse gracias al contacto con lo natural y sin necesidad de máquinas.

Era característica en él y aún me acuerdo (hay fotografías publicadas en periódicos y revistas) de su expresión de sufrimiento (actuada con cierta exageración) al transportar cincuenta kilos en cada mano con las venas del cuello hinchadas y con la cara de no poder más con todo ello. Así recorría los últimos cincuenta, cien metros, de los que había realizado, llegando en algún campeonato a acercarse a los setecientos metros con cien kilos a sus espaldas. Después de aquello correría en círculo alrededor de los espectadores con las manos levantadas y con expresión de júbilo, compartiendo la alegría y los logros con el público que conectaba con su espectáculo y proezas. La mirada atónita y desencantada de sus contrincantes fue cada año en aumento. Inevitablemente, él estaba curtido en las cuestas diarias, donde cargaba y manipulaba una motosierra que podía pesar siete kilos, forjándose también al tirar del cableado del tractor para ubicarlo alrededor de los troncos a arrastrar.

## **LA IMPORTANCIA DE LA REGENERACIÓN DE LOS BOSQUES**

Una de las claves que nos transmite mi padre es que no se puede ser un amante de los bosques y de la naturaleza sin saber cómo implicarse para que estos puedan seguir expandiéndose a través de los valles y las laderas, sin las dificultades a las que deben enfrentarse en estos tiempos convulsos. El calentamiento global, la deforestación masiva y sin control junto a intereses especuladores y de un capitalismo salvaje son sin duda elementos a los que deben hacer frente los habitantes de los valles, los cuidadores y amantes del bosque que también son los leñadores.

Es por ello por lo que incide tanto en la importancia, tanto de la inversión pública como del cuidado de la naturaleza y los bosques para priorizar el desarrollo de las plantas que no pueden crecer por los árboles viejos que les absorben los rayos de sol. Mantener los bosques para que la tierra continúe siendo fértil y resistente. Hay que separar las maderas y los troncos que están entorpeciendo los ciclos de la vida como sucede, desde una perspectiva metafórica, con el ser humano y la sociedad. Hay mucho por limpiar y barrer.

Mi padre nos enseña unos lotes marcados en Bidausi, en la localidad de Burguete, lugar donde hicimos una performance conjunta para el Canal 4

navarro mientras nos explicaba las razones por las que es tan importante regenerar los bosques. Nos enseña por qué hay que eliminar los árboles viejos para que no muera la planta joven y pueda crecer sin enfermedades ni estorbos. Si no se corta la madera vieja, el bosque se convertirá en un espacio lúgubre y sin futuro hasta poder deshacerse de su podredumbre. Utiliza el símil de los caseríos, que se podría extrapolar a cualquier ámbito. Mi padre nos recuerda que los caseríos se derrumban si a los jóvenes no les dejan trabajar y llevar adelante sus ideas nuevas y renovadoras. Podríamos pensar en cualquier esfera.

Es una estupenda metáfora de la sociedad actual, en la que el prestigio, el poder y las tomas de las decisiones siguen cercadas por personas aferradas a su estatus y a un pasado de claroscuros que en la actualidad no es más que una reminiscencia. Un eco lejano de lo que fueron para negarse a dar voz y líneas de propuestas a jóvenes con ímpetu e ideas que ven todo el empeño y esfuerzo truncado por esa sombra proyectada por los dinosaurios que copan todas las juntas de administraciones y poder.

El leñador habla de la importancia de la luz para que los árboles pequeños puedan crecer sin interferencia alguna. Son, entre otros, quienes se preocupan por la vejez y la salud de los bosques. Saben que un bosque no será regenerado ni saludable si no se marcan y cortan los árboles que, después de completar los ciclos de la vida, solo generan maleza y una sombra interminable a su alrededor. La luz, la regeneración y sus ciclos. La luz de la vida.

## **La especulación y los incendios**

Hay una brecha de al menos veinte años de diferencia entre las políticas del Estado francés y el español en materia del cuidado y mantenimiento de los bosques. Sin duda, en estos años de crisis económica y social, los bosques al norte de los Pirineos son los que han abastecido y han mantenido los negocios de explotaciones forestales y de las serrerías ubicadas tanto en Navarra como en Aragón, Cataluña y otras comunidades próximas.

Además de explotar los bosques ubicados más allá de la cordillera que divide a los dos estados por su innata riqueza y diversidad, que rezuma en la

calidad de la madera abundante de los bosques frondosos, ha habido y sigue habiendo una estrecha colaboración y contacto para destinar muchos camiones de madera a serrerías francesas o a empresas o negocios interesados en comprar la madera procesada en las serrerías del sur del Pirineo.

Los bosques no se cuidan ni se mantienen solo con los trípticos que los gobiernos regionales publican con pautas encaminadas a evitar incendios forestales que hacen hincapié únicamente en esas prácticas deplorables y denunciables de tirar colillas encendidas al suelo, uno de los factores detonantes para que el fuego devastador pueda arrasarse hectáreas y hectáreas de tierras y bosques, dejando una capa de ceniza y la tierra convertida en un cementerio natural devastador a su paso. No hay que acordarse de los bosques y de la naturaleza solo en las campañas electorales para después seguir abandonándolos a su suerte.

Los incendios forestales acontecidos durante el año 2017 son la antesala de un futuro nada halagador en relación a las dimensiones que han adquirido las garras de fuego sin límites, al igual que en el norte de Portugal, donde en este año ha habido más de cien fallecidos y más de cincuenta heridos, de los cuales una cuarta parte se encontraba en situación grave.

Los vecinos del municipio de Pedrógão Grande, cuarenta y dos kilómetros al sureste de Coímbra, ciudad universitaria y Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2013, nunca imaginaron la capacidad devastadora que iban a alcanzar los incendios acontecidos entre el 17 y el 24 de junio del año pasado. Fueron víctimas de un panorama atroz tan desolador como apocalíptico.

Las garras de metros de magnitud de los fuegos descontrolados han convertido el paisaje portugués en escombros de ceniza, el acero de los coches, en chatarra deformada, donde se quedaron truncadas sesenta y cuatro vidas que quisieron escapar a través de la carretera nacional que se convirtió en la peor pesadilla. Un embudo donde, debido a la fuerza devastadora de los focos, fallecieron por la inhalación de humo o quemados por el fuego, que arrasó con todo lo que tenía a su alcance, entre las aldeas de Castanheira de Pêra y Figueiró dos Vinhos.

Tanto la falta de lluvia, que ha llevado a la Península Ibérica a una de las peores sequías que se recuerdan en décadas y que afecta de forma importante a las tierras de la comarca de Leiria, como el calor elevado que sobrepasaba los cuarenta grados centígrados crearon un contexto propicio para que la

fatalidad hiciera que los condicionantes naturales explotaran después del impacto de un rayo errante.

Muchos cadáveres fueron encontrados en los bosques que rodeaban la carretera. Personas intentando escapar de la pesadilla atroz convertida en el peor de los presagios. Los bosques no pudieron cobijar ni salvar a los habitantes que, asustados por el fuego amenazador, creyeron que encontrarían la salvación de esa manera. Aún se pueden avistar ejemplares de eucalipto y pino calcinados cerca de Nodeirinho, una de las poblaciones más azotadas por el fuego donde un tercio de sus habitantes fue calcinado como consecuencia de este fuego devastador y cruel.

Es en ese momento cuando me sobrevinieron las palabras del biólogo asturiano Keko Alonso, promotor de Besaia, Jardiecológia & Alternativas forestales, que hacía hincapié en el maltrato recibido por los bosques durante las últimas décadas en pro del pino insigne, ese tipo de madera que, como hemos visto anteriormente, crece tres veces más que otras maderas, como las del abeto o el haya. Un modelo con el que se han lucrado en la cadena comercial incentivando un tipo de economía que se impuso durante la dictadura de Franco, llevándose por delante y acabando con los bosques frondosos característicos de muchas zonas del Cantábrico para repoblar esa tierra de pinos en el que ha sido uno de los buques insignia de la industrialización y de la transformación del paisaje.

Volviendo al plano devastador, catastrófico y que tristemente vino a cumplir las pesadillas más crueles de los incendios forestales en el país luso, hay una imagen que aún no puedo quitarme de la cabeza. No hablo de los coches calcinados ni de los bosques convertidos en ceniza, antesala de la barbarie vivida por los vecinos que tuvieron que encontrar formas diversas para seguir con vida y no terminar quemados por el fuego abrasador, como les sucedió a muchas familias.

Es la imagen de un cuadrilátero verde, que no fue devastado por la fuerza arrolladora del fuego descontrolado que quema con facilidad el pino o el eucalipto. El triángulo verde que se salvó de la quema es una semilla y una brisa de esperanza ante toda esta catástrofe. En la Quinta da Fonte, la naturaleza misma pudo demostrar que hay plantas y ecosistemas más resistentes al acecho y el peligro de los incendios. Los robles, castaños y olivos demostraron que pueden ejercer como cortafuegos naturales y

mostraron así a las instancias competentes cuáles deberían ser las políticas de futuro eficientes.

El cuidado y el mantenimiento de los bosques es una prioridad para combatir y prevenir los incendios que han ardido con mayor rapidez y fuerza debido, entre otros factores, a la proliferación de zarzas y zonas de arbustos que quedan sin cuidar. Si a esto unimos que en las últimas décadas los bosques han padecido una transformación agresiva a favor de especies como el pino y el eucalipto, que arden con mayor facilidad, los bosques se convierten en un peligro. Esto se ha demostrado también en las tierras gallegas durante el fatídico fin de semana en los días centrales del mes de octubre del año 2017, cuando murieron cuatro vecinos. Las altas temperaturas inusuales para la época del año y el mal mantenimiento fueron cruciales para que se produjera la tragedia.

El monocultivo del eucalipto está relacionado con el auge de las papeleras y el declive de la diversidad de los bosques autóctonos, llegando a copar el pino radiata hasta el setenta por ciento de las extensiones de bosques de Bizkaia y Gipuzkoa, lo que ha provocado que el robledal sea una formación a punto de extinguirse.

## **EL SIMBOLISMO EN LOS BOSQUES**

El asedio de Sarajevo durante la guerra de Bosnia duró tres años. Tres largos años durante los que el ejército serbio se ubicó en las montañas desde donde desfiguró la esencia y las vidas de la ciudad por completo, obligando a la población, sin ni siquiera agua con la que abastecerse, a salir a la calle a recoger todo lo que podían cuando llovía con cubos, abriendo todo lo posible sus bocas, sedientos de un frescor de vida que no llegaría con el transcurso de los años.

Confinados entre montañas que se convirtieron en su condena, los inviernos se tornaron infiernos, y no solo por las bombas, que además de asaltar y explotar mercados, colegios y calles enteras con las vidas de personas que formaban una comunidad variada y plural en la que habitaban personas de diferentes religiones en un mismo edificio.

Recuerdo los poemas de Izet Sarajlić y su libro *Sarajevo*. Los testimonios y crónicas de Gervasio Sánchez, Alfonso Armada y Juan Goytisolo leídos antes de visitar aquellas calles, aquel entorno en el que aún son visibles las heridas y el desgarramiento de una comunidad, la musulmana, que fue arrasada en la década de los noventa (la guerra de Bosnia duró tres años, entre 1992 y 1995) con la impasibilidad del mundo que miraba hacia otro lado. Fue la vergüenza de Europa y un inevitable recuerdo de la adolescencia o de la infancia de muchos que nacimos en los años ochenta. El primer cuento que escribí en euskera fue sobre una familia que huía del horror de la guerra. En aquel entonces, y hoy en día, es un tema que me causa mucho interés.

Te preguntarás qué tendrá que ver Sarajevo con este libro. Pues mucho. Muchísimo. Me viene a la cabeza la imagen y la realidad de una ciudad que había agotado toda la madera que tenían para calentarse en las noches frías de invierno. Y cómo les ayudó a subsistir (si se puede subsistir de alguna manera a tal atrocidad y genocidio) la riqueza natural que tenían al lado. Alfonso Armada recomendaba el trayecto de un poco más de dos horas en coche entre Mostar (con su puente viejo, Stari Most, símbolo de comunión entre religiones que reventaron) y Sarajevo como uno de los más bonitos que ha podido realizar.

Y así fue. Los bosques frondosos fueron el telón de fondo de un paisaje natural en las fotografías que hicimos con la Instax mi marido y yo, durante nuestra luna de miel, en una de las paradas al lado de la carretera que bordeaba el río. Desde Sarajevo llegamos, después de cinco horas de trayecto en coche, a la frontera entre Bosnia y Croacia, donde, durante un control exhaustivo, nos arrugaron un póster de la exposición fotográfica de la Galerija 11/07/95 de Sarajevo. En ella, los ojos llorosos contemplaban el terror y la barbarie genocida que se vivió en Srebrenica, Sarajevo y en otras localidades con mayorías musulmanas.

Los bosques sirvieron como refugio y fuente de calor para los habitantes que se resistieron a aferrarse a una vida con el sonido de las bombas como el tictac del relojero. Al quedarse en la ciudad convertida en las llamas de la devastación humana, pasaron a ser, durante y después de la guerra y el asedio a la ciudad, héroes de una espiritualidad que se puede respirar en sus habitantes y en sus calles de piedra bajo los bosques imponentes de Bosnia-Herzegovina.

El conductor de un camión que transportaba madera nos advirtió de que no

continuáramos adelante a través de un camino que salía de una carretera comarcal. Podíamos explosionar cualquier mina de la guerra. Por unos instantes nos costó tragar saliva ante tal presuposición. Lo que en los inicios de los años noventa eran frondosos bosques se convirtieron en improvisados cementerios que se alargaban a través de las montañas, como pudimos comprobar en la parada que realizamos en la pequeña y encantadora localidad de Travnik, setenta kilómetros al oeste de Sarajevo. La gente no entendía que hubiéramos escogido un viaje a través de los Balcanes para celebrar nuestra luna de miel.

Los bosques en los que se perdían los pensamientos y paseos de los habitantes de la capital bosnia terminaron de ser arrasados por la necesidad básica al no disponer de otra manera de calentarse frente al atroz miedo y el frío que parecía perenne. Una continuación de la vida convertida en un campo de batalla donde no pararían de recibir bombas diarias, un exterminio sin control durante tres años continuos. La espera, el tiempo, era la única esperanza. Lo único a lo que aferrarse ante tanto odio y barbarie.

Veinte años después de que finalizara el asedio a la ciudad de Sarajevo, plantamos un árbol en la localidad de la sierra madrileña de Berzosa de Lozoya en la celebración de nuestra boda, en la que las familias cocinaron durante una convivencia de fin de semana en la estupenda Casa Rural el Olmo. Es conocida como la sierra pobre de Madrid por ser la comarca más alejada y al norte de la comunidad, y a donde llegó tardíamente, por ejemplo, la electricidad. No podía faltar el silbido de mi padre, el mismo que utilizaba en el monte para informar a sus compañeros de la hora de la comida o para que se reagruparan por un suceso o accidente. Llamaría así a los invitados que tardaban en llegar y que bajaban corriendo la pendiente.

A finales de 2017 mi marido y yo nos acercamos a la localidad de Berzosa de Bezoya para comprobar cómo se encontraba el árbol que habíamos plantado dos años antes y sobre el que todos los invitados arrojaron una pala de tierra, pero no hallamos resto alguno del árbol en sí. Intentamos ubicarnos a través de las fotos realizadas, pero no pudimos confirmar con certeza si el nuestro era alguno de los jóvenes ejemplares de árbol que vimos en la explanada donde se realiza la ceremonia de plantado, justo antes de la firma correspondiente en el Ayuntamiento.



## LOS BOSQUES Y SUS SERES MÁGICOS

Hay muchos lugares mágicos, cristalinos y puros en el sentido natural, asociados al imaginario de la humedad que genera gotas de agua sobre las hojas y, de repente, hace que baje la temperatura de una manera abrupta para sentir esa caricia que refresca todo el cuerpo.

Mientras que en el asfalto se genera una humareda por el calor bochornoso, en los nacedores de los ríos se genera una bruma que nos puede recordar a la neblina que le cuesta desperezarse de esos paisajes bajos de los valles. Recrea un mar blanco y amaneceres de visiones espectaculares si logras subir a un punto más alto y contemplar así uno de los efectos más impresionantes de los valles del norte de Navarra. Una zona en la que inevitablemente se cuelan los seres mitológicos en el imaginario diario y colectivo.

Cuántas veces habrá comentado mi padre que él es un *basajaun* (hombre salvaje y dueño de los bosques) cuando narra su vida y sus avatares. La traducción etimológica de la palabra en euskera sería «señor de la selva», que entronca de maravilla con lo que representa el personaje mitológico extendido por toda Europa: el protector, el salvador de los bosques. También se le puede considerar, según este imaginario, el salvaje del bosque, el pastor que ayuda a los ganaderos o el gentil de gran sabiduría y riqueza. La imagen con la que se representa es la de un hombre peludo, fuerte y salvaje que vive en el bosque y muestra una salud impecable.

Es uno de los personajes mitológicos, además, que no implica la posesión de una fisonomía que se acerque al mundo animal adoptando características de otros animales. Representa la dureza y la crudeza del hombre de los bosques, afanado en salvaguardar y vivir en las zonas que delimitan los árboles, construyendo así un carácter y una esencia cercana al instinto salvaje animal.

De hecho, cuando nos acercamos con la fotógrafa Paola Lozano a los bosques de Burguete, mi padre era la persona que mostraba mayor agilidad subiéndose a los árboles y trepando sobre ellos, generando en los demás la preocupación por si perdía el equilibrio y se estampaba sobre el suelo cubierto de hojas y de ramas. Es significativo cómo se le percibe una ligereza en el semblante, en la expresión de la cara. Como si al acercarnos al corazón del bosque sintiera una alegría inmensa, la misma que sienten los niños de

diferentes edades en los parques de atracciones, o los melómanos que disfrutamos como si no hubiera un mañana en festivales de música como el Primavera Sound gracias a las propuestas musicales incomparables, originales e inolvidables que podrían ser la banda sonora de este libro y que tienen, por el estilo de música que abordan o por el imaginario que recrean, una vinculación con los bosques y lo onírico.

Ahí estaría indudablemente el grupo sueco Goat, con su paganismo de máscaras y psicodélica mística. La sensación de la primera vez que tocaron en España los componentes de Fleet Foxes (Seattle, Estados Unidos), quienes revolucionaron el concepto del folk en esta década y a quienes volvimos a ver en el Vida Festival que se celebra en Vilanova i la Geltrú, en la provincia de Barcelona. Un encantador festival menos masivo que tiene lugar en una masía rodeada de un bosque, con un enorme cuidado estético que convierte la experiencia sonora en algo sensitivo y en relación con el entorno natural. Allí me fascinó el concierto de la joven y puntera cantante de flamenco Rosalía, acompañada por Raúl Fernández. Actuaron encima de una barca ubicada en medio de un bosque donde los silencios o los punteos de la guitarra española eran acompañados con el piar de los pájaros.

Y para escenario idóneo, el de la cabaña, un escenario de madera donde acudí fascinado a ver, una vez más, a Anímic, banda liderada por la cantante Louise Sansom, que repetiría una y otra vez que aquella era una experiencia de las que contar a sus hijos o nietos. Sentí una alegría inmensa por ellos, componentes honestos y humildes de uno de los grupos que más se han superado y evolucionado su propuesta inicial centrada en el folk hasta sonidos electrónicos, atravesando el umbral de lo industrial.

Llevando al espacio sonoro el ideario naturalista y boscoso, indudablemente me vienen al recuerdo las ambientaciones electrónicas con proyecciones inspiradoras, en las que se colaban imágenes oníricas naturalistas, del italiano Alessandro Cortini en el Auditori del Primavera Sound. Al asistir de forma ineludible cada año, la lista de conciertos inolvidables va creciendo e incluye, entre otros, la magia que crearon Pantha du Prince & The Bell Laboratory con su electrónica minimalista aderezada con el sonido de una gigantesca colección de campanas, la colección de amplificadores enormes que creaban una barricada sonora de los encapuchados y vestidos como monjes Sunn 0))), que creaban sonidos entre los susurros y lo gutural, o el misterio de las caras pintadas y el rock

experimental y colectivo performativo de las canadienses Yamantaka // Sonic Titan, proyecto que hace dialogar la música industrial con la filosofía budista, la ópera china y el Kazuki.

Otros momentos que me inspiraron fueron la destreza y delicadeza con el piano de Nils Frahm a la hora de crear atmósferas inspiradoras o el inolvidable y emocionante recital de más de dos horas de Sufjan Stevens, ambos también en ese auditorio por el que cada año pasa la magia. La apisonadora musical acompañada por imágenes visuales fotográficas en blanco y negro del post-rock de Godspeed You! Black Emperor o la finitud de A Winged Victory For The Sullen, donde el minimalismo electrónico es acompasado por la delicadeza de los violines. Aunque todos los años vuelvo con la esperanza de ver en ese auditorio algún día a Agnes Obel o Max Richter, 2017 fue el año en que por fin me quité esa pequeña espina.

El verano de 2017 pude disfrutar en Madrid de dos de los artistas que más me han inspirado a la hora de escribir, tanto este como otros libros anteriores. La danesa Agnes Obel venía a presentar su último trabajo a la sala La Riviera, que aunque a priori no parece el lugar más apropiado para un concierto de semejante delicadeza, sí fue un momento mágico. Más extravagante fue la oportunidad que tuvimos de ver a Max Richter, también en Madrid, en este caso en una nave que se había habilitado para escuchar *Sleep*, su nana para adultos de ocho horas de duración. Despertar viendo los primeros rayos del sol con los ecos de su música de fondo ha sido una de esas experiencias hipnóticas e inolvidables que solo se disfrutan una vez en la vida.

Para la escritura de este libro, además, he ido creando una lista de canciones en Spotify en la que he incluido una serie de solistas o grupos musicales que le cantan al árbol o al bosque, siempre desde un criterio de afinidad musical. De esta manera pude llegar a profundizar en la música del ecuatoriano Mateo Kingman.

En el videoclip de «Lluvia», seres que surgen de la estepa invocan a la tormenta para perderse en la espesura de los bosques tropicales y saltar por cascadas. Se entremezclan la brujería, lo chamánico y las técnicas que se han utilizado durante milenios para pedir la esperada y necesitada lluvia con la Amazonía ecuatoriana de fondo. Una selva que ocupa alrededor de ciento veinte mil kilómetros cuadrados en Ecuador. En sus conciertos utiliza

palabras con las que ahuyenta el mal y los demonios, recuperando así el imaginario de las creencias que aún conviven en zonas boscosas.

Mateo Kingman se denomina a sí mismo «músico amazónico» y entremezcla géneros como el pop, la electrónica y el hip-hop en su disco *Respira* (AYA Records, 2016). Nació y creció en el pueblo criollo de Macas, en la cordillera del Cóndor de la Amazonía ecuatoriana, justo en la frontera con Perú. Queda latente en sus letras y melodías que mantiene un vínculo especial con la tierra y los bosques. Como si la memoria infantil y juvenil de lo aprendido en torno a la naturaleza se proyectara a través de la música.

En relación a la canción «Sendero del monte», Kingman declaró a la periodista María Camila Rivas, de Radio Televisión Nacional de Colombia, que «es un tema que surge a partir de un viaje por los senderos de la Amazonía, al intentar volver a mi casa, me perdí y emprendí un viaje en el que creí que me iba a volver a hacer parte de esa tierra, pero al final logré salir. Es una búsqueda de un ser que está enfermo y busca una cura y la encuentra en el coro. Es una canción de sanación y tiene bases de samples de Julián Tucumbi, un creador de los Andes, del Cotopaxi. Ellos tocan sus instrumentos como el huancar y el pingullo de forma natural y nosotros los grabamos».

Los músicos y compositores Caetano Veloso, Criolo, Emicida y Pretinho da Serrinha, después de una convivencia artística de tres días en el Parque Nacional de la Tijuca, Parque Nacional de la ciudad de Río de Janeiro, grabaron el videoclip de «I'm Alive» dentro de una campaña de sensibilización para el cuidado y la protección de los bosques tropicales de su país y en la celebración del Día de la Tierra que apoyaba a Rainforest Alliance e Imaflora-Brasil.

La canción «Skinny Love» de Bon Iver, proyecto de Justin Vernon (Wisconsin, 1981), tiene más de doscientos veinticinco millones de escuchas en Spotify. Vernon compuso el disco *For Emma, Forever Ago*, que contiene esa canción y que salió a la venta en julio de 2007, en la cabaña de caza de su padre en los bosques de Wisconsin, EE. UU. Después de una ruptura sentimental y de ser diagnosticado de mononucleosis y una infección hepática, sintió la necesidad de aislarse del mundo y comenzar a componer de manera individual.

Allí, como si de un Thoreau contemporáneo se tratase, llevó una vida austera y salvaje. Durante el tiempo que pasó en la cabaña, rodeado por la

naturaleza rebotante, se dedicó a cortar la madera para el fuego que encendía luego para calentarse y hacer frente a las adversidades físicas y emocionales e incluso llegó a cazar dos ciervos para alimentarse. Todo gracias a la desconexión durante su estancia allí, en la que redirigió sus pensamientos a la creatividad y a la composición del disco.

En ningún momento de esa soledad pudo llegar a imaginar la repercusión que llegarían a tener tanto esa canción como el álbum, que se coló en las listas de los mejores discos del año de casi todos los medios especializados. La naturalidad en la expresión en relación al amor cautivó al mundo gracias a una propuesta eminentemente de folk austero, caracterizado por los falsetes de su voz, a la que ha ido incorporando nuevas texturas y sonoridades más experimentales y electrónicas en sus siguientes trabajos, ya con más medios técnicos y económicos y convertido en una estrella internacional.

Además de estos artistas, me resultan muy inspiradoras la portada de Blaumut, con piernas que representan las ramas de los árboles, así como el disco *Ones and Sixes* de Low, con una representativa cubierta en la que un árbol singular sin hojas es ilustrado sobre un fondo gris, y la imagen de ramas invertidas de la portada del disco *Madera y poca luz* de Espaldamaceta o el disco *Fruits del teu bosc* de Renaldo & Clara.

## **LA PLAYLIST DE *EL LENGUAJE DE LOS BOSQUES***

La banda sonora de *El lenguaje de los bosques*, siendo consciente de las ausencias que implica la elaboración de una lista, estaría compuesta por todas estas canciones, y puede ser escuchada entrando en la web [www.hasierlarretxea.com/playlist](http://www.hasierlarretxea.com/playlist)

*Renato*, Oreka TX y Gose  
*I Need a Forest Fire*, James Blake y Bon Iver  
*Rootless Tree*, Damien Rice  
*El bosque*, Niño Cohete  
*Redwood Tree*, Van Morrison  
*Hanging tree*, Elijah Blake  
*Europa y el bosque enamorado*, Algora

*El árbol que tú olvidaste*, Atahualpa Yupanqui  
*On the Nature of Daylight*, Max Richter  
*Adar okerra*, Kepa Junkera e Ibon Koteron  
*Wolf*, First Aid Kit  
*Florestas submersas*, Rodrigo Leão (que da nombre al disco homónimo)  
*Bosc endins*, Lu Rois  
*I like you as you are*, WAS  
*En la naturaleza*, Gepe  
*Riverside*, Agnes Obel  
*La trinchera*, Elle Belga  
*La dansa del bosc II*, Roger Mas  
*Woods*, Bon Iver  
*El bosc*, Últim Cavall  
*Madera metal*, Marina Fages  
*Nel campu nacen flores*, Lucas 15  
*Forêt*, Piano Novel  
*Bosques son*, El Hijo  
*Más madera*, Tachenko  
*Del bosc*, Paul Vallvé  
*Snow*, Lisa Hannigan  
*Campistas*, Solletico  
*Martxa herrena*, Juan Mari Beltran  
*Trenco una branca*, Anímic  
*Txoria Txori*, Mikel Laboa  
*Forest Child*, Skinny Atlas  
*The Forest*, José González  
*Windws of the Sky*, Linda Perhacs  
*La vuelta al mundo*, Calle 13  
*Dans les forêts*, Ibrahim Maalouf  
*La vida en la casa del árbol*, Capitán Sunrise  
*River*, Ibeyi  
*Caja de madera*, Mala Rodríguez  
*Bosc salat*, Bedroom  
*Zuhaitz adarlotuak*, Ken Zazpi  
*Tiger Mountain Peasant Song*, Fleet Foxes  
*Floresta*, Sinara

*Bosc adormit*, Maria Coma  
*Tree by the River*, Iron & Wine  
*Esnatu lurra, esnatu*, Fermin Muguruza eta Dut  
*Wood*, Rostam  
*Bosque*, Bomba Estéreo  
*La Forêt*, Lescop  
*Trocitos de madera*, La Yegros  
*Sagarra jo!*, Kalakan  
*Lunárboles*, La familia del árbol  
*Arbre que mira farola*, Joan Miquel Oliver  
*Río*, Aterciopelados  
*El nens del bosc*, Quart Primera  
*Madera muerta*, Alberto Montero  
*El primer arbre del bosc*, Blaumut  
*El primer rayo de luz*, Rocío Márquez

## **LO ESPIRITUAL Y LA IMPORTANCIA DEL REFUGIO NATURAL EN ESTOS TIEMPOS**

Tanto la naturaleza y los bosques como los árboles han inspirado a un sinnúmero de artistas plásticos, escritores y fotógrafos a la hora de construir su ideario o como eje fundamental de su propuesta creativa. Todo aquello que acontece lejos de las carreteras asfaltadas y de la luz artificial de las farolas contiene un imaginario poderoso y una vida rica en matices que simboliza los ciclos de la vida misma desde la pureza absoluta. Una pureza bien entendida, desde esos márgenes donde a duras penas subsisten especies y plantas, una diversidad que constantemente se ve amenazada por la garra devastadora del ser humano, que tiende a arrasar con todo lo que le rodea.

Es por ello indispensable que, desde diferentes ópticas, disciplinas y discursos, se acerquen al ciudadano medio y al habitante de este planeta los latidos de la riqueza natural de la que aún podemos disfrutar en una convivencia en respeto y que nos ofrece anclaje, sabiduría y bienestar.

Hay una corriente denominada silvoterapia o arboterapia que nos insta a abrazar a los árboles, aunque van más allá de eso. Nos animan a que nos

sumerjamos en la marejada de hojas y ramas que, además de permitirnos palpar la pureza del aire y la tranquilidad que transmiten esos espacios naturales, se recomiendan para personas con dificultades de sueño, acusadas de ansiedad, hipertensión, bronquitis o asma.

En *Blinded by Science* de Matthew Silverstone se muestran las capacidades de mejoría adquiridas gracias a un entorno natural en cuanto a aspectos congestivos y emocionales. Se destacan las mejorías comprobadas en los trastornos de déficit de atención e hiperactividad o en cuanto a la depresión, siempre y cuando se lleve un seguimiento pautado por el médico de atención primaria o el de salud mental. El bosque es complementario, nunca sustitutivo de un plan de atención integral a la persona.

La iconografía y el culto a los árboles están arraigados y extendidos en muchas culturas. La imagen del árbol invertido con las ramas bajo tierra y las raíces expandidas al aire, simboliza la inmortalidad y la pureza, como se venera en la tradición hindú. El imaginario de que conecta la tierra con el cielo, la materia con el aire, es de gran fuerza. Estas prácticas de venerar y rendir culto al roble están de fondo en la cultura celta y en el epicentro de los bosques que ellos consideraron como sagrados bajo el influjo de los druidas, allí donde crecía el muérdago. Ha existido también una estrecha relación con la utilización de las plantas para fines medicinales. En el islam, por otro lado, el olivo es el árbol por excelencia que simboliza ese pilar espiritual.

Cuánta energía y cuántas herramientas se (re)activan en relación a una convivencia con el entorno natural, con aprender a observarlo, mimarlo y quererlo como a uno mismo y su entorno.

Hay una práctica arraigada en el país nipón que tiene su raíz en el sintoísmo, religión originaria de la isla que está estrechamente relacionada con la naturaleza y los árboles. Es por ello por lo que en sus santuarios veneran a los árboles sagrados que representaban los primeros templos, que estaban compuestos por bosques y sus espíritus o seres conocidos como kami.

Antaño, nuestros antepasados, que se desplegaban por los valles del norte de la Península, entendían la vida y los acontecimientos cruciales en función de los ciclos naturales, las estaciones y todo lo que repercutía en la tierra y en las plantas. El bosque era, y sigue siendo aún, cobijo de historias de misterio y leyendas donde los límites entre lo real y lo ficticio se cruzan, creando



personajes e historias con las que entender la convivencia con el poderío que se resalta y percibe en algunos territorios aún sin transitar.

El bosque es, en su delimitación, un conjunto de historias, de leyendas, un lugar recóndito con una belleza salvaje y purificadora pero, a la vez, un territorio de luces y sombras en su espesura de ramas cerradas que desde la frondosidad fronteriza y ancestral hace que la luz se resquebraje entre el poderío de sus hojas y ramas. La manera de resistir ante las amenazas exteriores que convierten la belleza en putrefacción, un bosque resplandeciente frente a un negocio que recalifica la tierra con la ansiedad del ladrillo dejando a la vista construcciones abandonadas y a medio hacer. Árboles que crecieron en su interior y despliegan sus ramas entre las ventanas que se abren a un paisaje de grafitis, decadencia y un salvajismo sin límites, ética ni perspectiva con el entorno.

Sin duda, la naturaleza ha sido la creencia que ha guiado a los espíritus de las aldeas en tiempos anteriores a que el cristianismo irrumpiera con su ideario, arrasando y llevando a la hoguera a las mujeres que trabajaban la tierra desde su sabiduría de plantas y ungüentos. Porque antes de que se impusiera la religión católica imperaba la fe en la tierra y su cielo, la creencia en los bosques y su magnitud de regeneración de estaciones.

La naturaleza ha creado mausoleos o templos naturales, sin necesidad de la mano del ser humano, para construir lugares donde rendir culto a diferentes dioses. Uno de esos templos naturales de gran envergadura y de una energía incontrolable, por su majestuosidad, son las cuevas de Zugarramurdi, el pueblo más al norte de Navarra, a ochenta y tres kilómetros de Pamplona. Se trata de un lugar de cuatrocientos metros cuadrados en el que, con el transcurso de los milenios y la erosión de la roca, se abrió un espacio en el que se celebraban los conocidos aquelarres, fiestas paganas en las que no había límites para la diversión salvaje sin prejuicios. Fueron la antesala del puño de acero y las procesiones de cruces del cristianismo, que arrasó con todo lo anterior para implantar la ley de la orden, de la castidad y de la restricción.

Han podido confluír las dos visiones de creencias, la pagana y la católica, y a día de hoy siguen celebrándose festividades o eventos que en apariencia tienen una base católica pero a las que el entorno natural impregna con una dosis de fe arraigada en la tierra y en sus símbolos. Sucede, por ejemplo, con esas celebraciones de misas en lo alto de las montañas que atraen también a

montañeros o personas aficionadas al senderismo y no tanto por la creencia en sí. De niños, íbamos en grupos grandes con la familia y los vecinos subiendo la cuesta de la montaña de Legate, donde se celebraba un recorrido religioso en el que se ubican las cruces, hasta el evento principal que se realizaba en lo alto de la montaña. Los niños poco caso hacíamos a lo que decía el padre Miguel, conocido por su generosidad y la luz interior que le caracterizaba.

Es por eso por lo que la visión más mística y pagana se representa en muchas ocasiones desde la mirada de los lugares de culto de la cristiandad, en lugares altos y con una energía especial por la naturaleza que los rodea. Ahí están las ermitas construidas en lo alto de las colinas o en montañas de gran simbolismo o las cruces que rodean muchos senderos entre prados y pendientes en las laderas del norte de Navarra, así como las cruces que se alzan en lo alto de las pendientes, en lugares desde donde avistar la magnitud de las aldeas y de los valles.

Hay una ruta que me gusta especialmente, y que suelo hacer con mi madre desde hace muchos años, y es la que conecta el pueblo de Oronoz-Mugaire con el de Arraioz, donde nací y crecí. En esa caminata se puede contemplar el barrio de Zozaia y disfrutar de unas estupendas vistas del pueblo de Ziga en el epicentro de la panorámica y con el monte de Auza como si estuviera sujetando el equilibrio del valle. En ese recorrido hay una pista que sale del camino principal, y a través de un hilo fino de sendero y con los caseríos de Oronoz-Mugaire y Arraioz desplegados al otro lado, se llega hasta la cruz que se erige en lo alto del montículo. Muchas veces hemos realizado ahí una parada y, sentados sobre cualquier roca, contemplábamos la disposición del pueblo en miniatura. La visión llega también hasta el pueblo de Lekaroz. Diríamos que sería una versión de las muchas que hay en el valle de Baztan, como en tantos otros valles, más natural y menos oficial.

Los bosques guardan y esconden misterios de diferente índole, sucesos acallados e historias que solo conoce el silencio de los árboles contemplados. En sus profundidades uno siente estar atravesando otra dimensión, otra esfera de vida en la que los códigos anteriormente válidos no sirven para nada y se agudizan los aspectos animales y felinos, el acecho de los animales que contemplan desde la barrera que los protege.

Ejercen como un templo natural al aire libre. Como ese espacio donde meditar rodeado de lo cristalino y puro de la naturaleza y sin ninguna

interferencia que pueda romper la paz interior. El bosque es un lugar donde reencontrarse con uno mismo y con sus antepasados.

Uno encuentra cierta liviandad o ligereza en esos territorios libres. Ahora entiendo cuando mi padre hablaba de curtirse, de caminar todos los días monte arriba y hacer frente así a las pendientes y adversidades que puede encontrar uno en un entorno boscoso. Realmente, y aunque no nos diéramos cuenta, nos instaba a fortalecernos tanto física como interiormente en ese diálogo que se puede establecer en silencio. Uno además se despoja de todo artificio para dejarse abrazar por la sabiduría milenaria del bosque, por su configuración de raíces, tallos, ramas, rocas, senderos y riachuelos.

Adentrarse en la espesura de los bosques supone adentrarse también en las profundidades de uno mismo. Es un viaje de iniciación, un paseo y experiencia que va más allá de la simple contemplación de la vegetación, de algún animal que sale al paso y de la poderosa presencia de los árboles.

El silencio se funde con los sonidos de los pájaros que aligeran el transcurso, el pensamiento se aclara con el fluir del agua del riachuelo que genera ondas expansivas con su caída. Caminar en la estación de otoño tiene además el añadido de las hojas que van soltando las ramas y sobrevuelan formando una coreografía digna de apreciar, como si de repente estallaran las ramas de los árboles con una fiesta sorpresa de guirnaldas y confetis naturales. Cada paso emite el sonido en función de la zancada sobre el manto vegetal, siendo el cuerpo el que habla a través de su movimiento sobre la tierra.

Hay diferentes formas de no perderse en un bosque, aunque quizá uno debería perderse como mínimo una vez en la vida en un entorno natural para extraer el instinto y las capacidades del animal que tiene dentro. Quién no se ha perdido buscando su coche en el parking de un centro comercial o del aeropuerto o en una línea de metro desconocida de una ciudad nueva. Deberíamos proponernos el plan de dejarnos llevar por el paseo en el bosque, sentir el equilibrio de la vegetación y de sus especies y, como si camináramos con una venda en los ojos, dejar que la orografía forme el plan perfecto aunque por momentos nos encontremos desubicados.

Además de la brújula que te indica el camino a seguir para no perderte en un bosque frondoso, el musgo indica siempre el rumbo norte a seguir. Cuando nos adentrábamos con nuestros padres en el Señorío de Bertiz, por ejemplo, solo llevábamos una cesta de mimbre por si encontrábamos hongos.

El bosque es vida y regeneración. Eso mismo nos dice mi padre al preguntarle sobre qué le aportan los árboles y el bosque. Dice, sin dudar, que ha sido su mejor psicólogo, su confidente. En los días en los que uno se encuentra cansado o desorientado, el bosque llega a tener la propiedad de, mediante su silencio y equilibrio, tranquilizar y ofrecer cierta reordenación a través de sus senderos, secretos, búsquedas y escondrijos. El sonido que crean los riachuelos o el piar de los pájaros es la mejor banda sonora con la que conectar con el lado más natural y sosegado de uno mismo. Habla del poder de curación del bosque, de salir recuperado de los males y achaques que acechan antes de la inmersión en él. Es un espacio que propicia la apertura de los ojos y de los sentidos, el olor a humedad y a lo que desprenden las hojas.

Dice mi padre que el bosque es más que el abrir los ojos y reencontrarse. Está convencido de que es salud, el remedio natural para esos días en los que te encuentras flojo. Es hallar ese bosque recorrido en la infancia para hacer la retrospectiva y volverte a reconocer en ti mismo. Es y ha sido la mejor vía que ha encontrado para hacer frente a los momentos más difíciles, cuando la sombra de los pensamientos encadenados le acechaba.

Es el viento que, desde el epicentro de los bosques, azota hasta la periferia de las ciudades con un mensaje, con el clamor que bulle desde lo natural y lo salvaje y llega hasta esas almas perdidas sin consuelo que deambulan por los metros y las calles sin el brillo y sin la brújula del bosque.

El contacto con la tierra nos acerca un poco más a nosotros mismos y a nuestra propia vida. La cercanía con los árboles, bosques y todo lo natural nos conecta con todas esas esencias, más allá de la energía que perdemos y nos desgasta o la exposición a todos los males que nos enferman, condenados a los avatares de la vida moderna, que, de tan frenética, resulta agonizante.

El bosque no expulsa a nadie excepto a quien no esté preparado para sumergirse en él. El bosque no entiende de fronteras y franjas, ha sido y sigue siendo el cobertizo de quienes a duras penas han atravesado la miseria del horror en busca de nuevos horizontes. El bosque acoge, con sus ramas abiertas, a quienes, necesitados de ensanchar la capacidad torácica de sus pulmones, busquen perderse en sus concavidades de senderos, raíces, arbustos y piedras.

Adentrarse en el bosque es encontrarse a uno mismo desde ese silencio cómplice que acunan los aspavientos de las ramas, como si reordenaran las

ideas confusas e inconexas derivadas de la jornada laboral o del contacto entre humanos. En el bosque se hallan la hondura y la profundidad de espíritu. El bosque y sus secretos guardan la magia y el misticismo de los templos religiosos, altares que se han erigido en forma de ermitas a lo alto de los pueblos o valles. El bosque como ese territorio donde indagar y hallar en silencio las respuestas que anteriormente no encontramos.

Sentir, hay que sentir el crujido de cada paso. Y su contacto con la tierra, un nuevo pensamiento que conecta con ese momento en el bosque que libera de sus ataduras a la preocupación. Sentir, hay que sentir el tacto de la corteza del árbol y su rugosidad para conectar con uno mismo a través de la naturaleza y su respeto de silencio, su calma que transpira y limpia, su manto y quietud, un territorio libre de todo aquello que aprisiona, condena, enturbia y contamina, tanto el ecosistema como la psique. Sentir cómo se hinchan los pulmones y con qué calidad de aire. Sentir los latidos que se acompañan al ritmo de la sonrisa dibujada por la majestuosidad de los árboles, guardianes y protectores de las pulsiones que agazapan al ser humano desde ese país que empequeñece los corazones llamado asfalto.

¿Has abrazado un árbol en algún momento? ¿Te has parado a palparlo? ¿A sentir y tocar su corteza? ¿Has podido pararte y contemplar su majestuosidad, las formas que recrean las ramas? ¿Te has parado a pensar en todo lo que ha podido acontecer alrededor de ese árbol durante más de dos siglos? Cuántas fugas, secretos, confesiones, expresiones de amor, de arrepentimiento y de libertad.

El sosiego y el equilibrio que desprenden los bosques son propicios para potenciar ese yo interior calmado que tiende a reordenar los hemisferios y cajones aún por cerrar o ubicar gracias a los paseos a través de los senderos naturales. Porque es inevitable recordar las palabras de mi padre en relación a que la estimulación física refuerza los aspectos psíquicos. Que si un cuerpo está endurecido físicamente también lo estará mentalmente. Y para ello, los bosques son el mejor medio para alcanzar ese bienestar en todos los niveles.

Los árboles son santuarios. El que sabe hablar con ellos, el que los sabe escuchar, puede aprender la verdad. No predicán aprendizaje y preceptos, predicán los detalles de la antigua ley de la vida.

Debemos aprender a palpar, percibir y sentir lo que nos rodea. Hinchar los pulmones con esa esencia. Posarnos sobre el lomo de un árbol a contemplar ese atardecer irreplicable. Esa enseñanza recibida por parte de mi padre es una

práctica esencial y de carácter espiritual y filosófico en Japón. Es cierto que, sin seguir ninguna corriente concreta, miles de personas en el mundo se acercan o cumplen este estilo de vida. La llamada de la ruta de senderismo, el plan de sumergirse en los bosques en busca de setas o de hongos, los paseos que bordean las llanuras a un lado de los ríos.

Debemos permitir que los elementos del bosque nos admitan en su territorio. Debemos permitir que la simbiosis con los elementos de la naturaleza conformen un cosmos único. Es el retorno a la llamada de lo ancestral y a la vida. A las propiedades innatas de lo natural.

*y los árboles nos susurran que pronto estarán de vuelta  
pero nunca consiguen ser horizonte  
como el silencio previo a una tormenta  
he construido una puerta y un viento  
no necesito la temperatura del paisaje  
para volver a casa*

MARÍA SOTOMAYOR



## AGRADECIMIENTOS

A Zuri, hoja de ruta de los caminos emprendidos, brújula de los días brumosos y apoyo constante para que haya podido encauzar las aristas de este proyecto. Por ese mundo mágico e imaginario tan rico proyectado, además de un cariño infinito, el cuidado y esmero de las cosas hechas con dedicación en estos tiempos en los que se valora tan poco la estética de la belleza. Por esas maravillosas ilustraciones.

*Aitari, kontatutako istorio eta zehaztasunak behin eta berriz errepikatzekeo pazientziagatik eta une oro erakutsitako prestutasunagatik. Amari, eguneroko presentzia positiboarengatik. Anaia Garikoitzi, mendi lanetako belaunaldi berrien oihartzuna hurbilarazi eta une oro zuraren eta basoen inguruan erakutsitako guztiarengatik. Osaba Donatori, istorio guzti horiengatik.*

A Paola Lozano por embarcarse con los ojos cerrados y desde la distancia de Hamburgo a convivir y captar todas las instantáneas del libro. Ha sido un viaje alucinante.

A Sergio del Molino, por ser puente y mecha de este camino emprendido. Por creer en nuestra historia honesta.

*Uxueri basoaren erdian aulki batekin idazten jartzeko emandako ideia jenialagatik.*

*Izaskuni, distantziak ttiki egiteagatik. Berlinetik hainbat bidezidor proposatzeagatik eta beti nigan sinesteagatik. Transmititutako indar horrengatik.*

A Regina Salcedo por el camino que me llevó a saber sobre los carboneros a través de María Martínez Etxeberria, carbonera que mantiene en pie la tradición y que se ha implicado en transmitir la sabiduría de su padre y abuelo a través de su esfuerzo y dedicación en la actualidad. Por su manera de sentir y vivir en relación a la madera y los bosques.



A Montxo Armendariz por su cercanía, calidez y generosidad. Por acercarme a universos de cineastas hasta entonces desconocidos para mí y por la riqueza humilde y rural que brilla siempre en tus palabras.

A Álvaro Matxinbarrena por sus sabias palabras sobre la creación y sus recovecos y su absoluta disposición para profundizar en relación a su experiencia y visión artística y por sus sugerencias en relación a artistas plásticos. Tenemos pendiente una visita a Elgorriaga.

A Natxo Barberena por acercarme la regeneración del espíritu de los almadieros navarros de la mano de Iñaki Ayerra, que nos ha transmitido la esencia de aquel trabajo desde el plano familiar y gracias a su implicación durante años en el Día de la Almadía, que rememora y homenajea esa labor de cientos de hombres que dedicaron toda una vida a esa labor extinguida.

A Javier Ultra por recordarnos la fuerza de la imagen de las hojas sobre el escenario.

A Sergio Estébanez por ofrecer cada semana una nueva semilla con la que poder expandir el libro.

A la familia vasco-navarra-canaria.

Este libro ha sido escrito durante el año 2017 entre Madrid, Arraioz (valle de Baztan, Navarra), el Espinal (valle de Erro, Navarra) y Santa Cruz de Tenerife.

Han acompañado al proceso de escritura, entre otras, las músicas de Max Richter, Oreka TX, Nils Frahm, Delorean, Peter Broderick, Agnes Obel, Mikel Laboa, Fever Ray, The Orchestra of Syrian Musicians y Mogwai.



HASIER LARRETXEА nació en Arraioz, un pueblo del valle de Baztan, Navarra, en 1982. Desde hace varios años reside en Madrid.

Ha publicado los poemarios *Azken bala / La última bala* (2008), *Atakak* (2011), y su traducción al castellano, *Barreras* (2013), *Niebla fronteriza* (2015), *De un nuevo paisaje* (2016) y el libro de narrativa *Larremotzetik* (2014). Ha participado en el proyecto *Te cuento* con la historia de *Pulgarcito*, acompañando las imágenes del fotoperiodista Clemente Bernad (2015).

Junto con Zuri Negrín formó parte de Hazu Studio, en el que escribió una frase cada día del año 2014 para el proyecto *Un póster al día*.

Ha colaborado con el músico Leo Minax en la composición de la letra de la canción «Ladudada» (*Lo que no estaba escrito*, 2015).

# Notas

[1] Desde su nacimiento en Erratzu atraviesa el valle del Baztan desde el noreste hacia el suroeste adquiriendo el mismo nombre del valle. Cuando el río atraviesa el puente del Parque Natural del Señorío de Bertiz (hablaremos en este libro de su conocido cedro y de la presencia de fauna forestal asociada a un bosque maduro y su gran naturalidad que determinaron su declaración como Parque Natural en el año 1984, cumpliendo así los deseos de sus anteriores propietarios Pedro Ciga y Dorotea Fernández) en Oronoz-Mugaire (que es el último pueblo del valle en dirección a Gipuzkoa), coge el nombre de río Bidasoa hasta su desembocadura en la bahía de Txingudi con Hendaia (Lapurdi, País Vasco francés) a un lado y Hondarribia (Gipuzkoa) al otro.

[2] Personaje de la mitología vasca que se desarrollará con mayor precisión en el capítulo 8.

[3] Boina de gran tamaño que se obtiene al ganar una modalidad concreta en un campeonato de deporte rural.

[4] Texto inspirado en mi libro *Meridianos de tierra* (Harpo Libros, 2017).

[5] Poema en prosa de la página 22 de *Niebla fronteriza* (El Gaviero Ediciones, 2015; reeditado por Harpo Libros, 2018).



[6] Fragmento de un texto de mi libro *Meridianos de tierra* (Harpo Libros, 2017) dedicado a David Hockney.

[7] «Qué vas a hacer conmigo? ¡Pégame y mátame!».

[8] «¡Tírame aquí!».

[9] Página 19 del libro *De un nuevo paisaje* (Stendhal Books, 2016).

[10] «¿Qué hacéis aquí? ¡Idos de aquí a trabajar!».

## *El lenguaje de los bosques*

Hasier Larretxea

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2018

© de la imagen de la portada, Paola Lozano Flores, 2018

© Hasier Larretxea, 2018

© De las ilustraciones, Zuri Negrín, 2018

© De las fotografías, Paola Lozano Flores, 2018

© Espasa Libros S. L. U., 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-670-5199-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.



HASIER LARRETxea

EL  
LENGUAJE  
DE LOS  
BOSQUES

Un diálogo con el paisaje.  
Con el tacto y el olor de la madera.

  
ESPASA